

# JOHN DICKSON CARR

---



EL  
CASTILLO  
DE LA  
CALAVERA

se

Lectulandia

En el Castillo de la Calavera, situado en Alemania a la orilla del Rin, acaba de ser asesinado a tiros y quemado vivo, convirtiéndolo en una antorcha humana, el famoso actor teatral inglés Myron Alison, que vivía en un palacete en la orilla de enfrente. El aterrador castillo ha permanecido desierto y cerrado desde la misteriosa muerte de su propietario, el sensacional mago, de fama mundial, Maleger, cuyo cadáver fué sacado del gran río alemán. Alison muere envuelto en llamas, cuando su casa estaba llena de invitados, incluyendo a su propia hermana y a una muchedumbre de figuras de los grandes centros europeos de amor, aventura, misterio, arte y diversión. ¿Quién de ellos lo habrá asesinado? Un banquero belga contrata en París los servicios del famoso jefe de Policía francesa, Bencolin, para investigar el asesinato. Igualmente emprenden la investigación un ejército de detectives alemanes, capitaneados por el famoso jefe de policía de Berlín, Barón Von Arnheim, con el cual, durante la guerra, ha luchado Bencolin denonadadamente en las tramas del espionaje. Ahora se enfrentan elegantemente, de nuevo. Pero, en los tenebrosos subterráneos del Castillo, ronda un fantasma, y en una de sus siniestras estancias, hay un monstruo prisionero, encadenado hace años.

**Lectulandia**

John Dickson Carr

# **El castillo de la calavera**

**Henri Bencolin - 3**

ePub r1.0

Titivillus 12.01.2018

Título original: *Castle Skull*  
John Dickson Carr, 1931  
Traducción: M<sup>a</sup> del Refugio Contreras

Editor digital: Titivillus  
Retoque de portada: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

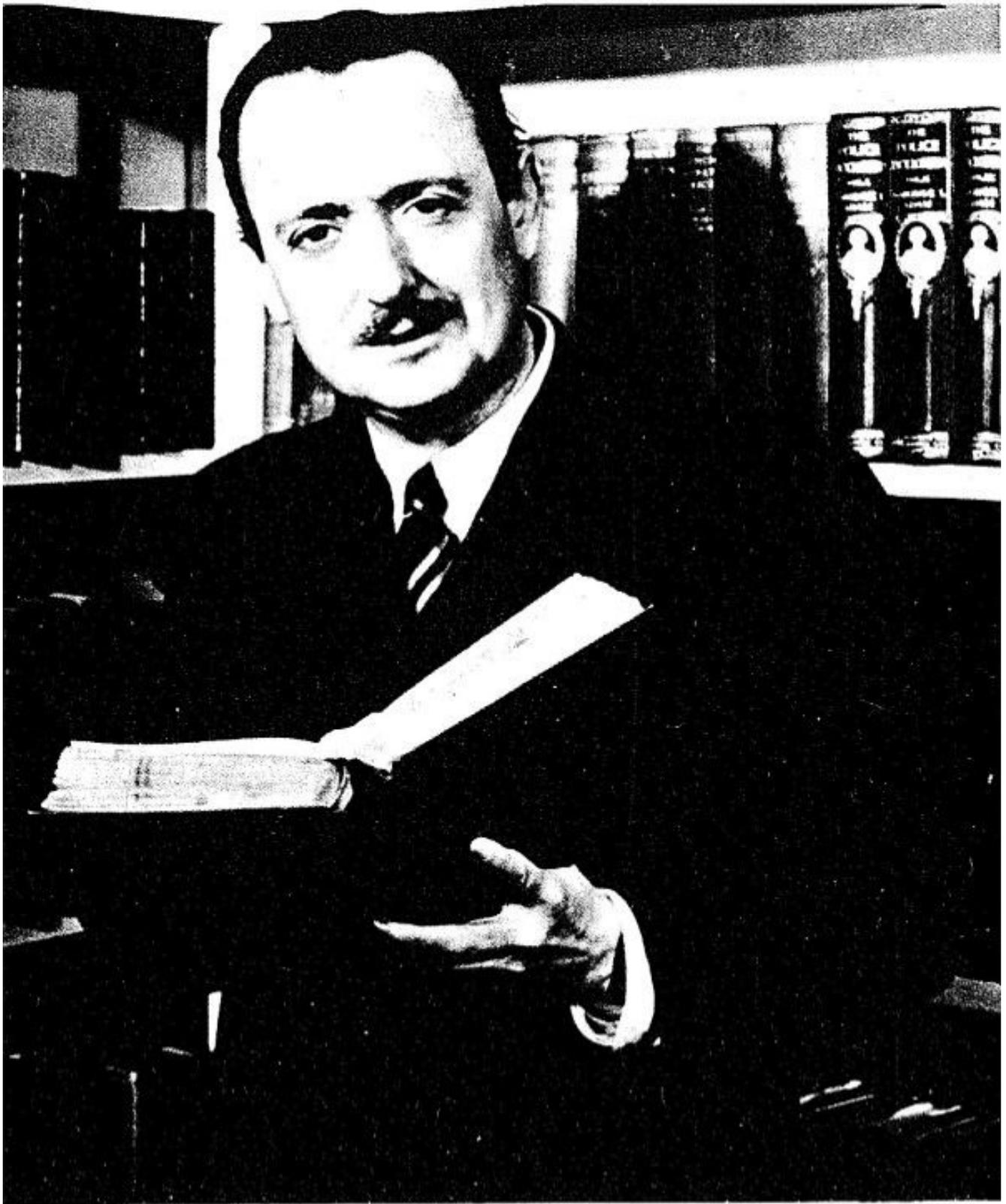
Dedicado a

EDWARD COLEMAN DELAFIELD, JR.

Y

WILLIAM O'NEIL KENNEDY

*“Porque el tiempo es siempre resplandeciente”...*



John Dickson Carr  
CARTER DICKSON

## NOTA PRELIMINAR

*John Dickson Carr, nació en Unión, Pennsylvania, en 1905. Su padre era miembro del Congreso, y John fué con él a vivir en Washington, donde a los 14 años, y a la par que estudiaba, empezó a actuar como reporter de Prensa. Luego, por afición, se dedicó a escribir casi exclusivamente sobre temas de crímenes. Después, casado con una inglesa y padre de tres hijos, se fué con su familia a vivir y estudiar en Europa, y durante la Guerra, su casa en Londres fué bombardeada y destruida tres veces. Agregado a la radio B.B.C. londinense, programó trabajos durante dos años y escribió, a la vez, cuatro novelas. Los lectores de Laberinto ya conocen a este famoso autor, por su novela «Se alquila un cementerio», una de nuestras primeras y más extraordinarias selecciones, que publicó bajo el seudónimo de Carter Dickson, pues este novelista escribe sus obras alternativamente con su nombre y bajo los seudónimos de Carter Dickson y Carr Dickson.*

## LA MUERTE EN EL RHIN

D'Aunay, hablo de asesinatos, castillos y magia.

Habló de ellos, encontrándose a nuestra mesa en un ángulo de la pared emparrada, en el discreto restaurante llamado “Laurent”, en los Campos Elíseos. Las lámparas de pantallas rosadas, en las mesas de “Laurent”, estaban abiertas a las estrellas y a los gruesos árboles circundantes. Era tarde y por ello ya no había muchos comensales. Entre las palmeras, una orquesta celebraba la gracia de Lizette, la sonrisa de Mignonette y la agudeza de Suzette, con aquella melodía que todo París estaba tarareando en el mes de mayo.

Al otro lado de la mesa estaba sentado Jerome D'Aunay. No bebía otra cosa sino agua mineral de Vichy y sus dedos estaban siempre ocupados con el vapor de su vaso. Sus dedos estaban siempre ocupados en todas las circunstancias; no podía mantenerlos quietos; precisaba siempre estar jugando con algo, o escribiendo notas imaginarias sobre el mantel, con una cuchara. Su inquietud turbaba la paz de la noche. D'Aunay —uno de los doce hombres más ricos del mundo— era pequeño, gordo, con ojos azules fríos, que miraban con fijeza desconcertante. Su cabello ralo y negro, lo peinaba aplastado a través de un gran cráneo. Las arrugas eran hondas en torno a su gruesa nariz, y su boca redonda parecía haber adquirido una muy sorprendente flexibilidad, a causa de hablar mucho.

D'Aunay dijo:

—Señor Bencolin, estoy a punto de hacerle a usted una proposición que algunos hombres considerarían singular. He sabido lo bastante respecto a usted, para creer que usted ni la considerará singular ni desagradable.

Volviendo a recordarlo ahora, no estoy seguro sobre qué oscuro impulso de desafío impulsó a D'Aunay a inmiscuir a Bencolin en aquel caso. Ahora que todo aquello acabó, puedo recordarlo desde aquella primera, delicada y arbitraria nota, en la que me decía que yo iba a cenar con él, hasta el final en una escena terrorífica en que vi sus zapatos de charol inmóviles bajo un pañuelo de alegres colores; pero a pesar de todo eso, aquel financiero belga permanece siendo un misterio.

Desde luego no pudo evitar el perecer cuando vió aquella cara haciendo muecas y mirándolo debajo de los candelabros del Castillo de la, Calavera... Y aún entonces, fué su corazón y no su valor el que cedió.

Lo que antecede es anticipar acontecimientos, pero no es —cual ustedes pueden sospechar— traicionar ninguno de los siniestros asuntos en que nosotros nos vimos envueltos...

D'Aunay bebió un trago de agua de Vichy y continuó su recital:

—Voy a concretarme de una vez a la cuestión. Usted es un funcionario de París, señor Bencolin. Muy bien. Yo quiero tomarlo a usted a mi servicio.

Bencolin, examinando su copa de Cointreau a contraluz, arqueó una ceja pensativamente. Ya he descrito a este hombre en otras obras en que intervino; y si usted conoce París, usted conoce también a este célebre *Juez de Instrucción* del Sena. Con el cabello negro partido al medio y peinado en dos tupés como dos cuernos. Los ojos grandes inescrutables, con cejas caídas sobre ellos como ganchos. Los pómulos salientes y elevados, y la nariz aquilina. La sonrisa lenta, brotando entre un pequeño bigote y una barba negra puntiaguda. Todo ello es familiar a las gentes de la calle parisienses como lo es a los caricaturistas... Hizo girar su copa, y las sortijas de sus dedos brillaron contra la pechera de la blanca camisa.

—¿Tomarme usted a su servicio?... —repitió él.

—He investigado sobre usted —dijo D'Aunay—, lo mismo que investigo sobre todo el mundo. Muy bien. Es usted el oficial de policía más destacado en Europa. Y usted también es un hombre rico, y su presente posición, que usted compró...

—Por favor.

—Ah, pero con justificación —dijo D'Aunay ondeando su mano—. No se lo critico a usted. Usted mostró lo adecuado que era para ello, convirtiendo simplemente —y con dinero— su afición en una profesión.

Entre las cejas de Bencolin había aparecido una imperceptible arruga. A medida que la voz de D'Aunay iba haciendo esas declaraciones, sus ojos mostraban creciente interés.

—Usted sabe mucho, amigo mío —observó—. ¿Y bien?

—Para mis propósitos, quiero servirme de lo mejor que haya en este negocio. Con usted, por consiguiente, no insultaré a un hombre que ha seguido el curso de usted, al decirle que puede usted mismo señalar su propio precio por sus servicios.

»En la actualidad, usted se encuentra en vacaciones. Muy bien. Pero yo quiero que usted se encargue de mi caso. No le pagaré un solo céntimo. Pero cuando yo haya delineado todo, creo que usted trabajará para mí, por la sencilla razón de que este será el asunto más extraño que jamás usted haya tenido en sus manos».

D'Aunay estaba inclinado hacia adelante, disparando sus palabras y mirando a Bencolin con sus ojos que parecían de pescado.

Se podía sentir el tremendo dominio de aquel hombre.

Se agarró al borde de la mesa y dijo:

—¿Y bien, señor?

Bencolin mantuvo silencio por algún tiempo. Después, tragó saliva.

—Señor D'Aunay —replicó—, usted tiene una forma oblicua de atacar, que a mí me parece fascinadora. Maldito que sí lo es. —Sus ojos divertidos recorrieron el rostro tenso de D'Aunay—. Muy bien, entonces; le contestaré con la misma brusquedad. Si su caso me intriga, ciertamente me encargaré de él. Pero usted ha

invitado también aquí a Jeff, a su excelente cena. ¿Cómo fué que sus arreglos lo incluyeron a él?

—¡Ah! —dijo D'Aunay. Volviéndose, me miró fijamente—. El señor Marle no es detective. Le ruego que me perdone: ni siquiera creo que esté dotado de ninguna inteligencia particular. Pero usted necesitará ayuda y no quiero en absoluto que ningún inspector de la Seguridad, se mezcle con la gente a la cual le presentaré a usted. ¿Me encuentra usted acaso antidemocrático? Bueno. Sin embargo, él ha trabajado ya con usted anteriormente. Y volverá a hacer lo mismo; y no se hará odioso.

Mirando al hombre grueso y pequeño, me sentí inclinado a señalarle a Jerome D'Aunay una excelente ocasión para irse al diablo. Sin embargo, comprendí inmediatamente que él no tenía siquiera la más leve intención de ser ofensivo. Había encontrado lo que quería y así cerró sus grandes manazas oprimiéndolo, sin molestarse en hacer comentarios o presentar excusas. Por lo tanto, hice lo mejor que podía hacer: me reí. Después, dije:

—Y yo también lo felicito a usted, señor D'Aunay. Usted toma a su servicio a un investigador, con la solemne promesa de que no le pagará usted nada, y al otro, asegurándole simplemente que no es un cerebro muy brillante.

Esas palabras parecieron molestar a D'Aunay, el cual las apartó a un lado con impaciencia.

Muy bien, muy bien, pero lo que yo quiero, señor, es saber su respuesta.

—Mi respuesta —repliqué yo— es sí. Sí..., porque así me la dictó su forma infernal de plantear las cosas.

—¡Ah! Muy bien. Ahora ya solamente tengo que demostrar que esto va a interesarles a ustedes.

Bencolin movió la cabeza aprobatoriamente hacia mí al propio tiempo que el financiero se recostaba en su asiento para reunir los materiales de su historia y darle forma propia. De repente, D'Aunay disparó una pregunta:

—¿Ha oído usted hablar, desde luego, del mago Maleger?

Esto aumentaba el interés del asunto. Maleger: claro que sí. Todo el mundo conocía ese nombre, incluso aquellos que pertenecían a mi generación, así como la brillante figura que él había representado en los tiempos anteriores a la guerra.

Las leyendas sobre Maleger han sido repetidas incontablemente por los frequentadores de teatros desde que aquél murió. Ni siquiera Sara Bernhardt tenía una personalidad más pintoresca que él. Miré a las sombras más allá de D'Aunay.

Uno de mis recuerdos más vividos de mis tiempos de niño, es el de aquella noche en que mi padre me llevó a ver actuar a Maleger, durante su gira por América, en el viejo Teatro Polis, en Washington. Después de esa representación, pasé la noche horrorizado. Porque Maleger no era uno de vuestros geniales y sonrientes conjuradores de los nuevos tiempos. Era la personalidad del hombre, sus trucos y la terrible y siniestra fuerza, que lo llevaban a uno, en cierta forma, más allá de las

ilusiones del espectáculo. Con simple castañear sus dedos, uno podía creer que hacía surgir sombras del interior de la tierra abierta y ordenaba a las fuerzas del fuego y el rayo.

Recuerdo que nosotros teníamos asientos de primera fila. Él permaneció durante demasiado tiempo en mi mente como un ogro, para que yo pudiese olvidar como era. Recuerdo su penetrante mirada de ojos negros, y su gran cráneo con su plumacho de cabello rojizo. Estaba de pie en medio del escenario, vestido completamente de negro. Su poderosa figura, su aire de viejo estilo, sus ropas y sus dedos endiablados extendidos sobre una mesa. Hubo un punto en el cual lanzó una risa y alzó sus brazos; su cabeza se irguió de su cuello y empezó a flotar por encima del público sonriendo... Esto resultaba un tanto excesivo para un niño de nueve años, como yo, así como también para muchas personas mayores.

Después, me di cuenta que D'Aunay estaba hablando:

—... y es por eso que yo quiero decirle a usted algo sobre él.

»Lo conocí bien; quizá mejor que cualquier otro. ¿Le sorprende a usted eso? Pues bien, es la pura verdad. Yo no sé si él era un farsante o si...».

D'Aunay estaba haciendo bolitas de pan con sus dedos.

—Pero era una celebridad —continuó D'Aunay—. ¿De qué nacionalidad era? Eso yo no lo sé. Hablaba todos los idiomas; pero usted no podía asegurar cuál de ellos era el suyo propio. ¿Sabía usted también que era inmensamente rico?

—He oído eso —replicó Bencolin asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Los diamantes —dijo D'Aunay—. La edad de aquel hombre..., ¡maldita sea! Eso tampoco nunca puede averiguarlo. Sé que estaba en los campos de Kimberley en el 1891 y que ya no era un hombre joven. Yo lo conocí más tarde; yo estaba trabajando para el gobierno de Bélgica, entonces...

—¿Así, pues, el actuar en los escenarios era un pasatiempo?

—Como su propio trabajo de usted, señor —dijo D'Aunay extendiendo sus manos hacia adelante—. Debería usted comprender. Bueno, su vida pública comenzó más tarde. No podían desdeñar a un hombre tan sorprendente. Usted recordará sus ropas, sus automóviles grandes y negros, con las cortinas siempre bajas, sus cigarrillos impregnados en opio, sus colecciones de costosas y absurdas chucherías..., ¿eh?... siempre rodeado de cosas exóticas. Las ilusiones que él representaba, eran repulsivas y hasta peor. Tres grandes capitales se volvieron locas por él...

»Pero vayamos al asunto.

»En 1912 o por esa época aproximadamente, quiso hacerse un hogar propio. Y entonces, compró el famoso *Schloss Schadel*, o sea el Castillo de la Calavera, a orillas del Rhin, a unos pocos kilómetros de Coblenza. No hubiera podido encontrar un sitio más apropiado. Se anidó en las cumbres de las rocas y sobre los pinares, en el punto donde el Rhin es más estrecho y más rápido... ¿Lo ha visto usted?».

Bencolin movió la cabeza negativamente.

—Pues si no lo vió, lo verá —le dijo D’Aunay—, porque nosotros vamos a ir allá. Él pasó un año transformando aquellas ruinas en un lugar de pesadilla. Yo no conozco muchos de sus secretos, y estoy contento de ello. No es que yo crea..., ve usted, señor..., pero cada truco de su ingenio fué empleado en recursos misteriosos para hacer que el promedio de los hombres temiese haber perdido el juicio.

»Usted sabe, desde luego, que él tenía muy pocos amigos, y yo mismo soy el único superviviente de todos ellos. El otro era Myron Alison, el famoso actor inglés..., ¿usted lo conoce naturalmente?».

Las finas cejas de Bencolin se apretaron sobre los ojos y sus narices se dilataron un tanto. Había olvidado su *brandy*; era todo atención ahora. Allá al fondo, nuestra orquesta tocaba una melodía de vals, suavemente...

—Claro que sí conozco a Myron Alison —dijo él—. Pero, ¿por qué dice usted *era*?

Moviendo la cabeza con cierta ansiedad, nuestro anfitrión dijo:

—Esa es la cuestión; ese es el caso. Alison fué asesinado. Su cuerpo, envuelto en llamas, fué visto corriendo por los sótanos del Castillo de la Calavera.

—¿Cómo? —exclamó Bencolin—. Bueno, eso suena un poco...

—Pues es verdad. La vitalidad de aquel hombre, era al parecer enorme. Había recibido tres balazos en el pecho, pero a pesar de ello, estaba todavía vivo cuando el asesino le arrojó encima petróleo y le pegó fuego. Y en ese punto, se puso en pie y comenzó a correr envuelto en llamas por las murallas almenadas, antes de caer.

Se produjo un silencio. Momentáneamente, D’Aunay había dejado salir y expandirse a su nervosismo refrenado. Bebió otro trago de agua de Vichy y continuó:

—Pero, estoy adelantándome a mi historia. Estaba diciéndole que Alison y yo éramos amigos de Maleger. Durante muchos años, Alison había tenido una casa de campo, de verano, a orillas del Rin y en el lado opuesto al Castillo de la Calavera. Y yo mismo..., bueno, señores, yo me hice importante desde los días en que los conocí por primera vez a ellos.

»Puede que usted recuerde cuándo y cómo murió Maleger. Estaba viajando solo en el tren, desde Mainz a Coblenza. No había ningún otro pasajero en el departamento de primera clase que él ocupaba. Pero él no se apeó del tren en Coblenza, donde su auto estaba esperándolo para llevarlo al Castillo. Y pocos días después, su cadáver fué extraído de las aguas del Rin».

Después de un largo silencio, D’Aunay alzó la cabeza y miró al detective, con los ojos muy abiertos. Después, se encogió de hombros.

—Las vías, claro es, corren sobre la propia orilla del río durante muchos kilómetros. Así pues, si un hombre se cayese del vagón, el impulso puede lanzarlo sobre la orilla y de ésta al agua. Era de noche y su caída no podía ser advertida ni tampoco oírse ningún grito. No creo que pudiese nadar. Pero todo fué extraño.

D’Aunay respiró largamente.

—Muy extraño —añadió pensativo—. Parece, en verdad, inconcebible que aquel

hombre no hubiese podido salvarse. Había un cierto espacio entre la vía y la propia orilla del río..., y alguna vegetación... A menos que aquello fuese un suicidio. Pero, ¿un suicidio en el propio camino de su hogar, después de su vida tan espectacular? No, no, señor. Puedo, además añadir que no hubo posibilidad de una mala jugada. Era el último vagón del tren y el guarda de éste juró que no había entrado en él ninguna otra persona durante todo el viaje. El propio guarda estuvo observándolo, porque sabía que aquel hombre era el famoso Maleger y tenía curiosidad por contemplarlo largamente. Yo tengo una teoría, claro es. Pero, déjeme continuar.

»Los herederos de Maleger —y esto los sorprenderá también a ustedes— éramos Alison y yo mismo. Hizo el testamento a nuestro favor, legándonos además el Castillo de la Calavera, con el acuerdo de que nosotros no lo venderíamos. Incluso dejaba una cantidad de dinero para pagar los impuestos y los gastos del cuidado del Castillo. Había otras curiosas provisiones, respecto a la forma de disponer de sus efectos personales, las cuales no vamos a discutir ahora. En todo caso...».

—Entonces, ¿está usted sugiriendo que la muerte de Maleger tiene una relación directa con la muerte de Alison? —preguntó, interrumpiendo, Bencolin.

—Me siento forzado a creerlo así. Pero, espere usted. Tiene usted que escucharme.

»El médico me dijo que yo estaba sufriendo una crisis nerviosa. ¡Bah! Yo no quiebro tan fácilmente. Pero, esos médicos... Uno está obligado a creerlos. Ellos saben. —Nuestro anfitrión agitó en el aire una mano despreciativa—. El médico dice que tengo que descansar. Bueno, podía haberme ordenado algo peor. El mercado de valores se encuentra estable y yo puedo confiar todos mis negocios, por una semana, a Dulac. Mi amigo Alison me invita al Rhin.

»Descansar..., ¡ja, ja!..., ¡qué casa aquélla!... Estaba gobernada por la hermana de Alison, aquella a quien llaman la Duquesa. Y no hay razón para esto, pues ella no tiene título alguno. Les aseguro a ustedes que es una verdadera mujer salvaje, que fuma puros, jura y juega al póker todas las noches. Una magnífica influencia, ¿eh?, para mi mujer, ¿verdad? La muchedumbre de invitados que ellos tenían en casa, no sabía lo que era vivir con un horario ordenado. Pero, no dejaba de ser agradable aquella casa grande de piedra, con un enorme balcón asomándose sobre el Rhin, donde nos sentábamos al salir la luna. Y exactamente al otro lado del río, por encima de las copas de los pinos, se halla el Castillo de la Calavera contemplándonos.

»Señor, esto es literariamente verdad. El nombre no es una fantasía. Su parte central está construida en tal forma, que la fachada entera parece una gran cabeza de un muerto, con ojos, nariz y prominente mandíbula. Y hay dos torres, una en cada lado de la calavera, que parecen más bien enormes orejas; así, esa cosa endemoniada, da la impresión de que al mismo tiempo que sonrío, está también escuchando. Está situado en lo alto, con el rostro sobresaliendo por encima de los negros pinos. Por debajo, es un precipicio hasta las aguas del río.

»Aquello ocurrió después de anochecido. Hacía exactamente ocho días que...».

—Espere —exclamó Bencolin.

D'Aunay estaba tan extraordinariamente sumergido en su relato, que sólo con gran dificultad fué retornado a la calma imperante en el “Café Laurent”. D'Aunay miró parpadeante al detective.

—No quiero que me cuente usted nada más de eso ahora —le dijo Bencolin—. Sí, sí; yo me encargaré de ese caso... Pero, usted únicamente logrará confundirme. Si entiendo bien, ¿toda esa gente se encuentra todavía en la residencia de Alison?

—Sí, claro que sí. Pero eso es absurdo, señor.

—¿Y entonces mi misión es descubrir al asesino de Alison?

—Así es.

—Comprendo. Bien, entonces, prefiero esperar a encontrarme personalmente en la escena, antes de oír ni un sólo átomo de evidencia. De lo contrario, lo único que yo lograría sería llenarme de prejuicios. ¿Quién está encargado del caso?

—La policía de Coblenza. Se habló también de enviar a Berlín a buscar un detective. Quizá a estas horas ya lo hayan hecho así.

Bencolin apoyó un codo sobre la mesa, dándose golpecitos con los dedos sobre la sien. Sus ojos estaban abstraídos, mirando a la copa, pero la mandíbula se había puesto tensa bajo su barba puntiaguda. No habló...

—Entonces, está acordado —dijo D'Aunay con decisión—. Confieso que yo no comprendo el que usted no quiera oír..., pero, bueno, eso no es asunto de mi incumbencia. Yo lo he contratado a usted. Y ahora, ¿puede usted salir para la residencia de Alison, esta mañana?

—¿Perdón? —preguntó Bencolin incorporándose—. ¡Oh!... Sí, ciertamente. Sí. —Y nuevamente se sumió en sus sueños y meditaciones.

—¿Y usted, señor Marle?

Yo no podía, desgraciadamente, y así se lo dije a él. Yo estaba revisando un libro y este trabajo tenía que estar absolutamente terminado al día siguiente para poderlo así mandar en seguida a Londres. D'Aunay se mostró casi infantilmente irritado; pero yo les prometí seguirlos, sin falta, al día siguiente y que les telegrafiaría la hora de mi llegada.

Fué solamente cuando ya nos preparábamos para marcharnos, que Bencolin volvió a hablar.

Hay algo —dijo a D'Aunay— que yo quisiera saber. No es sobre el asesinato de Alison, sino sobre la muerte de Maleger...

Un interés curioso y una gran tensión, brillaban en sus ojos pálidos.

—¿Vió usted el cadáver cuando fué sacado del río? —prosiguió el detective—. ¿Está usted seguro de que era realmente el cadáver de Maleger?

Con suavidad, D'Aunay puso sus manos juntas y las frotó. Después, dijo:

—¡Ah! Usted se inclina hacia mi propia teoría, ¿eh? Bueno —dió un golpe sobre la mesa y añadió—: No, no lo estoy. El cadáver estaba ya muy descompuesto por el agua para poder reconocerlo. Yo no podría jurar que lo fuese. En él encontraron su

reloj, sus llaves y un pequeño amuleto que siempre llevaba consigo. Además de eso, encontraron en el cadáver una cierta y peculiar sortija que era para Maleger como un fetiche; nunca dejaba de llevarla, porque él decía que era la que le traía suerte... Pero...

—¡Ah! Ya comprendo... —murmuró Bencolin.

Abandonamos el restaurante, las melodías de vals y las luces sombreadas. La última vista que tuve de D'Aunay, fué cuando nos estrechó la mano teniendo, ya el pie en el estribo de su limusina; Bencolin se había negado a que lo llevase en su coche. D'Aunay se mostraba ampliamente satisfecho de sí mismo; se inclinó complaciente y su sombrero hongo se campaneaba casi sobre su gran cabeza.

Bencolin se quedó de pie mirando al coche que se alejaba, y la luz posterior del auto bailaba en las murmurantes sombras de los árboles, más allá de los Campos Elíseos.

—No pude negarme a aceptar este caso, Jeff —observó él—. Y esto es malo. Esa es la cuestión: es mucho peor de lo que cualquiera pueda sospechar. Ya oyó usted lo que dijo respecto al cadáver de Maleger... ¿Tiene eso alguna significación para usted?

Yo dije:

—Existe la obvia teoría de que la muerte de Maleger haya sido una falsificación arreglada por él mismo.

—Sí.

Bencolin se quedó parado e inmóvil, contemplando cómo el coche se alejaba.

—Ya quisiera yo —comentó finalmente Bencolin— que ello fuese tan simple como todo eso. No; yo creo que fué peor que todo eso, Jeff, y sobre todo, más endiablado. Mucho más endiablado...

## UN CADÁVER DANZANTE

Bajo un cielo espeso y nublado, cargado de negros nubarrones, el barco de motor navegaba por el Rhin abajo.

Yo he preferido siempre ir en barco, aún cuando éste sea más lento que el tren; además, la corriente es tan rápida, que estos pequeños vapores alcanzan velocidades notables.

Hay un sabor, hay un viejo y peligroso encanto de luz sobre el guerrero Rhin, cuando éste abandona su gran anchura en Bingen. A partir de ahí, parece hacerse más negro. El verdor se hace más profundo hasta convertirse en negro; grises rocas reemplazan a los viñedos en las colinas de las márgenes. Y ahora, estrecho y sombrío, de un color aceitunado, se apresura a correr a través de un mundo de fantasmas.

Yo estaba sentado en el blanco puente, ante una mesa inmediata a la baranda, y bebía cerveza de aquellas enormes botellas que allí sirven. Una brisa húmeda me golpeó el rostro. Sobre las colinas, nubes negras y desgarradas avanzaban lentamente. Había pocas personas en el puente: todos, individuos de rostros rojizos con grandes mostachos, que llevaban grandes cestas y comían incansablemente emparedados. Estaban siempre joviales y con frecuencia cantaban.

Pero todo estaba tan tranquilo, que yo podía oír el incesante susurrar del agua. Las líneas grises del Castillo de Rheinstein, quedaban atrás, a nuestra izquierda, alejándose en la cima de sus rocas. Aunque la mayor parte de aquellos viajeros las habrían visto antes centenares de veces, se agolparon junto a la baranda lanzando exclamaciones y alargando el cuello con curiosidad...

Recostándome en mi asiento, mientras aquel misterioso viento húmedo me azotaba el rostro, me puse a soñar. En Mainz había comprado un libro en la estación del ferrocarril. Estaba en inglés y había sido escrito por alguien llamado Brian Gallivan. El libro se titulaba *Leyendas del Rhin*. La cubierta llevaba una ilustración con algunas muchachas del Rhin agarradas a un lado de un pequeño barco en mitad de la corriente y contemplando a su ocupante, que era un sorprendido luchador con un casco con alas. En las páginas del libro encerrábase un encanto ingenuo, el amor por el misterio, igual que un niño ojeando en las profundidades de un árbol de navidad, pues así es el espíritu de aquellos que aman el viejo Rhin. Así leí sobre Drachenfels y el Caballero Rolando, sobre los Hermanos Hostiles, la sabiduría de Cario Magno, y la Historia de la Catedral de Colonia, en la cual —como siempre ocurre en esas honradas historias costumbristas— el diablo es un caballero.

—¿Le gusta a usted? —inquirió una voz hablándome en inglés.

Alcé la mirada y vi inclinado a un hombre vestido con una trinchera, que acababa de hacerse con una silla y de sentarse a mi mesa.

Un sombrero deformado por el uso caía sobre uno de sus ojos. Del ángulo de una boca ancha y llena de humor, pendía un cigarrillo sin encender. Su cara era muy alargada con un mentón prominente y una nariz puntiaguda que lo hacía parecer un polichinela. El conjunto de su rostro hubiera resultado funerario, pero sus ojos grises estaban siempre joviales y parpadeando.

—Siento hacer de intruso en esta forma —dijo disculpándose—, pero sentía necesidad de hablar con alguien. ¿No le importa a usted?... Lo vi a usted leyendo ese libro. Y fui yo quien escribió esa tontería, ¿comprende? Es demasiado malo. Me llamo Gallivan... Brian Gallivan.

Nos estrechamos la mano y lo invité a tomar una botella de cerveza. Él aceptó con presteza. Le pregunté:

—¿Americano?

—¡Oh, oh! Sí, pero estoy trabajando con el *Evening Standard*, de Londres, ¿sabe usted? —Se echó hacia atrás su sombrero, encendió el cigarrillo, y miró a través del humo al libro que yo sostenía. Después, dijo:

—¡Puf! Ese debe ser el primer ejemplar que han vendido este año. Es un libro común, sin embargo. Son acumulaciones de trabajos que hice en otro tiempo.

—¿Trabaja usted en esa profesión?

—Síiiii —respondió en cierta forma avergonzada—. Acostumbro a trabajar en esto. Me han enviado a todos los castillos embrujados de Europa para escribir la historia de la última aparición de fantasmas. Es un extraño negocio, ¿verdad? Mi nombre siempre va acompañado de un título concordante: “Brian Gallivan, El Hombre Fantasma”. Pero en realidad lo apasiona a uno, le juro que sí.

Después, llegaron las botellas. Él permaneció silencioso por un tiempo mirando a las colinas que pasaban rápidas y el lento acercarse del anochecer. Sacudió la ceniza de su cigarrillo por encima de la baranda, pero inmediatamente el viento la lanzó de rechazo en mi cerveza. Alargando su cuello observó:

—Acabo de estar inspeccionando un bonito asunto de un brazo ensangrentado, en Frankfort. El negocio ha sido bueno, últimamente... Y luego, mi jefe me telegrafió para que me pusiese en camino otra vez. ¿Ha oído usted hablar del Castillo de la Calavera?

—Sí —contesté un tanto intranquilo.

—Ocurren cosas muy graciosas allí. No hay fantasmas, sabe usted, pero sí hay un asesinato y un número infernal de leyendas para una edición del domingo. Los muchachos de la Prensa ya han descrito el relato del asesinato; esto es precisamente algo que yo puedo olfatear, sabe usted. Pero dudo si conseguiré penetrar allí siquiera. Me han dicho que ese lugar lo mantienen completamente cerrado.

—¡Oh!... ¿Entonces, no es un castillo embrujado?

Estábamos acercándonos al punto del río donde se alza la gran roca Lorelei. Por

encima de la línea de la orilla, a medida que el Rhin se ensanchaba, los feos nubarrones estaban inyectados con manchas de rojo. Así, iluminaban la oscuridad de la línea de los árboles y su reflejo temblaba sobre las misteriosas aguas. Pero, después se eclipsaron para ser tragadas por el gris macizo de la alta roca de Lorelei.

Esta apareció cual si nuestro barco fuese a chocar contra ella. Súbitamente, cada uno de los pasajeros guardó silencio. Oíamos el ruido del agua al rozar contra los costados del barco, y luego escuchamos el agudo silbido de una locomotora. En la boca del túnel del ferrocarril que perfora la colina más allá de la roca, apareció la máquina de un tren rápido. Daba la impresión de ser un pequeño juguete que apenas se oía, lanzándose veloz en medio de un torrente de humo blanco. Después, la masa de la roca Lorelei, nos ocultó de la vista aquel juguete.

A lo largo del puente del barco, comenzó a correr una triste melodía, que fué creciendo en armonía profunda y envolviendo las sombras; pero, durante varios segundos, yo no me di cuenta de que eran los pasajeros agrupados junto a la baranda quienes estaban cantando muy suavemente “Die Lorelei”. La melodía fantasmal se alzó, siendo cantada con mayor claridad a cada momento. Las luces parpadearon en la cabina. De allá de lo alto, llegó el sonido de la campana. Y sutilmente, el Rhin empezó a cautivarme en sus mágicas aguas...

—Usted oye esto cada vez que pasa por aquí —le oí decir a Gallivan— y nunca deja de impresionarlo. Escúchelos cantarlo.

Se había puesto en pie, apoyándose contra la baranda; pero después volvió a sentarse y bebió un trago de cerveza.

—¡Diablos! Uno casi se imagina... Aquellas cosas allí... ¿Ve usted? Es como eso. ¿O acaso usted cree que yo estoy loco? De todas formas, ¿qué estaba diciendo usted? ¿Qué decía usted sobre si el Castillo de la Calavera estaba embrujado? Bueno, pues no lo está ahora por ningún fantasma activo, por lo que yo sé. Se trata sólo de las leyendas habituales... Hay una historia sobre eso en ese libro. ¿No la ha leído usted?

Yo no la había leído. No estaba anotada en los nombres de los castillos, sino en el de las ciudades, y así, pues, se me había escapado inadvertida.

—Entonces, no la lea usted —me aconsejó Gallivan—. Fué construido por un hombre que fué quemado por brujería en el siglo xv, ¿sabe usted? Pero ahora lo que le da interés al castillo, es el asunto de Maleger. Esa es la razón porque mi jefe me ha enviado aquí. Ha oído hablar de Maleger, ¿no es así? Sabe usted... El mago.

—¡Oh! Sí. ¿Lo conoció usted?

Gallivan replicó con la boca en su cerveza:

—¿Conocerlo? Yo era nada menos que su agente de Prensa, durante los dos últimos años que vivió. Seguro. Y no es que él necesitase un agente. Y, ¿qué no sabré yo sobre ese individuo?... Diga usted... Y es por ello que yo no necesito falsificar una historia, a condición de que yo pueda entrar en su castillo. Sí, seguro. Y también conocí a Myron Alison; ese fue el individuo que resultó muerto, ¿sabe usted? Vaya un

sujeto ese, también —añadió el periodista pensativo, enjugándose la boca.

Durante largo tiempo, mientras hablaba de otros tópicos, yo medité. Había una pequeña posibilidad de error; y este encuentro ocasional, quizá pudiese ayudarnos.

—Escuche —dije finalmente—; es mejor que ya usted sepa esto, y si así le agrada, puede prestar su ayuda: yo estoy camino de la casa de Alison... para ayudar a la policía en, la investigación de su asesinato.

Luego, le expliqué lo poco que yo sabía. Yo no podía, conforme le dije, darle permiso para ir conmigo, porque yo no conocía a nadie en casa de Alison. Pero si él pensaba detenerse en Coblenza, yo podía llevar su dirección y telefonarle, tan pronto como yo hablase con las autoridades.

Le dije confidencialmente, que había *alguien* que no estaba completamente satisfecho con algo relacionado con la muerte de Maleger.

El periodista había estado observándome y exclamó:

—¡Vaya una novedad!

Pero cuando yo hablé de la muerte de Maleger, casi dió un salto con la excitación.

—Ya lo sabía yo —gritó—. Por Dios, señor Marle, eso mismo es lo que yo he estado diciendo siempre. Aquel muchacho no pudo haberse caído por la ventanilla del tren tan fácilmente. Y si ocurrió así, no pudo rodar cruzando un camino de grava y árboles y caer luego al río para ahogarse. Eso es demasiado insensato. Pero, ¿qué podía hacer yo?

—¿Fué un suicidio?

Gavillan hizo un gesto de impaciencia y dijo:

—Fué un asesinato.

Yo insistí:

—El guarda del tren juró que no había absolutamente nadie más en aquel vagón, según tengo entendido. Además de eso, declaró que nadie se acercó a Maleger en todo el tiempo.

—Ya lo sé. Y lo más curioso de todo —dijo sombríamente mi compañero— es que ese hombre estaba diciendo la verdad. Es un hecho. Yo escuché su testimonio y nosotros lo observamos del principio al fin. Escuche. Ese guarda estaba tan excitado al ver a Maleger en su tren, que revisó los billetes de todos los pasajeros antes que el de Maleger, dejando éste para lo último, en forma de poder permanecer cerca de él, y si era posible, hablarle. Sin embargo, no pudo. En vista de ello, se estacionó en el pasillo del vagón después de revisarle el billete a Maleger. Y no apartó la vista de la puerta del departamento de Maleger durante todo el viaje. Cuando el tren estaba entrando en Coblenza, fué a aquel departamento para preguntarle si podía servirlo en algo más y... ¡Diablos!... Maleger había desaparecido. Yo lo creo así.

—¿Y bien? Eso me parece algo así como...

—Fué un asesinato, se lo digo yo —insistió Gallivan rebuscando excitado en todos sus bolsillos cigarrillos. Le ofrecí uno y lo encendió con dedos temblorosos. En la oscuridad reinante, su rostro aparecía pálido—. No me pregunte usted cómo

ocurrió, señor Marle. Es exactamente como si una mano que usted no pudiese ver, lo hubiese arrancado de aquel departamento del tren y lo hubiese lanzado...

—¡Tonterías!

—Espere usted. ¿Oyó usted la historia de la sombra que fué vista en pie en la cima de las murallas, cuando Alison corría envuelto en fuego? ¿No la oyó usted? Dios mío, ¡vaya un detective! ¿No conoce usted los hechos del caso que está investigando?

Yo estaba comenzando a sentirme un poco incómodo y más aún desconcertado, y dije:

—Vamos despacio. Yo no soy más que un ayudante, y un pobre ayudante, a decir verdad. Tampoco he leído los periódicos; estoy únicamente actuando bajo las órdenes de mi jefe.

Repentinamente. Gallivan puso sus manos extendidas sobre la mesa y se inclinó hacia delante mirando más allá de mí hacia el Rhin. Dijo suavemente:

—Allí está, señor Marle. Allí está el Castillo de la Calavera.

Todavía se hallaba lejos, pero nuestro barco parecía avanzar ahora con increíble velocidad. Al principio parecía una mancha con una cúpula y dos delgadas torres navegando en una oscuridad espectral y desincorporada, allá sobre los pinos de la derecha, en las alturas.

El río era ahora completamente negro. Había franjas blancas en el cielo gris detrás de las torres, pero las sombras de la tormenta llegaban para eliminarlas. De la orilla izquierda del río, surgían unas pocas luces que se reflejaban en las negras aguas. Había comenzado a hacer mucho calor.

Después, el Castillo de la Calavera aumentó de tamaño, aun cuando a la vez parecía mucho más arriba que antes, por encima de nuestras cabezas. Paredes macizas y murallas, todo a una altura de más de cien pies, habían sido construidas en la colina.

Me asomé por la baranda y alargué mi cuello para ver mejor. En el centro de las murallas, construido de forma que el centro de aquéllas constituyese los dientes de una cabeza de muerto, asomaba el vasto cráneo de piedra. La luz era muy escasa para que se pudiesen observar detalles, pero a pesar de eso pude ver los ojos en la calavera. Y también las dos torres, una a cada lado, con uña horrible semejanza a unas orejas. Lo vi todo completamente, ennegrecido por la lluvia, como un monstruoso edificio, grande y macizo, moviéndose despacio, arriba de nuestras cabezas.

Ni Gallivan ni yo hablamos hasta que el río se ensanchó y ya pudimos ver las luces de Coblenza alzándose en la orilla izquierda, en la unión del Rhin y del Mosela, así como las lámparas oscilantes del Puente de los Barcos. Después, nos dirigimos cada cual a hacernos cargo de nuestro equipaje. El periodista me dió una tarjeta suya.

—Aquí la tiene usted —dijo escribiendo en ella su dirección—. *Hotel Traube - Rheinstrasse*. No queda muy lejos del desembarcadero. No se olvide usted de mí,

por favor, señor Marle. Estaré a la expectativa hasta que reciba noticias tuyas.

Hubo una pequeña sacudida a bordo cuando nuestro barco rozó de lado el pequeño muelle; se oyó un sonar de campanas, ruido de equipajes y se vió un alargarse de cabezas bajo las pálidas lámparas del muelle. Al pie de la escalera de desembarco vi a un joven con chaqueta de estameña, pantalones franela blancos y gorra marinera, que estaba observando a los pasajeros que bajaban. El joven se dirigió después a mí.

—¿Es usted el señor Marle? —me preguntó en excelente inglés—. La señorita Alison ha enviado su lancha para recibirlo a usted. ¿Quiere usted venir por aquí?

Le dijo unas cuantas frases rápidas al mozo que estaba transportando mis maletas, y después echó a andar, guiando el camino, a lo largo de la plataforma, Detrás de mí, con las manos hundidas en sus bolsillos, y el sombrero caído sobre un ojo, vi la silueta de Gallivan inclinándose hacia un cartel de anuncio bajo la luz de una lámpara de la calle. Me hizo una mueca de polichinela cuando echamos a andar.

En la Rheinestrasse había luces iluminando las ventanas de las casas en línea; un murmullo flotaba entre las multitudes en las aceras y en la terraza de un restaurante tocaba una orquesta. No muy lejos del desembarcadero principal, había unas escaleras que bajaban hasta el agua. Al pie de éstas, estaba una lancha de motor, larga y oscilante.

El intermitente ruido del motor se transformó en un ronquido continuado. Realizamos sobre el agua medio círculo y yo me dejé caer sentado en los almohadones del camarote. Aquella sensación de poder y de velocidad, mientras el viento me azotaba el rostro, me impresionó. Agua y luces se mezclaban en un espacio vacío y apresurado. La luz de un reflector en nuestra proa, alcanzaba muy a lo lejos.

Cuando ya habíamos dejado atrás el último racimo de luces a lo largo del paseo del Rhin, se cerró la noche caliente, excepto por la luz del foco que llevábamos en la proa. Por encima del ruido del motor, pude oír el trueno. La parte superior de la gorra del piloto se hizo visible cuando aquél miró a lo alto.

Relatando el camino que yo había seguido para venir, recuerdo que antes de que pasasen muchos minutos, volví a, ver otro par de escaleras iluminadas a la derecha. La residencia de Alison estaba construida en la altura, entre árboles, con una escalinata curva e interminable que subía hasta el balcón. Subí, mientras mi guía venía detrás con el equipaje. El pórtico inmenso que estaba pavimentado con mosaicos rojos y abierto al cielo, se extendía a lo largo de la fachada entera. Estaba iluminado —cosa que a mí me parecía en cierta forma grotesca— con linternas chinas colgadas de alambres. Un pálido resplandor, con diversos colores, se extendía a lo ancho del pórtico cayendo sobre él desde las altas ventanas. Uno presentía los árboles gigantescos, murmurantes, que daban sombra al lugar.

En una silla de extensión, con las piernas colgando sobre el brazo de aquélla, estaba sentada una muchacha.

Tenía el cabello negro y ondulado, cortado muy a la redonda y un rostro acogedor

que estaba vivido de maquillaje. En su boca había una larga pipa de cigarrillo. Se la quitó y me miró con curiosidad.

—¡Caramba! —dijo la muchacha. Y después añadió con resignación—: Dios nos ayude, otro detective. Este sitio está infectado de detectives. Debieran ustedes organizar una comedia musical con un coro masculino cantando “El Baile de las Huellas”, o “Yo y mi Sombrero Hongo”.

Aspiró varias veces de la pipa, que no tenía cigarrillo, y cambiamos, unas sonrisas burlonas ella y yo. Acepté el cargo que me hacía y pregunté adonde debería ir, mientras no me internaban, claro es. Ella dijo:

—Llega usted tarde para la cena... Yo le digo que no sea usted un bruto desconsiderado. Yo lo conozco a usted. Usted es Jeffrey Marle, y una vez leí un libro suyo. Espero que estará usted contento.

El brillo que había en su rostro se eclipsó. Se tapó con dificultad las rodillas y dijo:

—Este sitio está horrible. La Duquesa no nos deja marchar. Y con la muerte de My ocurrida allí... Soy de opinión que usted haría mejor en ir dentro y verlos. Yo me llamo Sally Reine, dicho sea de paso. Pinto. Y yo no maté a My, se lo aseguro a usted.

Me volví con agudeza y dije:

—Pues ellos creen que alguien aquí.

—¡Oh, vamos! ¿Quién fué el misterioso villano que llevó a My a través del río en la lancha de motor y regresó solo? Usted lo verá. Yo no sé manejar ninguna de esas cosas de motor, de todas formas.

Después comprobé que esta joven tan segura de sí misma, estaba a punto de romper en llanto. Las lágrimas habrían brotado rápidamente por entre la pintura de sus pestañas negras. Su nariz estaba arrugada, y ella volvió el rostro. En los pinos, por encima y más allá de la casa, el viento había comenzado a soplar con, un ruido de gemido. Una hoja llegó por el aire girando y desplomándose por entre la, luz anaranjada de las linternas chinas.

Dejé a la muchacha en la baranda llena de brisa, mirando a las aguas del río.

Mi guía de la lancha de motor estaba conferenciando en el umbral de la puerta, con, un individuo calvo, con facciones de querubín y vestido de negro, que luego se dirigió a raí en un inglés de fuerte acento y me pidió que lo siguiese.

El hombre añadió después:

^Si esto no le produce inconveniente alguno, señor, el señor Bencolin desearía verlo a usted inmediatamente en el saloncillo de la señorita Alison. Yo lo guiaré a usted.

Había un rumor en el pasillo. Después, apareció un salón amueblado descuidadamente, con una especie de gusto salvaje: y bárbaro. Había gruesas pieles de tigre y de oso en el suelo, y el brillo de dos linternas perforadas resplandecía en lo alto de las tapicerías. Pero allá al fondo pude ver, de una ojeada, un retrato. Por vez

primera la muerte alargaba la mano y me agarraba de la mía, en medio del viento y del silencio flotando sobre el Rhin. Era un retrato a todo tamaño de Myron Alison, personificando el personaje de Hamlet. Como si desease una autotortura, alguien había dejado una luz encima de él, y con una presencia viviente, los ojos del retratado miraban, abajo en el penumbroso vestíbulo...

Ciertamente, aquel Hamlet, con la mano en la espada y la cabeza echada hacia adelante, resultaba un fanfarrón. Flaco, dentro de sus ropas negras, con finos ojos grises, un perfil agudo y el pelo negro estirado. Pero no obstante, era un abrumador y terrible Hamlet mirando abajo con un brote de enfado o de locura, torciendo sus labios. Y sin embargo, Myron Alison debía contar ya cincuenta y cinco años cuando ese retrato fué pintado. Sus ojos me miraron especulativamente al propio tiempo que yo era guiado escaleras arriba.

Detrás de la puerta de un cuarto en la parte frontera de la casa, oí voces. Más bien dicho, oí una voz de tonos, resonantes, firme y decisiva. La voz pertenecía a una mujer, conforme descubrí cuando mi guía abrió la puerta.

La mujer estaba sentada a una mesa de jugar cartas, en una gran butaca cerca de la abierta ventana. Era una mujer maciza, una Matterhorn con vestido blanco, mirando abajo desde las heladas cumbres de sí misma. Cambió de postura en su asiento mirándome por encima de unos lentes sujetos con cinta, negra. Su cabello estaba laboriosamente peinado y era de un gris de humo y —puedo jurarlo— estaba fumando un negro cigarro puro, Pero a pesar de todas esas rarezas, no era un rostro desagradable. En redor de sus ojos había arrugas de risa. A pesar de su cuerpo fofo, se parecía notablemente a Myron Alison.

—¡Hola! —rompió a decir ella cuando yo entré—. Venga, venga. Bienvenido.

Me dirigió primero la más feroz de las ojeadas y luego sonrió. Agitó en el aire el puro y dijo:

—Soy Agatha Alison, pero llámeme usted Duquesa. Todo el mundo me lo llama. Siéntese usted.

Recostándome contra el borde de la ventana, vi entonces a Bencolin, que me saludaba con un ademán amplio.

—Hola, Jeff —dijo—. Debería usted de alegrarse por no haber venido con D'Aunay y yo. Nuestro auto resultó destrozado a veinte kilómetros de aquí. Estamos con un día, de retraso... No, nadie resultó herido. Le ruego a usted que continúe, señorita Alison.

Los lentes de pinza de la señorita Alison cayeron de su nariz. Entonces ella exclamó: "Maldita sea", y volvió a colocárselos resoplando. Después de unas placenteras chupadas a su puro, ella prosiguió:

—Sí, justamente llegaron esta tarde, señor... Su nombre es Marle, ¿no es así? Jerome D'Aunay no se ha repuesto todavía. No se ha repuesto del disgusto de haber destrozado su coche, quiero decir, y fulminantemente despachó a su chofer.

»Conforme estaba, diciéndole, ocurrió dos días después de la llegada de toda la

gente. Teníamos aquí a D'Aunay y su mujer, a Levasseur —¿sabe usted?, el violinista — y Sally Reine. El joven Dunstan llegó desde Londres el mismo día y nosotros insistimos para que se quedase aquí.

»Myron —continuó ella con calma— estaba realizando una verdadera exhibición teatral por Sally Reine. Aquel viejo tonto. De todas formas, eso fué después de cenar. Myron había dicho algo respecto a llevar a Sally a la otra orilla del río, en la lancha de motor, para contemplar el Castillo de la Calavera a la luz de la luna; así era él, sabe usted; pero tengo la seguridad casi absoluta, de que ella no fué. Además, es un salto un tanto difícil en la oscuridad. Yo le había hecho prometer a él que vendría aquí más tarde a jugar al póker conmigo y con mi doncella. Él era un maravilloso jugador de póker, ¿sabe usted? —admitió ella reflexivamente—. Y mi doncella también lo es...».

Tomó un paquete de cartas que tenía ante sí sobre la mesa, las contempló y volvió a dejarlas; Sus ojos grises y con arrugas, eran los de alguien que hubiera fallado en sacar simplemente un par de sotas. El viento jugaba con las cortinas azules de zaraza. Un estampido largo de trueno, se arrastró por las colmas cercanas.

—Recuerdo oír el motor de una lancha en el río, cual ellos dicen, pero no recuerdo qué hora era. La noche estaba muy calurosa y había luna. Frieda —ésta es mi doncella— y yo, estábamos sentadas aquí junto a la ventana, tratando de jugar mano a mano. Pero esto resultó imposible. Ignoro donde se encontraban todos los demás. ¡Oh! Sí, excepto Levasseur. Recuerdo haber oído su maldito violín tocando abajo durante todo el tiempo. Estudia más de la mitad del día. Creo que Jerome estaba acostado en su cuarto y todos los demás se hallaban cerca por toda la casa. —Eché una mirada al exterior por la ventana—. Está demasiado oscuro ahora, pero con luna, se tiene una buena vista del Castillo desde aquí.

Los árboles se movían y gemían, pero nadie realizó movimiento alguno para cerrar la ventana. Mirando al exterior, pude ver abajo, en el pórtico de mosaicos roí os, al criado calvo apresurándose a descolgar las linternas chinas de los postes donde colgaban.

Agatha Alison prosiguió:

—Recuerdo la hora porque yo estaba mirando el reloj y maldiciendo a Myron por no venir. Eran aproximadamente las diez y diez. Frieda y yo estábamos haciendo una confusión con nuestro juego. Y constantemente podíamos oír a Levasseur tocando su violín. En esos momentos estaba tocando un minué, o algo parecido, llamado “Amaryllis”...

Agatha silbó entonces unos cuantos compases de aquella tonada.

—Algunos dijeron después que habían oído disparos. Yo no oí disparo alguno ni tampoco los ovó Frieda. Pero yo oí el más sobrecogedor grito viniendo de allí... Miré por la ventana. Pude ver la gran calavera. La luna estaba alta por detrás del Castillo, pero brillaba sobre la cima de la calavera y de las ventanas que parecen ojos y la parte de una nariz.

»Y repentinamente, algo envuelto en llamas apareció corriendo en el lugar donde corresponde a los dientes. Era muy pequeño a esta distancia, pero parecía igual que un hombre envuelto en fuego y lanzaba alaridos. Podían oírse los alaridos por encima del agua del río.

»Comenzó a correr a lo largo de las murallas almenadas, en la parte que corresponde a la mandíbula de la calavera; corría salvajemente; y, maldita sea: jamás olvidaré que parecía estar bailando al compás de ese “Amaryllis”, de esa melodía. Y después, corrió a trompicones por una de las murallas y allí se quedó ardiendo».

Los ojos de la mujer se habían puesto fríos. Trató de alejar aquel horrible recuerdo; sin darse cuenta de lo que hacía, tomó y volvió a dejar el paquete de cartas. Su puro se había apagado, y súbitamente la mujer pareció haber envejecido mucho. Pero, a pesar de ello, pareció alcanzar una especie de aterradora jovialidad cuando dijo:

—Yo no lo sabía, claro es. Pero aquel hombre, era Myron.

## ANTORCHAS Y CLARO DE LUNA

Mientras hablaba, Bencolin había tomado una silla y ahora estaba sentado con las manos puestas en forma de pantalla sobre sus ojos, observando sus zapatos sobre la alfombra. Dijo:

—¿Y entonces?

—Salí corriendo hacia el vestíbulo y mandé a Frieda a buscar a Hoffmann —éste es el mayordomo— y a Fritz, mi chofer, que es el que maneja la lancha de motor. Les ordené que fuesen a la otra orilla y comprobasen allí lo que había ocurrido en el Castillo...

El detective se recostó en su asiento. La cruda luz en la estancia producía sombras bajo sus ojos embolsados, y sus cejas ganchudas caían sobre sus ojos.

—Un momento —interrumpió él—. Según entiendo, ¿ese Castillo no lo mantienen cerrado? El señor D'Aunay me ha informado que lo han tenido en reparaciones, cual ya lo estaba cuando el anterior dueño murió.

Nuestra anfitriona lanzó una exclamación que era como un gruñido y se volvió buscando cerillas.

—Hombre, hubiera sido imposible mantener un lugar tan grande como ese en las condiciones en que estaba. No. Los cuartos se mantienen cerrados. *Había* un encargado para cuidar de todo, pero, por Dios, hombre, aquél no podía encarnarse de quitarle el polvo a tantos cuartos como sólo el cielo sabe que allí existen, ¿o acaso podía?

—Ya apareció usted con otro *había*, señorita Alison.

—Dije *había*, porque el guarda desapareció —contestó nuestra anfitriona volviendo a encender su puro.

Bencolin puso una cara extraña...

—Bueno, se supone que usted es el mejor de los detectives, ¿no es así? —preguntó ella—. Puede usted renunciar al caso, si así gusta. Pero, sin embargo, voy a decirle esto. Myron no era muy bueno. Pero, era mi hermano. —Y la mujer golpeó sobre la mesa con una mano de palma muy gorda—. Y alguien tendrá que pagar por haberle hecho lo que le hizo. ¿Me oye usted?

—Alguien deberá pagar, cual usted dice —replicó el detective complaciente, mientras sus ojos llenos de interés investigador bajaban—. Por favor, continúe usted.

—Bueno. Estaba diciéndole a usted que envié a Hoffmann y a Fritz a, averiguar lo que había ocurrido. Cuando llegaron al embarcadero en esta orilla, descubrieron que la lancha de motor había desaparecido. Por lo tanto, tomaron una lancha a remos,

y en ella les llevó largo tiempo la travesía. Anclada en la otra orilla, encontraron la lancha de motor... Pero vacía. Echaron a andar hacia el Castillo, como ya le dije a usted, lo que supone una penosa ascensión. A medio camino de la subida, oyeron el ruido del motor de la lancha. Alguien estaba disponiéndose para regresar aquí.

Bencolin se sentó rígido.

La mujer continuó:

—Pero nadie vió quién era el ocupante de la lancha. ¿Sabe usted?, siempre hay alguien que está utilizando esa lancha, e incluso cuando nosotros oímos el motor en este lado, a nadie se le ocurrió acudir al embarcadero para averiguar quien andaba en ella. ¿Por qué habíamos de hacerlo? Entonces todavía no sabíamos nada de lo que le había ocurrido a Myron. Alguien trajo la lancha de regreso y volvió aquí sin que nadie lo advirtiese. Sí... Pero, estaba hablándole a usted sobre Hoffmann y Fritz. Cuando éstos llegaron a la otra orilla...

—Espere —dijo Bencolin—. Ya los interrogaré a ellos. Por el momento lo que más me interesa de todo es ver la escena del crimen. Exactamente..., la escena del crimen. Yo...

Nunca había visto yo a Bencolin tan excitado, tan fuera de sí mismo, y no podía comprender la razón de ello.

Una mirada impersonal, nunca lo hubiera observado, pero yo sabía... Aquel hombre siempre tan suave y sereno estaba fuera de sí. En la punta de su barba había una sonrisa delicada, mientras sus ojos abstractos buscaban por las esquinas de la estancia.

Pero yo sentía que súbitamente había perdido su serenidad. No planteó cuestiones interrogativas sobre el relato de la señorita Alison. La luz diurna no penetraba allí...

—¿Quién está encargado de la investigación?

—Bah —dijo Agatha Alison—. El Magistrado Konrad, de Coblenza. Pero está divagando, eso es todo. Sin embargo, a él lo tengo seguro. Le dije que él tenía que ordenar que todo el inundo quedase detenido aquí hasta que aclarásemos este asunto. Él me contestó que eso era contra la ley. Yo le dije que me las arreglaría perfectamente para hacer que fuese dentro de la ley... Hasta que Jerome se interpuso e insistió en ir a buscar al mejor detective que pudiese encontrar. Lo dejé hacer. Incidentalmente, creo que Konrad está furioso; me dijo esta mañana que ellos habían enviado a Berlín a buscar un as del detectivismo. Procedimientos en extremo irregulares, y todo lo demás...

Bencolin alargó la mano y cerró la ventana.

—Sí —murmuró Bencolin—. Sí. Y a propósito, Jeff —dijo volviéndose hacia mí, de repente—. ¿Ha comido usted alguna cosa?

Una orden de silencio brotó de los labios de nuestra anfitriona. Su rostro flácido mostró el más extraordinario arrepentimiento y se dió una palmada sobre la rodilla. Después exclamó:

—¡Dios mío! Hombre, perdóneme usted; he estado tan ocupada con todo este

asunto que... ¿No ha comido usted nada? ¿Y usted tampoco, señor Bencolin? — Volviéndose a mí, la Duquesa explicó—: Nosotros cenamos temprano. De hecho, su amigo llegó aquí sólo un par de horas antes de que llegase usted.

—¿Fué a causa del accidente? —pregunté yo.

—Sí. Después, Jerome tomó unas píldoras y se fué a la cama... ¡Bah! —disparó nuestra anfitriona—. Pero espere usted; ya arreglaré eso. ¡Hoffmann! —llamó.

Su voz explotó tan de repente, que yo di un salto. Casi de inmediato, la cara suave y grande del mayordomo apareció en el umbral. Una comida fría, dijo Bencolin que nos iría muy bien; y la señorita Alison habló de cerveza, con verdadero afecto. Nosotros presentamos nuestras excusas.

Afuera, en el pasillo, Bencolin se mantuvo inmóvil hasta que el mayordomo hubo bajado las escaleras. Había allí sólo una lámpara encendida y la alfombra acallaba todo ruido de pasos. Bencolin dijo quietamente:

—Jeff, ese accidente no fué casual. D'Aunay trató de matarnos a los dos.

Una vez más, la sensación de un mal que se aproximaba y que no era solamente algo sin forma sino que también era en extremo desbarajustado y siniestro, estaba cercando a la casa lentamente, como una tormenta de fuego. En mi mente aparecieron de un salto los fríos ojos azules de D'Aunay y sus rápidas manos.

Yo interrumpí:

—Pero el chofer...

—D'Aunay era quien conducía. Dejó al chofer en tierra. Fué por eso que yo pensé desde un principio que era sumamente extraño, porque, sabe usted, era él quien guiaba la limusina... Había una barranca con una altura de ochenta pies y el fondo de piedras. Yo sorprendí la mirada de él en el espejo retrovisor encima del parabrisas. Y le doy a usted mi palabra... de que aquellos ojos no eran los de un hombre cuerdo. Se agachó, dió un viraje al volante y al mismo tiempo empezó a abrir la puerta de su izquierda. Quizá pensó en saltar afuera...

El detective se encogió de hombros y luego continuó:

—Nos lanzamos hacia aquel precipicio. Pero le arranqué el volante de las manos y casi le rompí los brazos. El coche patinó: confieso que pasé un mal momento cuando oí nuestra rueda delantera rozando contra la orilla del precipicio. Y luego fuimos a chocar contra el parapeto en el lado opuesto...

Bencolin estaba abriendo y cerrando los dedos de su mano derecha y mirándonos fijamente. Luego las arrugas de la alegría se hicieron pronunciadas en torno a sus ojos...

—Sí, muy divertido. Más tarde, él estaba sentado en una granja bebiendo leche caliente. Y entonces me pidió que yo no mencionase el hecho de que era él quien iba guiando. Me dijo que está sujeto a ataques nerviosos... Lo cual es la razón de que el médico le aconsejase descanso. A veces pierde el control de sus músculos y por esta razón se supone que no debe manejar un coche. Me dijo que si su mujer se enterase de esto...

—¡Caramba!

—¡Ah!, pero lo llevó a cabo, Jeff. Hay una persuasión insidiosa respecto a él, O quizá él realmente está sujeto a esos ataques... Como quiera que sea, nos pusimos de acuerdo para echarle la culpa al chofer...

—¿Pero seguramente —protesté yo— él debe saber que usted sospecha lo que en verdad ocurrió?

Bencolin se encogió de hombros.

—La audacia, Jeff —contestó él—, constituye más de la mitad de la sólida e irrompible fuerza que ha hecho de él lo que él es. Y una vez que pierde eso, su mundo se hace pedazos. Sus ojos se convierten en aquellos ojos que yo vi en el espejo. Y yo pienso que momentáneamente perdió esa creencia en su invencibilidad, porque...

—¿Por qué?

Las líneas profundas se apretaron bajo el pequeño bigote y la barba puntiaguda. Bencolin pareció gigantesco en el sombrío pasillo, con sus hombros cuadrados.

—Mientras estuvimos hablando allí en el restaurante “Laurent”, algo que dijo él, me sugirió a mí una pregunta. Y luego, muy repentinamente, se abrió una puerta en mi cerebro.

Bencolin hizo un ligero ademán.

—No estaba basada esa cuestión en ningún razonamiento, —prosiguió—. Pero yo vi iluminadas las formas de una cosa compleja y mortal. Me pareció ver toda la verdad respecto a la muerte de Maleger. Era solamente, si usted quiere, una visión, y sin embargo, es posible que él descubrió lo que había en mi mente.

—Misterios —dije yo. Estaba pensando en un vapor del Rhin y en Brian Gallivan hablando en el anochecer de una mano invisible que había lanzado a Maleger a su muerte. Pero yo no hablé de Gallivan en esa ocasión. Cuando volvíamos hacia la escalera, un enorme retumbar de truenos invadió la casa y rodó en ecos atronadores, caído del cielo. Todas las ventanas de cristal temblaron.

No había nadie en aquel vestíbulo bárbaro de abajo, donde el retrato iluminado nos seguía a todos con la mirada. Encontramos el comedor al fondo, en el cual Hoffmann acababa exactamente de servirnos una comida fría. Y progresivamente, tuvimos la impresión de estar caminando por habitaciones cuya atmósfera nos llevaba de retorno a los reinos donde las manos invisibles eran cosa posible. El comedor estaba oscuro y con pesados cortinajes, y amueblado con macizos objetos florentinos. Ahora los muebles tallados tenían sus diseños en sombras, bajo la escasa luz de siete altas velas en un candelabro de plata, colocado entre los platos sobre la mesa del refectorio. Era una comida inmensa, comprendiendo de todo, desde caviar a *roast-beef*; Hoffmann había añadido a la comida cerveza, oporto y una botella de champán en un cubo con hielo.

—Espere un momento, Hoffmann —dijo Bencolin atacando a los bocadillos. Había hablado en alemán; pero como mi propio conocimiento de ese idioma era de la más elemental variedad, cambió para hablar en inglés—. Un momento, Hoffmann;

hay unas cuantas preguntas...

El mayordomo dijo:

—Sí, señor, diga usted.

Hoffmann se mantenía con aire entre ingenuo y culpable, con su pesado cuerpo en equilibrio y la cabeza completamente calva inclinada un poco hacia un lado. Con sus pálidas cejas bajo una prominente frontal, sus ojos redondos y azules, una gruesa nariz y unos labios caídos, parecía más bien una muñecona de media edad. Su voz era de bajo profundo. Volvió a decir:

—Sí, señor. ¿Quiere usted que yo abra la botella de champán?

—Por supuesto que sí. ¿Lleva usted mucho tiempo al servicio del señor Alison, Hoffmann?

—Llevo tres años a su servicio, señor. Desde que se retiró del teatro —explicó el mayordomo al mismo tiempo que se ocupaba del champán.

—Bueno. Sí. Pero tengo entendido que él era dueño de esta casa mucho antes de eso.

—Sí. Así lo creo yo. Era de su propiedad desde hacía muchos años.

Hoffmann estaba haciendo girar la botella, con dedos expertos, dentro del cubo de hielo y observándonos furtivamente.

—¿Era un buen patrón?

—¡Ah!, muy, muy bueno, señor.

—Era fácil servirlo, me supongo yo.

—¡Ah! —volvió a decir Hoffmann apretando unos labios dubitativos.

Se oyó el estampido del corcho, al saltar un suave y cremoso burbujeo, y el mayordomo vertió el pálido vino con delicadeza en dos copas de tulipa.

—*¡So, meinherren!* Era un artista mi amo, y tenía temperamento en un grado no pequeño; señor, usted puede comprenderlo. A veces era una verdadera furia. No estaba satisfecho porque ya no recibía tantas cartas de sus admiradores como antes. Su cabello...

Hoffman hizo gestos en torno a su propia cabeza calva, y titubeante dijo:

—Y se puso gordo, señor, a pesar de que hacía ejercicio.

El Hamlet del cuadro al óleo.

—¿Acaso iba él con frecuencia a aquel Castillo?

—¡Oh! Sí, señor. Le gustaba pasear por las murallas del Castillo en la noche y recitar versos. Pero no le gustaba que otros entrasen al interior del Castillo. No les permitía entrar. Se lo mostraba sólo desde fuera, ¿comprende usted?

Bencolin hizo una pausa con la copa de champán a mitad del camino de sus labios, frunció el ceño y volvió a dejar la copa deliberadamente sobre la mesa. Después de un tiempo, preguntó:

—¿Había un cuidador encargado del Castillo, creo yo?

—Sí, señor. El pobre Bauer —murmuró el mayordomo parpadeando—. Bauer estaba un poco tocado de la cabeza pero era inofensivo. Vivía dentro y cuidaba de la

puerta. Raras veces salía. De noche, usted podía ver su linterna yendo y viniendo a lo largo de las murallas haciendo la inspección, señor. Cada noche... Excepto *aquella* noche...

—Ya veo... ¿No le importaría a usted decirnos exactamente lo que ocurrió cuando usted realizó su desgraciado descubrimiento *aquella* noche?

Hoffmann había abierto su boca para hablar, cuando miró por encima de nuestros hombros y se detuvo.

Había llegado al comedor una mujer pequeña que contemplaba a Bencolin como si esperase verlo víctima de una terrible herida. Era bonita, y con un poco más de color, hubiera sido casi hermosa. Sus ojos eran profundamente oscuros y su ondulado cabello, recogido con soltura en torno a su cabeza, tenía un matiz indefinido de color dorado; pero sus labios eran casi tan pálidos como su rostro y unas sombras hacían salir al exterior la turbación de sus ojos oscuros. Vestía un traje azul... que era en ella la única cosa vivida. Cuando se dirigió hacia nosotros, se comprobaba que hasta el vestido no armonizaba tampoco. En el conjunto de esta mujer, uno pensaba solamente en una cosa: uno pensaba en la palabra agotamiento.

—Les pido a ustedes perdón —dijo con una voz delgada con acento marcadamente inglés—. ¿Es usted el detective de París? ¿Habla usted inglés?

—Un poco, señora —dijo Bencolin. Este sonrió y los ojos de ella se iluminaron un poco—. No he tenido el honor de conocerla a usted, señora.

—Gracias. Yo soy Isobel D'Aunay.

La mujer estaba dándole vueltas a su anillo de matrimonio y moviéndolo arriba y abajo del dedo medio. ¡Qué mujer! La esposa de D'Aunay... Yo me había imaginado a una asentada belga, repleta de sentido común, que tendría sus ojos alerta en las cestas del mercado, aunque estuviesen respaldándola los millones de D'Aunay. Y yo pensé: Señora Isobel, con todo esto usted está pasando unas horas muy malas.

Ella continuó:

—Yo lo sentí terriblemente cuando me enteré de su accidente. Yo..., yo espero que no haya sufrido usted daño alguno.

—Ningún daño, señora, y le doy las gradas. —Bencolin me presentó, y después de las presentaciones ella quedó titubeante.

—¡El pobre Jerome!, está verdaderamente afligido por ello. Está acostado ahora. Realmente, no puedo comprender como pudo ocurrir semejante cosa. Charles es un conductor tan cuidadoso.

Las palabras de ella eran fugares comunes, dichas casi en tono monótono, pero sus ojos quietos y negros hacían interrogantes. Ella preguntó al azar:

—¿Me supongo que ustedes enviaron a Charles de vuelta a la ciudad?

—¿El chofer? ¡Oh, sí! Hicimos el resto del viaje por tren.

Las preguntas implícitas de Isobel, quedaron sin respuesta. La expresión de Bencolin, suavemente sorprendida, daba a entender que él consideraba la cuestión del chofer de no mayor importancia que el bocadillo que tenía en su mano.

—Desde luego. —Ella sonrió. Después trató de hablar ligeramente, alzando un poco su voz—. Bien, yo..., yo espero que usted ponga en claro directamente este horrible asunto. Ha sido más bien un tiempo de prueba para todos nosotros. ¿Yo me imagino que usted quiere interrogarnos a todos nosotros nuevamente?

En sus maneras, ella trataba de poner más aún de aquella ligera suavidad, que era casi coquetería, pero esto concordaba malamente con los pálidos labios y los cansados ojos oscuros. Hizo un ademán con la cabeza, pero evitaba el mirarlo a uno a la cara.

—Me temo que así será necesario, señora D'Aunay.

—¡Oh! Nosotros ya estamos acostumbrados a ello. Ese hombre terrible de Coblenza nos ha perfeccionado en los papeles que representamos —murmuró ella sonriendo otra vez—. La señorita Reine y Sir Marshall Dunstan y yo, nos encontraremos en la biblioteca, caso de que usted nos necesite...

La voz gutural se desvaneció. Recordé aquella bailarina de papel y lentejuelas, que estaba frente a la casa de muñecas, en un cuento, y fue arrancada por una corriente de aire para ir a caer en el fuego de la chimenea.

Bencolin se volvió hacia Hoffman, cuando la mujer se hubo ido.

—Y ahora, veamos. ¿Cuáles fueron los acontecimientos de la noche del crimen?

—Respecto a eso, señor, yo no sé mucho, excepto respecto a mí mismo —respondió el otro—. Les serví los licores y el café en la biblioteca. Después de eso, fui a inspeccionar la recogida del servicio, y a continuación me marché a la despensa. No salí de allí. Estuve repasando algunas cuentas y después permanecí sentado escuchando al señor Levasseur tocar su violín. Ciertamente, es un gran artista. Sí. Famoso.

—¿Dónde estaba el señor Levasseur?

—En el salón de música, señor; está al otro extremo de la casa, pero pude oírlo casi bien. Algunas veces, tocaba cosas magnificentes; otras veces, se limitaba a divertirse a sí mismo con piezas ligeras. Como esa “Amaryllis”, que es la que estaba tocando cuando yo oí a la señorita Alison llamar desde arriba, y Frieda bajó corriendo a buscarme. Me ordenaron que buscara a Fritz y que marchara allá... Fritz estaba en la cocina.

—Y cuando usted llegó al embarcadero, ¿descubrió que había desaparecido la lancha de motor?

Hoffmann tragó saliva con dificultad. Su excitación estaba creciendo por momentos y su rostro enrojeciendo.

—Sí, señor. Y entonces tomamos la lancha de remos.

—Espere un momento: ¿cuántas lanchas hay allí?

—Sólo dos, señor. La de motor y la de remo. Bueno, subimos Fritz y yo y le dije a aquél: “Fritz, rema con todas tus endiabladas fuerzas”. Porque podíamos ver un cuerpo que estaba en lo alto de las murallas sobre uno de los parapetos, y ese cuerpo estaba ardiendo. ¡Y cómo cruzamos el río bajo la luz de la luna...! Y cuando

llegamos, resultaba todo extraño...

—¿Y bien? —preguntó Bencolin mientras el otro fruncía el ceño.

—De esto no me di cuenta en aquel momento, señor, pero lo recordé más tarde: que la lancha de motor estaba atada al pequeño desembarcadero, sí. Pero —sabe usted— la corriente del río es muy rápida. Nosotros siempre atamos la lancha a la roca, al lado del desembarcadero. Esto lo hacemos porque la corriente choca con los pilares del pequeño muelle y así no habrá peligro de que la lancha se suelte y sea arrastrada por las aguas. Pero ahora estaba atada frente al desembarcadero y tirando de la cuerda. No importaba.

»Corrimos a través del desembarcadero, y empezamos a ascender. Era muy arduo. Siempre he tenido miedo a esa escalada. No está —¿cómo diría?— bien cuidada. Cualquiera día, el Rhin crecerá, barrerá toda la base y...

»Pero estaba diciéndole a usted, señor —y Hoffmann alzó en alto sus manos—, que a mitad de la subida me encontraba una vez pintando y casi me caí. Me agarré a un arbusto y desde allí miré a lo alto. Y allá arriba, por encima de mí, vi toda aquella muralla y me sentí completamente mareado al contemplarla por encima de los árboles. Y mirando, abajo, aparece negra, pero la luna brilla por encima de las copas de los árboles. Entonces resulta pálido y usted puede ver las piedras toscas y las murallas. Vi la mano de un hombre en llamas agitarse por encima de uno de los parapetos y me sentí casi enfermo.

»Pero aún hubo algo más. Además de eso, vi otra cosa, aunque sólo por un momento. Una cosa vasta como una sombra. Como una sombra recortada contra el cielo blanco. Tenía la forma de un hombre, con una antorcha encendida en la mano y estaba asomándose a mirar desde lo alto de las murallas. Después, mientras yo lo observaba, desapareció».

## POR TEMOR AL HOMBRE LOBO

Después de una pausa, el mayordomo continuó:

—Nos llevó largo tiempo ascender a lo alto. Esto le dió a aquella sombra tiempo para bajar y ocultarse a nuestro paso entre los árboles. Porque antes de que alcanzásemos la cima, ya oímos abajo el motor de la lancha funcionando.

—¿Y después? —apremió Bencolin al ver que Hoffmann ensayaba una sonrisa enfermiza y paraba de hablar.

—Las puertas de madera de la entrada de las murallas permanecían cerradas, pero no con llave. Las abrimos. Me pregunté entonces dónde podríamos encontrar al viejo Bauer, el cual no contestaba a nuestras llamadas. Más allá de la entrada, hay un pasaje muy largo de piedra que va a través de las murallas en un gran trecho. Sobre el suelo, en medio de él, estaba caída la antorcha encendida que había sido abandonada allí. Nos apresuramos corriendo hacia el patio, subimos las escaleras hacia lo alto de las murallas cruzando entre arcos Hasta los dientes de la calavera, y entonces nosotros encontramos...

Hoffman prosiguió:

—Fritz se sacó su chaqueta y... se quemó las manos pero casi extinguió por completo el fuego. Fritz es un bravo, Pero desde luego todo fué inútil. Sin embargo, por lo menos la cabeza del hombre no estaba terriblemente herida, y he aquí que cuando lo tendimos blandamente, descubrimos que era nuestro patrón.

»Yo me sentí todo tembloroso, y Fritz, a pesar de ser un hombre tan bravo, se sentó en uno de los parapetos temblando también y pude ver a la luz de la luna que estaba llorando».

Allí estaba, pues, tendido sobre su espalda, en lo alto de las murallas barridas por el viento, Hamlet, con las ropas todavía humeantes. Y dos temblorosos criados a su lado. La luna allá en lo alto, y el Rhin deslizándose abajo, sombreado por la gran calavera de piedra... Allá atrás aparecía el cuarto de las siete velas, y la mandíbula de Hoffmann temblando.

—Sí —dijo Bencolin suavemente—. Ya veo. ¿E investigaron ustedes?

—No. No, señor. No pudimos. Ni siquiera miramos para averiguar lo que le había ocurrido al viejo guardián. Nos limitamos a alzar al patrón cuidadosamente y a bajarlo. Lo tendimos en medio de la lancha. Fritz insistió en ser él quien remase, a pesar de tener las manos quemadas, y yo me senté en la popa mirando...

—¿Pero, y la policía? ¿Qué descubrió la policía?

—Señor, yo no lo sé. El magistrado Konrad no lo dirá. Se limita a decir: “Los

detectives nunca hablan”. Tendrá usted que preguntarle a él.

—¡Oh!, estúpidos —exclamó Bencolin pellizcando el borde de la mesa—. Si él persiste en esa actitud, nunca llegaremos a ninguna parte. ¿Sabe usted si acaso encontraron el arma? Tengo entendido que el señor Alison recibió un tiro.

—Yo no sé, señor. Aunque creo que no. —Hoffmann bajó la voz a un tono confidencial y añadió—: Pero los criados me han dicho que el magistrado no va a continuar mucho tiempo a cargo de la investigación. Sabe usted, dicen que de Berlín envían ahora a uno que sí es competente. ¡Van a enviar al gran von Arnheim!

Suavemente, el mayordomo miró a Bencolin, y por vez primera no pudo impedirle el dar a su voz un tono protector.

Bencolin castañeo sus dedos. Sus ojos se abrieron con un gesto de agradable sorpresa.

—¿Ha oído usted, Jeff? —me preguntó.

Yo había oído. Ya sabía algo sobre *Herr* Barón Sigmund von Arnheim, Inspector Jefe de la Policía de Berlín. Porque yo había oído historias de esa época, años antes, cuando él y Bencolin habían jugado el complicado juego del “Yo espío”, a través de media Europa, y uno y otro movían las piezas sobre un mortal tablero de ajedrez detrás de los cañones.

—Eso será muy bueno, Hoffmann —dijo el detective—. Ahora puede usted marcharse. Ya habrá nuevos interrogatorios más tarde...

Una vez que Hoffmann nos dejó solos, pude ver que el viejo Bencolin había recobrado su propia personalidad. Se quitó los lentes con un ademán jactancioso. El labio del bigote, se alzó en una sonrisa mostrando los dientes sobre la barba puntiaguda. La luz de las velas acentuaba la prominencia de sus pómulos y las arrugas detrás de ellos. Y después, brotó la alegría de sus ojos agudos. Exclamó:

—Así, pues, von Arnheim va a venir aquí. Brindemos, Jeff. Esto es mucho mejor de lo que yo podía esperarme. Es magnificante para mí; no seré un bobalicón, por primera vez en mi vida, ante tal incentivo. Coma usted. Tenemos trabajo que realizar.

Pero no pude conseguir que me dijese una sola palabra. Terminamos presurosamente la comida y bebimos el champán; después, nos dirigimos al vestíbulo. Cuando estábamos en camino, la puerta y las ventanas resplandecieron de blanca bajo los efectos de un rayo. El bramido espumoso de los árboles, fué ahogado por el estampido del trueno, tan cercano, que hacía saltar el corazón; y después, con súbito furor, estalló la tormenta. Esta se lanzó contra las ventanas, ametrallándolas con el granizo, como si fueran proyectiles. Silbaba en los tilos y en el pórtico. Se alzaba con un redoblar gigantesco y murmuraba en cada rincón de la casa.

Allá al frente, desde detrás de una puerta, una voz excitada gritó:

—Yo te digo, Sally, que todo eso huele mal. Abandona ese asunto, ¿quieres?, y cállate.

Bencolin abrió las puertas plegadizas. Nos encontrábamos en una amplia biblioteca de techo combado. Las lámparas de la pared se reflejaban en un piso

brillante y oscuro, en los lomos de los libros, en los cristales de los retratos iluminados, opulentos de color. Retratos todos ellos de Myron Alison: Alison en el papel de Macbeth; Alison en el papel de Cyrano; Alison en el de Tartufo. Esto desbordaba el mal gusto para convertirse en un santuario de locura. En el centro de multitud de butacas dispersas, Sally Reine estaba de pie junto a una mesa, sobre la cual un gramófono portátil estaba tocando “El desfile del Amor”.

Al abrir las puertas plegadizas al final de la biblioteca, aparecía un salón de billar. Un hombre joven estaba, caminando entre las mesas, llevando un taco de jugar en la mano. Su cabello claro estaba recortado y sus ojos oscuros revelaban enfado.

—¿Quieres apagar esa cosa estúpida? —pidió él—. Sally, por favor, sé una buena compañera. Bien sabes que no está bien el...

Ella colocó un brazo defensivo en torno al salvaje y chillón gramófono. Su cabello negro y ondulado fue echado atrás con un movimiento y su rostro agudo se irguió.

—No lo haré —gritó ella—. No quiero que este sitio continúe siendo por más tiempo como un cementerio. De todas formas, a ti no te importa nada. Tú...

“Tú eres mi i-de-al, mi desfile del amor...”, lanzaba al aire la máquina musical. Las ráfagas de lluvia barrían en oleadas los cristales de las ventanas. La lima sorda del ambiente cortaba los nervios de todos; el histerismo estaba en creciente...

—¡Oh!, yo decía... —murmuró el joven a tiempo que observaba nuestra entrada. Avanzó el taco que tenía en su mano. Sally Reine apagó el gramófono y el repentino cese de ruidos, dejó como una cola temblorosa. Ahora ya sólo podíamos oír el sombrío tumulto de la tempestad.

El joven dijo:

—Yo..., bien... Buenas, noches...

Nuevamente el joven miró al taco cual si hubiera deseado hacerlo desaparecer de sus manos.

—¡Hola! —dijo saludándonos con naturalidad la muchacha. En un breve instante, pareció estar disfrutando de la situación. Colocó un cigarrillo entre sus labios muy gruesos y rojos; sus ojos nos miraban con expresión burlona—. Acérquense ustedes aquí y agreguen sus respectivos y brillantes temperamentos a las circunstancias. El señor Bencolin, el señor Marle... y *Sir Marshall Dunstan* —dijo presentándonos.

Dunstan se inclinó. El claro cabello cayó en desorden sobre su, frente. Era un rostro sensitivo; fino en la parte de las mandíbulas, con una larga nariz, una boca insatisfecha y unos ojos inquietos. Ya había arrugas entre sus cejas. Por alguna razón, tenía una expresión muy turbada.

—¿Cómo están ustedes? —nos preguntó. Y añadió con tono dubitativo—: ¿Querrán ustedes...?

Tomamos las dos sillas que él nos indicaba con un gesto. Después, sutilmente, Bencolin tomó el mando de la situación.

Este hombre podría ser genial cuando se decidía a serlo; recostado en su asiento,

con un puro entre los dedos, habló ligeramente pero con franqueza de todo el problema. Mencionó la incongruencia de inmiscuir a detectives franceses en crímenes alemanes. Discutió las divertidas posibilidades de un encuentro entre él y el Barón von Arnheim, y trazó el diseño de una de las más intrigantes historias de espías de los tiempos de la guerra.

—Así, ya lo ven ustedes... —dijo él mirando divertido a la punta de su puro—. Ciertamente, yo habré de necesitar ayuda. Nosotros debemos aliarnos y permanecer unidos.

Dunstan había estado escuchando la historia de espionaje con absorto interés, inclinado hacia adelante en su asiento y con el entrecejo fruncido. Ocasionalmente murmuró: “¡Qué fantástico!”.

Sally Reine, con el vestido recogido y sentada en un diván, lanzaba anillos de humo al espacio con expresión aprobadora. A espaldas de Dunstan, hacía guiños y aplaudía con silente satisfacción.

La señorita Reine gritó:

—*¡Vive la France! ¡A bas le boche!*<sup>[1]</sup> Esa es una excelente proposición, Duns. Empiezo a sentirme ya un poco menos culpable.

—Tú eres una especie de agudo policía —observó Dunstan alisándose el cabello—. ¿Sabes?... —arrugó el entrecejo como buscando palabras adecuadas—. Lo peor de verse atrapado en este maldito lugar, es la comprobación, la horrible comprobación...

—No te pongas dramático, Duns, por favor —lo apremió Sally Reine.

Él se volvió hacia ella indignado, con los colores subiéndole al rostro.

—Yo no me pongo dramático, Me consta que no es así. Olvida eso. Estoy simplemente tratando de explicar las cosas. Quizá yo no sirva para explicarlo. Pero lo que yo quiero decir, es que alguien aquí, ahora mismo, bajo este techo, es el que mató a Myron. Alguien con el cual nosotros comemos y bebemos y hablamos..., y cada vez que uno se encuentra a solas con otro, uno repentinamente se pregunta si el otro no se volverá loco y nos asaltará para asesinarlos. Uno está siempre sintiéndose sospechoso; mira detrás y... todo esto es lo más horrible que puede imaginarse, porque se trata de gentes a las cuales uno ha conocido desde hace años. Uno recuerda el aspecto que tenía Myron, y luego su cuerpo ardiendo y la mitad de su rostro carbonizado...

—Tómalo con calma. Deja de decir esas cosas, Duns. ¿Me oyes? —gritó la muchacha. Y al mismo tiempo, lanzó su cigarrillo a la chimenea vacía y apagada.

—¿Usted comprende lo que yo quiero decir, verdad? —dijo el hombre, en tono suplicante, a Bencolin, con el rostro lleno de ansiedad—. Y luego, hay algo todavía peor que todo eso...

—¡Oh!, indudablemente —interrumpió Sally Reine.

Pero a mí me pareció que por segunda vez esta noche, ella se encontraba muy cerca de estallar en llanto. Había una aguda ansiedad en la mirada de compasión,

medio enloquecida, que ella le dirigió.

—Escucha. Yo tengo que sacarme esto fuera del pecho —suplicó él al mismo tiempo que sus dedos nerviosos se mesaban la barbilla—. Sabes, es para preguntarse si quizá..., y esto es lo peor..., si yo mismo pude haberlo hecho. ¡Oh!, bien sé que no lo hice. Lo sé; pero a pesar de ello, ustedes se quedan con la idea de que bien pudiera ser que yo realmente lo hice. Es lo mismo que cuando uno ha estado bebiendo y después, durante algún tiempo, hay momentos vacíos de aquella borrachera que uno no puede recordar. Y uno se pregunta si cometió alguna estupidez entonces. Uno sabe que no, pero de todas formas.

»Y después —susurró— uno pasa por siete diferentes variedades de infierno, hasta que el tiempo nos trae el olvido. O puede ocurrir que no... Yo no estaba borracho anoche; sólo había tomado unas pocas copas; pero sin embargo, cuando trato de recordar todas las cosas, no puedo...».

Respiró profundamente.

Sally Reine dijo:

—Te estás portando como un tonto, Duns.

Él asintió, mirando a la alfombra, y dijo:

¡Oh!, ya lo sé. Sólo Dios sabe que yo tengo buenas razones para estar seguro de que yo no pude haber...

Se produjo una pausa. El miedo brotó en los ojos de Dunstan al propio tiempo que se callaba. Había dicho demasiado, cual todos nosotros teníamos la sensación, pero yo era uno de los que no comprendían. Los latigazos de la tormenta descargaban sobre nuestras ventanas y sobre los lados de la casa, y por momentos era cual si las olas se alzasen y se estrellasen contra aquélla. Los marcos de los retratos del hombre muerto, temblaban. Bencolin, con expresión pétrea, observaba el humo de su puro, ascender en curvas a lo alto.

—Supongamos, señorita Reine —sugirió Bencolin— que usted trata de contarnos lo que realmente ocurrió esa noche.

Ella respondió muy pálida:

—Quizá sea mejor, ¿no es así?... Bueno, ya se lo he contado media docena de veces a esa morsa de Konrad, y he tratado de recordar otras cosas... ¿Qué quiere usted que yo le diga?

—Todo, por favor. Empezando por la cena. ¿Parecía el señor Alison... turbado?

—¿Turbado? Oh, no. Estaba de espíritu excelente. Y muy bello también, aunque yo ya sabía que llevaba corsé para mantener su atlética figura. Estuvo bromeando durante toda la cena. Hubo solamente una cosa...

—¿Qué fué?

Ella arrugó el ceño, mordiéndose el labio superior.

—Bueno, se lo diré a *usted*. No se lo dije al viejo Konrad, porque, ¿de qué habría servido? Y es que yo creo que My tenía miedo a los fantasmas.

—¿Fantasmas?

—Sí. Habíamos venido aquí para tomar el café. Levasseur —¿ya lo conoce usted? — es un pequeño y un tanto barrigudo francés, todo dientes e inclinaciones, pero también un estupendo violinista... Levasseur estaba hablando sobre el Castillo de la Calavera. Y dijo algo así: “Sabe usted, *monsieur*; usted nunca nos ha mostrado su Castillo. Hemos oído decir que hay habitaciones extrañas”... Myron estaba de pie bajo aquel retrato de él mismo, en el papel de Romeo —le gustaba posar debajo de sus retratos—, con una taza de café en la mano. Su cabello era negro como el mío, ¡imagínese usted! Sonrió y dijo algo sobre que el Castillo estaba cerrado y en ruinas y no se encontraba en situación adecuada para visitarlo, Levasseur dijo: “¡Ah!, pues si es así, tanto mejor. Eso me place. ¿Por qué no llevarnos al grupo entero y pasar toda la noche allí? Yo tengo la seguridad de que está embrujado. Estoy seguro de que veríamos a un hombre lobo”.

El rostro de Sally Reine tenía expresión pensativa, y aquélla apoyó la barbilla en sus manos.

—Bueno, el caso es que todos empezamos a gritarle para que secundase la idea. La Duquesa golpeó con una mano su rodilla y dijo que era la más estupenda idea del siglo. Pero, ¡santo Dios!, yo estaba observando a My. Tenía aspecto de sentirse espantado. Su taza tembló sobre el platillo, y repentinamente pudimos ver lo viejo que era. Entonces, aquí Duns —y señaló hacia el joven, que hizo un gesto de desafío—. Duns dijo una indiscreción. Había bebido bastante vino en la cena. Rió y dijo: “Yo digo, señor, que usted no le tiene miedo a los muertos, ¿verdad?”.

»Fue algo así como si una persona hubiese lanzado de pronto una frase obscena. Estábamos tan quietos, tan mortalmente quietos, que pudimos escuchar todos a Hoffmann colocando la bandeja con los licores sobre la mesa. My estaba... pálido como la cera. Entonces, Jerome D’Aunay intervino, hablando en su estrafalario inglés, y dijo: “¿Y no sería mejor que jugásemos una partida de billar?”. Pero esta servidora de ustedes —dijo la muchacha inclinándose— salvó la situación. Esta heroína intervino alegremente y dijo: “Tranquilícense todos ustedes. Él me ha prometido enseñarme el Castillo a mí sola, a la luz de la luna. ¿No es así, My?”. Después dirigí una mirada a cada uno de los presentes con expresión de estar enterada. Y entonces pude ver que él se sentía agradecido hacia mí y dijo: “Claro que sí”, y se echó a reír... ¿Tienes un cigarrillo, Duns?».

El joven le pasó a la muchacha su pitillera. Ella la miró con humorística meditación, pero no encendió el cigarrillo. Una ventana estaba golpeando en alguna parte en el piso alto, bajo, el eterno azote de la tempestad.

—Después My se excusó y yo fui con él al vestíbulo. Entonces, hizo un débil esfuerzo sugiriendo: “¿Quieres que vayamos?”. Pero yo me limité a decirle: “No, Myron; te castigo no yendo contigo por no haberte comido tus ostras esta noche. Así, irás solo”.

»Pero adonde en realidad iba él, era arriba, a trabajar en su libro. Había estado escribiendo sus memorias y pasaba mucho tiempo, encerrado en su cuarto.

»Estaba de pie al comienzo de la escalera, mirando al exterior de la puerta principal. Después, comenzó a subir. Y esa fué la última vez que lo vi...».

—Un momento, —interpuso Bencolin—. ¿A qué hora ocurrió eso?

—No estoy segura. Pasaba un poco de las nueve, me parece.

—Entonces en ese momento preciso, ¿no tenía él intención de ir al Castillo?

—Yo creo que no... De todas formas yo me fui al balcón, y me senté en la balaustrada y me puse a pensar. Era una noche deliciosa, sabe usted. Vi un par de barcos iluminados que pasaban por el río abajo, y había como una especie de brisa perfumada... —Aspiró profundamente y su boca se contrajo casi en un estornudo—. Yo estaba bañándome de luna como una tonta. Lo sé. Luego, cuando volví adentro...

—¿Cuánto tiempo había pasado?

—No tengo la más ligera idea —respondió ella tensamente, y encendió el cigarrillo con gesto decidido—. Cuando volví adentro, el grupo se había dividido. D'Aunay y la Duquesa iban a subir al piso superior. Él estaba diciéndole a ella todo cuanto sabía sobre los saludables valores de la leche caliente tomada por la noche; y ella estaba dando la última mano de póker. Esta no es una casa muy ortodoxa, sabe usted: usted hace lo que le dada gana... Entonces, pude oír a alguien que chocaba botellas en el comedor...

—Ese era yo —interrumpió *Sir Marshall Dunstan*.

—Sí. Tenías que ser tú —exclamó la señorita Reine—. También oí a Levasseur arrancando notas de su violín.

—¿Y la señora D'Aunay?

—¡Ah!, no sé. Diré que se encontraba por ahí, en cualquier parte. No sintiéndome muy bien de ánimo, me fui a la biblioteca. Me dirigí a una butaca en aquella esquina, junto al salón de billar y tomé un libro. La única luz que había era la que estaba al lado de mi butaca; y además, ¿qué me dicen ustedes de estar escuchando el viento en los árboles y todo lo demás? Con todo lo cual, me sentí melancólica. Levasseur comenzó a tocar su violín suavemente, y eso también contribuyó a mi melancolía. Estaba a punto de comenzar a dormirme, cuando oí unos pasos en el vestíbulo.

Al llegar aquí titubeé, añadiendo luego:

—Esos pasos se dirigían hacia la puerta principal, caminando más bien de prisa. Claro es que yo no presté atención a ello en ese momento.

—¿Y esos pasos eran de hombre o de mujer?

—No lo sé. Parecían ser de dos personas, y además parecía también que hablaban en voz baja. Era imposible discernirlo. Indudablemente, debía ser Myron y...

—El asesino —completo Dunstan.

—Si tú insistes, era, pues, el asesino. Y eso es todo lo que yo sé, realmente. Después, debí quedarme dormida. Lo primero que recuerdo es haber tenido la consciencia de unos gritos terribles, lejos, en alguna parte, y haber oído a la Duquesa ordenando alguna cosa desde el vestíbulo de arriba. Me levanté todavía un poco soñolienta y preguntándome a qué se debería todo aquello. Pero ya en esos

momentos, Hoffmann y Fritz habían comenzado a bajar al embarcadero... Ya sabe usted lo que ocurre cuando uno acaba exactamente de despertarse. Traté de averiguar lo que estaba ocurriendo, pero Levasseur se encontraba aún tocando su violín —me supongo que él no había oído nada— y no quise molestarlo en sus ejercicios.

»Subí y le pregunté a la Duquesa. Ella se mostró preocupada, pero dijo que no se trataba más que de un susto..., que lo olvídase y cosas análogas, sabe usted.

»Por lo tanto, volví a bajar y me quedé de pie en el pórtico. En lo alto de las murallas del Castillo Dude ver unas sombras en movimiento..., eran Hoffmann y Fritz. Y eso es todo».

—¿Estaba usted en el pórtico cuando se oyó de regreso la lancha de motor?

Su respuesta fué rápida.

—Debo haber estado allí. Pero me temo que no presté gran atención a eso. Hay constantemente ruidos de esa especie en el río.

—¿Y no vió usted a nadie subir desde el embarcadero?

—A nadie. Pero es que en realidad no era imprescindible que una persona tuviese que subir por las escaleras que ascienden desde la orilla. Existe una senda que sube hasta la colina. Cualquier persona podía ascender por esa senda, hasta el pie de la casa, sin ser vista.

La mirada de la muchacha era extraordinariamente cándida y había abandonado enteramente sus maneras ostentosas. Eliminado todo eso, tenía una expresión casi infantil.

Bencolin, echándose hacia atrás en su butaca, con la cabeza inclinada sobre los dedos de la mano, parecía especialmente interesado en el azotador tumulto de la tormenta.

Sus párpados se cerraron, mientras sus dedos tecleaban suavemente sobre la sien.

—Me temo en extremo, señorita Reine, que usted no está diciendo la verdad —dijo Bencolin.

## UN VIOLÍN EN LA NOCHE

Sally Reine no replicó. Permaneció mirando fijamente al detective, pero inclinando su cabeza como meditando sobre un temor que ha sido confirmado. Sin embargo, no era temor por ella misma...

Entonces, nos dimos cuenta de la presencia de otra persona en el cuarto. Cuánto tiempo aquel hombre habría permanecido allí, es cosa que no puedo decir, a causa de que todos nosotros habíamos estado distraídos observando a la muchacha. Se encontraba reclinado contra la puerta del cuarto de billar, en una postura de abandono. Era un hombre pequeño, de negro y brillante cabello y de rostro tostado. Un cigarrillo pendía de sus dedos y debajo de uno de los brazos llevaba el estuche de un violín.

—Pido a ustedes perdón —dijo. Su inglés era correcto, aunque hablaba con un acento gutural que resultaba extraño en un francés.

Nuevamente habló para decir:

—No he podido impedirme de oír el testimonio de la señorita Reine...

Avanzó hacia nosotros, poniendo cuidadosamente el estuche del violín encima de la mesa. Todos sus movimientos tenían una fluida suavidad, parecida a la del director de una orquesta. Su tostado rostro era como cortado a cuchillo y sus oscuros oídos caprichosos. Un pasador con una esmeralda brillaba en la pechera de su camisa. Y dijo:

—Permítanme presentarme. Soy Emile Levasseur. Un terrible asunto es este, ¿verdad?

Con aquellos rápidos y ligeros pasos con que él avanzaba, se había interpuesto entre Sally Reine y la acusación que contra ella se dirigía. Se sentó estirando cuidadosamente las piernas de sus pantalones, y puso las puntas de sus dedos juntas.

—Yo tengo el placer —nos dijo moviendo la cabeza de un lado a otro— de confirmar la primera parte del testimonio de la señorita Reine.

—¿Y la última parte? —le preguntó Bencolin. Él no se movió. Ni siquiera su mirada se desvió hacia el recién llegado.

—¡Lo lamento! No. Yo no puedo decirle a usted nada. Desde el momento en que yo cerré el salón de música después que el grupo se hubo dispersado, me trasladé a otro mundo. La música, es una barrera más fuerte que todas las paredes a prueba de ruidos. —Sus blancos dientes relucieron—: Yo no sabía nada, hasta que golpearon a la puerta y me dijeron.

Sir Marshall Dunstan se interpuso y dijo:

—Eso es exacto. Eso fué la peor parte de todo. Cuando ellos trajeron el cadáver dentro, el violín estaba todavía tocando. Y alguien dijo: “¿Es que nunca va a cesar de tocar ese maldito instrumento?”, y avanzó, golpeando luego en la puerta.

Levasseur dijo de un modo pensativo:

—Una expresión aquella, amigo mío, que yo estimo completamente errónea...

—Yo no digo que fuera una ofensa intencionada...

—Pero perdonable solamente por las circunstancias —interpuso el otro sonriendo de nuevo. Por alguna razón, él me recordaba a un mono subido en un palo, con su tostado rostro de movimientos nerviosos, y sus finas manos juntando las puntas de sus dedos. Y por un momento, esperé verlo lanzarse de un salto hacia el techo.

—Un extraño cuadro a lo vivo, se lo aseguro a ustedes —nos informó Levasseur —, cuando yo salí del vestíbulo. Un cuadro que alguien podría convertir en una bella obra musical. Mi buen amigo *Sir Marshall Dunstan*, reclinado sobre la pared, repetía: “¡Dios mío, Dios mío!”. La señora *D’Aunay* se encontraba en las escaleras muy pálida. *Hoffmann* le decía a la señorita *Alison*, no sé por qué razón, en absoluto: “Yo lo siento...”, y se tocaba la cabeza. Y el cuerpo carbonizado, tendido bajo el retrato de *Hamlet*, por última vez.

»“¿No fué excelente? ¡Ah! En música lo sería...”. —Se contuvo meditando sobre algo que tenía en su mente».

—Sí —murmuró *Bencolin*, mirando a *Dunstan*—. ¿Usted en estaba el vestíbulo, mi amigo? ¿Usted acababa de entrar?

—Exacto. Eso es lo que yo quería decirle a usted. Yo no puedo inventar una historia. Yo había estado vagando por los bosques más arriba de la casa durante cerca de una hora. Oí alguna conmoción, pero el arbolado es muy espeso y...

—¿Y por eso no puede usted decirnos nada de todo ello?

—¡Nada! —dijo el joven seriamente—. Yo comprendo que esto parezca sospechoso, pero no tiene remedio. Esa es la verdad absoluta.

Hubo un silencio. Nadie pareció inclinado a dudar de la declaración de *Dunstan*, como aparentemente él esperaba, y entonces se sentó mirando a *Bencolin* y a mí con alivio, aligerando la angustiada expresión de su abrumado rostro. *Levasseur*, absorto, sacudía el imaginario polvo de sus pantalones. Y dijo:

—¿Deseaba saber, señor *Bencolin*, si me sería posible hablar unas pocas palabras con usted y su colega en privado?

—No, eso no —gritó *Sally Reine*, soltando una nerviosa risa—. Yo estoy quedando por mentirosa. Usted lo interrumpió.

*Bencolin* levantó gentilmente su mano. Su mirada fué de una apacible sorpresa.

—Por el contrario, señorita *Reine*. Usted no va ser considerada así; yo simplemente la informé a usted de los hechos. Yo no voy a preguntarle a usted más sobre este asunto. Pero me pareció que yo debía señalárselo a ustedes —y sonrió oscuramente— como una amistosa advertencia a un aliado. Permítanme aconsejarles con seriedad, que si nosotros nos vemos favorecidos con la visita de *Herr von*

Arnheim, ustedes no intenten relatarle a él el mismo cuento. Yo tengo un gran respeto por la inteligencia del buen Barón. Pienso que eso podría resultar comprometedor para varias personas... ¿Estamos de acuerdo todos?

¡Aquel antiguo, prudente y aburrido estilo de averiguar! Ella se quedó contemplándolo con sus negros ojos sin pestañear, los cuales se habían vuelto un tanto vidriosos, mientras sostenía su cigarrillo inmóvil.

—Yo empiezo a sentir miedo de usted —dijo ella en voz baja, casi de susurro. Luego, añadió—: Venga, Duns, vamos fuera de aquí. Yo necesito beber algo... Una bebida grande y de apropiada fuerza.

Lo sacudió por los hombros y el joven, que estaba recostado, se levantó titubeante. El joven dirigió una mirada interrogante a Bencolin, el cual movió la cabeza. Ella trataba de hablar alegremente cuando lo sacó del cuarto, pero, sus esfuerzos no resultaron muy afortunados...

—¡Juventud! —dijo Levasseur mirándolos alejarse—. Yo, a menudo doy gracias a Dios de no ser joven. Esa es una edad fastidiosa. La juventud nada puede hacer, aunque sea la más pequeña e inofensiva acción, sin un sentido de culpa. La única cosa que nosotros aprendemos con la edad, es a saber que nuestros actos no son tan reprobables, o de tantas consecuencias como pensábamos, y es por eso por lo que estamos contentos. —Suspiró en forma muy teatral. Estaba disfrutando mucho con su ficción.

—¡Cómo creer que uno de esos dos pudo haber disparado y quemado al señor Alison! —exclamó él después de una pausa—. ¡Eso es ridículo!

—¿Yo creo que usted quería —dijo Bencolin— hablarme en privado?

—Sí —respondió él—. Se trata de un asunto que yo no le he mencionado al camello de Konrad. —Levasseur examinó sus manos, truco del que con frecuencia se valía cuando aparentaba estar meditando. Después le preguntó al detective—: ¿Usted sabe quien insistió para que enviasen a buscarlo a usted? Fui yo. Sí. D'Aunay no quería ir; yo hice que él fuera, porque creí que resultaría más eficaz para persuadirlo a usted la influencia de un hombre de dinero, que yo mismo.

—¡Ah! —murmuró Bencolin.

—¿No estaba yo en lo cierto? —Levasseur, sonriendo, continuó—: No, él no quería ir: “¿Tiene usted —le dije yo cortésmente— algo que ocultar?”. Se sorprendió al oírme; parecía un fanático; y he aquí que él fué a París. Pero aquí tengo un poco de información...

»Como estaba diciéndole a usted, yo me hallaba tocando el violín. Yo siempre toco en la oscuridad. Los duendes, los gigantes y los genios son emplazados por ése —señaló el violín— con mayor fuerza de tentación. Yo, siempre que toco, me quedo ensimismado en la música, Pero en el momento en que terminaba de tocar la cancioneta del concierto de Tchaikowsky, miré hacia arriba. La luz de la luna llenaba el interior del cuarto. Las ventanas la extendían por el suelo y la llevaban al otro lado, donde existe una escalera que va a un balcón, en uno de los cuartos de arriba. El claro

de luna iluminaba el salón cuando la influencia de la música se alejaba; de repente, me volví consciente de la existencia de una figura, de pie en el exterior de la escalera. Pude ver la silueta. En el mismo instante, desapareció corriendo hacia arriba. Por largo tiempo yo me debatía en razonamientos de si *aquello* era o no verdad, o si respondía sólo a una simple alucinación. Al fin decidí —nos dijo alzando sus apuestos hombros— que no fue una ilusión».

—¡Hum! ¿La figura era de hombre o de mujer? —preguntóle Bencolin.

—Eso sí que no lo sé —contestó, y prosiguió—: La vi con el rabillo del ojo; fué algo así como un fragmento de una imagen cruzando. La sensación que uno recibe al despertar de un sueño. Pero tengo absoluta seguridad de que *aquello* era real. Si yo le hubiera contado esto a nuestro buen Magistrado, él burlonamente me habría preguntado: “¿Hombre o mujer? ¿Hombre o mujer?”, hasta que su rostro adquiriera un color púrpura y hubiese logrado convencerme de que yo mentía, al no poder asegurárselo. Si yo fuera supersticioso —continuó—, ¡ah!, pera no lo soy. Yo desearía, por el buen Dios, serlo. Sería más emocionante mi vida. Comprenda usted, amigo mío, la hechicería de un mundo lleno de fantasmas, y...

—¿Y a qué hora vió usted eso? —preguntóle el detective.

—*Monsieur* —gritó Levasseur con algo de mal humor—. ¿Cómo iba yo a saber a qué hora ocurría eso? Fué un gran momento en mi vida. Pero no como para saber la hora. Sin embargo, puesto que todos afirman que yo me encontraba ejecutando “*Amaryllis*”, al tiempo de realizarse el crimen, eso es lo más seguro. Una tonta tonada. Pero muy buena para ejercitar los dedos. Seguidamente, toqué la cancioneta. Resulta un poco larga...

—¿Y acaso volvió usted a ver esa figura, después del asesinato? —interrumpió Bencolin.

—Hasta donde yo soy capaz de creerlo, sí.

—¿Y a qué balcón de qué cuarto conducen aquellas escaleras?

Levasseur se sentó nuevamente. Su tostado rostro tenía una expresión desaprobatoria.

—Al cuarto ocupado por el señor y la señora D’Aunay —replicó él.

Bencolin se puso en pie sin decir una sola palabra, se dirigió a la puerta y tiró del cordón de la campanilla. Cuando Hoffmann compareció, le dió una rápida orden en alemán. Levasseur, nuevamente examinaba —según su costumbre— sus manos, poniendo una encima de la otra. Ni una palabra fué pronunciada hasta que regresó Hoffmann al salón, unos cinco minutos después, con Jerome D’Aunay y su esposa. En el medio tiempo, Levasseur había estado escuchando la tormenta, con sus ojos errantes, cual si hubiese estado pensando en ella en forma musical...

—¿No es posible un poco de sueño para mí? —se lamentó D’Aunay. Sus ojos estaban rojos y soñolientos, y su ralo cabello, desordenado, cruzaba de un lado al otro de su gran cabeza. Vestía una bata turca de color encarnado—. Buenas tardes, señor Marle; estoy encantado de verlo a usted aquí —dijo.

Habló en francés y por un tácito acuerdo todos continuamos la conversación en ese idioma.

Yo correspondí a su saludo, preguntándome qué grandes explosivos estaban siendo armados ahora. Isobel D'Aunay estaba consciente de la tensión reinante. Su claro cabello estaba algo suelto, y para una mujer bonita como ella, su aspecto era desaliñado. Aparentemente había estado echada, pues su vestido azul se encontraba arrugado, y su expresión era la de una persona cansada. D'Aunay, con paso largo, avanzó hacia el centro del cuarto y dirigió a Levasseur una corta e inquisitiva mirada. Luego, dijo como exigiendo una respuesta.

—¿Y bien?

—Repita su historia, señor —Bencolin le pidió a Levasseur suavemente.

Levasseur la dijo, pareciendo un tanto fastidiado, y con la mirada perdida más allá del belga. Este permanecía con el cuello estirado, rechoncho e inescrutable; pero se podía ver la fatal ira asomarse detrás de sus fríos ojos, y sus labios caídos mientras iban sonando blandas las palabras. Era como si cada palabra fuese echada en una olla puesta al fuego y al caer dentro produjese un chirrido y despacio se agitase hasta que repentinamente la mezcla hirviese. El hombre de la bata roja saltó hacia adelante.

—*Monsieur* —gritó D'Aunay claramente—. Usted es un maldito mentiroso.

El *mono sobre un bastón* brincó. Nunca pude imaginármelo en esa sobrenatural fantasía. La esmeralda de su pasador pareció parpadear. Aplastó con su puño la boca de D'Aunay, y después aquello se transformó en un tumulto. Isobel D'Aunay gritaba. Yo agarré por los hombros a Levasseur y lo lancé hacia su butaca, pero tropezó con los brazos de aquélla y por poco se cae. Por encima de la pesada y jadeante respiración de D'Aunay, oí la fría voz de Bencolin:

—Señor D'Aunay —dijo con calma—, en una ocasión hoy, yo estuve a punto de romperle a usted un brazo. No me obligue a hacerlo otra vez. Ahora, siéntese. Usted, podrá arreglar estos asuntos a su propia satisfacción, cuando nosotros hayamos arreglado algunos negocios más importantes. Mientras tanto, estese quieto.

Él soltó a D'Aunay, quien quedó temblando y mirando fijamente, con las manos agarrando y soltando a tientas uno y otro lado de la bata. En sus labios había pequeñas burbujas de sangre. La titánica y maldita ira de aquel hombre, me hizo sentir escalofríos. Era todo profundas arrugas y fuego en los ojos... Bajo el ruido de la tormenta, podíamos oír su desagradable respiración otra vez.

—Si ese cerdo me ha lastimado la mano —dijo Levasseur examinando las junturas de sus dedos en un estilo de cosa hecha—, creo que lo mataré. —Me dirigió una mirada relámpago, y haciendo una inclinación dijo—: Mis sinceras gracias, señor. Usted me salvó de hacerme daño en la mano.

¡El pequeño campeón! Con excepción de Bencolin, él era la persona más fría en aquel cuarto. Su brillante cabello permanecía sin despeinarse.

Isobel D'Aunay gritó:

—¡Por favor! —con ese tono frívolo e incierto que le era propio. Y con un fútil y

minúsculo pañuelo, trató de limpiar los labios de su esposo; pero éste la empujó a un lado.

—La cuestión será arreglada a mutua satisfacción —observó D'Aunay sombríamente.

—¡Ah! —dijo Levasseur, con resignación—. Pero por su abogado, señor, me permito decir.

—Pero antes de que cualquier cosa ocurra —continuó D'Aunay— yo voy a contestar a su acusación. —Con un esfuerzo, D'Aunay metió las manos en los bolsillos de su bata roja y prosiguió—: Yo voy a contestarle, y entonces haré un trato con usted. Que lo sepa usted o no, yo estoy sujeto a ataques nerviosos.

Levasseur, lanzó un suspiro. Confieso que decir semejante cosa entonces resultó tonto y petulante. Era un mal juicio. D'Aunay continuó:

—Yo no puedo dormir. Necesito tomar veronal todas las noches, el cual me prepara mi esposa. Esto es suficiente para asegurarme unas ocho horas de sueño sin despertar. En la noche... —la noche del crimen— yo tomé mi dosis, como de costumbre, cerca de las nueve. La doncella de la señorita Alison se encontraba dentro del cuarto en esos instantes; ella puede testimoniar esto. Seguidamente, me fui a la cama. Ningún doctor le diría a usted que después de tomar esa dosis de veronal fuese posible para mí abandonar el lecho. Ellos mismos no lograron despertarme cuando lo intentaron, después de descubrir el cadáver... ¿No es eso cierto, querida mía? —preguntó él, súbitamente, a su esposa.

—¡Desde luego lo es! —nos dijo ella, sonriendo desaprobadoramente—. Sí, desde luego, esa es la verdad. Yo le di su dosis de veronal y él se fué a la cama.

—¿Y usted, señora? —preguntóle con gentileza Levasseur.

—¿Yo? ¡Oh, no! —Ella no fué muy perspicaz al responder eso. Tardó largo tiempo antes de decir nada más. Sus cejas se arquearon y parecieron oscurecerse; sus pálidos labios se inclinaron hacia un lado, y reflejaban de nuevo gran terror—. ¡Oh! —musitó ella, con la mirada todavía fija en Levasseur—. Ya veo. No. Eso no era... Podría ser que... Eso es lo último que... Yo estaba en la cama. Yo me acuesto siempre al mismo tiempo que Jerome... para conservar mi salud. —Muy pálida y erguida nos encaró. Según los indicios, parecía próxima a la catástrofe; de repente, en actitud despreciativa, con algo más de firmeza y en una voz distinta, ella nos dijo—: Hace mucho... bien... hacer... eso....

Las entrecortadas palabras fueron como pronunciadas por otra persona. Detrás de su mirada fija, uno podía ver abrirse las puertas de una súbita comprobación. Yo pensé sin lógica alguna, en el sol, en las callejuelas inglesas, y pensé también en aquel cerrado mausoleo de Bruselas, el cual una vez me indicaron que era la casa de D'Aunay.

—¿Acaso dormía usted? —inquirió con tono casual Bencolin.

—Yo estaba durmiendo hasta que me desperté por el gran ruido, y entonces me levanté, me puse la bata y bajé, viéndolos entonces a ellos traer el cadáver —nos dijo

con firmeza. La mirada era directa ahora—. Yo confío, señor, en que usted ha quedado contestado —dijo dirigiéndose a Levasseur.

—Completamente, señora —dijo Levasseur con una reverencia—. Yo le hablé a su esposo únicamente.

D'Aunay, volviéndose a mirar a su esposa, dijo:

—Yo estaba durmiendo, y yo puedo probarlo. Pero tú... —Su cólera brilló—. ¡Dios mío! Yo mismo empiezo a extrañarme el por qué me arriesgo a permitirte que me des veronal todas las noches.

Sonriendo hacia el techo, Levasseur dijo en tono agradable:

—El señor, es un mentiroso, un cobarde, y debo insistir, el hijo ilegítimo de una perra.

—¡Eso es demasiado! —disparó Bencolin—. El señor D'Aunay no es nada de eso. ¡Estese donde usted está! Amigo Levasseur, ¿querría usted tener la amabilidad de reservarse esos *cumplidos* para otra ocasión?

—¡Ah! Confieso —dijo Levasseur— que en el calor de una perdonable irritación, pude haber resultado un poco más *cumplido* de lo que intentaba. Pero aun así, fui hasta generoso. Por lo tanto, me retiro.

Se levantó, recogió el estuche de su violín y dijo:

—Yo estaré siempre en el interior de la casa, si me necesita, señor.

Llevó algún tiempo calmar a D'Aunay en su cólera. Bencolin se encontraba aún suave, aunque yo personalmente sentí deseos de estrecharle la mano a Levasseur. La mujer no pronunció una palabra más; se quedó de pie, con los pálidos labios apretados, observando a D'Aunay como si nunca antes lo hubiera visto.

—¿Puedo yo señalar —interpuso Bencolin— que la persona que subía aquellas escaleras podría no ser ninguno de ustedes? ¿Ustedes cierran las puertas y las ventanas?

—No —gruñó D'Aunay—. En caso de incendio, nosotros...

—Precisamente. Y alguien que deseó entrar en la casa sin ser visto, sabiéndolos a ustedes en la cama, pudo haber pasado atravesando el cuarto.

En ese momento, D'Aunay fué torpe al mencionar su salud y también el probable estado de salud de Levasseur cuando hubo terminado. Yo estaba devanando mis ideas sobre una conclusión, pero no estaba completamente convencido. Gruñendo, D'Aunay dió una orden a su esposa y se fué, atravesando las puertas plegables. Isobel D'Aunay se detuvo un momento en el umbral y volvióse hacia nosotros con una sonrisa. Se había sonrojado y su expresión era casi alegre cuando, inclinando la cabeza en señal de despedida, se mucho llevando reflejada en sus ojos una certidumbre. Apagadamente, desde el otro lado del salón de billar, llegaban las misteriosas notas de un violín.

Una vez que estuvimos solos, Bencolin se volvió hacía mí jubiloso y me dijo:

—Excelente, Jeff, excelente —al mismo tiempo que se frotaba las manos—. Lo mejor de todo. Levasseur ha puesto el cebo para una trampa, y eso puede decirme a

mí algo, mucho, de lo que yo quisiera conocer... Tire del cordón de la campanilla para que venga Hoffmann, ¿quiere usted? Hay otra cosa...

—¿Una trampa? ¿Una trampa para la persona culpable?

—Una trampa —dijo Bencolin—, pero para la persona inocente... ¡Tire del cordón de la campanilla, hombre!...

## ENTRA EL BARÓN VON ARNHEIM

Mientras estábamos esperando a Hoffmann, Bencolin paseaba de un extremo al otro del cuarto. Estaba imbuido con aquel endiablado buen humor que lo atacaba cuando se hallaba dirigiendo las acciones de aquellos que lo rodeaban, aunque éstas permanecían todas desconocidas para ellos.

Hizo una pausa junto a una mesa de escritorio en un rincón de la biblioteca y miró especulativamente al secante que había sobre ella. Luego, se sentó acercándose a sí pluma y papel. Pude ver que estaba imprimiendo algo en grandes caracteres sobre el papel, pero no le pregunté lo que era. Si uno se interfiere en los dramáticos actos de efecto de Bencolin, eso sólo sirve para estropearle su placer; y ya sabía yo por amarga experiencia, que muy a menudo eso podía llegar casi estropear la solución de un caso. Entonces me limité a seguir el ondulante y fantástico aire del eco del violín...

Cuando Hoffmann entró, el detective colocó la hoja de papel dentro de un sobre y cerró éste. Lo guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de su chaqueta y luego miró a su reloj de pulsera.

—Son las once —dijo—. ¿A qué hora, generalmente, se retira usted, Hoffmann?

—Con todo lo que está ocurriendo ahora, señor —replicó el mayordomo— ni siquiera lo sé. Doy mis vueltas para cerrar todo, cuando recibo órdenes para ello.

—Bueno, yo no le molestaré a usted por mucho tiempo. Pero quiero echar una mirada a las habitaciones del señor Alison... Dígame usted, ¿acaso tenía él un ayuda de cámara personal?

—No, señor.

—Bueno. Y ahora dígame, ¿las ropas y zapatos que él llevaba en el momento que ustedes lo encontraron... estaban enteramente quemados?

—Sí, señor. Las ropas estaban. Los zapatos, sólo en parte.

—Excelente. Me supongo que usted no los habrá guardado.

—Creo que fueron colocados en su armario cuando..., cuando el hombre de la funeraria...

—Ya comprendo. ¿Quiere usted llevarnos allí, por favor?

Salimos al pasillo y después subimos a lo alto. De la puerta del comedor oímos una botella que chocaba y el sonido de la voz de Dunstan diciendo:

—... y escucha, Sally. Yo hubiera muy bien podido diseñar esos decorados. Y era por eso por lo que él quería verme, sabes. Él iba a hacer su reaparición representando él “Ricardo III”. Bueno, yo... Bébeteste esto, muchacha... Excelente licor ...

La voz se apagó alejándose. Yo podía imaginarme a Dunstan sentado allí a la mesa, echado hacia atrás, con una copa en la mano, y poniendo en exhibición todos sus sentimientos, igual que se exhibe una camisa colgada a secar en una cuerda. Y también podía imaginarme a Sally Reine con los codos sobre la mesa y el rostro apoyado en las manos, mirándolo con sus negros ojos... Ahora estábamos arriba, en el pasillo escasamente iluminado. Bencolin se colocó un dedo sobre los labios ordenándonos silencio. Después, habló como un murmullo:

—¿Qué cuartos son esos, Hoffmann?

El mayordomo señaló a dos puertas al frente, a nuestra izquierda.

—Son, el cuarto de estar de la señorita Alison y su dormitorio, señor. Usted ya estuvo allí. El próximo a la izquierda, es el cuarto del señor y la señora D'Aunay... Esto está directamente encima del salón de música..., con un cuarto de baño adjunto. Las alas del edificio están aquí atrás...

Su movimiento de cabeza señaló entonces hacia el lado izquierdo de la casa, exactamente frente a nosotros. El ala se extendía a ambos lados de la casa formando una cabeza de una T, con el cuerpo principal de aquélla.

—Allí estaban los aposentos del señor Alison: el salón de estudio, el dormitorio y el baño. El ala derecha tiene cuartos semejantes. La señorita Reine está en el del frente, que corresponde al salón de estar de la señorita Alison. Los otros dos fueron reservados para ustedes, caballeros. En el ala derecha, *Sir Marshall Dunstan* y el señor *Levasseur* ocupan los dos cuartos, con un baño intermedio.

—¿Y los criados?

—En el tercer piso, señor. Tenemos allá atrás una escalera de servicio.

—Comprendo. Por lo general, ¿queda encendida una luz aquí en el pasillo, después que todo el mundo se ha retirado?

—No, señor. Todos los cuartos tienen baño privado y...

—Pues procure que quede una luz encendida esta noche. Que no sea una luz brillante. La que está encendida ahora, servirá muy bien. Y ahora..., vamos a los aposentos del señor Alison.

Lentamente nos dirigimos al ala izquierda, y de un manajo grande de llaves, Hoffmann seleccionó una y abrió con ella la puerta, al final. Esta era la parte de la casa expuesta a la furia de la tempestad; indudablemente la noche estaba empeorando y sentí la sensación de que la casa entera estaba temblando. Durante cerca de una hora, nada había disminuido en aquellos furiosos embates. Y en medio de aquel rugir de la naturaleza, en el piso de abajo el violín introducía sus melodías...

Hoffman abrió las llaves de las luces junto a la entrada, y Bencolin cerró la puerta.

A pesar de hallarse vacíos aquellos aposentos desde hacía nueve días, despedían un olor a viejo. Las luces lanzaban un resplandor mortecino. Las paredes tenían paneles de roble, las ventanas mostraban cortinajes de un oscuro sombrío que había sido dorado. Fotografías con marcos llenaban las paredes con un desfile de personajes

teatrales que databan de aquellos bellos días del año 1900 e inmediatos, cuando Myron Alison había conquistado sus primeros éxitos. Sobre una mesa lateral, había una máquina de escribir, y un poco aparte de ella, una silla de brazos, sobre uno de los cuales estaba abandonada una bata casera. Todo yacía ligeramente envuelto en polvo.

Los ojos de Bencolin observaron inquietamente en torno. Un aire de tensión y de excitación dominada, lo había poseído desde que la puerta se abrió; pero no parecía encontrar lo que estaba buscando. Miró hacia la puerta. Después, se fué apresuradamente hacia las dos ventanas, regresando luego de una breve investigación.

—Cierre usted con doble llave esta puerta. Y ponga también fuertes cierres en las ventanas...

—¿Tiene usted miedo de algo? —le pregunté.

—Tranquilícese, Jeff. —La inquieta mirada se movió a lo largo de las paredes del piso y del techo—. Todavía nada importante. Quiero ver el dormitorio. Debe ser en el dormitorio... —Había estado hablando para sí mismo en una especie de murmullo, pero ahora rompió aquél, diciendo—: Oiga, ¿todavía está usted aquí, Hoffman? Tengo una misión para usted. Todas las noches, Hoffmann, el señor D'Aunay tiene la costumbre de tomar una dosis de veronal para asegurarse que dormirá bien. Quiero que usted encuentre algún pretexto para entrar en su cuarto y averiguar si toma su dosis esta noche. Invente una excusa. Dígale que quiere usted cambiar las toallas en el cuarto de baño.

Hoffmann se mostró sorprendido:

—Pero, señor, es la camarera quien...

—Bueno, entonces cualquier otra excusa. Llame a la puerta y pregúnteles si quieren bocadillos y café. No me importa la excusa que usted presente. Espere. Diga que la señorita Alison se enteró de que él estaba muy intranquilo y pensó que quizá pudiese precisar algunos polvos para dormir. Estará furioso; le responderá con comentarios desagradables... Pero usted hágalo.

Con expresión en extremo dubitativa, Hoffmann nos dejó. Bencolin estaba observando unos cortinajes que al parecer daban paso a otro cuarto. Se dirigió a ellos y los alzó. La estrecha alcoba comunicaba con un dormitorio en el cual brillaba una pequeña luz. Pero el detective estaba mirando una alfombra persa que había en la alcoba..., una alfombra ligeramente desarreglada.

—Cierre la puerta, Jeff —dijo él quedamente.

Cuando regresé de cerrar, él estaba de rodillas sobre la alfombra. Había encendido un fósforo y mantenía la pequeña llama muy cercana al piso.

—Fango —dijo él—. Un trozo de fango. La alfombra casi lo cubría.

Sacudiendo el fósforo para apagarlo, se puso en pie y se dirigió rápido al dormitorio. Lo oí hurgando ahí antes de que encendiese las luces.

Era un cuarto grande, ricamente sombrío, dominado por una cama de estilo

Renacimiento, de roble oscuro con tallas y estores rojos. Las tapicerías, de gris verdoso. Los gabinetes de laca japonesa con vasos de oro cincelados, los paños de gárgola tejidos..., formaban aquí un contraste con la simplicidad del estudio. Este pensaba uno, era el refugio real de aquel hombre. Sobre un mueble florentino, con cajones, colgaba un gran espejo con marco dorado; sobre la cómoda había alineados productos de tocador, astringentes, cremas faciales y un vasto muestrario de tónicos para el cabello. Una linterna veneciana colgada del techo tallado, lanzaba pálidos y grises rayos de luz.

—El alma de la nitidez —dijo Bencolin—. ¿Se fija usted en lo bien colocados que están todos esos artículos? Pero, lo que yo estoy buscando, es un armario...

En efecto, lo encontró en un rincón junto a la cama. Abrió la puerta del mueble y vimos que estaba lleno de trajes colgados con el mayor esmero. Las cajas de sombreros estaban cuidadosamente ordenadas. En el suelo había zapatos con hormas, ordenados precisamente con las puntas puestas hacia el exterior. Pero, cual una pincelada siniestra, en medio de todo aquel orden había un par de gruesos zapatos de paseo que habían sido arrojados en un rincón. Bencolin los sacó y se puso a examinarlos. Su gruesa piel estaba calcinada y ennegrecida y los cordones quemados. A pesar de todo ello, podía verse que habían estado impregnados gruesamente de un barro negruzco verdoso que todavía expelía un ligero y nauseante olor.

—Helos aquí —murmuró Bencolin volviéndolos en sus manos—. Son los zapatos que él llevaba cuando... No los llevó para la cena, indudablemente. Busque usted un par de zapatos de noche. Jeff; ¿ve usted algunos?

Después de una minuciosa búsqueda, no logramos encontrarlos. Bencolin dijo:

—Esto no va bien. No hay zapatos de noche. Un *dandy* immaculado, provisto de semejante guardarropa cual éste, y no tiene zapatos de charol. Escarnio... ¡Ah!, pero espere... Aquí hay otro par de zapatos de paseo. Están secos, pero antes estuvieron tan mojados, que el cuero está rígido hasta el punto de agrietarse. Y observe usted, Jeff; nuevamente encontramos barro que le llega casi a los tobillos. —Los arrojó al suelo con estrépito—. Y esto. Esto está fuera de lugar también en las posesiones de nuestro immaculado caballero...

Estaba sosteniendo en alto un abrigo oscuro y muy maltrecho, que también estaba manchado de fango, con lamparones en los codos. Volviéndolo en redondo bajo la luz, metió una mano en un bolsillo. Bruscamente, lo apartó.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté yo.

Por un momento, Bencolin no respondió. Tomó un colgador de un armario y colgó el abrigo en él con cuidado meticuloso.

—Bueno, Jeff, no importa el que yo no le haya dicho a usted nada —dijo él—. En dos ocasiones hasta ahora, me he visto obligado a alterar mis cálculos en este caso. Y ahora me pregunto si no tendré que volver a alterarlos otra vez. No, no. ¿Quién si no podría tener un motivo...? Pero, debe haber un motivo que a mí me ha pasado por alto... Mejor será que se vaya usted afuera, Jeff. Quiero estar solo; preciso pensar.

Vaya y hable con alguien. Yo voy a merodear y merodear por aquí.

Lo dejé de pie en medio de aquel cuarto medieval mirando sin ver a su propio reflejo en el espejo. Cuando yo caminaba hacia la puerta, pensé en aquellos siniestros zapatos llenos de fango. Myron Alison se los ponía cuando merodeaba durante la noche por el Castillo de la Calavera.

Era inconcebible que el camino que llevaba al Castillo estuviese en tan malas condiciones al extremo de que quien caminase por él, se hundiese en el barro, hasta los tobillos. No, ese barro sugería más bien los sótanos del Castillo... Sugería profundidades y escaleras misteriosas, con antorchas moviéndose allá en su fondo. Antorchas.

Al abrir la puerta del estudio y cerrarla después detrás de mí, me encontré con Hoffmann. Este bajó la voz al hablarme.

—El señor D'Aunay ha tomado el veronal, señor —me dijo—. Estaba tomándolo cuando llamé a su puerta. ¿Tiene algo más que ordenarme?

—No. Eso es todo, Hoffmann...

Me quedé en pie, inmóvil, largo tiempo, después que él se marchó.

Repentinamente, me di cuenta de que parecía faltar algún sonido, algún ruido al cual yo me había acostumbrado. No era el azote negro del viento y la lluvia, sino... los ecos del violín. Levasseur probablemente había ido a acostarse.

En un impulso, me encaminé al frente de la casa y llamé con los nudillos en la puerta del cuarto de estar de la señorita Alison. Una voz fuerte me mandó entrar.

Estaba sentada a su mesa con un vestido *negligé*, bebiendo *Guinness* y contemplando abstraída un tablero de ajedrez.

—Venga directamente aquí, amigo —dijo ella a modo de saludo—. Tómese una botella de esto. Yo siempre bebo tres antes de acostarme... Juega la blanca, y mate en tres movimientos —exclamó—. ¡Y al diablo con todo! No hay nada como el póker. ¿Cómo marchan los negocios del detective?

—Según mi punto de vista —confesé sentándome—, abiertamente mal.

Ella guiñó un ojo detrás de sus lentes. Después, asumió tal aire maternal con su boca grande y humorística y su nariz respingona, que yo no pude menos de sonreír.

—Bueno, bueno —dijo consoladora—. Usted Cuénteselo todo a la vieja Duquesa. Que las plagas me lleven. Cuando todos sus detectives de fantasía hayan fracasado, entonces *seré yo* quien tome las cosas en mis manos. Escuche usted. Usted no es detective, ¿verdad? ¿Es un aprendiz? Lo que yo quiero decir, amigo, es si no es usted un aficionado con dotes, o algo parecido.

—No. Yo soy escritor —le contesté.

—¡Oh! ¿Así es, caramba? —murmuró ella escrutándome con los pómulos muy erguidos—. Pues no lo parece. He visto multitud de ellos aquí. Todos tienen una mirada distante, largos cabellos y hablan sobre su arte. Lo que necesitan es un puntapié en las posaderas... ¡Oh!, escritor, por Dios. ¿Juega fuerte, no es así?

—No, juego al *base-ball* —dije yo—. Soy americano.

—¿Lo es usted? Bueno, que me cuelguen, y escuche, amigó, no crea usted que porque yo sea una inglesa de sangre, no sé distinguir *outfield* de *home plate*. Escuche, yo vi la Serie Mundial completa, del año 1909; aquel año en que Wild Bill fué el lanzador contra los “Piratas”, yo era una jovencita entonces —añadió reflexiva— y bien parecida. ¿Nunca se diría, verdad? Pues todos andaban corriendo detrás de mí. Ahora, en cambio, no consigo ni siquiera alguien para que juegue conmigo al póker... ¿Quiere tomar una botella de algo fuerte?

Alcanzó una que tenía detrás de la silla, junto con un segundo vaso. Abrió la botella y echó en el vaso el líquido oscuro y cremoso.

—Es siempre bueno para los hombres jóvenes —explicó ella haciendo un guiño—. ¡Caramba! Hay una gran cantidad de cosas extrañas ocurriendo en este lugar..., hacen el amor y cosas semejantes. —Empezó a filosofar—. Pero a mí me gusta que la gente joven se divierta. Para vieja, basto yo.

Murmuré algo sobre los encantos de la madurez en la vida. Ella bajó hacia mí sus cejas con expresión reprensiva feroz, y los lentes hacían aparecer sus ojos grises de un tamaño aterrador. Después, agitó en el aire un portentoso dedo índice.

—Ahora usted se limita a estarse tranquilo, amigo —dijo ella—. No hable como ese Levasseur. Diga la verdad, hasta, avergonzar al diablo, y también beba este líquido. —Alzando su vaso, tomó una expresión cejijunta al mirarlo—. Permítame que le dé un pequeño consejo. Además de todo cuanto usted aprenda, aprenda sobre todo a envejecer. Míreme a mí. Yo me siento muy contenta jugando al póker y al ajedrez y resolviendo esos malditos crucigramas de el *Times*. Y eso, sorpréndase usted, a pesar del hecho de que yo era una belleza en mis tiempos. Si usted no lo cree, yo le mostraré fotografías... Pero, Myron nunca aprendió el arte de ser viejo. Ese era su problema. Se entregó a imaginarse que iba a ser un nuevo *Monsieur Beaucaire* hasta que muriese. Y así, no era posible vivir con él.

—Espero que no le pareceré a usted insolente —dije yo—, pero... ¿a usted no le importaba mucho por él, verdad?

—¡Oh!, Dios. No, ¿para qué ser una hipócrita, amigo? Y escuche, hay algo que yo voy a decirle. Yo siempre he sospechado... ¿Sabe usted algo sobre ese hombre llamado Maleger, que era dueño del Castillo de la Calavera?

—Sí.

—Pues eso ocurrió hace diecisiete años —dijo ella— y nunca he dejado de tener presente la idea —bueno, de todas formas, la media idea— de que Myron estaba mezclado de alguna forma en su muerte. ¡Oh!, no tenía importancia. Podía llevarme con Myron bastante bien... Pero lo que nunca hizo, fué decirme cómo había conocido a Maleger. Fué en los campos de diamantes de Kimberley, ¿sabe usted? Algún conflicto entre ellos dos...

—¿Su hermano estuvo en África?

—Pues claro. ¿No lo sabía usted? Nosotros procedemos de Australia, aunque Myron nunca lo confesó. Él no tenía educación; confieso que lo ocultaba

magníficamente. Y no tenía dinero. Se abrió camino a través del mundo antes de llegar a Londres. Y empezó a actuar como actor, por verdadera casualidad... Pero, volviendo a Maleger: quizá yo esté un poco loca. No había posibilidad de nada, excepto de un accidente o de un suicidio..., y esa es la parte endiablada. No había nadie cerca de aquel hombre cuando ocurrió.

¡El viejo enigma! Dondequiera que nosotros nos volviésemos a mirar, alguien lo mencionaba y el humo, del antiguo escándalo volvía a brotar de las cajas tan largo tiempo abandonadas a un lado. El muerto Maleger vivía en cada mente, con su agresiva y perseguidora cara enmarcada con mechones de rojo cabello. No podíamos hablarle a nadie pero había un dedo invisible que escribía una palabra en el polvo y esa palabra era: “Asesinato”.

En ese momento, por alguna razón, descubrí que mi mano temblaba y tuve que dejar el vaso sobre la mesa. Era igual que si un puño estuviese martilleando en alguna puerta de mi cerebro; igual que si inexplicablemente unas puertas pesadas fuesen a ser abiertas con una revelación. Pero no..., era el maldito violín. Me levanté bruscamente como impulsado por un grito humano que me alzase por su propia potencia. Pensé en un faro en el mar y en el oleaje que se erguía contra él, y la tempestad golpeaba contra nuestras ventanas una vez más. Pero en medio del tumulto, yo sabía que el caos de tantas impresiones estaba tendido detrás de un sólido fondo. Se había producido un estrépito..., la puerta frontera se abrió. Unos pasos pesados corrían escaleras arriba. Agatha Alison me miró fija y curiosamente cuando yo salté. Murmuré una disculpa y corrí hacia la puerta...

Un hombre grueso, con un impermeable chorreante de lluvia, estaba de pie en lo alto de las escaleras. Miraba fijamente desde debajo del ala de su sombrero, Y al tiempo que yo observaba. Bencolin caminó desde el pasillo del lado izquierdo entrando al vestíbulo principal.

El recién llegado señaló con su dedo y lanzó varias frases rápidas en alemán. Bencolin le devolvió la mirada pero no habló. No pude comprender lo que el hombre del impermeable estaba diciendo, aunque sí supe que ese hombre era el Magistrado Konrad. Estaba haciéndole señas a Bencolin, con un dedo imperioso. Desde más abajo, llegó una voz suave que dijo:

—Y yo pregunto, ¿qué prisa hay?

El recién llegado volvió su mirada hacia mí. Su gran bigote se agitó. Y entonces oí:

—Vaya usted abajo, ¿oye usted?

Después, recuerdo que al ir siguiendo a Bencolin pensaba que la puerta del frente, abierta, estaba causando una terrible corriente de aire en el vestíbulo. El rostro curioso de Dunstan, asomaba fuera del comedor...

Konrad caminó hacia la biblioteca, donde sacudió su sombrero, produciendo un chorro de gotas de lluvia, a la vez que su cara se ponía roja y turbulenta. Bencolin se mantenía en toda calma. Vi también a Hoffmann acudiendo presuroso a cerrar la

puerta abierta, y a Dunstan acercándose desde el comedor, con un vaso en la mano.

El Magistrado no había cesado de hablar. Se golpeaba el pecho.

“Venir desde Paris..., interferir... la ley”, y otras palabras semejantes, surgían furiosas de su discurso. Después, con una mirada triunfante, se inclinó a lo ancho de la mesa y lanzó en la cara del detective una simple frase.

Dunstan dijo bruscamente:

—El..., él ha encontrado el cadáver del guardián del Castillo.

—Y yo —dijo Bencolin— he encontrado el arma.

Y al mismo tiempo sacó del bolsillo una pesada pistola Máuser, la cual arrojó sobre la mesa, con estrépito. Y aquel ruido pareció casi tener un eco. La risa del violín distante, siguió a ese ruido, oyéndose el eco de un fino Stradivarius, flotando en medio de la ensordecedora tormenta.

Konrad extendió la mano lentamente para tocar la pistola, como si tuviese miedo de ella. Por el rabillo del ojo, vi a Hoffmann deslizarse a través de las puertas oscilantes, y su rostro inflado con la expresión de quien es conocedor de grandes cosas. Se puso muy rígido y anunció repentinamente con voz potente:

—*Herr* Barón Sigmund von Arnheim.

## FUERON DISPARADOS CINCO TIROS

Fué sólo más tarde, cuando yo me di cuenta de como mi corazón había saltado ante aquel melodrama de locura y sin previo anuncio, de ese momento. Y fué la voz de Hoffmann la causa de todo. Él no estaba acostumbrado a anunciar gente en aquella casa donde todo era libre y a placer; pero sus ojos habían captado que había un drama, al estilo alemán, y él tronó su anuncio en concordancia. Me quedé de pie mirando a su rostro enrojecido, con su nariz de botón y pequeña, erguida ridículamente, y el brillo triunfante de sus ojos...

—Muchas gracias —dijo una voz irónica.

Con un sombrero blando en la mano, el recién llegado penetró en la estancia. Vestía un impermeable negro y brillante que echó hacia atrás en la parte de los hombros, al entrar. El Barón von Arnheim era un hombre pequeño, muy rígido, con paso delicado y el cabello cortado completamente. Su rostro era pálido e impasible, y las agudas líneas de su nariz formaban un triángulo con el nivel de su boca. Sus ojos eran verdes y fríos, con las cejas siempre erguidas. Y esos ojos se movieron rápidos sobre nosotros. En torno a ellos, había las huellas de las cicatrices de sablazos. Tan pronto como vió a Bencolin, sonrió rápidamente, se inclinó y chocó los talones de sus zapatos poniéndolos juntos.

—Es un placer para mí el verlo a usted aquí, mi viejo amigo —dijo en francés—. ¿Acaso este *cerdo* le ha causado a usted algunas molestias?

El movimiento de su cabeza señalaba a Konrad, y sus ojos verdosos causaban nervosismo al contemplarlos. Produjeron en el Magistrado el mismo efecto repentino que los disparos de un rifle. Sobre uno de aquellos ojos se colocó un monóculo. Avanzó unos pasos con gracioso andar que recordaba el paso militar de la oca. Me di cuenta que a través de su alta frente había un borde de cabello rubio.

—Salga usted de aquí —dijo señalando con la mano—. Espere en el vestíbulo. En marcha.

Al tiempo que Konrad, que no había dicho nada, pasó ante nosotros hacia la puerta, Bencolin le hizo a Dunstan una seña casi imperceptible. Los labios del joven se movieron apenas para pronunciar las palabras, “Ahora mismo”, y también él se deslizó afuera discretamente.

Von Arnheim avanzó hacia el detective francés con la mano tendida.

—Siento profundamente, mi viejo amigo, las malas maneras de mi subordinado —dijo despreciativamente—. Pero esté usted seguro de que haré que lo destituyan. Es muy desagradable...

—Él sufre de exceso de energía —contestó Bencolin—. Pero por favor, déjelo usted que continúe en su puesto. Es al Magistrado Konrad a quien yo debo el honor de este encuentro con usted. Y naturalmente, me siento agradecido hacia él.

Todo este prelude empalagoso era tan estudiado y tan desagradablemente correcto, que yo me inquieté. Yo prefería el trepidar de la conversación de la Duquesa. Cuando Bencolin me presentó, von Arnheim volvió a chocar sus talones antes de estrecharnos las manos, y al propio tiempo movió el borde de cabello sobre su frente con una precisión tan matemática, que me hizo pensar que yo había echado una moneda en una máquina para que funcionase un muñeco.

—Estoy doblemente satisfecho de conocer a cualquier asociado de mi amigo Bencolin —me aseguró—. Y ahora, ¿les parece que nos sentemos? ¿Acaban ustedes de llegar? Magnífico. Yo me sentiré feliz si ustedes discuten todo este asunto conmigo...

Se quitó el impermeable y lo arrojó sobre una silla, dejando al descubierto debajo un entallado frac. Del bolsillo sacó una pitillera.

—¿Un cigarrillo? —sugirió—. Son cigarrillos alemanes, y aun sintiéndolo, debo decir, intolerablemente suaves. Nuestros impuestos sobre los tabacos extranjeros son prohibitivos. Estas cosas las llevan mejor en Francia.

Yo sentí impulsos de decir, “Por el amor de Dios, acaben con todo esto”. Pero ambos estaban tan obviamente gozando por sí mismos de esa situación, que me pareció como romper un entusiasta juego entre niños. Por vez primera desde que yo había conocido a Bencolin, me sentía hacia él más bien como un maestro de escuela, Von Arnheim se sentó con elegancia y fumó. Bencolin, inescrutable, se sentó en una silla enfrente. Ambos lanzaba anillos de humo al espacio, y yo me preguntaba adonde iría a parar todo esto.

Von Arnheim quebró el silencio, diciendo:

—Llegué a Coblenza esta tarde. Konrad me comunicó un resumen del caso. Yo había decidido permanecer en mi hotel a causa de la tormenta. Pero Konrad, me di cuenta, se eclipsaba por sí mismo. Yo creo que estaba tratando desesperadamente de escamotearme alguna posibilidad para mí, yendo a echar una última mirada investigadora al Castillo, antes de que yo me encargase del asunto. Y entonces, para que no se entregase a más actividades de ese género, decidí venir aquí ...

—¿Desde luego, usted no había tenido noticia de mi llegada? —preguntó Bencolin.

Von Arnheim movió su mano en el aire:

—Fué una deliciosa sorpresa —respondió en tono grato. Después, continuaron fumando durante un nuevo silencio.

—Konrad nos informó, poco antes de su llegada, que él había descubierto el cadáver del guardián —afirmó Bencolin, descuidadamente.

Los pequeños ojos de von Arnheim, se abrieron ampliamente. Se quitó el monóculo y dijo:

—¡Ah! ¿Pero es posible? Sí, quizá. Pero él me había dicho que ya habían investigado antes... Lo traeremos aquí.

Ordenaron la presencia de Konrad, el cual se presentó en Ja estancia. Su pálida mirada se fijó en un ángulo del candelabro.

—Un momento —interpuso Bencolin—. ¿Habla inglés o francés? Este amigo mío.

—Habla francés muy bien —nos afirmó el alemán—. Lo aprendió en... un, campamento de prisioneros, creo yo Bueno. Continuemos. —Una mirada fría se fijó sobre Konrad. Los ángulos de su boca parecieron caer en forma que el triangulo de aquélla se hizo más distorsionado—. Hable usted, entonces. Díganos lo que descubrió. Y sea breve.

Las palabras de von Arnheim estallaban en torno a los rojos oídos del Magistrado. El que le preguntasen en francés y que tuviese que responder en ese idioma, casi lo asfixió. El buen Barón miraba despreciativamente su cigarrillo.

—Sí..., sí, señor... señor Barón. Desde luego. Inmediatamente —dijo Konrad—. En realidad, no hay mucho que decir. Como usted sabe, yo tengo las llaves del Castillo. Y esta tarde se me ocurrió ir a dar allí otra vuelta...

—Creo que usted me había dicho que usted y sus hombres ya habían rebuscado allí ampliamente.

—Y así lo hicimos, señor, desde luego. Pero aquél es un lugar tan grande ...

—¡Ah! —dijo con gentileza von Arnheim—. ¿Entonces a ustedes se les pasó por alto la primera vez?

—Pues ese es el problema, señor; no lo pasamos por alto. Quiero decir, que el lugar donde encontramos el cadáver ya lo habíamos registrado antes. Y eso es lo que me sorprende a mí. Yo recuerdo perfectamente bien haber ido a aquella estancia. Pero no había nada en ella. Sin embargo, esta noche, cuando encendí allí mi linterna, vi el cadáver del viejo Bauer, colgado de la pared con una cadena. Alguien lo había puesto allí después que nosotros hicimos el primer registro...

—¡Por Dios! —dijo el Barón suavemente—. ¿No estará usted mintiendo?

—Puedo jurarlo. Dos policías que me acompañaron a hacer el registro la primera vez, se lo confirmarán a usted, señor.

—¿Y cuánto tiempo llevaba muerto?

—Eso yo no lo sé, señor. Yo estaba camino de aquí para utilizar el teléfono y llamar al médico de la policía... Pero yo creo que llevaba muerto muchos días. El cadáver ya no está muy conservado...

—¿Y de qué murió?

—Heridas de bala, creo yo, señor. En la cabeza. —De su precedente humildad, Konrad estaba pasando a la ansiedad. Agitó el sombrero. En su rostro rojizo no había sudor—. Y si este descubrimiento sirviese para recobrar la gracia del señor...

—Estese tranquilo, tonto. ¿Y dónde está ese cuarto?

—En una de las torres, señor: con su permiso, yo se lo enseñaré a usted. Pero

puedo jurarle que la primera vez que lo registramos, no había...

—Vaya y telefonéele al médico de la policía. Después, vuelva usted aquí.

Von Arnheim miró su reloj.

—Si este Konrad está simplemente tratando de encubrir su propia incapacidad, clamando ahora que acaba de descubrir el cadáver... bueno, ya veremos. —Sonrió en su forma habitual con los labios rígidos—. ¿Les incomodaría a ustedes, señores, el que fuésemos al Castillo de la Calavera? Es tarde, pero esto no tiene por qué preocuparnos. La hora nunca nos preocupó tampoco en el viejo tiempo, ¿eh, señor Bencolin?

—No, en absoluto —murmuró el francés—. Pero, espere. ¿Tengo entendido que usted tiene el informe médico relativo al cadáver de Alison?

—Sí. Recibió tres tiros: uno en la ingle y dos en el pulmón izquierdo. Eran balas disparadas con una pistola Máuser calibre tres, veinte, cinco.

Bencolin meneó la cabeza mientras miraba a las puntas de sus dedos.

—¿Y sus heridas, claro es, eran mortales sin contar con el fuego posterior?

—Pronto habrían sido mortales, sí. Pero, en realidad fué el fuego lo que lo mató. Había inhalado las llamas.

—¡Ah!, sí. Y ese petróleo que le fué arrojado encima... ¿de dónde vino?

Von Arnheim sacó una libreta de notas de su bolsillo y empezó a pasar las páginas.

—Se supone que ese petróleo procedía de unas reservas que tenía el guardián —contestó—. Las habitaciones del guardián eran alumbradas con lámparas de petróleo. Pero, lo que no se ha encontrado, es ningún recipiente de ese petróleo.

Desde esa declaración hecha por Konrad, ellos habían abandonado su grotesca delicadeza de maneras. Ahora, sus voces eran duras y de tono profesional. Bencolin estaba observando a su adversario y se inclinó intencionalmente hacia adelante.

—Dígame usted, amigo mío. ¿Tiene usted ya, por lo menos, las bases de una teoría, o no las tiene?

Nuevamente, von Arnheim sonrió en una forma que hizo prominente su boca.

—Creo que tengo unos destellos —contestó encogiéndose de hombros—. Sí. Y puesto que usted evidentemente no tiene deseos de interrogar a los servidores de esta casa, me imagino que puedo decirle a usted de lo que se trata... Ahora, mi querido compañero, vaya usted a aquella mesa y vea la pistola que hay encima, y entonces su teoría quedará pulverizada en un millón de pedazos —dijo Bencolin—. Es una pistola Máuser con la que el guardián Bauer y Alison fueron asesinados. La encontré arriba, en el bolsillo de un viejo abrigo colgado en el guardarropa de Alison.

Hubo una pausa. El rostro de von Arnheim continuaba impasible y sus ojos verdosos no parpadeaban, a la vez que permanecía inmóvil con el monóculo en la mano. Pero, un suave rubor se había posesionado de sus pómulos...

—Usted se imaginaba —continuó Bencolin soñadoramente— que el asesino era el mago Maleger. Usted creía que él no estaba realmente muerto. Usted creía que él

había simulado una falsa “muerte”; que él había logrado escabullirse saltando del tren sin sufrir daño, y luego había arrojado al río a cualquier cadáver de la Escuela de Medicina, o un cadáver sacado de una tumba, en cuyas ropas había puesto su reloj y sus sortijas.

»Y a primera vista, esa era una hipótesis razonable que hace crédito a la inteligencia bien conocida del Barón von Arnheim. Antes de salir de París, yo acudí a los servicios de nuestros ficheros. Maleger, Alison y D’Aunay, estuvieron juntos en los campos de diamantes de Kimberley, donde Maleger hizo su fortuna. Me faltan detalles —de los cuales creo que está usted provisto—, ¿pero, podríamos decir que en cierta forma, Maleger los engañó y defraudó? ¿No podríamos suponer que años después ellos obtuvieron pruebas y se disponían a acusarlo y destruirlo? Por eso esa “muerte forjada”, simulada, en la cual Maleger desaparece con grandes cantidades de dinero todavía en poder suyo... —Bencolin agitó su mano—. ¡Ah!, pero no. Eso tampoco encaja. Yo se lo aseguro. Mi amigo el Barón von Arnheim verá por sí mismo que eso no tiene base, sin que yo objete a ello».

Von Arnheim estrujó su cigarrillo sobre un cenicero.

—Mi teoría —dijo pensativamente—, todavía no ha tomado forma definitiva. No debemos especular ahora. Esa pistola... ¿a quién pertenece?

—Al propio Alison. Sus iniciales están grabadas en la culata.

—¿Y se cuidó usted de tomar las huellas dactilares?

—Mi querido Barón...

Von Arnheim echó hacia atrás su cabeza y lanzó una risotada que pareció consistir en gorgoritos naciendo al fondo de su garganta y acabando en otros detrás de sus dientes apretados. Se inclinó. Después, colocó el cristal de su monóculo en el ojo y dijo:

—Era una broma, una broma. Y ahora veamos.

Tomó la pistola cuidadosamente y la examinó con unos lentes.

—¡Ah!, sí. Estaba limpia y engrasada de nuevo..., en las últimas dos semanas. Sin embargo, fue un trabajo poco habilidoso. Hay residuos de tabaco adheridos a la guarda del gatillo; eso quiere decir que se impregnaron en ella al ser puesta en el bolsillo. Un bolsillo hondo. ¿Y qué es esto? La pistola no había sido usada en muchos meses antes de los asesinatos, me imagino. Estaba guardada en un cajón..., ¿eh?

—Sí, en el cajón del escritorio de Alison, según Hoffmann me dijo —asintió Bencolin—. Nadie la había tocado.

—Sí. La grasa contiene mucho polvo y presenta un olor a alcanfor pronunciado. Mi monóculo —dijo von Arnheim— es en realidad una lente muy fuerte. Bueno, quienquiera que utilizo la pistola, llevaba guantes puestos. Estos residuos son aparentes. Si tuviera una lente más fuerte, incluso podría decirle qué clase de guantes eran; amigo mío, esos artículos dejan marcas tan claras como los propios dedos. —Sacó el cargador y dijo—: Fueron disparados cinco tiros; esto concuerda. Eran balas de punta suave; y esto también concuerda.

Con el cargador fuera, tiró varias veces del gatillo. El mecanismo parecía estar recio.

—Vaya. Quienquiera que haya disparado esta pistola, tenía dedos particularmente fuertes...

—Pero no era una persona muy alta —susurró Bencolin.

—Sí, ¿vió usted eso? Sí. Los residuos del guante en el gatillo se extienden sólo hasta la mitad de aquél. La persona que hizo los disparos no podía alcanzar mayor espacio. Deducción: era una mano pequeña, pero con una terrible fuerza en los dedos. Trate usted de disparar una pistola recia, con el dedo alcanzando sólo a la mitad del gatillo. ¿Quién reúne esas características?

—Muchísima gente —dijo Bencolin encogiéndose de hombros—. ¿Conoce usted los personajes en este asunto?

Von Arnheim se golpeó la frente con la punta de los dedos. —Su testimonio está aquí. Pero no, no los he visto todavía. ¿Podemos dirigirnos ya de una vez al Castillo?

—Si nos prestan la lancha de motor. Por la expresión de sus ojos, mi querido Barón, tengo la impresión de que nos la prestarán... Sin embargo, sugiero que primero vaya usted a presentarle sus respetos a la señorita Alison. Las gentes de esta casa son poco corrientes, pero...

—La cortesía de mi amigo Bencolin, nunca falla. Iré.

—Y yo sugeriría la conveniencia de que usted le pidiese permiso a la señorita Alison para pasar la noche aquí. Existe, tengo la seguridad, una persona sobre la cual querrá usted tener un ojo vigilante...

Las cejas rubias y pálidas de von Arnheim, se alzaron interrogantes.

—Y esa persona soy yo mismo —dijo el francés—. De hecho, amigo mío, yo lo esperaba a usted aquí esta noche. Hasta tal punto estaba seguro de esa suposición, que le pedí a Hoffmann que trasladase mi propio equipaje al cuarto que antes ocupaba Alison, de forma que usted pudiese dormir en el mío. Debo insistir en mi deseo de que se encuentre usted confortable.

Nuevamente la risa seca y convulsa de von Arnheim, apareció. Se frotó las manos. Su rostro pálido y feo mostraba una máscara de deleite.

El alemán dijo:

—Percibo que el cerebro de mi amigo no ha perdido nada de su agudeza. Y me imagino que hay algo de singular interés en las habitaciones del difunto Alison, ¿eh?

—Usted ya ve que yo estoy procediendo con toda franqueza. Sí lo hay. Y desde luego, usted lo encontrará.

—Sí, usted está siendo generoso —concordó el alemán moviendo lentamente la cabeza—. Recuerdo que en el pasado, usted hizo cuanto pudo para desorientarme: pero usted era justo. Y yo lo recordaré en esta ocasión... Ahora voy a ver a la señorita Alison. ¿Se ocupará usted de lo de la lancha de motor? Y me imagino que también necesitaremos algunas luces.

Después de hacer una breve inclinación, nos dejó y luego lo vimos hablando con

Hoffmann en el vestíbulo.

Bencolin sonrió; el aire de pereza lo abandonó.

—Este compañero, von Arnheim, es un hombre estimulante —murmuró Bencolin—. Yo he sentido un afectó positivo por él desde el punto y hora en que cambiamos unos tiros de revólver en un pequeño e informal tiroteo en Constantinopla. Lamento, claro es, la circunstancia en la cual fué echado cianuro en mi copa de *brandy* durante una cena con uno de sus agentes secretos, pero yo estoy seguro que el buen Barón sólo había ordenado que me echasen unas gotas de un narcótico. Y ese error se lo advertí a él en una delicada nota, y entonces él me prometió hacer objeto de una reprimenda con la mayor severidad a aquel agente suyo. Pero él me explicó que eso iba a resultarle difícil, porque —sin duda debido a un error similar de mi parte— ya su agente no estaba a su servido... Jeff, mejor será que usted vaya a buscarse su impermeable. Este va a ser un viaje con mucha agua.

## EL CADÁVER EN LA TORRE

Las brillantes agujas de la lluvia se entrecruzaban con el haz de luz lanzado por el reflector de la lancha. La blanca luz oscilaba sobre el espumoso Rhin que era un torrente fangoso cuyo oleaje sacudía a nuestra lancha en mitad de la corriente. Por encima del roncar del motor podían oírse los ruidos del gran río; y también podía oírse el zumbido del viento por encima de nuestras cabezas. La lona encerada, que cubría la lancha, tronaba y silbaba en su sitio, y la fuerte lluvia penetraba en mis ojos viniendo de una negrura que se extendía por doquier excepto en el camino del reflector. Bajo mis pies, el puente de la lancha oscilaba hasta que tuve que agacharme y agarrarme al borde de la embarcación.

Las siluetas sombrías estaban ante mí, envueltas en impermeables. La lancha voladora parecía precipitarse con la proa cortando el agua; después, cabeceó y se hundió en aquélla con un impacto que lanzó un fantasmal manto de agua por encima del reflector. Mis rodillas estaban temblando a causa del movimiento. Yo me sentía aterido y medio ciego...

Fueron precisas ciertas maniobras de Fritz para conducir la lancha y atracarla al pequeño muelle, bajo el Castillo de la Calavera.

Después eme la lancha fué asegurada con cuerdas y cadenas, quedó bailando sobre la corriente de una manera salvaje, mientras nosotros nos alejábamos. Fritz llevaba una potente linterna eléctrica que iba enfocándonos, para ver si todos estábamos presentes. El resto de nosotros llevábamos pequeñas linternas.

Fritz iba en cabeza, seguido por Konrad; después, caminaba von Arnheim: yo detrás de éste, y Bencolin iba a la cola. Los rayos de la linterna que llevaba Fritz, mezclados de lluvia, oscilaron a lo ancho del desembarcadero de madera y apuntaron a un camino de piedra que ascendía de la orilla entre arbustos enanos. A primera vista, aquello parecía demasiado escabroso para poder subir. La lluvia ya había arrastrado abajo gran cantidad de tierra negra y fango espeso, lo que hacía que el camino resultase en extremo resbaladizo; en medio de una corriente, de pequeñas piedras, se precipitó un peñasco hasta la orilla, golpeó en el muelle con estrépito y desapareció en el agua. Allá arriba de nosotros, oíase un ruido salvaje de árboles desgajándose...

Nuestras cuatro lámparas de mano trazaban caprichosos dibujos de luz. Caminamos chapoteando, agarrándonos a los arbustos; era un caminar difícil y resultaba en extremo penoso el ver a través de la lluvia. Los torrentes de agua venían directos sobre nosotros, arrancándonos la respiración de los pulmones. Von Arnheim

fué casi derribado, y a mí se me presentó, la imagen de todos nosotros arrojados al suelo y lanzados pendiente abajo entre una catarata de piedras.

Yo podía oír a Bencolin tratando de tomar alientos detrás de su linterna, así como oía también allá abajo el siniestro estrépito de la corriente del Rhin. Arriba y arriba... Tantas veces giramos y torcimos a un lado y a otro, que acabamos perdiendo todo sentido de orientación. Las raíces y los arbustos emergían entre árboles nuevos donde la luz de nuestras lámparas bailaba fantasmal. La rama de un árbol, arrancada por la tempestad, cayó rozándome la cabeza, y Bencolin que venía atrás la lanzó con la mano por encima de su hombro abajo del camino.

Por fin, en medio del viento y desequilibrados, alcanzamos la cima. La luz de Fritz descubrió que estábamos en el parapeto de piedra de un foso, desde cuyas profundidades oíase un murmullo de agua. Una escalinata de piedra conducía desde allí hasta los grandes portalones. Lanzando la luz de mi lámpara a lo alto, vi los oscuros murallones.

—¿Tiene usted las llaves? —estaba gritando von Arnheim.

Estábamos ante unas gigantescas puertas de madera, que tenían arabescos de hierro oxidado. Bajo la luz de las cuatro linternas, Konrad se puso a abrirlas. Fué preciso que las empujase con sus corpulentos hombros para que las puertas se abriesen. Una vez dentro, y después de haberlas vuelto a cerrar, Konrad se arrimó a la pared.

Estábamos en un amplio pasadizo de piedra, frío y muy húmedo. El ruido del exterior se percibía aquí solamente como un murmullo. Con el rostro mojado por la lluvia, von Arnheim estaba de pie en el medio, y dirigía la luz de su lámpara en torno, mientras observaba con la mirada, bajo el ala de su sombrero blanco y negro.

Bencolin estaba encendiendo un cigarrillo. Llevaba una gorra de lana y una trinchera; la llama del fósforo, cuando él alzó los ojos, reveló que estaba observando al alemán.

Fritz permanecía quieto y esperando alerta. Había anillos de hierro asegurados en las paredes, y a nuestra derecha una pequeña puerta, que seguramente conducía a las habitaciones ocupadas por el guarda. Por encima de las puertas grandes, había un aparató sin forma y herrumbroso que parecía un enorme tanque con ruedas y tiradores.

—Un extraño concepto de nuestros antepasados —dijo von Arnheim dirigiendo la luz hacia él. Y su voz resonó con sorprendentes ecos—. Así usted arrojaba plomo hirviendo sobre las cabezas de los impertinentes que llegaban. Y esta antorcha que el mayordomo y nuestro guía encontraron tirada aquí en el pasaje, después del asesinato...

El alemán cambió unas palabras con Fritz en su idioma, el cual indicó un lugar que estaba a mitad del pasadizo. Entonces, von Arnheim le hizo una seña a Konrad para que nos guiase. Un tumulto de ecos seguía nuestros pasos: la sombra distorsionada de Konrad, se alzó imponente y doblándose en el propio techo del

pasadizo, cuando se inclinó para ir hacia el fondo. Después de haber caminado unos treinta pies de distancia, el pasadizo dobló en ángulo a la derecha, y al dar la vuelta, aparecieron unas escaleras de piedra que conducían a la continuación del pasadizo en un nivel más alto. La linterna de von Arnheim nos indicó unas estrechas hendiduras en la base de los peldaños.

—Son hendiduras producidas por los arqueros —explicó él—. A los enemigos, en aquellos tiempos, los obsequiaban con buena abundancia de flechas. Y esa vuelta en el pasadizo..., era admirable para la defensa. ¡Admirable!

Recorrimos otros treinta pies, y una vez más el pasadizo dobló para seguir la primitiva dirección. En el último trecho, el pasadizo se extendía en el doble de esa distancia en forma que nuestras luces apenas si iluminaban las escaleras que había al final.

—¿Han observado ustedes la bóveda en todo el trayecto? —me preguntó en inglés von Arnheim—. En cuatro sitios de ella, podían, lanzar una puerta para cubrir la retirada. El Castillo está tan extraordinariamente fortificado como cualquiera de los que yo haya visto en mi vida. Me pregunto quién podía necesitar unas defensas tan complicadas.

—Eso —murmuró la voz de Bencolin en medio de las sombras— puede ser nuestra respuesta.

La cabeza del alemán se volvió mirando por encima del hombro. El cigarrillo de Bencolin resplandeció. Las sombras delgadas y altas, las voces en ecos susurrantes...

Al final, nos encontramos en un patio pavimentado con piedras. Era imposible ver las murallas que lo rodeaban, pero Fritz nos llevó, guiándonos con instinto de seguridad, a una escalera exterior que a su vez conducía a otra al frente, cerca del centro. Nuevamente tuvimos que luchar contra la tempestad; a lo largo de las murallas, esto resultaba terrible, pues aquéllas se alzaban más altas que cualquier punto en todo el paisaje.

Cual ya he indicado, las murallas debían de tener cerca de noventa pies de espesor. La calavera de piedra, por cuanto yo podía juzgar bajo las luces nebulosas que llevábamos, estaba construida enteramente dentro de la propia muralla de enfrente, en el estilo de una gigantesca torre. Y esa calavera parecía ser aún más grande que una casa de buen tamaño, y en una inspección más próxima, su parecido con la cabeza de un muerto se desvanecía. Exactamente al final del alcance de nuestras luces, estaba la calavera. Yo podía discernir una ventana grande y triangular que cabía confundir con una nariz; pero la parte superior era solamente una bóveda ennegrecida y perdida bajo la lluvia. Los dientes se resolvían en puntiagudos arcos de piedra sosteniendo una galería por encima de las murallas. Mientras nos encontrábamos allí agrupados, abrigándonos en el parapeto y luchando para respirar, el cielo entero se transformó repentinamente en blanco con el resplandor de un rayo...

Por unos instantes, tuve la aterradora sensación de que estaba siendo lanzado

desde las murallas, y mi mojada piel ardió de pavor. Nos encontrábamos balanceados, a una increíble altura. Lejos, allá abajo, los pinos negros se doblaban bajo el viento hacia un estrecho río que saltaba bullante y gris, bajo el resplandor de los relámpagos y los rayos. Tan vívido era ese resplandor, que pudimos ver a nuestra pequeña embarcación agitándose junto al desembarcadero, igual que también pudimos ver en la otra orilla del río, las chimeneas de la casa de Alison y las ventanas de ésta, como pequeños puntos de luz.

Después, el cielo se puso negro. El trueno se desplomó con un aplastante golpe detrás de nuestras cabezas. Y yo me encontré agarrándome a uno de los arcos, con el estómago medio mareado y pareciéndome que todos los arcos temblaban bajo el resonar del trueno.

—Yo no veo señal alguna de sangre —dijo la voz simple de von Arnheim—, y una hemorragia del pulmón hubiera provocado mucha sangre. Pero es posible que la lluvia haya lavado y arrastrado esa sangre.

Estaba de pie en el interior de la galería de arcos, dirigiendo la luz de su linterna a lo largo del piso. Después, se dirigió una vez más en su exquisito francés a Konrad:

—Hable usted. Usted estuvo en este lugar. ¿Había huellas de sangre? ¿Dónde fué alcanzado Alison por los tiros, antes de salir corriendo de aquí?

Los dientes del Magistrado castañeaban de tal manera, que apenas pudo responder. Empezó a hablar en alemán pero se rectificó a sí mismo después de una brusca y salvaje mirada que le dirigió von Arnheim. Dijo:

—Si quieren todos ustedes seguirme, se lo mostraré...

Haciéndole una seña a Fritz, para que dirigiese al frente su gran reflector, dobló a la derecha. Al final de la galería, había una pesada puerta de madera, la cual Konrad abrió con una de las llaves enormes que llevaba.

Nuestras pequeñas luces descubrieron un vestíbulo muy alto dentro de la cima curvada de la calavera. Sus paredes estaban blanqueadas, y allá más lejos, en lo alto de la curva del cráneo, había una ventana alargada, con cristales de muchos colores. Una escalera de palo de rosa, con alfombra negra, seguía el contorno de la pared bajando hasta un piso negro, que reflejaba las luces en forma de manchas mareantes.

—Esto es ónix —murmuró von Arnheim. Hizo un gesto y añadió—: Y todo está muy bien cuidado. Esto es de locura. Paredes blancas y pisos de ónix. ¡Maldición! ¿Hay luz en este lugar?

—Sólo velas, señor Barón —replicó Konrad.

—Entonces, enciéndalas usted.

Una figura de ébano tallada, alzándose como un hombre y conteniendo seis grandes velas, se hallaba a un lado. Konrad encendió las velas y su luz creó unas corrientes de sombras oscilantes en lo alto de la estancia.

—¿Ven ustedes, señores? —dijo el Magistrado después que hubo encendido—. Aquí al pie de la escalera hay una mancha de sangre. En la alfombra, subiendo tres peldaños, hay otra... Y ahora suban ustedes un poco. Aquí hay en la pared algunas

marcas de dedos ensangrentados, donde la víctima trató de sostenerse un poco. Cerca de la cima de la escalera, hay más manchas. Es de creer que debió recibir los tiros cerca de la cima de la escalera, pues no hay otras manchas de sangre. Después, cuando le fué aplicado el fuego, se desprendió de su captor y corrió escaleras abajo tambaleándose. Yo lo escribí así en las notas que le leí a usted...

Von Arnheim se apresuró a ir arriba para observar las marcas de sangre en la pared. Se puso el monóculo para verlas, constituyendo así una extraña figura, vestido con su impermeable.

—Él no corrió escaleras abajo —dijo una voz suave—. Fué transportado.

Bencolin estaba de pie a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos de su trinchera y un relámpago divertido en sus ojos. Su gorra empapada de agua, contrastaba extraordinariamente con su rostro satánico, a la luz de las velas. Von Arnheim regresó lentamente de su inspección en la pared. Por un momento, observó con mirada vacía al francés, y después dirigió su mirada a Konrad.

—Sí, increíble tonto —dijo con voz crispada—. Él no corrió. ¿Observó usted con una lente las huellas? Yo me supongo que no. Son las huellas de los dedos de una mano derecha, y un hombre que bajase por esta escalera, hubiera tenido que apoyar la mano izquierda contra la pared. Apuntan oblicuamente hacia abajo, como usted debe saber, si vió alguna vez huellas de dedos. Y en las puntas de esas huellas, hay rasguños con pequeños pedazos de uñas incrustados en ellos.

»En una palabra, Alison fué llevado, cargándolo alguien sobre el hombro derecho, con los pies hacia adelante, escaleras abajo, y él se agarraba a la pared para retardar la marcha de su captor...».

Hizo una pausa. Su rígido cuerpo se puso aún más tenso. Las seis velas en el candelabro, iluminaron los tirantes músculos de su mandíbula, y una mirada en extremo fría detrás de su monóculo, cuando el alemán miró a Bencolin.

—Pero —continuó dirigiéndose al francés—, ¿cómo demonios supo usted eso? Porque usted no ha mirado esas huellas.

Bencolin se encogió de hombros.

—Nosotros vinimos aquí, creo yo —dijo el francés—, para ver el cadáver del guardián. Y usted, amigo mío, sabe bien las reglas que nosotros hemos mantenido. Hasta que estemos en posición de poder divulgar todo, nunca decimos nada.

—Guíenos usted, Konrad —ordenó von Arnheim secamente.

A medida que subíamos las escaleras detrás del Magistrado, von Arnheim volvió a dirigirse a él nuevamente:

—Eso demuestra que no le fué aplicado el fuego hasta que el asesino hubo alcanzado el fondo de las escaleras. Porque, claro es, él no hubiera cargado, para bajarlo, con un hombre envuelto en llamas.

Bencolin hizo un movimiento afirmativo de cabeza. Se detuvo para inspeccionar las huellas de dedos en la pared, manteniendo cerca de ellas su lámpara: y entonces, yo miré por encima de su hombro. Me pareció que estaban cargándole demasiado al

pobre Konrad. A simple vista —cuando menos a mi simple vista—, las huellas de dedos eran sólo manchas de sangre como las que lógicamente hubiera marcado un hombre tambaleándose allí. Estaban también a mucha altura y el que su dirección fuese hacia abajo, hubiera sido discernible sólo para alguien que estuviese muy familiarizado con la especialidad de huellas dactilares. Bencolin me dirigió una rápida mirada por encima de su hombro, sonriéndome en forma curiosa.

—Recuerde usted esto. Jeff —me dijo—. Guarde esto, como si lo hubiera fotografiado en su mente.

En esos momentos empecé a desear que Konrad hubiese acertado en algo. Estaba esperando en la cima de las escaleras, con su bigote caído, y creo que recordará esta noche hasta el día de su muerte.

Estábamos en una larga galería con una balaustrada de palo de rosa fantásticamente tallada; del lado de nuestra izquierda, todo estaba sumido en sombras, pero en el de la derecha, en la propia cima de la escalera, había otra puerta. El enorme vestíbulo permanecía en gran quietud. Los lados de piedra y el techo acallaban la tempestad hasta convertirla en un susurro; y sin embargo, aún no estábamos ni siquiera a mitad del camino de lo alto de la cabeza de piedra.

—A la izquierda, señor Barón —dijo Konrad muy humildemente—, la galería conduce hasta algunas habitaciones antiguamente ocupadas por el señor Maleger y que aún están amuebladas. Otra escalera sube a lo alto, pues hay todavía otros dos pisos arriba de éste. Sin embargo, la puerta de la derecha es la que a nosotros nos interesa. Conduce a una de las torres al lado de la calavera, y allí es donde está el cadáver del guardián. Yo...

Callóse para mirar a Bencolin, el cual estaba de pie en la escalera junto a la ventana de cristales de colores, contemplándola con curiosidad. Pero, von Arnheim lo llamó y Bencolin se unió a nosotros, y seguidamente Konrad abrió la puerta de la derecha...

¡Santo Dios! Allí había más escaleras. Ya desesperé de lograr ver jamás el final de ellas.

Aquella torre redonda estaba construida fuera, y aparte del lado de la cabeza. Tenía unos veinte pies de diámetro, y era un cuarto muy alto para este piso. Nuestras luces nos permitieron sólo una ojeada de las alfombras de Savonnerie, de la pantalla de plata frente a la chimenea y de aquellos Gobelinos que eran tejidos a razón de una yarda por año para glorificar a Luis XIV. Paneles de nogal habían sido superpuestos sobre la pared de piedra, cual yo pude ver y comprobar cuando subimos la escalera.

El piso de arriba estaba desnudo con paredes de piedra y hendiduras de arqueros, en agudo contraste. En el tercero y último piso, Fritz, que iba a la cabeza, dejó escapar un grito.

Aquel piso había sido dividido en dos partes. Nosotros nos encontrábamos en un estrecho rellano de la escalera. Y ante nosotros se alzaba una pared de piedra, perforada por una entrada en arco. La puerta había sido abierta y cuando los rayos de

luz de la linterna de Fritz iluminaron el interior, un mareo frío y de horror me estrujó la garganta.

¡Allí estaba el cadáver del guardián...!

Primero se veía la cima de la cabeza del hombre, agachada cual si estuviera a punto de lanzarse hacia adelante, como un toro, divisándose el cabello gris y sucio, colgando hacia el suelo. Luego, se comprobaba que el hombre estaba suspendido en posición vertical contra la pared. Unas cadenas herrumbrosas habían sido pasadas en torno a él, enganchadas por debajo de sus sobacos y después sujetadas a argollas de hierro en la pared, de cada lado. Sus muñecas, con grandes manazas, colgaban muy separadas de las mangas de su chaqueta. El dar más detalles, no es necesario, porque aquéllos resultaban muy poco agradables. El cadáver debía llevar colgado allí, cerca de una semana. Y había también un hedor repelente.

Los rayos del reflector que llevaba Fritz oscilaron en extremo, porque aquél no podía controlar el temblor de sus manos. Lanzó algunas palabras, cual si su boca estuviera llena de guijas, y yo vi su blanco rostro cuando pasó ante mí abriéndose camino, lanzó la linterna en la mano libre de Arnheim y echó a correr escaleras abajo.

—¿Y bien? —exclamó von Arnheim detrás de mí—. No entorpezca usted el rellano. Entre usted, hombre.

Yo contesté:

—Lo siento. Yo creo que tengo un estómago fuerte, pero a pesar de todo, no puedo mirar a esa cosa tan horrible. Esperaré aquí.

Von Arnheim asintió brevemente con la cabeza. Le hizo una señal a Bencolin, el cual se adelantó, pasado ante mí y juntos entraron en el cuarto de la torre. Oí distante el zumbir salvaje del viento, y me apreté los dientes para sostener quieta la linterna que llevaba en la mano, en forma de no revelar el terrible golpear que había dentro de mi pecho. Von Arnheim quedó momentáneamente siluetado por un blanco resplandor, cuando caminó para cerrar la puerta. Una vez que la hubo cerrado, pude ver entre sus ranuras los resplandores de las luces de ellos en movimiento. Oí el ruido de sus rápidas pisadas..., el sonido metálico de una cadena..., un golpe... y el murmullo de sus voces bajas e impersonales.

## LA VENTANA DE LOS CRISTALES MULTICOLORES

Uno de mis más vívidos recuerdos en todo este caso, es aquella ocasión en que yo no vi nada en absoluto, cuando estuve esperando en aquella torre ante una puerta cerrada. Mi exaltada fantasía podía colorear cada detalle. Primero, se produjo un largo silencio. Después, oí la voz de Bencolin diciendo:

—Recibió dos tiros en la frente. Está muerto desde hace digamos ocho días.

Se oyó un gruñido como si alguien estuviese incorporándose después de permanecer arrodillado o agachado.

—Pero claramente no estuvo muerto en ese cuarto todo ese tiempo. ¿Ve usted las huellas de sus tacones aquí en el polvo, adonde fué arrastrado por el piso? —preguntó von Arnheim—. ¡Maldición! Mire: las cadenas tienen esposas enlazadas... ¡Esposas! ... Y están engrasadas y en perfecto orden. El asesino realizó su trabajo con gran eficacia. Fué una suerte que dejase la llave en la puerta. Bueno.

Sobrevino otro silencio y después se oyó el ruido de pasos yendo y viniendo por aquel cuarto.

—Y no hay muebles —continuó von Arnheim—, ni tampoco hay ventanas. Yo me pregunto para qué fué utilizado en todo el tiempo este cuarto.

—Me han dicho que era el cuarto de trabajo de Maleger. Fué aquí donde perfeccionó sus trabajos de ilusionismo y no quería que ojos extraños lo espiasen, ni siquiera en su propia casa. ¿Ha visto usted la puerta?

Otra pausa. El alemán murmuró:

—¡Caramba! Tiene un panel corredizo. Parece la puerta de lo que en Norteamérica llaman un *speakeasy*<sup>[2]</sup>. Por este panel podía ver a quienquiera que subiese la escalera, sin necesidad de abrir siquiera la puerta una pulgada. Y la puerta tiene una fuerte cerradura también; mas, aquí está la llave...

—¡Oh, sí! El asesino quiso que encontrásemos todo esto.

—El cuarto de trabajo, ¿eh?... Y ahora no hay nada aquí. Espere. Dirija su luz hacia aquí.

—¿Qué es lo que usted ve? —preguntó Bencolin.

Oí más pasos rápidos y un ligero chirrido; después, el sonido de alguien que se palmoteaba las rodillas, como limpiándose las de polvo.

Periódicos —dijo von Arnheim—, una pila entera de periódicos viejos. Y están en inglés. Y aquí está el *Times* de Londres, de octubre 25 de 1913, y... yo me encargaré de esto. Bueno, creo que eso es todo. Haríamos mejor en dejar que el médico de la policía escriba su informe: antes de que nosotros continuemos.

La puerta se abrió. Von Arnheim tomó la gran llave y cerró la puerta por el exterior. Su sombra retorcida se reprodujo en el techo cuando Bencolin mantuvo la luz por detrás de él. Bajo su brazo, el alemán llevaba una polvorienta y amarillenta pila de periódicos descoloridos. Su tensa sonrisa sé volvió hacia mí.

—Evidentemente, señor Marle —me dijo él— y usted no sabe apreciar las bellezas de... —Movi6 en el aire una mano delicadamente—. ¿Y d6nde est6 nuestro buen amigo Konrad? ¡Oiga! Veo luces abajo.

Cuando habíamos bajado dos pisos hasta el cuarto de los paneles de nogal, encontramos 6ste resplandeciente con velas. Konrad había encendido cada candelabro de plata maciza que había en las paredes alrededor, y las luces se duplicaban con sus reflejos en frágiles espejos colocados detr6s de ellas. Encima de las luces, colgaban los tapices azules y verdes con escenas de una cacería a caballo. El propio Konrad se había sentado complacido en una silla junto a la mesa de mármol, pero se puso en pie y firme cuando entr6 von Arnheim. Este coloc6 sus periódicos sobre la mesa.

—Lo que más me sorprende —coment6 coloc6ndose el mon6culo— es la singular laboriosidad de nuestro buen guardi6n Bauer. Este cuarto, el vestíbulo, todas y cada una de las partes ocupadas de la casa, por lo que yo sé, todo est6 barrido y cuidado. Mire. —Pas6 un dedo por encima de la mesa—. Ni siquiera una partícula de polvo. Y la plata est6 conservada pulida. Vamos, que el sitio est6 preparado para recibir a un ocupante en cualquier momento. ¿Qu6 piensa usted de esto?

Bencolin estaba mirando a una ventana alta en la parte exterior de la torre; es decir, en el lado opuesto a la puerta que daba entrada al vestíbulo principal.

—Yo estoy más interesado —nos dijo meditativamente— en la direcci6n del viento.

—¿La direcci6n del viento?

—SÍ. Oigan como golpea sobre esta ventana. Se6nor Bar6n, en el sonido de la lluvia contra las ventanas, encuentro tremendas sugerencias.

Von Arnheim golpe6 sus nudillos pensativamente sobre la pila de periódicos.

—Lo conozco a usted demasiado bien —replic6—, para creer que est6 usted desperdiciando palabras. ¿Y bien?

Bencolin se volvi6. Sus peque6os ojos vagaron lentamente por la habitaci6n. Se detuvieron sobre la puerta del vestíbulo la cual, como va he indicado, estaba en la esquina de la estancia.

—Usted recuerda —continu6— que cuando nosotros est6bamos subiendo esa escalera curva en el vestíbulo, yo me detuve a examinar esa ventana de cristales de color oscuro.

—SÍ. ¿Y por qu6 le interes6 a usted?

—Porque —dijo suavemente Bencolin— aunque la ventana estaba frente a la tempestad, yo no oía contra ella ning6n sonido de lluvia.

Von Arnheim contuvo el aliento. Y como un repentino choque, record6 lo que ya he mencionado antes, y lo que antes me había sorprendido como extraño y siniestro,

aunque no pude explicármelo. Recordé el silencio de aquel pasillo donde sólo se podía oír el susurro de la tempestad contra la piedra, Despacio, von Arnheim se sacó su sombrero. Luego se pasó la mano sobre el tupé de cabello rubio.

—¡Básico, señor! —dijo von Arnheim disparando sus palabras—. Soy un tonto. ¡Oh, Dios mío!, si seré tonto. Claro es que nuestro mago Maleger tenía que tener este lugar todo perforado. Un pasadizo entre las paredes...

Bencolin se dirigió a la pared que se encontraba formando ángulo con la puerta del vestíbulo. Alzó el tapiz que allí colgaba, dejando al descubierto los paneles de nogal. Después, ya no tuvo más que empujar a un lado el panel más próximo y éste dejó una abertura.

—Como usted verá, sigue la curva de la calavera hacia abajo —dijo Bencolin—. Pero fué preciso la tempestad, para descubrirnos esto. Tomen sus luces, señores, y vamos a investigar.

—Permanezca usted aquí, Konrad —ordenó von Arnheim—. Los policías de Coblenza llegarán de un momento a otro. Llévelos usted arriba.

Tomamos nuestras linternas y seguimos a Bencolin a través de la abertura en la pared. Era una escalera estrecha y cerrada, curvándose hacia abajo entre las paredes de piedra, húmedas y musgosas.

—La cabeza de la calavera es doble a lo largo de este lado —dijo Bencolin—, y claro es, antecede en mucho al tiempo de Maleger. —Golpeó sobre la pared a la izquierda—. Esta es la verdadera pared exterior. ¿Ve usted? Hay una ventana de cristales opacos que corresponde, exactamente opuesta, a la ventana falsa que nosotros vimos en la escalera. Nadie podría mirar a través de ella.

—Y claro es, eso explica que nosotros no encontrásemos manchas de sangre pasada la cima de las escaleras —asintió el alemán—. Mire con atención. Allí está uno de los escalones..., alúmbrelo con su lámpara. ¿Ve? Alison debió de haber sido traído arriba hasta aquí, antes de que hubiese sido bajado por el otro lado. Y si seguimos este pasadizo, deberemos encontrar donde Alison recibió los tiros...

Su voz sonaba blanda y vacía mientras descendíamos la curva avanzando nuestros pasos con cuidado, tratando de evitar el pisar sobre posibles manchas de sangre. En aquel lugar encerrado, se nos hacía difícil respirar. Yo tenía la sensación de que todo este disparatado caso no era sino una pesadilla terrible de escalera. ¡Santo Dios! ¿Por qué habíamos de atacar a Konrad todos? Aquel lugar era como una cueva de conejos. Una docena de hombres podían ocultarse allí, fuera de la vista de un equipo de buscadores. El cadáver del guardián pudo muy bien haber permanecido tendido aquí durante días, antes de que un capricho del asesino llevase a éste a trasladarlo arriba y colgarlo con cadenas de la pared de la torre.

Por fin, las escaleras terminaron frente a una puerta de madera cerrada. Bencolin la abrió, avanzando cautelosamente su luz al frente. Al principio, sólo pudimos ver unos abrigos colgados y un montón de calderos, escobas, y limpiadores...

—Esta es la parte posterior de un armario —explicó el detective—. La parte

exterior del armario tiene su puerta aquí y está cerrada. Espere.

Colocó la lámpara en su bolsillo, se preparó y lanzó su hombro contra la puerta cerrada. Le dió otro golpe y la cerradura cedió; la puerta golpeó contra la pared con un golpe, y vino, de retroceso. Saltando por encima de los calderos, penetramos. Había un pesado olor a trapos sucios y a productos de pulir muebles. Bajo los pies de Arnheim se oyó un ruido metálico, y algo rodó ante nosotros; la luz de Bencolin, nos mostró una lata de ocho litros, cuya boca estaba vertiendo sobre el piso un líquido blanco.

—Aquí está la lata de petróleo —observó él—. Estas eran las habitaciones del guardián, creo yo. Estamos exactamente atrás: del lado de la entrada del pasadizo al Castillo.

Era un sombrío y maloliente cuarto, con el techo bajo. En un rincón había una cama de hierro, cubierta con una colcha remendada. Cuando la luz cayó en torno, puede ver un hornillo de quemar madera con una cafetera equilibrada en la orilla, una pila de platos sucios en un lavadero y un par de trajes de faena colgados de un clavo. En una rezumante pared, estaba pegada una fotografía arrancada de una revista; era una fotografía grande, en colores, de Myron Alison, en el papel de Romeo. La cara estaba embarrada.

—Alguien —dijo von Arnheim— ha barrido el piso recientemente.

Bencolin estaba abriendo la puerta baja a nuestra derecha.

—Estas son las habitaciones del guardián, en efecto —dijo él—. Y aquí está el pasadizo por el cual nosotros entramos al Castillo. —El francés caminó lentamente, de regreso al medio del cuarto, y mirando a su reloj—. Bien, amigo mío —continuó—, me parece a mí que para una noche ya hemos hecho bastantes descubrimientos. E incluso, yo me siento cansado. Ya es cerca de la una. ¿Dejaremos a Konrad a cargo de todo y regresamos? La cosa es ahora meramente: una cuestión de rutina.

—¿Regresar ahora? —preguntó von Arnheim—. ¿Cómo, si apenas hemos empezado a explorar... todos los cuartos...? —Se quedó callado. Uno y otro habían dirigido sus linternas hacia el piso, de forma que yo pude ver solamente dos siluetas en sombras—. Algunas veces quisiera —añadió suavemente— que mi amigo Bencolin hiciese algo en este mundo, sin una razón impulsándolo. Me gustaría que hiciese una broma, sin más razón para ello, que el que fuese una broma. Me gustaría que fuese a un teatro, sin otra razón, excepto la de que quería ver la obra. Me gustaría que tuviese un capricho detrás del cual no hubiese una causa endiablada... Y claro que hay una razón detrás de ese deseo de regresar, pienso yo.

La risa blanda de Bencolin resonó con su eco en la baja estancia.

—Sí, la hay. Yo lo invito a usted a regresar, ¿sabe usted? —dijo el francés.

—Cada uno de nosotros tiene su teoría —dijo von Arnheim—. Y sé que las dos son diferentes. Y yo no utilizaré el cerebro de otro hombre... Mis investigaciones están aquí, y por lo tanto me quedaré. De todas formas, váyase. Pero le aseguro a usted —y enfocó con su linterna el rostro del francés— que yo lo batiré. Sí. Usted

está tomando un camino equivocado y recuerde que yo se lo he advertido.

—Es como en el viejo tiempo —gritó Bencolin—. Haga usted como le plazca, Barón Y ahora, Jeff, si Fritz nos acompaña, tengo algunos asuntos que discutir con usted en el camino.

—Pero, espere —dijo von Arnheim colocando una mano sobre el brazo del francés—. Veamos antes si podemos estar de acuerdo en alguna cosa.

Una lámpara de petróleo con la pantalla de cristal hendida, estaba sobre una mesa en medio del cuarto. Von Arnheim le quitó la pantalla y encendió la mecha, de forma que una débil luz amarillenta iluminó el cuarto. Se sentó en una silla de madera, abriendo su libreta de notas y esparciendo sus páginas.

—Es el curso de los acontecimientos. Tengo notas de todos los testimonios que usted ha oído...

»Nosotros nos referimos al lunes 20 de mayo de 1930. En esa noche, Myron Alison fue visto vivo por última vez, por la señorita Sally Reine, cuando él se fué a sus habitaciones a eso de las nueve. Poco tiempo después —digamos a las nueve y media, o diez menos cuarto— la señorita Reine oyó a dos personas que abandonaban la casa. Y esos dos son Myron Alison y su asesino, puesto que todos los demás (uno de los cuales obviamente mintió) están ocupados en otras cosas. Y esos dos toman la lancha de motor cuyo ruido es oído en el río a esa hora. Sobre las diez y quince, el cuerpo en llamas aparece corriendo por las murallas».

Con toda parsimonia, von Arnheim sacó su pitillera, extrajo un cigarrillo y lo encendió. Después, prosiguió:

—Por las cosas que hemos visto aquí en el Castillo esta noche, podemos reconstruir lo que ocurrió en ese intervalo que oscila entre media hora y unos cuarenta y cinco minutos. Suponemos que en alguna forma el asesino convenció a Alison para que lo acompañase al Castillo. Y puesto que Alison se había ido a sus habitaciones previamente, deducimos de eso que el asesino lo visitó allí. Mientras estaban allí, uno de ellos tomó la pistola que estaba en el cajón en el dormitorio de Alison. Quién hizo eso, no tiene importancia, puesto que si Alison no tenía sospechas de su compañero, pudo tranquilamente dejarlo que la llevara. El asesino pudo tranquilamente haber expresado miedo de ladrones en el Castillo por la noche, y así haber obtenido el permiso para llevar consigo la pistola Máuser.

Von Arnheim fumó en silencio por unos momentos. Bencolin estaba recostado contra la pared, con los brazos cruzados y los ojos medio entornados.

—Así —continuó el alemán—, Alison guió la lancha de motor a la otra orilla. Los dos subieron al Castillo, y les dió entrada el guardián. Una vez dentro, no sabemos si entre ellos se produjo una disputa, o si todo estaba planeado ya deliberadamente; pero con toda seguridad, podemos decir que el asesino vino aquí con la intención de matar a Alison. Y aquí le disparó. Y para llevar a cabo todos sus planes, el guardián tenía también que morir.

»El cadáver del guardián fué arrojado en la escalera secreta. Y Alisen quedó

tendido agonizando de las heridas en el pulmón. Tomando esta lata de petróleo del armario, el asesino saturó las ropas de Alison con petróleo. Después, tomó un limpiador, o un trapo, y cuidadosamente limpió la sangre del piso aquí..., con el objeto de que no fuese a encontrar la sangre la policía, y ésta registrase demasiado minuciosamente y encontrase la escalera secreta...».

—Un momento —interrumpió Bencolin—. ¿Por qué había de estar el asesino tan ansioso de que no se descubriese la escalera secreta?

—¿Y por qué había de llevar él a Alison arriba? —replicó el alemán, encogiéndose de hombros—. No lo sé; esa es una parte de los motivos del crimen que todavía no podemos explicarnos. Pero, por estas manchas de sangre, nosotros sabemos que *él* llevó a Alison arriba. Lo sacó al exterior y lo bajó por la otra escalera del vestíbulo principal. Lo empujó afuera de la galería ante las murallas, y prendió fuego a sus ropas.

»Yo no sé por qué. Pero en alguna parte aquí hay una mente poderosa endiablada, actuando por razones que no podemos todavía imaginarnos. Alison no era una carga ligera. Sin embargo, el asesino lo llevó arriba, a lo largo de unas escaleras tremendamente altas, y pasó por todos esos infinitos trabajos, con el objeto de poder lanzar un cuerpo en llamas al exterior, bajo los cielos. Tenga la seguridad de que no fué un mero capricho..., cual atestigua el hecho de que más tarde, en el curso de la semana, el asesino volvió aquí, sacó el cadáver del guardián y lo colgó en el cuarto de la torre... Pero, volviendo a la muerte de Alison:

»Después de prenderle fuego al hombre, el asesino se entrega a comprobar que su obra queda perfectamente hecha, y se marcha solamente cuando ve a Hoffmann y a Fritz en el sendero, abajo. El inspecciona todo arriba y abajo de la escalera secreta, hasta este cuarto..., evitando así que aquellos dos lo encontrasen cuando entraron por el pasadizo».

—Espacio, espacio —protestó el francés—. Usted está olvidando que el asesino se había marchado de aquí antes de que Hoffmann y Fritz llegasen a las puertas del Castillo. Y sólo cuando ya casi estaban aquí, oyeron el ruido de la lancha de motor alejándose de regreso.

Von Arnheim pareció ligeramente desconcertado, pero sólo por un momento.

—¡Oh, sí! Pero eso no tiene importancia. Bueno, entonces el asesino corrió abajo por la escalera secreta. Salió por la puerta de este cuarto y se dirigió al embarcadero por otra senda, arrojando lejos de sí la antorcha en el pasadizo cuando iba corriendo. Así fué.

El alemán cerró su libro de notas; se recostó en su asiento y miró a Bencolin con la mayor complacencia. Bencolin abrió sus ojos perezosos.

—Tolerablemente bueno —dijo el francés pensativo—. El único problema, es que usted mismo no cree eso.

—Pero..., ¿y no lo cree usted?

—Yo sigo su propia técnica amistosa —respondió el detective—, absteniéndome

de explicar mis propias ideas... Pero cualquiera que sea la hipótesis que uno use, tendrá, sin embargo, que explicar estos dos hechos tenaces y extraordinarios: primero, por qué el cuerpo fué incendiado en una exhibición tan espectacular; y segundo, por qué el cadáver del guardián fué colgado con cadenas, algunos días después de su muerte.

—Yo creo que puedo explicar eso —asintió von Arnheim examinando sus uñas, en forma reflexiva—. Especialmente, después que haya examinado con cierto detenimiento estos periódicos de la torre.

—Y yo —dijo Bencolin— seguiré la evidencia de un par de zapatos enfangados y de una nota dejada debajo de una puerta...

Von Arnheim se sentó rígido y echó mano de su libro de notas.

—Yo no tengo informes sobre eso. ¿Qué es? ¿Quién dejó una nota debajo de una puerta?

—Yo lo hice —dijo Bencolin—. Buenas noches, Barón y buena suerte.

Salimos a la oscuridad y a los ecos del pasadizo. Von Arnheim continuaba sentado inmóvil a la mesa, con la luz amarilla iluminándole el pálido rostro, sus cicatrices faciales y su monóculo. Los ángulos de su boca estaban caídos; sus manos estaban aferradas con crispación a su libreta de notas, en forma inconsciente, como las garras de un gato.

—Déjeme que le haga una predicción, Jeff —me dijo Bencolin cuando fué cerrada la puerta—. Sea lo que quiera que el Barón Arnheim esté haciendo, él está planeando algo para humillarme. Está planeando un acto más sensacional que todos cuantos Alison representó durante sus más grandes días; lo conozco a él. Para presentarnos dramas, deme usted siempre al flemático Teutón por encima de todas las otras gentes. Y yo..., bueno, yo gozo con una buena representación, pero realmente no puedo tampoco dejarlo que abuse...

Yo mencioné algo sobre el refrán de la sartén y el cazo. Y dije también:

—¿Y qué es eso sobre una nota que usted dejó, echándola por debajo de una puerta?

—¡Ah, sí! Nosotros vamos a ver ahora el efecto que hizo. Jeff: el asesino de Alison y Bauer, se encuentra ahora del otro lado del río en casa de Alison, durmiendo pacíficamente. Y cuando más pacíficamente duerma, mejor para mis planes... Vayamos y encontremos a Fritz para que nos lleve a la otra orilla.

Abandonamos el Castillo de la Calavera a las lechuzas y a la tempestad, dejando sin explorar todos aquellos sombríos cuartos donde Maleger había vagado en los grandes días de su magia. Dejamos atrás los reverberantes corredores, los candelabros antiguos, los arcos de flechas y todos aquellos ingeniosos recursos, cubiertos de herrumbre y sangre vieja, que artistas de antaño habían preparado para hacer del Castillo de la Calavera un lugar repulsivo con los lamentos de sus enemigos. Porque esa sensación del pasado no podía ser tan fácilmente eliminada, ni siquiera con disparos de revólver.

Los salones olían todavía a flechas aceitadas y a cuero de arneses, y detrás de ellos brillaban las sombras de las corazas de acero. Así, cuando nosotros nos encontrábamos con nuestras linternas en el pasaje de piedra, resultábamos ser verdaderos anacronismos, y los salones del Castillo parecían repelernos. No llevábamos antorchas en nuestras manos. Tampoco caminábamos cubiertos con corazas de hierro y escarapelas. Y por los pasadizos exteriores del Castillo, no guiábamos caballos entorchados con nuestros brazos protegidos con manguitos de acero.

Nosotros éramos unos intrusos.

La tempestad todavía azotaba contra las murallas del Castillo, a nuestro descenso de aquél, mientras la linterna de Fritz nos iluminaba el camino. Una vez, aun con riesgo de caer a un precipicio, me paré para mirar atrás. Un resplandor amarillento surgía de la puerta que se abría hacia la galería debajo de los dientes de la calavera, lejos, allá en lo alto, en la oscuridad. Y esa luz, silueta las murallas. Momentáneamente, puede ver a von Arnheim de pie allí, con los brazos cruzados, mirando hacia abajo, a nosotros. La luz resplandecía en su impermeable negro.

Descendimos hacia la arboleda, rumbo al turbulento y rápido Rhin.

## CIERTAS RAREZAS DE UNA DAMA

—Yo quiero que usted escuche cuidadosamente —dijo Bencolin.

Estábamos de pie en el vestíbulo inferior de la casa de Alison. Una de las lámparas había sido dejada encendida para guiarnos en nuestro regreso. Unas pequeñas manchas de luz creaban dibujos en el techo, y frente a ellos, el perfil mefistofélico de Bencolin aparecía inclinado hacia adelante. Mis zapatos mojados me apretaban los tobillos. Me sentía empapado de agua y sin espíritu. Allí estaba, demasiado vivido, un recuerdo del Rhin que en su corriente agitada convertía nuestro bote de motor en una cáscara de nuez.

En voz baja, el detective continuó:

—Mi equipaje ha sido trasladado a las habitaciones de Alison. El cuarto de usted es el segundo, eh la parte del centro, a la derecha. La señorita Reine está en el cuarto de al lado del de usted, y von Arnheim del otro lado. Hay una puerta que comunica el cuarto de usted con el de la señorita Reine. Cuando vayamos arriba, usted y yo nos diremos buenas noches en fuerte tono. Váyase a su cuarto y cuando hayan pasado diez minutos, golpee con los nudillos en la puerta de la señorita Reine, haga que ella permanezca silenciosa, y dígame que es de la mayor importancia que yo hable con ella inmediatamente. Tráigala a mi cuarto... Y todo cuanto usted haga, que sea sin ningún ruido y en forma que nadie lo vea a usted. ¿Está claro?

—Sí. ¿Pero, qué se propone usted?

—Ya lo verá muy pronto. Puedo estar equivocado; si lo estoy, habré provocado las iras de una colmena, pero vale la pena arriesgarse. Cierta cosa que esa muchacha puede decirnos si ella quiere, acaso sea la clave absoluta de todo este caso... ¡Diablos! Empiezo yo mismo a sentir escalofríos. Esta es una trampa peligrosa que estoy preparando, sin embargo...

Estaba observándose a sí mismo en medio de las sombras del vestíbulo, con los reflejos moviéndose y creando puntos en su rostro.

—Comencemos ya —dijo decidido.

Toda la casa estaba en completa quietud. Subimos a lo alto haciendo ostentoriamente ruido y cambiamos saludos de despedida en mitad del vestíbulo de arriba..., a la vez que también nos comunicábamos observaciones sobre la extrema complejidad del caso y la necesidad de poder dormir. Él se marchó, dando la vuelta en la esquina del ala del pasillo, y yo abrí la puerta de, mi cuarto.

Una lámpara de noche estaba encendida al lado de mi cama, cuyas ropas habían sido abiertas. El contenido de mis maletas había sido sacado y colocado<sup>1</sup>

ordenadamente en diversos lugares: los cepillos en el cajón del armario; los artículos de afeitar, en el cuarto de baño inmediato, y un traje de pijama, estaba tendido en el lecho.

Me quité los zapatos mojados y me puse una bata. Después, me senté en una butaca a fumar un cigarrillo. Mientras tanto, veía gruesas gotas de lluvia golpear en las ventanas y deslizarse sobre los cristales, todo lo cual me produjo melancolía. Un reloj de bronce que había sobre una repisa, realizó un nervioso esfuerzo para tocar la una y media; entonces, en realidad pareció toser y suspirar profundamente, después de lo cual continuó su tic-tac, en una forma turbada. El dibujo del papel de la pared, evidentemente dibujado por un jardinero neurótico, me abrumaba. Yo estaba haciendo de mí mismo, en este caso de asesinato, un verdadero don nadie. En aquel otro caso reciente en Londres, el de los asesinatos de Jade Ketch, yo había podido mostrar alguna inteligencia. Pero ahora aquí, las ideas no brotaban. En mi mente surgieron algunas maldiciones; además de esto, el fastidio estaba crepitando en mí. Me levanté y golpeé con los nudillos suavemente en la puerta que comunicaba con el cuarto de Sally Reine.

Ella no podía estar dormida. Inmediatamente, una voz dijo: “¿Quién esta ahí?”. Y oí el ruido de una silla.

—Jeff Marle —contesté—; y por favor, abra la puerta. Esto es importante.

Se corrió el cerrojo y la puerta se abrió en la oscuridad. El rostro acogedor y atractivo, con el cabello un poco revuelto, apareció a través de la abertura. Sus ojos negros eran ingenuos y a la vez estaban llenos de interés. Tenía una ceja más erguida que la otra, como una interrogante. Encogiendo los labios de su boca pequeña y roja, lanzó un breve silbido.

—Esta no es una buena conducta por parte de un detective —me dijo a modo de saludo—, debo decirlo así.

—Calle usted —contesté yo—. Es una cuestión de trabajo. ¿Quiere usted entrar aquí y acallar su voz? Lo que quiero decir es que yo no...

—Por mí, no hay inconveniente —dijo Sally Reine haciendo un movimiento como una muñeca que caminase. Llevaba un horrible; pijama rojo y negro, y calzaba unas zapatillas rojas. Añadió—: Pero, por lo menos, cierre usted la puerta. Nunca se cuida demasiado de la propia reputación.

Se dirigió a la mesa, se sentó en el borde de ella y golpeó con sus manos sobre una rodilla. Oscilando ligeramente, me miró interrogadora.

—De todas formas, yo aún estaba sentada junto a la ventana. ¿Qué es lo que se propone usted?

Le comuniqué lo que Bencolin me había dicho. Ella procuró permanecer ligeramente interesada, pero podía verse una decisión fuerte en la expresión con que movió sus ojos. Murmuró:

—Su amigo tiene positivamente gran genialidad para el melodrama. ¿Y por qué razón quiere verme a mí?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignora usted? Bueno, pues yo en cambio tengo una excelente noción de ello... Quiere verme para aplicarme, aunque sea en forma delicada, un interrogatorio a fondo, y apretarme las clavijas. Y en verdad, ese diablo debe saber la forma de hacerlo. Quiere información extraída sin dolor. Algo así como que le saquen a uno un diente con anestesia local. Cuando es así, uno casi se desvanece de miedo a que duela; y después, el diente sale suavemente y uno se marcha de la clínica aliviado; después, cuando uno empieza a congratularse a sí mismo de lo fácil que resultó, los efectos del anestésico desaparecen y entonces empieza el dolor nuevamente. Pues esa es la forma en que yo me siento después que hablo con él. Ese Bencolin —añadió ella elaboradamente— hubiera podido crucificar a cierto Hombre del cual hemos oído hablar, y después sentir sólo un orgullo artístico por la forma en que le incrustó los clavos. Y ahora, ¿supóngase usted que yo no voy?

Yo me encogí de hombros y contesté:

—Eso queda a la voluntad de usted decidirlo, desde luego. Pero escuche. ¿Acaso no quiere usted que este asunto quede esclarecido?

—No. No. —Respiró a fondo y continuó—. De todas formas, yo iré porque quiero averiguar lo que él sabe. Sabe usted, él me asusta. Cuando uno habla con él, se limita a sonreír y a estar de acuerdo, y uno empieza a creer que cuanto acaba de decir es una mentira.

Sally Reine me miró con una sonrisa curiosa, prosiguiendo:

—Yo quisiera que fuese *usted* quien estuviese a cargo de este caso, querido amigo. Si usted me acorralase en un rincón, me limitaría a deshacerme en lágrimas y usted diría: “¡Caramba!..., lo siento...”, y cambiaría de tema. No es usted muy bueno para policía, sabe usted.

Esto no era muy grato, pero tuve que replicar:

—Sí, me parece que eso es exacto.

—Debo decir que eso me molestaba —murmuró ella después de una pausa—. Estoy un poco fuera de mí misma, o algo por el estilo; no le dé usted importancia. Pero mis nervios están sobreexcitados. Si alguien diese un salto y me dijese, “Buuu, buuuu”, yo me pondría a gritar de terror. Ya no puedo soportar esto mucho más tiempo.

Estaba nerviosa, y encogía y estiraba sus pies dentro de las rojas zapatillas.

Yo dije impulsivamente:

—Escuche usted; si hay algo que yo pueda hacer... Quiero decir, en todo este maldito asunto detectivesco... Si usted solamente me dijese...

Ella levantó una mano y agarrándome por el hombro me sacudió. Otra vez la sonrisa enigmática, y su nariz se arrugó, mientras una especie de expresión de agradecimiento resplandeció en sus ojos negros.

—No sería bueno que se lo dijese —replicó ella—. ¡Ah! ¿Qué hay de bueno en nada? Ya estoy presta para sufrir los tormentos de ese Torquemada.

Apagamos las luces y salimos silenciosamente. La débil luz de la noche nos guió mientras avanzábamos en las puntas de los pies por el pasillo y doblamos en éste hacia la otra ala del edificio. Abrí la puerta de Bencolin. El detective había cerrado las ventanas interiores y corrido las cortinas en el estudio, de forma que ninguna luz pudiese trascender al exterior. Estaba de pie y completamente vestido con traje de calle, junto a una mesa con una máquina de escribir, sobre la cual ardía una lámpara. Una vez que entramos, enrolló una pequeña alfombra y la colocó a través de la ranura del fondo de la puerta.

Sally Reine trataba de aparecer perezosa e indiferente cuando le dijo:

—He venido debidamente chaperonada. Me pareció esto muy prudente. Pero, por favor, ¿dígame el porqué de todo este misterio en mitad de la noche?

—Con objeto de ayudarla a usted, señorita —dijo Bencolin ofreciéndole una silla—. ¿Es usted, señorita, por su parte, también una buena chaperona?

—No tengo mucha facilidad para las sutilezas...

—En realidad —le dijo él—, creo que puedo explicárselo. Le he pedido a usted que viniese aquí principalmente con objeto de tranquilizarle su mente. Señorita Reine, se está usted alarmando a sí misma en forma innecesaria.

Bencolin era el vivo retrato de la agudeza, con las manos extendidas y una expresión de simpatía en su rostro, cuando se inclinó hacia adelante en su asiento. Pero la muchacha no confiaba en él. Ella estaba tratando de permanecer muy en calma, pero, sin embargo, sus manos estaban lejos de hallarse quietas. Se produjo un largo silencio.

—Yo quería demostrarle esto a usted —continuó el detective— mediante la evidencia de sus propios ojos.

Otra pausa. Estábamos todos conscientes de algo que había más allá de sus maneras... El aire de expectación y de tensa espera que no siempre conseguía ocultar. Era algo así como si un tambor lento estuviera sonando. Estaba sentada en el brazo de la butaca, balanceando una pierna a los lados, y sus ojos se mantenían yendo y viniendo a los rincones de la estancia. Ahora, la lluvia se había transformado en un monótono gotear sobre ventanales de madera. La negra campana de su cabellera, se movió cuando ella sacudió su cabeza. La pierna se balanceó con mayor rapidez, dando contra la silla ligeros golpes con las zapatillas. Y también se oía el tic-tac de un reloj...

—Bueno, empiece con su asunto —dijo ella desafiante—. No puedo esperar aquí toda la noche.

Se produjo otro ruido. Yo no había oído nada; pero Bencolin estaba con la cabeza vuelta a un lado y el oído alerta. Sus ojos no tenían expresión, y se irguió lentamente de su butaca. Tomó a Sally Reine del brazo; mientras ésta lo miraba sorprendida, él empezó a conducirla hacia la puerta. Ella comenzó a decir algo, lanzándolo a través de sus labios apretados; pero él la silenció oprimiéndole el brazo con los dedos. Después, él dijo en voz baja:

—Jeff, quédese ahí de pie junto a la lámpara. Cuando yo dé la señal, la apaga. Y usted, señorita Reine, cuando yo abra la puerta, tenga la bondad de mirar al pasillo.

—Déjeme..., déjeme... marcharme —dijo ella con un murmullo aterrado—. Usted debe estar...

Pero ella se dominó al fin. Yo sentí martillear mi corazón, mientras estaba de pie, con un dedo colocado en el botón de la lámpara; a través de la estancia, yo podía ver la desencajada expresión de sus ojos que miraban al detective inclinado sobre ella: era una muchacha aterrada, vestida de rojo y negro, con el rostro contorsionado. Oí su rápida y corta respiración. Pero los dedos de Bencolin eran tan fuertes, que podía romper con ellos, por la mitad, una baraja de naipes...

—Ahora, Jeff.

El susurro tenso apenas llegó a mi. Apreté el botón de la lámpara y se produjo la oscuridad, sin la más ligera insinuación de luz. Era una oscuridad espesa, en la cual uno sentía el impulso de ocultar la cabeza, como temiendo que algo se fuese a descargar sobre ella. El ruido de la respiración parecía crecer en intensidad. No oí abrir la puerta, pero gradualmente fui percibiendo siluetas humanas en la penumbra. Estaban inmóviles, y así permanecieron tan largo tiempo, que aquello me pareció que jamás tendría fin. ¿Qué era lo que pasaba allí? ¿Qué era lo que estaban observando? Estas preguntas se hacían cada vez más apremiantes y angustiosas...

Muy despacio, las siluetas desaparecieron de mi vista. Y escuché el más suave de los ruidos al cerrarse la puerta. Se produjo un completo vacío y un silencio de ecos tan tenso, que parecía escucharse y palpase el ondular de las ondas de aire. Era algo así como si una herida reciente hubiese sido tocada con una lanceta; uno podía sentir a su lado el choque, el silbido y el lanzamiento del aire de los propios pulmones. Y estas cosas se acumulaban haciéndose abrumadoras. El reloj continuó su metódico tic-tac. Y en aquel mar de sombras, respiró una voz que no era apenas más que un susurro.

—Usted es un demonio —murmuró—. Usted es un demonio...

Parecía incrédula y sorprendida, a la vez que temblorosa, y al borde mismo de la risa histérica.

—Vamos —continuó—, usted... planeó esto... Desde luego.

—Encienda otra vez la luz —dijo Bencolin.

Una vez vuelta la luz, ellos parpadearon y pude ver a Sally Reine sentada en una butaca. Estaba en extremo pálida, de forma que la pintura de sus labios y su maquillaje resultaban grotescos; pero a la vez tenía la mayor compostura. Miró fijamente a la ventana, y hasta su respiración se había aquietado. Bencolin empujó con el pie la alfombra enrollada contra el fondo de la puerta, después de lo cual se volvió con agudeza.

—Señorita Reine —dijo él—, en la noche de la muerte de Alison ocurrió cierta cosa que usted olvidó decirme. Usted dijo que se había quedado dormida en la biblioteca un poco antes de las diez; que habiendo despertado a causa de la

conmoción que Hoffmann y Fritz provocaban al marcharse a la otra orilla del río para investigar lo del cuerpo en llamas, usted salió al pórtico. Allí, dijo usted, esperó por algún tiempo, pero no vió a nadie. Y yo insisto en que inmediatamente que usted se fué al pórtico, usted vió a alguien que venía corriendo por los escalones, desde el río, en un gran estado de agitación. Él le pidió a usted que no dijese que usted lo había visto... Y en efecto, así lo hizo usted... ¿Está usted dispuesta a confesar que esa persona era *Sir Marshall Dunstan*?

La muchacha lo miró con ojos vagos. Después, respondió con voz dura y tranquila:

—No le diré a usted ni lo más mínimo.

El reloj continuaba con su monótono tic-tac.

—Y además de eso —añadió ella en el mismo tono abstracto— fué la cosa más estúpida que yo haya visto jamás representar en cualquier parte. ¿Qué cree usted que Duns es mío? ¿Acaso me parezco yo en algo a los celosos latinos de su raza? ¿Cree usted quizá que aun en el caso de que yo hubiese mentido, iba a perjudicarlo a él ahora?

Era algo así como mirar a unos ojos que fuesen de cristal, tanta era la inmóvil fijeza que reinaba en los suyos. La voz de la muchacha no sufrió la más ligera alteración en la forma impersonal en que pronunció cada sílaba. La muchacha me miró.

—Déjeme decirle lo que yo vi allí afuera. Vi a Isobel D'Aunay yendo al cuarto de *Sir Dunstan*. Bueno —lanzó ella fogosa—, ¿y por qué demonios no había de hacerlo?

—Usted es una niña tonta —dijo Bencolin tranquilamente—. Estoy tratando de demostrarle a usted la inocencia de Dunstan. Usted lo vió venir corriendo por la senda arriba, hacia la casa, después del asesinato. Y usted creyó que él estaba complicado en ello y él lo admitió así. Pues bien, mintió. Él mintió porque en donde en realidad él había estado, era con la señora D'Aunay, y yo quería que usted la viese a ella encaminándose al cuarto de él esta noche, para demostrarle yo a usted lo que en realidad ocurrió en la noche del asesinato. Y él hubiera más bien preferido que usted creyese que él era un asesino, antes que eso otro.

Bencolin estaba hablando con una voz tan nivelada e impersonal como la de ella. Parecía estar dándole vueltas a las cosas detrás de sus ojos despreocupados.

—Señorita Reine, ¿comprende usted ahora quién era la figura que fué vista yendo por la escalera exterior al cuarto de D'Aunay? Pues era su mujer que estaba regresando de su cita con Dunstan. Ella vino ascendiendo por una senda lateral y él por las escaleras que conducen al embarcadero. Tenían el más grande temor a ser descubiertos, a pesar de que D'Aunay, al parecer, estaba completamente dormido bajo los efectos de una droga de la que no podría ser despertado... Esté usted tranquila; pero a usted no le irá tan bien a manos del Barón von Arnheim, como conmigo. ¿Quiere usted ponerse un lazo al cuello en esa forma?

Y esas palabras se las lanzó despectivamente. Su amargo gesto provocó un ligero

rubor en el pálido rostro de la muchacha. Esta abrió la boca varias veces y se pasó vagamente la mano por los ojos.

—¡Ese gato! —dijo ella con voz venenosa, repentinamente—. Ese pequeño gato podrido, sí. ¡Oh, sí! Ya pensé en algo parecido..., y no le echo la culpa a Duns; no lo culpo a él. Aparece y desaparece por todas partes en esta casa. Eso es lo que a él le gusta.

Sus palabras eran crudas, y parpadeaba constantemente con una expresión de determinación terrible en el rostro. Se llevó la mano al cuello y soltó el botón del pijama. Bajo éste, colgaba de un cordón en torno a su cuello el anillo de compromiso. Desprendiendo el cordón, dejó que la sortija se balancease libremente.

—¿Sabe usted? Ya nosotros íbamos a anunciarlo..., cuando... Duns se lo anunció... suavemente a la familia.

La frente de la muchacha se frunció de arrugas mientras miraba a lo alto, y su voz pareció muy distante. Repentinamente, brilló en sus ojos una nueva luz.

—¿Pero, y usted?... ¿Es usted humano? ¿Cómo supo usted todo esto?

—¿Cómo supe de ese lío entre esos dos? —contestó Bencolin—. No puedo decírselo a usted, porque está vitalmente relacionado con la solución de este caso. Pero el propio afecto de usted por ese joven —y perdóneme esto— era aparente en cada palabra y en cada gesto de usted. —Bencolin sonrió débilmente, añadiendo—: Isobel D’Aunay...

—Esa...

—Caridad, señorita Reine, caridad. Una mujer triturada, pero en el fondo, creo yo, una mujer también tenaz y apasionada.

Por algún tiempo, Bencolin miró al espacio; después, dijo:

—¿Y eso la sorprende a usted? No lo creo. Ella ha empezado a descubrir ahora que se atreve a ser audaz, y el saber esto, resulta para ella un licor demasiado fuerte. Yo no olvidaré ese desagradable asunto de esta noche, cuando D’Aunay explotó con la acusación de que ella podía muy bien envenenarle el veronal. Ella recibió un choque tan profundo, que sus últimos escrúpulos se los llevó el viento. La mirada que nos echó desde el umbral cuando se marchó... Si yo no hubiera sabido ya entonces la verdad, la hubiera descubierto en ese momento. La mirada de ella decía: “Esto se ha acabado”. Y decía también: “Tengo un amante y me voy a él, y ustedes no me importa particularmente que lo sepan”. Esté usted segura, señorita Reine, que yo sabía esto. Sabía también que esa señora no es... muy inteligente. En una carta que yo escribí, le decía: “En mi cuarto. A las dos. Quema esto”. Cuando yo ya estuve asegurado de que su marido había tomado su dosis de veronal y estaba durmiendo, eché esa nota por debajo de su puerta. Y así, pues, ella fué a verse con Dunstan y yo comprobé mi teoría.

Sally Reine estaba mirándolo con curiosidad, con una expresión casi de horror.

—Sí —dijo ella con voz suave—, usted comprobó su teoría. Usted es un demonio, sabe usted..., literalmente. Usted comprobó su teoría. ¡Oh!, Dios mío. ¿Y

qué es lo que va a ocurrir cuando ella descubra que no fué él quien escribió esa nota?

Bencolin se inclinó, diciéndole:

—Precisamente, lo que yo deseo que ocurra. Cuando yo traiga a discusión con ellos ese asunto, ellos ya no lo podrán negar en forma alguna.

—Usted sabe —dijo la muchacha después de reflexionar unos instantes—. Realmente, yo tendría eme volver a mi niñera. Yo creía que yo ya sabía mucho. Qué simpleza. Oh, sí, usted tiene razón. Duns subió por la senda aquella noche. Y me hizo creer que él estaba complicado en el crimen...

—¡Ah! —exclamó Bencolin frotándose las manos—. Por fin ya lo sabemos.

Con un movimiento espasmódico, la muchacha se puso en pie. Con tono desesperado dijo:

—Escuche usted..., ¿no le importa?... tengo que irme. Tengo que irme a mi cuarto. Yo... quiero ir a arrinconarme a cualquier sitio y morirme. Tengo que meditar sobre todo esto. Por favor..., yo...

Estaba contemplándose a sí misma como si de pronto se hubiera quedado ciega. Sus labios parecieron caer y se golpeó una mano con la otra. Piadosamente, yo apagué la luz y empecé a maldecir a Bencolin con todo el vigor que las circunstancias exigían. Vi la línea de luz débil expandirse cuando él abrió la puerta, y en la oscuridad encontré la mano de Sally Reine y se la apreté entre las mías. Nuevamente ella se puso sobre las puntas de los pies para sacudirme por los hombros y me susurró: “¡Hombre valiente!”, y luego en un revuelo de rojo y negro, ella había desaparecido.

Yo me quedé allí inmóvil sintiéndome más bien mareado y mirando con ojos desorientados al cuarto vacío. Con un choque de sorpresa, comprobé que la puerta no estaba vacía. La tenebrosa luz revelaba un cráneo afeitado, con un ligero mechón de cabello rubio, con un monóculo y una boca apretada.

—Así, pues —Bencolin estaba diciendo muy suavemente—, mi buen amigo el Barón, decidió después de todo seguirme. ¿Me atrevería a decir que usted lo oyó todo?

Von Arnheim estaba de pie muy rígido, formando una silueta, con los hombros echados hacia atrás, en el umbral.

—Afortunadamente —respondió el alemán—, pude esquivar el..., el tráfico un tanto congestionado en estos pasillos. Yo oí. Sí. —El Barón respiraba fuertemente—. Y podremos discutir eso por la mañana.

Se oyó frotar un fósforo y brilló la llama de éste. Bencolin estaba encendiendo un cigarrillo. El resplandor iluminó su mirada sardónica, malevolente y divertida. Después, reinó otro largo silencio...

—Nueva sangre, señor Bencolin —dijo el alemán irónico.

—Nueva sangre, señor von Arnheim —replicó el otro inclinándose.

La mano de von Arnheim titubeó en la puerta, y sus hombros se echaron todavía más hacia atrás.

—Buenas noches, señor Bencolin. Duerma usted bien —dijo el alemán en francés.

—Buenas noches, señor von Arnheim. Duerma usted bien —replicó el francés en alemán.

Con una automática inclinación militar y un golpe de tacones, von Arnheim se volvió, y echó a andar por el pasillo hacia su aposento.

## CERVEZA Y HECHICERÍA

Nuevamente hubo un bendito sol, al tiempo que bajaba las escaleras, yo respiraba profundamente. La puerta principal estaba abierta; la luz solar resplandecía en los rojos mosaicos del pórtico y se extendía en largas franjas por el piso.

Por todo el vestíbulo se expandía una brisa tibia llena de fragancia, con el olor que tiene la tierra después de la lluvia. Me encaminé afuera, al pórtico, por unos momentos, antes de ir a desayunar.

La casa todavía estaba dormida en la limpia y brillante claridad de la mañana. Detrás de la cúpula del Castillo de la Calavera, al otro lado del río, unas nubes blancas inmóviles estaban agrupadas en un cielo de pálido azul. A todo largo de la ribera verde oscura, a cuyo pie el Rhin verde oliva resplandecía, los árboles parecían haber vuelto a nacer; eran árboles frescos, nacidos y crecidos misteriosamente de la noche a la mañana, y el viento llevaba sobre ellos la luz del sol en grandes oleadas. En las viñas, los pájaros revoloteaban. Allá abajo, junto a la curva del río, pude escuchar el ruido de una lancha de motor.

Era una pura expansión que venía a limpiar el ambiente de nieblas y pesadez de cabeza. Una ardilla gris saltó del pórtico y fué a sentarse, sobre sus patas traseras, poniéndose a comer algo. Lo comía con rápidos y breves movimientos de sus minúsculas mandíbulas, observándome mientras tanto con ojos furtivos y maliciosos, como un nervioso turista. Finalmente, la ardilla llegó a la conclusión de que no podía confiar en mí y se alejó. Pero yo sentí un verdadero afecto por esa ardilla. Había venido a mí en el curso de la noche una repentina idea sobre este caso...

Me dirigí inmediatamente al comedor cuyas altas ventanas estaban ahora inundadas de sol. Von Arnheim estaba sentado solo a la mesa, tomando su desayuno y leyendo el periódico.

Levantándose al verme entrar, se inclinó y me deseó los buenos días. Vestía un traje azul de sarga de magnífico corte y parecía casi tan alegre como yo mismo me sentía.

Hoffmann me trajo café, panecillos y mermelada. Entonces dije:

—¿Hay alguna noticia interesante?

Von Arnheim miró reflexivamente al periódico y respondió en su inglés perfecto y descuidado:

—Nada de importancia. Veo que un cierto Archiduque Fernando ha sido asesinado en Sarajevo, pero quien escribió este editorial en el *Times*, está convencido de que esto es de poca importancia. Este es uno de los periódicos que yo recogí

anoche, señor Marle... ¡Caramba!, y esto hace que un hombre se sienta viejo ya, en una brillante mañana como ésta.

Por un momento, permaneció sentado abriendo y cerrando sus manos y mirando con expresión vacía por la ventana. Después, continuó:

—Pero hay algo muy interesante aquí en una página interior. Una historia marcada hablando del triunfo de nuestro distinguido actor Myron Alison, en una distinguida obra de la que nunca oí hablar. Todos los periódicos que recogí contienen notas como ésta... a lo largo de un período de años. ¿Encuentra usted esto sugestivo?

Yo me encogí de hombros.

—Dígame, señor Marle: usted prudentemente se ha refrenado de decir nada sobre este caso hasta ahora. ¿Cuáles son sus opiniones?

—Yo no dije nada —repliqué— porque estaba enteramente anonadado. Hasta que.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Ah! ¿Entonces tiene usted una idea? ¿Puedo preguntarle si coincide con las teorías de nuestro amigo Bencolin?

—Uno nunca sabe lo que Bencolin está pensando —dije yo—, y particularmente cuando él mismo se lo dice a uno.

Una voz desde el umbral, dijo:

—Eso no es muy halagador para mí, Jeff.

Bencolin entró en el comedor frotándose las manos y sonriendo. Vestía un traje de color claro y llevaba una flor en la solapa.

—¡Ah! Buenos días, Barón, buenos días, buenos días, buenos días. ¿Confío en que usted durmió bien? Excelente. Recitó: “El Castillo peñascoso de Drachenfels, se contempla sobre el ancho y airoso Rhin...”.

—¿Sus propios sueños —dijo el Barón— no fueron interrumpidos o molestados?

—Ahora que vengo a recordarlos —murmuró Bencolin frunciendo el ceño en forma reminiscente— se me ocurre que he olvidado el irme a la cama en toda la noche. Pero, café y una ducha fría, producen maravillas después de una noche de andar merodeando. En mis días de juventud, Barón, me dijeron que yo tenía una voz de bajo bastante notable. Y en una mañana como ésta, yo podía obsequiarlo a usted con una canción. Bueno, recuerdo el tiempo cuando los detectives Flynn, O’Shaughnessy y M’Googan, de la Escuadra de Homicidios de Nueva York, viajaron conmigo por la Quinta Avenida en un órgano musical rodante, que sonaba movido a vapor, y que era tocado por el Inspector Jefe Rilley, y nosotros armonizábamos con “La canción de los Menestrales de un Rey Inglés”. Y cuando la policía celebra una fiesta, mi querido Barón, yo le aseguro a usted que no hay un ciudadano que esté seguro.

—Me di cuenta —observó von Arnheim— que la policía estaba celebrando fiesta anoche.

—¿Se refiere usted a mi pequeña escena dramática con la señorita Reine?

—Y a los otros. La señora D'Aunay, *Sir Marshall Dunstan*...

—¡Maldición! Usted lo oyó todo. Bueno, Barón —dijo Bencolin renegando—, lo siento si usted recibió un choque con ello, pero la gente joven será siempre gente joven y...

Von Arnheim dejó sobre la mesa la taza de café que estaba tomando.

—Fué maldita y ferozmente ingenioso. Tendremos que llamarlos para interrogarlos. ¿Pero, qué fué lo que eso probó? Porque yo nunca me imaginé que la señora D'Aunay o el joven Dunstan tuviesen nada que ver con los asesinatos en este caso.

—Eso, amigo mío, no es lo fundamental. Lo que yo probé, fué algo que usted no vió todavía pero que debía ser claramente aparente para usted. Y es una de las cosas más importantes en todo el caso.

—¡Bah! —dijo el Barón Arnheim haciendo un gesto de impaciencia—. Una simple cita a orillas del río...

—Ya se acerca usted más, amigo mío. Y ese es el punto. Yo le dije a la señorita Reine, que esas dos personas no estaban complicadas en el asesinato, para que la mente de ella descansase..., ¿pero, estamos verdaderamente seguros de ello? Usted dice, “una cita junto al río”. Pero la cuestión es ¿adónde fueron? Ellos venían subiendo desde el embarcadero. Allí abajo no hay más que precipicios, y ciertamente ellos no celebraron su amoroso conciliábulo colgándose de los árboles en la orilla.

—La lancha de motor —dijo von Arnheim blandamente.

—Precisamente, la lancha de motor. Fué oída sólo *dos veces* en el río esa noche. Una vez, cuando cruzó hacia el Castillo de la Calavera, entre las nueve y media y las nueve y cuarenta y cinco. Y otra vez, cuando regresó después que Hoffmann y Fritz habían visto al hombre misterioso con la antorcha. La lancha regresa..., y *sir Marshall Dunstan* sube las escalinatas desde el embarcadero. Bueno, recuerde que Alison, a su vez, tuvo que cruzar ese río. Y la cuestión es: ¿Dunstan y la señora D'Aunay fueron con él?

Abandonando su servilleta sobre la mesa, von Arnheim se puso en pie y caminó hacia la ventana, donde golpeó impacientemente con las puntas de los dedos sobre el cristal. Finalmente regresó. Bencolin estaba poniendo cuidadosamente mantequilla en un panecillo.

—Yo no soy terco como un cerdo —afirmó el alemán—; insisto en eso. Pero le digo a usted que está siguiendo un camino equivocado. Usted ha tenido esos rasgos brillantes, sí..., de acierto..., pero usted olvida el ir a la raíz del asunto. Hay algo en esos periódicos antiguos que me ha dado una clave. Si yo lograra comprobar una cosa, podría resolver la totalidad del caso. Las gentes aquí saben muy poco sobre el trabajo de actor de Alison. Incluso su hermana me prestó escasa atención, y por encontrar a alguien que lo conociese a fondo en ese aspecto, yo daría cualquier cosa...

—Puedo decirle exactamente quien es ese hombre —dijo yo.

Entonces les expliqué mi encuentro con el *reporter* Brian Gallivan, en el barco, el día anterior. Von Arnheim juntó sus manos apretándolas.

—¿Gallivan? —repitió él—. Sí, recuerdo el nombre. Es la firma de uno de esos artículos que están en los periódicos sobre el trabajo de Alison. ¿Y dice usted que era el agente de prensa de Maleger? Bueno, muy bueno. Por una vez las estrellas se han puesto de nuestra parte. —Miró a su reloj—. Las nueve y quince, y la casa todavía no se ha despertado. Yo preciso ir a Coblenza y averiguar en la Jefatura de Policía lo que han hecho allí respecto al cadáver del guardián. Pospongamos, pues, nuestro interrogatorio hasta que los otros se hayan levantado y yo haya hecho la gestión. ¿Puede usted telefonarle a ese hombre, señor Marle?

En efecto, llamé por teléfono al Hotel Traube. Después de un largo intervalo, oí la voz soñolienta de Gallivan; pero en seguida se despertó del todo y prestó atención, cuando le dije de lo que se trataba. Le advertí, sin embargo, respecto a no comunicar nada a su periódico. Nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en Coblenza. Bencolin y von Arnheim estaban esperando con los sombreros prestos, en el pasillo, cuando yo regresé.

Juntos bajamos las escaleras hasta el embarcadero, adonde Fritz había traído la lancha desde la casa en que la guardaban. Cuando penetramos en el río brillante, miré a las murallas y torres del Castillo de la Calavera, por vez primera a la luz del día pleno. Parecía que una radiación singular iluminaba la cima de la cúpula de la cabeza. Y le señalé esto a los otros.

—Perdóneme usted, señor —interpuso Fritz en su excelente inglés—. Es que es de cristal. Me han dicho que la cima del todo está ocupada por un enorme cuarto, con el techo de cristal como el de un invernadero. A menudo somos molestados por chiquillos que tratan de escalar hasta allí y ver el interior. Y los turistas también se ponen impertinentes.

—Me gustaría echarle una mirada a eso —comentó von Arnheim colocándose las manos sobre los ojos en forma de pantalla, cuando miró a lo alto—. Sí, ciertamente es preciso que exploremos eso con minuciosidad.

Ya no hablamos más mientras la lancha tomaba velocidad hasta Coblenza. Esta mañana había muchas embarcaciones en el río. Una lanchita con un solitario navegante a bordo, que llevaba el fuerte tronco desnudo, pasó cerca de nosotros. Uno de los vapores del Rhin navegaba delante de nosotros lanzando negro humo, y con sus brillantes costados resplandeciendo, mientras la cubierta estaba llena de pasajeros, los cuales nos saludaron agitando los brazos y gritando, según es costumbre en este río.

Bencolin y yo disfrutamos lo nuestro devolviendo sus saludos, pero von Arnheim permanecía sentado examinando sus periódicos, sin prestar atención alguna. Una lancha llena de muchachas —esas musculosas y gruesas rubias, con las piernas desnudas y mochilas a las espaldas— pasó camino de Stolzenfels, mientras las muchachas cantaban a voz en cuello.

Antes de que pasaran muchos minutos, llegamos a un estrecho y pudimos ver a la derecha la gris fortaleza de Ehrenbreitstein, alzándose contra el brillante cielo. Coblenza estaba a la izquierda..., y las ventanas de sus blancas casas aparecían alegres, florecidas con geranios rojos.

Gallivan estaba esperando por nosotros en el muelle. Era una figura impaciente, con pantalones de franela gris y su cara de Polichinela, asomándose por encima de la baranda. Indudablemente estaba muy impresionado; pero una mirada perspicaz pronto hubiera descubierto un resplandor agresivo en la cara del *reporter*, cuando von Arnheim se mostró brusco con él al extremo de la descortesía. Von Arnheim dijo después que tenía que ir a visitar la estación de policía, y nos pidió que lo esperásemos en determinado lugar.

—Está un día bastante cálido —dijo Gallivan humedeciéndose los labios—. Con esto quiero decir que está abierto un jardín de cerveza al final de este paseo, a eso de un cuarto de milla en la misma dirección que han venido ustedes.

—De acuerdo —asintió von Arnheim—. Ya sé donde dice usted. Los veré a ustedes allí en seguida.

Echamos a andar a lo largo del fresco y sombreado paseo, mientras Gallivan silbaba, levantaba polvo gris con sus pies y nos contaba lo magnífico que había sido el que nosotros le hubiéramos dado intervención en esto.

En el jardín de cerveza, los árboles formaban arcos muy arriba sobre las mesas que estaban cubiertas con manteles rojos, y del otro lado de una baranda de piedra, corría el Rhin. Un camarero salió de una especie de chalet, una vez que nosotros nos hubimos sentado a una mesa al lado de la balaustrada...

El *reporter* pidió cerveza y le dijo al camarero:

—Y por favor, sáquele la espuma a la mía, ¿sabe? —Hizo un movimiento expresivo con la mano en el aire y después se recostó en su asiento juiciosamente diciendo—: Tienen la costumbre de apilar espuma hasta una altura de seis pulgadas: a efectos artísticos —nos explicó—, y esto, después de beber, me hacía salir de aquí babeando espuma como si fuera un perro rabioso. Señor Marle, dijo usted que quería hablar conmigo. ¿No es así?

—Es el Barón von Arnheim quien desea especialmente interrogarlo a usted —contestó Bencolin—. Pero a mí también me agradecería alguna información. Usted ya sabe que no podrá enviar nada a su periódico sin permiso de él.

—Eso me terno. Pero yo colaboraré con él.

—Usted fué durante algún tiempo agente de prensa del mago Maleger, creo yo.

—Tres años; del año diez al trece. Hasta la época en que él murió.

—¿Era buen patrono?

Gallivan aceptó un cigarrillo meneando su cabeza.

—Era particularmente endiablado. Y fué su director-empresario de giras artísticas, quien me contrató; él no quiso saber nada con ello. Sin embargo, era un trabajo fácil. Prácticamente todo cuanto aquel mozo hacía, era bueno para escribir

propaganda.

—Comprendo. ¿Lo conocía usted bien?

—Eventualmente, sí. Él supo sobre mi interés en todo lo sobrenatural. Y puedo jurar que aquel hombre poseía la biblioteca más grande que jamás yo haya visto sobre temas como estos..., particularmente sobre demonología y brujería. Leía sobre cualquier hecho particular de horripilante magia producido por un brujo del viejo tiempo, y después él trabajaba en ella durante meses para convertirla en un acto de ilusionismo. Les juro a ustedes que aquello hacía que se le pusiesen a uno los pelos de punta. ¿Han estado ustedes alguna vez en su Castillo de la Calavera?

—Sólo en unas pocas de sus habitaciones. ¿Por qué?

—Br-r-r-r-r —exclamó Gallivan con expresión de terror.

La cerveza había llegado y el *reporter* se entregó a disfrutarla con un largo trago antes de reanudar su charla.

—Lo que quiero decir es que yo tengo ideas de viejo estilo sobre la hospitalidad. Y no me parece que tenga gracia especial el convertir a todos sus invitados en candidatos al manicomio. Él era una especie de Peter Pan; con todo su cerebro, nunca pasó de ser en el alma más que un niño que le da a usted una rosca rellena de algodón o le echa en un ojo un chorro de agua oculta en una flor en su solapa. Tenía un genio insuperable para dos efectos diabólicos y disfrutaba especialmente en hacer objeto de esas ingeniosidades a borrachos y neuróticos... Maleger. *Maleger*. Sí, el nombre se ajustaba a él muy bien...

—¿Entonces, no era su propio nombre?

—¡Oh. Dios, no! ¿Ha leído usted “Faeire Queene”, de Spencer? Maleger es el nombre de un fantasma que en esa obra lleva como casco un cráneo humano y cuyo caballo se convierte en un tigre cuando se lanza a matar. Y este Maleger también tenía sus tigres. Recuerdo que había un efecto encantador en particular, eh el cual un gigantesco tigre de Bengala salta fieramente de una jaula..., un salto terrible exactamente sobre las candilejas del escenario y la primera fila del público, Entonces, Maleger dispara una pistola y el tigre —créanlo ustedes o no— desaparece en medio del aire. ¡Oh! —dijo el *reporter* haciendo expresivos ademanes—. Pero esto le ocasionó más de media docena de demandas judiciales que le plantearon espectadores histéricos, y tuvo que suprimir este número de su espectáculo. Sólo Dios sabe como lo hacía. Y me supongo que nunca nadie será capaz de repetirlo.

—¿Espejos? —sugerí yo—. ¿Como el truco de la cabeza parlante?

—Espejos —dijo Gallivan— los hubiera visto yo. No había espejo ninguno aquella vez que me hizo víctima de ese juego, cuando yo estaba durmiendo en el Castillo una noche. Quiero decir..., una broma es una broma. Si yo no hubiera estado tan endemoniadamente interesado en todo cuanto él hacía, hubiera abandonado aquel trabajo de una vez por todas. Y así se lo dije a él. —Con mal talante Gallivan sorbió su cerveza—. Imagínense ustedes, seis pies con dos pulgadas de músculos tensos. Imagínense un par de ojos profundos y grandes, que unas veces parecían grises y

otras negros; imagínense unas cejas negras y una inmensa y prominente frente y una cabellera roja y como comida por la polilla, que le caía sobre los hombros..., los cuales eran muy corpulentos y daban nacimiento a unos largos brazos colgantes como los de un gorila. Imagínense una sonrisa de dientes amarillos y un cigarrillo entre los dedos. Ese era Maleger. Así esté ardiendo en el infierno, adonde pertenecía, y que ese fuego le agrade.

Abandonando su vaso de un golpe, Gallivan se recostó en su asiento y se puso a observar el sol que caía sobre el verde de los árboles a orillas del río.

Después de una pausa, Bencolin dijo:

—Pero, ¿qué es lo que sabe usted sobre él personalmente? ¿Su nombre real? ¿Su origen? ¿Su nacionalidad?

—Ni una sola cosa. El vino de África con una fortuna en 1899; y eso es todo. Había viajado por todas partes y lo había visto todo, pero eso no indicaba nada. Hablaba diez idiomas perfectamente y..., bueno, señor, un hombre que lee a Spencer, a Sir Thomas Malory, los poemas de Beowulf y a James I, en los temas de brujería, no habla el inglés como un estibador, permítanme que les diga. Pero cuando usted mezcla eso con Vitoux, Delacroix, Baissac y Florian-Parmentier, en francés...

—¿Cómo demonios —interpuso Bencolin— sabe usted tanto sobre esas gentes? “El proceso de la hechicería en el siglo XVII”, la obra de Delacroix, es tan poco conocida que...

El *reporter* echó hacia adelante todavía más su maltrecho sombrero. Y en torno a su boca aparecieron ligeras arrugas, mientras miraba al sol.

—En la Universidad de Oxford —dijo él un poco ruborizado—. Yo estuve en el B. N. C. hace mucho tiempo; y así fué como ocurrió que yo viniese a caer aquí. Y también en la Sorbona. Y hubo una época en que creí que yo era un escritor. Sí, escribo pequeños libros para las gordas matronas turistas, a fin de que sepan lo que los lugares de turismo son... —Su dedo trazó vagos diseños sobre la mesa—. ¡Oh, diablos! No se preocupe de mí. ¿No creerán que yo tengo cuarenta y seis años, verdad?... Estábamos hablando de Maleger.

—En efecto, estábamos. ¿No sabe usted nada más?

—Bien..., ¿mujeres? ¿Quiere usted saber sobre su vida privada?

—A eso iba.

—No puedo decirle a usted cuánto son habladurías, y cuánto realidades, y conozco mucho sobre eso. Tenía una esposa y una amante; y ambas eran fieramente espías. Era más fácil de hacer eso entonces de lo que es ahora. Yo creo que él tenía un hijo de la amante cuando se presentó por primera vez en Londres. Él la abandonó y ella murió en alguna parte. Eso ocurrió antes de que yo trabajase con él... Yo era un jovencuelo cuando fui su agente de prensa, ¿sabe usted? En cuanto a la mujer, no sé; yo tenía entendido que era un matrimonio secreto, porque la familia de ella se oponía, y no creo que jamás viviesen juntos. De todas formas, eso no fué mucho antes de su muerte.

—¿Tenía un hijo de su amante? —murmuró Bencolin—. ¿Y quién era esa amante?

—Ignoro su nombre. Probablemente podría usted averiguarlo... Pero yo la vi una vez años después que ellos habían roto. Fué en 1911, según creo, y en París. Yo estaba con un amigo mío; era un colega que trabajaba en el *Harald* de París. Estábamos sentados en un café cualquiera..., no recuerdo dónde..., y me hizo una seña diciéndome, “Allí está la *amiga* de tu amigo Maleger”. Ella estaba bebiendo menta en otra mesa; parecía ya muy pasada y extraordinariamente envejecida. Pero había sido una estupenda rubia con largos cabellos.

—¿Y el hijo?

—No tengo ni idea... Sin embargo, espera un momento.

Gallivan estaba golpeando suave y lentamente contra la mesa, con su grotesco rostro contraído en busca de un recuerdo.

—Me parece... —añadió—. No hace mucho tiempo, yo estaba hablando con Dick Ansil, que escribe una columna de murmuraciones para un periódico. Es uno de esos compañeros que saben tantas cosas ofensivas sobre los asuntos de cada quien, que uno siente ganas de hincharle los ojos. Era una cena de periodistas o algo así, y tanto él como yo estábamos ya un poco bebidos. Él me dijo: “Escucha. ¿Te acuerdas de aquel misterioso chico de Maleger sobre el cual todo el mundo hablaba hace unos diez años?”. (Saben ustedes, aquello era una especie de misterio legendario). Yo dije: “Y fué una verdadera suerte que tú no fueses nadie en la prensa todavía entonces, o hubiera sido imposible para todo el mundo el tener un hijo ilegítimo en paz”. Él dijo entonces que había encontrado el nombre del muchacho; y me contó como iba a sorprender a todo el mundo, y pensándolo, soltó aquella risita repulsiva suya. Yo le contesté que se callase la boca, o le pegaba con una botella en la cabeza. Pero tengo la impresión de que me dijo el nombre. Y ese nombre era..., ¡oh!, maldita sea..., nada. Se me ha olvidado. ¿Acaso era muy importante?

—Pudiera serlo. No estoy seguro.

—Bueno, de todas formas, siempre puedo telegrafiarle a Dick para preguntárselo, si usted realmente quiere saberlo.

El periodista se puso a mirar hacia el paseo.

—¡Hola! Ahí viene el Barón von Arnheim, y tiene la expresión del gato que acaba de comerse el canario. ¡Huum! Y ahora me pregunto qué es lo que querrá de mí...

## LA ANTORCHA VIVIENTE

Haciéndonos una ligera inclinación, von Arnheim se sentó a nuestra mesa y ordenó cerveza.

El alemán llevaba todavía los viejos periódicos y los colocó al lado de su silla. Después, cruzó sus manos sobre la mesa y habló en tono fuerte:

—Señor Gallivan, ¿es usted el único periodista en este territorio ahora?

Gallivan parpadeó al oír la palabra “periodista”, pero asintió con la cabeza.

—A menos —dijo él— que los periódicos alemanes le hayan prestado a esto atención especial. Conozco a la mitad de los periodistas del Continente y aún no he visto a ninguno de ellos por aquí. A mí se me supone entregado a un trabajo de periodismo turístico local, sabe usted, pero si usted me permitiese intervenir en el desarrollo de este asunto...

—Sí, ya está desarrollándose el asunto —interpuso von Arnheim—, pero es preciso no decir nada de ello por ahora. Si usted lo desea así, podrá usted tener la historia completa muy pronto. Por ahora, comunicará usted solamente la noticia de que von Arnheim, de Berlín, se ha encargado del caso y que se realizará una detención en el término de veinticuatro horas. No hay “peros”, o “sis”, o cláusulas condicionales. Una detención *será hecha* dentro de ese espacio de tiempo.

Hubo una pausa. Bencolin encendió un cigarrillo pensativamente.

—La verdadera historia, señor —dijo Gallivan—, es la presencia aquí de ustedes dos en... en cooperación...

—Si usted obtiene el permiso de mi amigo Bencolin —le dijo von Arnheim— también puede usted comunicar eso. —El alemán sonrió en su estilo de labios apretados, añadiendo—: De hecho, la detención será realizada esta noche, Y ahora vamos al asunto. El señor Marle me ha dado a entender que en cierta época, usted estuvo bien relacionado con Myron Alison. ¿Es esto exacto?

—¡Oh!, no muy bien. Lo conocía.

—¿Era una persona agradable?

—Lo era con la prensa. Yo más bien siempre lo estimé. Quiero decir..., que nos ofrecía cenas con champán y nos llamábamos familiarmente por nuestro nombre de pila; a él le gustaba estar a bien con nosotros. Se decía que era despreciativo y orgulloso, pero conmigo siempre fué correcto, porque yo siempre hablaba bien de él. Dios bien sabe que yo no creo que fuese un gran actor, pero siento una gran debilidad por ese teatro de capa y espada...

—¿Era un gran amigo del mago Maleger, según me han dicho?

—Huum... Bueno, eso era lo que se decía. Pero a mí siempre me pareció como una estrecha asociación de mutua enemistad. El punto era este: Alison era endiabladamente bello; tenía una bella voz, era un ídolo entre las mujeres y poseía una espléndida mímica. En las obras que exigían una acción acrobática al estilo de Douglas Fairbanks no tenía igual, y sobre todo, poseía un magnífico sentido de la escena. Pero lo que él quería, sin embargo, era ser un gran actor. Y Maleger simplificó ese pequeño punto de acritud, para clavarle un puñal...

Los pájaros cantaban en la enramada y una bandada de ellos reñían entre sí sobre nuestras cabezas. La campana de un vapor sonó en el brillante río. Sobre Coblenza, el sol estaba blanqueando unas nubes todavía calientes; podían divisarse las ventanas de las blancas casas en la otra orilla del Rhin, El vaso de cerveza de von Arnheim, se ladeó suavemente...

—Nunca olvidaré —dijo Gallivan— la primera vez que vi a Maleger. Fué en 1910, unos seis meses antes de que yo empezasen trabajar para él. Era también la noche del estreno de uno de los grandes éxitos de Alison.

»La obra era una de esas cosas que acostumbran a provocarnos escalofríos en la espina dorsal. Ya saben ustedes. Las tierras de Escocia en los días del Joven Pretendiente. La causa perdida, las gaitas del clan y las voces fuera del escenario cantando *Skye Boat Song*<sup>[3]</sup>. La última carga en Culloden..., ¡ah!... Alison representaba al Príncipe Carlos, y el teatro se venía abajo con las ovaciones.

»Yo había visto la obra en el ensayo general, y estaba tan extasiado, que Alison me invitó a su camerino después de la función. Había allí una inmensa muchedumbre con traje de etiqueta, pero yo entré. Alison estaba sentado a su mesa de maquillaje, ante un espejo contorneado de luces eléctricas quitándose la pintura grasienta del rostro. Todavía llevaba la daga y las altas botas y tenía un cigarrillo entre los labios. El camerino estaba repleto de flores y telegramas, el aire era espeso y estaba lleno de voces y de olor a polvos. Él continuó sonriendo y me dijo: “¿Qué tal lo hice? ¿Qué tal lo hice?”, como una nerviosa prima donna, y todo el mundo le aseguró que había estado magnificante. Después, de pronto, todo el camerino quedó en silencio.

»Alguien llamó y abrió la puerta. Un hombre enorme, con una capa larga y negra, con cabello rojo y un corbatín negro de viejo estilo, hallábase en el umbral, de pie, apoyándose en un bastón con el puño de oro. Tenía dijes de oro en la cadena del reloj, y un rostro largo y maligno. No era en realidad mucho más alto que Alison, pero parecía llenar la estancia. Los ojos de Alison se iluminaron y se recostó en su asiento lanzando bocanadas de humo al techo y tratando de ocultar su asombro. “Hola, Maleger”, dijo. “¿Te gustó?”. El otro hombre se limitó a mirarlo. Finalmente dijo: “Fué asqueroso. No pude soportar la obra después del primer acto”. Y tú estuviste aún peor que la obra. Tú nunca serás nada, sino un actor putrefacto, en toda tu vida».

Gallivan agitó lentamente su cabeza. Rió un poco, pero estaba tan sumido en alma y corazón en su relato, que yo creo que apenas se daba cuenta en absoluto de nuestra presencia. Arrojó su cigarrillo por encima de la balaustrada y continuó:

—Fué gracioso. Yo recuerdo como la mano de Alison, se lanzó hacia su daga exactamente igual que si estuviera realmente viviendo en el siglo XVIII. Y en qué forma temblaron las luces cuando Maleger cerró de un fuerte golpe la puerta al marcharse... Después, Alison rió, no dándole importancia y tomando todo aquello a broma, y todos aquellos histéricos admiradores lo rodearon. Pero siempre ocurría lo mismo... Maleger insistiendo sobre lo mal actor que Alison era.

Con los ojos entrecerrados, von Arnheim asintió con la cabeza.

—Pero —dijo el alemán— por todo lo que usted conoce, ¿nunca hubo entre ellos un choque abierto?

—Huum... Bien, en una ocasión casi lo hubo.

—¿Y cómo fué que ocurrió?

—Por un teatro privado para un puñado de elegantes. Alison hizo una imitación de Maleger en el escenario..., con su mismo traje, su misma caracterización, y todo lo demás. Fué extraordinario. Ya fes he dicho a ustedes qué gran mímico era Alison. Nos dió una representación tan graciosa y tan ferozmente burlesca de Maleger, que todos estaban reventando con la risa. Y después, alguien descubrió que Maleger en persona estaba en el fondo tomando rapé y observándolo todo.

—¿Y bien? —dijo von Arnheim con curiosidad. Se echó hacia adelante dando con sus puños sobre la mesa—. ¿Qué ocurrió?

—Nada. Solamente absorbió otro poco de rapé y dijo bromeando: “Tú lamentarás esto, mi querido colega”. Pero, por un instante yo tuve la impresión de que iba a alzar su mano, agitarla en el aire y convertirnos a todos en cerdos o algo por el estilo. Volví a mirar..., y ya había desaparecido... Así, simplemente.

Gallivan castañeó sus dedos. Las sillas de todos nosotros crujieron al recostarnos en ellas. El camarero trajo otra ronda de cerveza.

El *reporter* dijo:

—La cosa curiosa fué que ambos tenían una naturaleza semejante en muchos aspectos. Estaban unidos. Eran como unos hermanos siameses que estuviesen batiéndose en duelo con espadas, y cada uno de ellos conociese la guardia del otro y atacase tan bien, que ninguno podía penetrarla.

»Pero Maleger era el que tenía más grande espíritu, creo yo. Yo no comprendo esta nueva cuestión sobre átomos y moléculas, pero uno hubiera tenido la impresión de una masa de fuerza viviente alzándose al infinito y que lo sacudía a uno como unas manos gigantescas. Uno sentía que sólo la muerte libertaría esa fuerza en el aire. Y hasta podría volver a ser reunida de rechazo, repentinamente, como aquellos brazos y piernas de aquel hombre de “El Rey del Río Dorado”. Si él hubiera tenido un hijo...».

Gradualmente, casi imperceptiblemente, Gallivan estaba hablando menos y menos, como el escritor que yo había conocido la víspera.

Tenía el aire de alguien que está estudiando algo con un microscopio. La lancha de un pescador pasó lentamente por el río junto a la balaustrada, con ese aire

misterioso y secreto que poseen sólo los pescadores solitarios. Gallivan se quitó el sombrero, descubriendo un tupé de cabello desordenado y rubio; miró a los árboles, a su vaso, al río, y a todas partes, como si buscara algo bajo el cálido mediodía.

Von Arnheim dijo:

—No estamos aquí para discutir ciencias o metafísica. Existen hechos.

—En efecto —dijo Gallivan poniéndose alerta—. Lo siento. Me había descarriado, señor.

El alemán prosiguió:

—Yo tengo aquí una cantidad de periódicos antiguos detallando obras representadas en el pasado por Myron Alison. Algunos de los resúmenes fueron escritos por usted. Y en todos ellos hay mención de cierta ambición que por largo tiempo tuvo Alison. El manifiesta que el sueño de su vida es producir determinada obra...

—Sí, señor.

—Una obra sacada del alemán, de Heinrich Erckmann Wolff, llamada “Barba de Bronce”. Es tan espectacular, que jamás podría ser representada en un escenario corriente; yo creo incluso que jamás podría ser representada en ninguna forma. Serían precisos miles de actores en el reparto. Se desarrolla en el tiempo del Emperador Romano Nerón. Y yo la he leído.

—Desde luego, yo recuerdo eso —dijo Gallivan—. Hablaba de ello a menudo. Nunca leí esa obra. Pero nunca pude tampoco encontrar a nadie que la financiara, ni las gigantescas sumas de dinero necesarias para producirla él mismo. Pero siempre decía que esto constituiría su máximo esfuerzo. Era casi una obsesión.

Von Arnheim examinó los periódicos.

—Aquí declara —dijo el alemán— que quiere representar la parte de Cantanus Lupo, un joven romano aristócrata que se convierte en jefe de los cristianos y eventualmente es sentenciado a muerte por Nerón. ¿Es esto exacto?

—No lo recuerdo. Pero supongo que sí... ¡Oh, sí! Ahora recuerdo que había una escena de anfiteatro en la cual hubiera superado hasta a las películas...

Von Arnheim no pudo siquiera ocultar su satisfacción. Volvió a doblar los periódicos meticulosamente; el triunfo parecía acumularse dentro de él como el aire introducido en un neumático con una bomba. Y dijo:

—Muy bien. Se lo agradezco a usted mucho, señor Gallivan, por sus informaciones. También le doy las gracias por la iluminadora interioridad que usted ha dado sobre los caracteres de ciertas personas. Y aquí tiene...

Arrancando una página de su libro de notas, garrapateó en ella algo, y se la alargó a Gallivan.

—Preséntele esto al Magistrado Konrad y él le suministrará a usted todos los datos que pueda necesitar para su..., su historia. ¿Dijo usted que estaba familiarizado con el interior del Castillo de la Calavera?

—Podría encontrar el camino y orientarme dentro de él a oscuras, creo yo.

—Bueno.

El alemán miró circularmente a todos nosotros con la mayor complacencia y dijo:

—Caballeros, estoy planeando para esta noche un pequeño pasatiempo. Puedo prometerles tanta excitación, como puedan desear ver... Señor Gallivan, ¿querría usted ser tan bondadoso de presentarse en casa de Alison esta noche después de cenar? Le sugiero que traiga con usted un maletín de noche. Todo nuestro grupo pasará la noche en el Castillo de la Calavera. Y por el momento, eso es todo.

Desde el comienzo del interrogatorio Bencolin no había pronunciado una sola palabra. Pero ahora arrojó por encima de la balaustrada su cigarrillo y abandonó sus oscuras meditaciones. Miró con los ojos muy abiertos a von Arnheim; después, sacudió su cabeza mirándome a mí, y su expresión aguda decía: “Ya le dije a usted que él iba a hacer esto, Jeff”. Pero, más bien bruscamente, observó en voz alta:

—Quizá esa sea la mejor manera...

—¿Cuál es la mejor manera? —preguntó von Arnheim volviéndose hacia él.

—Yo hablaba conmigo mismo. Un error, Barón. Perdóneme.

—¿Siguió usted mis preguntas... sobre la obra y demás cuestiones?

Bencolin ya no estaba fingiendo ahora. Estaba verdaderamente intrigado, y von Arnheim lo sabía. El francés dijo:

—Estoy en sus manos, amigo mío. Confieso que no.

Von Arnheim se levantó y abrochó su chaqueta. Su sombrero gris de fieltro estaba ladeado sobre su cráneo pelado.

—*Sic volvere parcas*. Usted no vió el punto crucial. Bueno, bueno, ya es hora de que yo me permita librarme a un poco de mixtificación privada por cuenta propia. Y ahora, si están ustedes listos, podemos regresar a la casa y poner en claro algunas de nuestras dificultades.

Ellos dos caminaron delante por el pareo abajo, y Gallivan y yo los seguíamos a cierta distancia. Los hombros encogidos del *reporter*, se balanceaban, y sus largos brazos se salían ampliamente de las mangas. Iba silbando alegremente; ya había casi terminado su tonada, cuando comprobé con sorpresa que ésta era... “Amaryllis”.

—¿Dónde demonios...? —dije yo.

—¡Oh! Yo leo los periódicos —me informó él haciendo un guiño de lado—. Y los periódicos dieron mucho realce al hecho de que durante el asesinato hubiese sido tocada esta pieza. No sé quien era el violinista; no puedo recordar su nombre; no creo que ellos lo mencionasen; un violinista cualquiera estaba tocándola. —Hizo una seña con la cabeza hacia adelante, y añadió—: Yo estoy manteniéndome quieto, pero..., ¿por quién apuesta usted?

—¿De esos dos?

—Sí. Yo no soy tonto. Se hubieran cortado el uno al otro el corazón a pedazos si hubieran tenido ocasión de hacerlo. Tiene que ser un gran espectáculo, y en él, un tal Brian Gallivan, se encontrará presente para ver la vivisección. Y si me es permitido decirlo, como será. Bueno..., me voy de un salto al Hotel para enviar un cable...

Gracias, y nos veremos más tarde.

Era muy agradable caminar a lo largo de aquel paseo. Parte de él está sombreado por una vasta pared de piedra y parrales que forman el respaldo de la terraza de unos jardines, los cuales conducen al viejo palacio de verano de los Reyes de Sajonia. En un punto, el paseo se extiende bajo el elevado arco de la columna de un puente de piedra y en ella cuelga una linterna que por la noche brilla amarillenta encima del frío y murmurante túnel. En Coblenza hay muchos ecos por la noche. Y uno no debe ser engañado por el esplendor de los geranios y de los chalets, para olvidar los viejos y decadentes aleros que se acumulan detrás. Las campanas han sonado y los hombres han muerto desde que aquí César alzó este puente a través del Rhin.

Pero ahora era el brillante día..., aunque sombrío en el túnel, y distintamente oí a alguien caminar exactamente junto a mí. Gallivan iba dando zancadas silbando “Amaryllis”. La grava crujía bajo nuestros pies. Miré por encima de mi hombro. Pero era sólo una ilusión, un truco del eco, allí en aquel frío y oscuro lugar. Nosotros estábamos solos con aquel idiota silbido...

Hasta el momento en que él me dejó y yo fui casi atropellado por un tranvía en la Rheinstrasse, la ilusión persistía. Un ala me había rozado. El ruido de los pasos —lo recuerdo perfectamente— había sido largo, pausado y rítmico. Yo tuve entonces más bien una horrible visión de que habían sido conjurados por el silbar de “Amaryllis”.

Cuando les pedí a Bencolin y a von Arnheim que me esperasen y entré en una cigarrería, hasta intenté recordar unas notas experimentales de la tonada. La puerta del establecimiento dió un golpe. Compré mis cigarrillos y volví a salir aliviado ya de no haber oído más ruidos de pasos. Unos niños pasaron corriendo y gritando. En el escaparate de una tienda había pequeños modelos de recuerdo, en metal, de la estatua ecuestre de Guillermo el Grande, los cuales el pálido sol hacía resplandecer en la blanca y desierta calle.

La lancha nos volvió a llevar de regreso. Oí a Bencolin decir:

Sugiero que dejemos a Jeff que interrogue a Dunstan; no un interrogatorio obvio, claro es. Una de sus pocas habilidades, Barón, es una sorprendente forma de hacer que la gente le hable a él, y esta es la razón por la cual es útil. Nosotros podemos entendérmolas con la señora D’Aunay. Pero Dunstan precisa ser arrancado de sí mismo. Yo pienso que él hablará por su propia voluntad, pero no de otra manera... ¿Por qué está usted soñando de día, Jeff?

Yo murmuré algo en respuesta.

Fritz había puesto la lona de la lancha contra el sol, y la parte posterior de aquella estaba a la sombra y agradable.

Nos sentamos largo tiempo en silencio, y von Arnheim apoyaba su barbilla en el puño. Ya estábamos a la vista del desembarcadero de la casa de Alison, cuando el alemán habló.

—Ya no hay intrusos ahora —dijo—. Así, pues, voy a decirles a ustedes algo.

Su voz era de mal agüero. El agua levantaba espuma cremosa al pasar por los

costados de nuestra embarcación.

—Voy a mostrarles lo que se les ha escapado a ustedes —continuó aquella voz detrás de mi oído—. Nos encontramos ante un terrible asesinato. Estamos frente a un verdadero Wagner, en cuanto a efectos sensoriales se refiere. ¿Recuerdan ustedes el deseo de Alison de representar el papel de un jefe cristiano en “Barba de Bronce”?

Bencolin no replicó. Yo me volví en torno para ver aquel rostro cuyo monóculo tenía un borde de brillo solar. Por encima del ruido del motor, yo dije:

—Sí...

—¿Y que él también resultaba en la obra condenado a muerte?

—Sí.

—¿Y cómo Barba de Bronce sirvió notoriamente a sus enemigos cristianos?

—Pues claro..., los leones —dije yo.

El monóculo se convirtió en un ojo de fuego. El alemán se inclinó hacia adelante y dijo:

—Sí. ¿Y qué más?

—Pues que arrojó sobre ellos pez, incendiándolos y utilizándolos como antorchas humanas para... ¡*Oh, Dios mío!*

—Yo respiré y casi me puse en pie de un salto.

Hubo un silencio. Después, von Arnheim dijo:

—Alison vió cumplidos sus deseos.

Nuestra lancha se deslizó y fué a chocar levemente contra el desembarcadero, quedando después quieta.

## DUNSTAN HABLA Y... D'AUNAY ESCUCHA

El almuerzo no fué una comida muy alegre ese día Levasseur, Dunstan y la Duquesa, bajaron para almorzar, pero, ninguno de los otros apareció. La voz de la señorita Alison sonó agradable en nuestros oídos, aunque en realidad no le prestábamos atención, pero servía para cubrir aquel vacío de conversación; ella y Bencolin cambiaron frases a través de la mesa. Ella bebió una vasta cantidad de vino y se puso un poco embriagada.

Dunstan apenas tocó su comida... Era el hombre más horriblemente preocupado que yo jamás había visto, al extremo de que en una ocasión vertió un vaso de agua sobre sus piernas. Levasseur comió con el típico absorto interés por la comida, de un francés, y apenas si alzó su tostado rostro del plato. Los ojos saltones de von Arnheim, iban de un lado a otro de la mesa, lo cual no aliviaba en lo más mínimo el estado de ánimo de Dunstan. La Duquesa contó un cuento picaresco, que en efecto era muy gracioso, y yo me interesé en observar las diversas reacciones que produjo en los comensales. Bencolin rió a carcajadas. Levasseur se permitió una breve sonrisa apreciativa y continuó excavando su pato asado. Von Arnheim pareció no oír en absoluto la historia. Pero Dunstan se puso un poco pálido. Obviamente se sentía sorprendido y turbado, pero más aún... sus manos apenas podían sostener la servilleta. Se trataba de una de esas historias en la que el marido *cocu*<sup>[4]</sup>, llega a su casa inesperadamente...

Después de contar esto, la Duquesa irguió su opulenta figura, agitó su bastón y desafió a Bencolin a jugar una partida de ajedrez. Yo sabía que ellos iban a sentarse arriba y cambiar historias de las cuales el francés poseía una cantidad inagotable, y que por lo tanto ambos estarían aislados por algún tiempo.

Levasseur se excusó inmediatamente. Von Arnheim, haciendo una seña casi imperceptible con la cabeza, en dirección a Dunstan, se dirigió arriba. El joven hizo aquello que yo esperaba. Empezó a dirigirse escaleras arriba, después dudó y se fué a la biblioteca. Pero en realidad salió de allí para irse con un libro a la baranda. Yo tenía proyectado una pequeña interviú informal con él, mientras von Arnheim merodeaba en redor de Isobel D'Aunay.

Habían dejado un toldo grande de rayas rojas y blancas sobre el pórtico. Dunstan se sentó, tendido en una silla, en una esquina, con la mirada perdida hacia el río. Llevaba una chaqueta vieja de criquet, de colores, y un pañuelo anudado al cuello. Una pierna se movía sin cesar de un lado a otro sobre la otra. A su lado estaba en abandono el libro. Era una guía de ferrocarriles que él había tomado

equivocadamente, Dios sabe cómo. Pero yo hice como que no me había dado cuenta de ello.

Le dije:

—¿No hay una cancha de tenis por aquí? Me gustaría jugar un par de juegos.

Él dijo con la boca hacia su pañuelo:

—¡Por Dios! Me hubiera gustado que la hubiese. Me gusta dar unos raquetazos...

—La pierna continuaba su inquieto movimiento—. Hay un gimnasio, pero, ¿quién tiene ganas de eso, ni de alzar una pesa? Yo se la lanzaría a la cabeza a alguien, y no se me ocurre otra cosa como no sea..., ya sé —sugirió, y me miró de forma inspirada—. Pongámonos rígidos.

Era muy, muy joven, pero yo me daba exacta cuenta lo que era encontrarse en aquel estado de ánimo, y sentí simpatía hacia él. Entonces, dije con tono animoso:

—Todavía es muy temprano. Si usted se tiende estirado en una tarde de sol de verano, el sol le hará daño en la cabeza y en los ojos, y eso es peor que cuanto yo conozca.

—¡Vaya, entonces es así! Nunca había pensado en ello.

Esta nueva idea lo distrajo por un momento y le dió vueltas en su mente, pero el aire sombrío volvió a dominarlo. La pierna reanudó sus movimientos nerviosos.

—Podemos pedir la lancha prestada y dar un paseo a Stolzenfels —sugerí yo—. Esto es, si usted sabe guiar esas cosas. Yo no sé.

—Yo puedo guiarla. Tengo una lancha muy bonita, mía propia, en mi casa... — Se incorporó y me miró súbitamente, pero yo me hallaba oteando el horizonte en forma absorta. Él añadió—: Pero lo que ocurre es que yo no iré cerca de esa bestial embarcación, ¿me oye usted? La odio. Nunca la tocaré.

Después, hablamos de lo aburrido que era el billar, y de otras cosas, y finalmente le propuse que subiésemos al bosque, arriba de la casa. Él concordó. Dijo que allí había un sendero que iba desde el desembarcadero y ascendía por junto a la casa a las colinas. Era algo así como si no pudiese apartar su mente de ese sendero, por el cual Isobel D'Aunay debió regresar a su cuarto.

Bajamos los escalones hasta que encontramos el sendero; después, ascendimos los peldaños cortados en la propia tierra. A lo largo del lado de la casa, observé que el sendero corría cercano a una escalera exterior que comunicaba con el balcón del segundo piso. En realidad el sendero entraba en un frío túnel de árboles, cuyas ramas inferiores estaban todavía cargadas de lluvia. Al fin salimos a un promontorio plano cercado por una pared de piedra. Pero mucho antes de esto, yo ya había satisfecho mi curiosidad en un punto: Dunstan e Isobel D'Aunay, no habían venido aquí en la noche del asesinato. El sendero estaba —incluso cuando como ahora no se encontrase lleno de barro— pedregoso y traicionero. Estaba, desbordado con zarzales y en un punto había un precipicio agudo de cincuenta pies, colina abajo. Era una subida difícil hasta para mí, incluso de día. Ninguna mujer como Isobel D'Aunay hubiera podido a ninguna hora ascender hasta allí, y mucho menos de noche.

El promontorio era como un pequeño refugio contra el precipicio y estaba sombreado por árboles a través de divos troncos se divisaba una vista magnífica sobre el río. Era una media luz de tarde, llena con el olor vegetal y el de la tierra húmeda. Hubo ruidos misteriosos que se produjeron y desaparecieron a nuestra llegada. Dunstan se sentó en la baja pared de piedra, agarrándose una rodilla y mirando a la enramada. De su cara desaparecieron algunas de las feas arrugas. Del medio de la maleza surgió un ruido de picoteó. Era un pájaro carpintero laborando en algún árbol. Toda la quietud del Rhin nos acogía respirando ensueños. Hablamos de diversas cosas vagamente y después yo dije:

—Este es un sitio muy agradable para traer a una mujer; es decir, si no hubiera tantas dificultades para traerla aquí...

—Oh..., lo mismo digo —replicó él. Volvió la cabeza como pensando que había dado una vulgar respuesta.

—Resulta mucho más fácil, sin embargo, ir a la otra orilla del río —señalé pensativamente—. Teniendo una lancha, hay indudablemente allí un bello lugar en alguna parte.

Tuve la impresión de que los ruidos del bosque habían cesado repentinamente y que entre los helechos ya no alentaba ni respiraba nada. No estaba observándolo a él. Pero, sin embargo, podía ver sus largos dedos agarrados tensamente a los bordes de la pared. ¡Aquel terrible silencio! Sentándome a su lado, en el borde de la pared, saqué mi reloj.

—Ya es tarde —dije—. Son *las dos*.

—Tonterías —exclamó él respirando, ya más libremente cuando creyó que yo había cambiado de sujeto—. Caramba, mi reloj marca las dos y media...

Se detuvo. No miré a lo alto, pero el sol marcaba la sombra de él sobre el cristal de mi reloj. Y el tic-tac parecía anormalmente sonoro. Él sabía; él sabía, y su rigidez era un terrible e inaudible gemido. El furor hervía lentamente, conjuntándose y ensombreciéndose. Se puso en pie...

—Espacio —le advertí—. Yo podría lanzarlo a usted por encima de la pared, sin el menor esfuerzo, ¿sabe usted?

—Usted, maldito perro —dijo él violentamente—. Usted fué quien escribió esa nota.

—No. No. Yo no la escribí. Si la hubiera escrito, me sentiría inclinado a concordar con usted.

—¿Quién lo hizo entonces?

Ningún intento de ocultarlo. Las puertas habían sido golpeadas con los nudillos en algún punto secreto de ellas; estaba al borde del rompimiento, con sus brazos ganchudos temblando y las narices dilatadas. Las mangas de la chaqueta azul de críquet, estaban rellenas con sus músculos dilatados. Lo sacudí por los hombros y lo miré a los ojos. Eran negros y circundados de rojo.

—Fué un truco sucio —le dije—. La persona que lo hizo, no importa ahora, ¿no

es así? Lo que precisamos ahora es encontrar para usted una salida.

—¿Una salida? Dios mío, tiene gracia. Me supongo que toda la casa lo sabe.

—Nadie lo sabe —dije yo mintiendo— sino Bencolin y yo. Y... esa es la cuestión. Y si él dijera todo lo que sabe..., hay una gran cantidad de gente en Francia que no podría dormir un segundo, a partir de ese momento. Pero él nunca lo dice. Reaccione, amigo. Usted no es la única persona que se haya encontrado en esa situación; no es nada nuevo.

Me miró con curiosidad, pues yo le estaba hablando como puede hablársele a un niño que tiene miedo de que la policía lo prenda por robar mermelada. Con la respiración aleteante, se sentó de nuevo.

—¿Está usted seguro —persistió— de que eso no se sabe? He pasado unas horas muy amargas desde entonces...

—Lo comprendo bien.

—¿Qué es lo que..., qué es lo que usted quería decir —preguntó titubeante— con que eso no es nada nuevo?

Me encogí de hombros y dije diversas vaguedades. Me miró sorprendido y un tanto maravillado, y evidentemente estaba tan tranquilizado, que su cerebro fallaba. Pero, después lanzó:

—Entonces, por qué demonios...

No era tarea fácil el convencerlo de que la cuestión más importante era la investigación de un asesinato y no su aventura amorosa con la mujer de otro hombre. No podía comprender que el ser sorprendido en adulterio, era preferible a ser colgado. Hice resaltar la evidencia de la lancha de motor, pero también hice resaltar que si podía demostrar su inocencia, cualquier conducta errática que él hubiera tenido, no precisaba nunca ser mencionada. Y entonces comprendí que yo iba a oír la historia; él precisaba echarla fuera de su pecho, más tarde o más temprano...

—Escúcheme —concluí yo—. Usted y la señora D'Aunay habían salido en la lancha entonces, ¿no es así?

—No me importa decírselo a usted —dijo él— pero no puedo decírselo a ese detective. Le juro que no puedo. No se por qué.

—Bueno, yo me encargaré de esa parte. Usted no precisa verlo a él en absoluto.

Por alguna razón, esto alivió tremendamente sus temores.

—Y además —murmuró—, hay partes de esto que usted no puede comprender. ¡Oh, es un conflicto! El hecho es que yo... estoy loco por esa mujer. Yo no puedo dejarla. Ni tampoco me propongo hacerlo. ¿Me oye usted? —Golpeó sobre la pared con un puño, volviéndose a mirarme—. Si usted supiera lo que ella ha sufrido con ese maldito...

Era la vieja y dulce canción. Cuán alegremente —y por lo que yo sé, cuán sinceramente— había sido captada desde las bien conocidas montañas de Greenland hasta lo que el autor del himno, en cierta forma fantástica, llama las soleadas fuentes de África... Estaba surgiendo una rapsodia, la cual escuché con solemne atención. La

vida corre siempre hacia el melodrama; hasta hubo la declaración de que: “Si él siquiera le hubiese, pegado”... No sé por qué es que las mujeres de los maridos crueles prefieren que aquéllos les peguen, y parecen fastidiadas cuando no reciben golpes. De todas formas allí estaba aquello. Y yo tuve que simpatizar con ello porque —juzgando por viejos modelos— Jerome D’Aunay no era en forma alguna un mal marido. Era todavía peor: era sólo un fastidioso, abrumador y mal intencionado marido.

—La conocí hace un año en Bruselas —continuó Dunstan—, y creí que la había olvidado. Luego, la pasada semana, vine aquí para ver a Alison con objeto de diseñar algunos decorados para su nueva obra. Yo no sabía que ella iba a estar aquí. Ni siquiera sé como ocurrió exactamente, excepto que ella me alargó una taza de té y de improviso toqué su mano y me puse encarnado y lleno de pánico. Bien sé que todo esto suena terriblemente tonto. Pero no lo fué.

Ahora estaba hablando con rapidez y casi en forma incoherente.

—Y lo peor de todo, sabe usted, es que yo estoy prometido a una muchacha que está aquí ahora. ¿Usted no sabía eso, verdad? Es la pequeña... Sally Reine. Y no me apremie usted, ¿quiere?... Yo no puedo seguir así. Pero tampoco tengo valor para decírselo a ella. Yo sabía que no podía continuar así todo el tiempo; pero fui metiéndome cada vez más a fondo. No puedo soportar a las mujeres que bromean con uno. Nunca se sabe si una muchacha así es seria, o se está burlando de uno...

»Pues bien, la noche..., la noche del asesinato, el viejo D’Aunay tomó su droga y ella sabía que él estaba dormido. Vino abajo. En principio, nuestra intención era sentarnos tranquilamente en el pórtico y hablar. Después yo... perdí la cabeza. Le dije: “Tomemos la lancha y vayamos a la otra orilla del río”. Sabe usted, hay un sendero que lleva a un pequeño bosque del lado de la colina, y es fácil llegar allí. Tomamos la lancha...».

—Espere. ¿Fué Alison con ustedes a la otra orilla?

Desviado de su relato, me miró con ojos vacíos.

—¿Alison? ¡Oh, buen Dios! No. ¿Quién dijo nada de Alison?

—Escuche —dije yo—, el ponerse enfadado no va a ayudarlo en nada. Pero, no puedo evitarlo, he estado tratando de incrustarme en la cabeza eso, y ahora usted tranquilamente me dice: “¿Quién dijo nada de Alison?”. Maldita sea, ese es el punto crucial. El fué al otro lado del río en alguna forma. Y el ruido del motor fué oído sólo una vez.

—¡Oh!... ¡Oh, bueno! Pudo haber ido en un bote a remo.

—Había solamente un bote a remo, y ese fué utilizado por Hoffmann y Fritz.

—Y yo le digo a usted —gritó Dunstan— que él no fué con nosotros. ¿Cree usted que yo estoy tonto? ¿Cree usted que yo hubiera llevado?...

Se detuvo repentinamente para mirarme, pues yo debí parecer tan desconcertado, que esto penetró hasta la niebla de su mente. Me levanté despacio de la pared, y en ese instante, yo vi. Yo vi en un vívido relámpago, que fué como un golpe en la base

del cráneo, como Alison había cruzado verdaderamente el río. Oh, qué estupidez, qué increíble imbecilidad el no haberlo visto mucho antes...

—Los zapatos —dije en voz alta—. Los zapatos...

—¿Qué zapatos? —preguntó mi acompañante.

No contesté. Pero la explicación se hizo crecientemente clara. Aquel par de zapatos de paseo, llenos de barro hasta el tobillo y de verde limo. Alison no se había manchado los zapatos así, subiendo el camino al Castillo de la Calavera, pues, cual yo había observado, aun con un tiempo tan lluvioso, mis propios zapatos sólo habían acumulado un poco de barro negro. Y entonces recordé donde había visto aquella clase de fango de que estaban llenos aquellos zapatos. Había sido en el vertedero de un estanque en la finca de mi abuelo. Pensé entonces en el fondo del río... Había un camino por debajo del río.

Los castillos como este, tenían en la mayor parte de los casos un pasaje subterráneo por el cual los señores de aquéllos podían escapar en tiempos de sitio. Y el de este Castillo estaba bajo el lecho del río y tenía otra salida por la casa de Alison. Y aquellos zapatos de noche perdidos, indudablemente, Alison se los había quitado después de entrar en el pasadizo y se había puesto sus botas pesadas..., y así cuando regresase, podía ponerse nuevamente los zapatos y evitar el manchar los pisos con aquel fango. Meticulosamente limpio como siempre: solamente que esta vez no había regresado. Todo coincidía. El abrigo viejo colgado en el armario. La puerta cerrada ostensiblemente para trabajar en sus memorias...

Todas esas cosas brillaron como relámpagos en mi mente por un instante, aunque parezcan muy largas ahora al escribirlas. Y otros detalles resplandecieron y se ajustaron también... El hombre misterioso con la antorcha, a quien Hoffmann había visto en las murallas... Trataban de decirnos que él había corrido afuera desde las puertas del Castillo y bajado por la colina, para conducir la lancha de regreso, antes de que llegasen los criados. Extrema locura. Él hubiera podido bajar por la senda sin haberse encontrado con ellos; y si hubiera intentado forzar su camino a través de aquella maleza —aparte el hecho, casi seguro, de que se hubiese matado— hubiera provocado tales ruidos, que los criados lo hubieran oído. No. Él había regresado por el camino del pasadizo bajo el río. Cosas que hasta entonces parecían no haber tenido significación, ahora surgían con aplastante claridad. Recordé la alcoba entre la sala de Alison y su dormitorio; recordé la alfombra desarreglada y la mancha de fango verdoso en el piso. Era la entrada del pasaje. Más aún, aquella mancha de fango obviamente no fué dejada por Alison..., sino por el asesino cuando éste regresó. Alguien había visto a Alison entrar en el pasadizo aquella terrible noche. Alguien había tomado la pistola de su escritorio, lo había seguido bajo el Rhin, realizado todos aquellos fantásticos hechos, y regresado después. Bencolin había visto todo eso..., pero lo había visto la, noche anterior, inmediatamente, sin comentarlo. Nosotros habíamos estado desorientados por el regreso de la lancha de motor que traía sólo a Dunstan y a su amante.

—¿Qué es lo que le pasa a usted? —me estaba preguntando el joven.

—Una tormenta mental —díjeme yo—. Por favor, continúe.

—¿Pero, demonios, qué es lo que quiere usted saber? Yo ya he confesado lo que hicimos. Cruzamos el río y yo até la lancha al desembarcadero... ¡Oh, caramba! ¿Pero ya está usted perdido otra vez?

En cierto sentido, yo lo estaba. Porque con las nuevas revelaciones recordé el testimonio de Hoffmann de que había visto la lancha atada al desembarcadero del Castillo de la Calavera y que aquélla estaba colocada en, un sitio diferente del acostumbrado por los ocupantes de la casa. Obviamente, Alison no habría cruzado el río en esa lancha, ni siquiera como pasajero. Y esto debió de ser lo que le dió a Bencolin su clave de la verdad.

—Sólo Dios sabe lo que él era, o lo que estaba haciendo —le oí decir a Dunstan—, pero cuando vi a aquel hombre surgir de la tierra, yo...

Me volví hacia él.

—¿Cuando usted vió qué?

—El hombre que surgió de la tierra. Me puso los pelos de punta, puedo asegurárselo. Por unos momentos, me sentí aterrado. Llevaba una especie de bulto. Probablemente era un vagabundo. Me supongo que en realidad no salió de la tierra...

—Cuénteme usted todo. Dígame todo.

El rostro del joven se cubrió de color. Me miró suplicante, y después su mandíbula se endureció de ira.

—Pero... ¿no me colgarán si lo hago? ¿De qué puede servirle a usted eso? Maldito sea usted... Esto es sagrado —explotó—, y a usted no le importa ...

—Comprendo todo eso —le dije con tanta paciencia como pude—. No se preocupe de detalles sobre el bello romance. Lo que quiero saber es sobre ese hombre que surgió de la tierra.

—¡Oh!... Bueno, sabe usted —explicó Dunstan después de varios fallidos comienzos—, estábamos en el pequeño bosque, cual yo le estaba diciendo, un poco arriba del lado de la colina. Era una brillante noche de luna. Estábamos... sentados a la sombra de un haya, en una especie de ladera y yo estaba..., ¡oh, Dios! Yo estaba loco y sacudido en mi interior, y todo aquel lugar daba vueltas frente a mis ojos... ¿Sabe usted? —me preguntó fieramente. Sus manos temblaban ahora—. Los árboles y la noche, y el sentimiento de estar a muchas millas de distancia de todo el mundo; y luego, la comprobación terrible —directa en el corazón— de que estaba al lado de aquella mujer, más cerca de ella de lo que nunca había estado de nadie. Eso es lo que es. —Sus manos se crisparon—. Y después, una sensación como si todos los huesos se hubiesen roto... Lo recuerdo, mi cara estaba sobre la hierba, y de repente, sin motivo alguno, miré a lo alto.

»Fué horrible. A unos veinte pies de distancia, detrás de unos arbustos, un hombre pareció empezar a surgir de la tierra. Estaba de espaldas hacia mí, un poco inclinado. Pude oír que arrastraba algo pesado por el suelo... Se arrastraba y tropezaba en los

arbustos..., y el hombre estaba tarareando para sí mismo una tonada.

»Luego, desapareció. No sé adónde fué. Creí que mi corazón había dejado repentinamente de latir. E Isobel estaba temerosa de que alguien nos hubiese visto; estaba a punto de llorar y gemía: “Tenemos que regresar, tenemos que regresar”. Pero teníamos miedo hasta de hacer eso. Esperamos y esperamos, hablando de toda clase de terribles posibilidades, cuando oímos algunos alaridos.

»Eso acabó con nosotros. Podíamos oír los alaridos plenamente, y entonces miramos a lo alto y vimos aquella cosa fantasmal en llamas y corriendo. Pero Isobel estaba tan aterrada, que no podía tenerse en pie. Traté de llevarla a la lancha. Al fin, tuve que cargarla en brazos. Hicimos una terrible cantidad de ruido, porque se hacía difícil para mí el sostenerme y no caer. Exactamente cuando llegamos al embarcadero, vi entonces la lancha de remos saliendo de la orilla opuesta. Esperamos entre la maleza hasta que Hoffmann y Fritz hubieron llegado a nuestra orilla, y en una ocasión sentí miedo de que fuésemos descubiertos, porque ellos estaban iluminando todo en torno con sus lámparas. Cuando ya subieron a la colina, nos metimos en la lancha y emprendimos el regreso. Isobel subió por la senda y yo ascendí por las escaleras del pórtico. Gracias a Dios, ella pudo llegar a su cuarto sin que su marido se despertase...».

Fué en ese momento cuando, tanto él como yo, nos dimos cuenta de que no estábamos solos. Subconscientemente, supongo, yo debí de oír un ruido de ramajes, o la caída de alguna piedra, unos segundos antes. Debajo de un gran árbol, al borde la senda, estaba de pie un hombre inmóvil, observándonos.

Era Jerome D’Aunay.

## CAMINO DEL CASTILLO DE LA CALAVERA

No se qué clase de explosión yo esperé, D'Aunay debió de oír enteramente la última parte del relato de Dunstan. Después que pasó la impresión primera de verlo allí, recuerdo haber mirado rápidamente por encima de la pared de piedra y observado el bosque abajo. Un hombre podía romperse la cabeza cayendo desde allí. Durante un largo espacio de tiempo, nadie habló. Un abanico de sombras oscilaba lentamente a un lado y a otro sobre aquel lugar; un punto de luz solar iluminaba un espacio fangoso al lado de los pies de D'Aunay, y el pájaro carpintero continuaba a distancia su golpeteo.

Luego, oí algo extraño. D'Aunay permanecía rígido, sombrío y siniestro, con la barbilla un poco baja, y las manos en sus bolsillos. Pero el hombre estaba casi sonriendo. Su cara grande estaba contraída, su boca contorsionada en una especie de ampulosa complacencia, y sus párpados estaban bajos sobre sus ojos satisfechos. La brisa parecía caminar de puntillas, blandamente, a través de las hojas de los árboles...

Dunstan rompió aquella quietud diciendo:

—¿Y bien? Acabe usted con eso.

—¡Ah! Buenas tardes, *Sir Marshall Dunstan* —dijo D'Aunay en inglés. Su pronunciación era mala, pero no le faltaba fluidez—. He estado buscándolo a usted. Hoffmann me dijo eme ustedes dos, caballeros, habían venido en esta dirección. Sí. Acabo de tener una conversación con mi mujer.

Avanzó unos cuantos pasos. Estaba vestido ostentoriamente con un traje de golf, con medias de fuerte rojo y verde. Pero todavía no sabíamos qué era lo que había detrás de sus maneras.

—El señor von Arnheim —continuó— estaba interrogándola. Y yo me presenté en medio de la conversación. Y oí cosas muy ilustradoras.

Dunstan estaba un poco pálido, pero lo miró fijamente y dijo:

—Yo hubiera tenido que decírselo a usted más pronto o más tarde —dijo él.

—Perdóneme —interpuso D'Aunay alzando su mano en un ademán de curiosa untuosidad. Pero esto no concordaba con su rostro de máscara—. Quisiera preguntarle una cuestión personal. Creo que yo tengo derecho a una respuesta. ¿Sí? ¿Ama usted a mi mujer?

—Sí. —Dunstan estaba tratando de aparecer tan digno, que casi se atragantó.

—Si ella fuese... libre, ¿se casaría usted con ella?

—Sí.

—¡Ah! —dijo D'Aunay—. Muy bien. La tendrá usted.

Lanzó las palabras con énfasis. La untuosidad abandonó en seguida su mandíbula y sus fríos ojos. Dijo:

—Va usted a ahorrarme tantos problemas... Hace ya mucho tiempo que yo he creído que ella no era buena para estar al frente de mi hogar. Es vana. Ambiciosa de ropas. Quiere ir siempre en los viajes que yo tengo que hacer por negocios. No es inteligente para recibir invitados en mi casa. Y... soy franco..., ella no puede tener hijos. En una palabra, una mala esposa. Yo estaba deseando que ocurriese algo como esto. Pero creí que ella era demasiado virtuosa. —Sonrió sin humor—. Yo pude haberme desprendido de ella. Pero eso podía haber dañado a mi reputación.

Se miró las puntas de sus zapatos *sport*, pensativamente.

—Son las tres menos cuatro —observé yo mirando mi reloj—. Yo me he tomado demasiado tiempo. Si ustedes, caballeros, me excusasen..., gracias.

—Gracias —dijo D'Aunay—. Si usted es tan amable... Deseo discutir ciertos detalles con este amigo de Inglaterra.

Los dejé de pie junto a la pared, Dunstan rígido, y D'Aunay reflexivo. Bajé a grandes pasos la senda, a la par que iba meditando unas bien escogidas dudas sobre los orígenes y antepasados de D'Aunay. Pero, después de todo, pensé, ¿por qué irritarme? El podía bien ser de ascendencia canina, pero su actitud había salvado una mala situación. Si él hubiera optado por representar el papel de un marido celoso, aquello se hubiera hecho insoportable. Siempre había alguien en este lugar, pensé, que estaba procurando provocar una pelea. Ahora, todo el mundo era feliz. Es decir, todo el mundo, menos una pequeña, bien humorada y graciosa muchacha, llamada Sally Reine...

Pero —aquí había una idea—, ¿supongamos que D'Aunay había presentido este asunto amoroso, lo había vigilado y provocado? ¿Supongamos que él no había tomado realmente veronal y había estado fingiéndose dormido para asegurarse de sus sospechas? Con su mujer fuera del cuarto, él no tenía prueba de que hubiese estado durmiendo pacíficamente todo el tiempo. En cualquier caso, yo tenía que apresurarme para llegar abajo para ver a Bencolin, respecto a esta nueva situación: el hombre que “había aparecido saliendo de la tierra”, en la otra orilla del río.

Parecía no haber nadie allí cuando entré en el vestíbulo, inferior. Subí las escaleras y oí ruido de voces viniendo de la sala de la Duquesa. La voz de Bencolin decía: “Yo jugaré esa y pongo cinco más”. Levasseur anunciaba lamentándose: “Yo estoy fuera”; y la Duquesa gruñó: “Yo se las leeré a usted, pícaro cara de diablo viejo”.

Llamé con los nudillos en la puerta.

Estaban sentados a una mesa de juego junto a la ventana. Cuando entré, Bencolin estaba mostrando sus naipes. Tenía ante sí una notable pila de fichas azules. Levasseur miraba a las cartas como sintiéndose dolido, pero con expresión delicada. La Duquesa daba fin viciosamente a un puro, encendió otro e hizo comentarios agrios sobre ladrones y rateros, con otros sobre la probable conducta de un hombre que gana

demasiado fácilmente las partidas.

—Acérquese, amigo —me saludó ella—. Este demonio con unas barbas tan graciosas —explicó ella señalando con un dedo a Bencolin— lo ha ganado todo, salvo mi corsé. Dios mío. No he tenido una buena mano en toda la tarde. Siéntese, amigo. La apuesta máxima son cinco marcos. Aquí... Arrastre una silla.

Hizo una pausa en el acto de alzar su copa hacia una muchacha con cofia de camarera y el rostro como de palo, que estaba detrás de su silla.

—Digo yo... Creo que los muchachos descubrieron algo —gritó la Duquesa—. Aquí, Frieda, mézclame otra ginebra. La necesito... Y mírelo usted a él, está muy inflado. —Se volvió hacia Levasseur y dejó escapar una risotada—. Levasseur, él lo ha atrapado a usted, viejo asesino. Mejor es que confiese ya.

Levasseur sonrió.

—Por favor, señorita —dijo el violinista—. Creo que no debiera usted de bromear sobre tales cosas. Es muy evidente ...

—Continúe, hombre... Sólo estaba tratando de tirarle a usted de una pierna —y en este punto la Duquesa, en efecto, alargó la mano y le tiró de ella—. Usted sabe, cara de diablo —le dijo a Bencolin— que no puedo resistir a la tentación de pinchar a este hombre. Me gustaría verlo con el cabello desgreñado; me gustaría verlo en el suelo y escupiéndole encima; o que diese un tropezón y cayese por las escaleras abajo. Él parece igual a aquello que un hombre bien vestido debe llevar aunque lo moleste. No, espere; no vuelva usted la espalda, Levasseur... Digo yo, ¿el niño ha oído las noticias?

—¿Qué noticias? —pregunté yo.

Bencolin hizo una pausa en el acto de dar naipes. Arrugó la frente y miró.

—Nosotros hemos sido invitados todos —contestó el detective— a estar presentes para una pequeña demostración, bajo los auspicios del Barón von Arnheim. Va a tener lugar en el Castillo de la Calavera, donde todos nosotros hemos de pasar la noche. Aquí, la señorita Alison, ha sugerido algo más..., una cena banquete que se efectuará en el comedor de Maleger...

—Mientras nuestro viejo amigo Ojo de Cristal insista en hacerse el dramático —intervino la Duquesa—, nosotros lo seguiremos y le daremos a los criados un poco más de trabajo. Todos los criados están allí ahora. ¡Oh! Espere, ¿y qué hay sobre ese *reporter* que usted vió en Coblenza?

—¿Gallivan? —dije yo.

—Gallivan, exacto —asintió ella con un movimiento de cabeza—. Ojo de Cristal es muy poco hospitalario con mi casa. Escuche, amigo. Usted va y le telefona, y le dice que venga a participar de la cena. Y si no tiene ropas, dele usted algunas, o dígale que venga con las que tenga. Me gustan esos reporteros. No me gusta Ojo de Cristal. Ese es otro que necesita emborracharse... Bueno, y ahora dé usted cartas, dé usted cartas, y por el amor de Dios, deme usted algunas buenas.

En ese punto, se oyó llamar con los nudillos en la puerta. Von Arnheim apareció,

mostrándose muy excitado.

—Perdóneme —dijo brevemente—. Quiero hablar con el señor Bencolin y el señor Marle, en privado, inmediatamente. Esto es importante. No, espere. —Miro a la Duquesa especulativamente—. Usted pudiera muy bien ayudarnos, señorita Alison. Tengo que realizar algo ahora, si usted quisiera retirar...

—Con toda seguridad —murmuró Levasseur levantándose. Su cara tostada, mostró preocupación en el momento de inclinarse ante nuestra anfitriona—. Ya arreglaré las cuentas del fuego con ustedes, señorita Alison, más tarde. Tengo que ensayar ahora, si ustedes me permiten.

La Duquesa hizo una seña a la sirvienta para que se marchase. Cuando los cuatro quedamos solos, la Duquesa dijo:

—¿Y ahora, qué? —Sus maneras eran impacientes.

—Señorita Alison —dijo von Arnheim—; acabo de saber sobre la posible existencia en esta casa de un pasadizo secreto.

Ya estaba descubierto. Bencolin sonrió y aplaudió sin hacer ruido. Por primera vez, la Duquesa estaba realmente sorprendida.

—¿Pasaje secreto? —dijo ella. Miró a von Arnheim con ojos de asombro y malicia—. Alguien ha estado bromeando con usted, Ojo de Cristal. Yo nunca oí hablar de ningún pasadizo secreto aquí. Puede que haya uno a través del camino; probablemente es..., ¿quién le dijo a usted eso?

—Nadie me lo dijo. Pero tengo evidencia de ese hecho.

La Duquesa frunció el ceño.

—Bueno —dijo ella—, he estado en esta casa cerca de dieciocho años, y todo eso es nuevo para mí. Diablos. ¿No sería una gran suerte para mí si efectivamente hubiera un pasadizo y yo no lo supiese? ¿Dónde está? ¿Adónde va a dar?

El alemán respondió:

—Tengo razones para creer que está en las habitaciones de su difunto hermano, y que conduce por debajo del río hasta el Castillo. —Se volvió hacia Bencolin sardónicamente—. Ahora comprendo su punto de vista, amigo mío, sobre los zapatos enfangados. Yo también he estado investigando.

Agatha Alison silbó. Con los ojos entornados, murmuró:

—Por Dios, eso pudiera ser... Puede que sea así. Pero si ese es el caso, fué Myron quien lo hizo construir. Sería igual que él; porque él fué quien construyó esta casa.

—Pues yo me atrevo a decir que el pasadizo bajo el río, tiene muchos siglos —dijo von Arnheim—. Yo he comprobado que el Castillo fué edificado por un noble del siglo xv, quien fué eventualmente ejecutado por hechicería. Estaba siempre sitiado y casi se escapó una vez, por lo que la historia dice era un pasaje secreto... Y, amigo Bencolin, ahora yo comprendo su punto de vista sobre lo complicado de las antiguas defensas en el Castillo teniendo algo que ver con este caso.

—Sí —dijo Bencolin—, yo se lo mencioné a usted la noche pasada. Parece probable que una fortaleza con tantos trucos, tiene también que estar equipada con

una salida subterránea secreta. El que ésta pase bajo el Rhin, era una precaución contra los sitiadores que guardaban el río...

—Y también veo la razón por la que usted deseaba pasar la noche en esas habitaciones —dijo el alemán. Por primera vez, la animosidad se mostró en su rostro. Dio un golpe con la mano en el respaldo de la silla—. Esta no es hora para tonterías, amigo mío. ¿La encontró usted?

Con aire vago, Bencolin se dió cartas para sí.

—¡Oh! Sí, está en la alcoba entre las dos habitaciones, desde luego. —Respiró—. Pero yo lo desafío a usted a que encuentre la forma de abrirla.

—Bueno, ¿y a qué estamos esperando? —gritó la Duquesa—. Vayamos allá y echémosle un vistazo. Estoy maldita. Un pasaje secreto en esta casa... ¿Por qué, en nombre de Dios, no pudo Myron habérmelo dicho? Esta es la parte graciosa. Yo.

—El señor Alison tenía una razón, creo yo, para no decírselo a nadie —comentó suavemente von Arnheim—. Lo ocultaba de todos ustedes. ¡Oh! Sí, él tenía una razón.

—¿Y cómo encuadra este nuevo descubrimiento con sus teorías, Barón? —preguntó el francés arqueando una ceja mientras distribuía cartas.

—Es la confirmación lo que necesito —replicó von Arnheim—. Vamos.

Los cuatro salimos al vestíbulo, con la Duquesa apoyándose en su bastón y murmurando para sí misma. El vestíbulo estaba lleno de sol pero ya no parecía tan animado. Una fea nota lo había invadido. Abajo, Levasseur estaba tocando otra vez. Era La Danza Húngara número 5, de Brahms, pero aquella música, los saltos y sorpresas, sugerían una danza mucho más antigua y muerta. Y cuando pasamos hacia el ala del edificio, yo pude oír claramente a una mujer que lloraba en uno de los cuartos. No podría decir en cuál, pero aquello me atenazó; el vestíbulo iluminado, el estimulante Rhin, y en contraste aquellos sollozos...

—Escuchen —dijo Bencolin.

Estábamos en el ángulo del ala, e involuntariamente todos nos detuvimos.

—Es ese rascatripas tocando otra vez —dijo la Duquesa—. Algunas veces, me ataca los...

—No, no —dijo Bencolin—. Es alguien en las habitaciones de Alison.

Entonces, me atenazó el miedo mortal que iba a materializarse completamente ésa noche. La Danza Húngara se alzó con una nota más fuerte. Yo creo que fué von Arnheim el primero que echó a correr, Pero todos corrimos por el pasillo abajo, y el alemán abrió de un golpe la puerta del vestíbulo de Alison.

Allí, sólo estaba el sol que entraba por las altas ventanas. Y había partículas de polvo bailando en ese sol, y la luz brillaba en las partes metálicas de níquel, de la polvorienta máquina de escribir de Alison. Allí, todavía sobre el brazo de la butaca, estaba la chaqueta de *smoking* que él se había quitado cuando entró en el extraño pasadizo. Hacía mucho calor en la estancia...

El alemán hizo un gesto salvaje. Corrió a través de la alcoba y oímos que se

abrían las puertas del cuarto de baño. Regresó y golpeó fuertemente con un pie en el piso.

—Nadie —dijo él—, nadie ahora, Pero había...

Yo observé la capa de polvo que había en los cristales de las ventanas, y después el dibujo oscuro, de oro viejo, de la alfombra. Hacía calor pero yo temblaba de escalofríos. Todavía se oía el violín. Echando a un lado las cortinas de la alcoba, von Arnheim tanteó los paneles de roble.

—Debe ser aquí —dijo él golpeando—; pero parece sólido. Parece como una pared de ladrillo. Si hay una entrada secreta aquí..., y debe haber una, maldita sea..., está muy hábilmente oculta. Es preciso que encontremos la abertura.

—Usted puede conseguir un hacha —sugirió la Duquesa— y con ella derribar toda la pared.

—Es demasiado gruesa —dijo Bencolin—. Hay una viga aquí en alguna parte; y se podría dar lugar a que se cayese el techo. Además de eso, el interior es verdaderamente de ladrillo. Aquí..., tratemos esto sistemáticamente.

Y así lo hicimos durante más de tres cuartos de hora. Tanteamos y probamos y sondeamos; miramos en los rincones, pasamos los dedos por los paneles y utilizamos cada pulgada de ingenio que poseíamos; pero no sirvió de nada. La pared de roble permanecía allí. Al final, la Duquesa, muy roja y excitada por aquel extraordinario ejercicio, entró de pronto en el estudio.

—¡Bah! —dijo ella con disgusto—. Creo que todos ustedes son tontos. Voy a conseguir algunas hachas y palancas, si ustedes quieren, pero ya estoy cansada de esto.

—Lo que tenemos que hacer es encontrar la entrada por el otro extremo. Eso es todo —replicó von Arnheim—. Tenemos una clave. La antorcha. La antorcha lanzada en el pasadizo por el hombre que Hoffmann vió en las murallas. La entrada tiene que estar allí cerca. O en las habitaciones del guardián... Probablemente, esto último.

—Espere —intervine yo. Con gran excitación conté la historia que había oído a Dunstan; tuve cuidado de no mencionar el nombre de la persona que me lo había dicho, pero di una descripción muy colorida del hombre misterioso que iba arrastrando “una carga” bajo la luz de la luna. Von Arnheim casi bailó de alegría.

—Eso es —concordó él frotándose las manos—. Yo interrogué a la... mujer, cual ustedes han oído. Pero ella no dijo nada sobre ese hombre saliendo de la tierra. ¡Ah, sí! Todo concuerda. El final de este pasadizo está en el otro lado del río. Y hay otro pasaje que va desde allí hasta el Castillo. Difícilmente hubiera podido construir un túnel subterráneo directamente al otro lado y después a lo alto de la colina; el peso de la colina hubiera hundido el techo del pasadizo. Y ahora... vamos a la otra orilla.

—Oigan —protestó la Duquesa agitando su bastón. Nos miró mientras sus lentes le resbalaban por la nariz—. Maldita sea, denme también a mí una oportunidad. ¿Qué es toda esta broma? ¿Quién vió eso? ¿Quién estaba en el otro lado del río? Sus detectives me están haciendo sufrir. Usted...

La tranquilizamos con medias promesas y medias explicaciones. Ella gruñó y maldijo y agitó su bastón hacia mí, diciendo que yo era un joven descarado a quien debían azotar, y que las personas que yo no mencionaba y que echaron a perder su buen juego de póker para ir a buscar pasadizos secretos que no existían, en una pared, habían perdido el juicio.

Von Arnheim trató de persuadirnos de que lo acompañásemos a la otra orilla del río. Por una razón que yo no imaginé, Bencolin rechazó la oferta. Oh, pero von Arnheim estaba de muy alegre humor. Él sabía que estaba acercándose a cierto objetivo —cualquiera que éste pudiera ser— y se estaba haciendo muy poco condescendiente. El grupo se disolvió. El alemán se apresuró a salir para ir a tomar su sombrero. Agatha Alison salió hacia sus habitaciones..., diciendo que iba a romper unas cuantas sillas. Juntos, Bencolin y yo, balamos las escaleras hacia el pórtico. El sol en la larga tarde estaba pasando a través del Rhin. Nos acomodamos en dos butacas.

Bencolin lanzó un largo respiro.

—Caramba —dijo—. Tome un cigarrillo, Jeff. Esos dos me hicieron pasar un mal rato. Una o dos veces, tuve verdaderamente miedo de que encontrasen la entrada al pasadizo.

Yo me incorporé y lo miré. Dije:

—¿Y usted sabía donde estaba?...

—Oh, sí. Pero pasé la mayor parte de la noche última buscándolo. Y el resto del tiempo lo pasé explorando el pasadizo secreto.

Yo hice varias observaciones.

—La entrada está en la alcoba, en efecto —me dijo él suavemente—, pero los medios de abrir la puerta, los descubrí en el dormitorio. Son muy ingeniosos. Se da vuelta a una de las gárgolas en la pared, y la puerta de la alcoba se abre. Es una manecilla enteramente de piedra, incrustada en un mecanismo muy bien engrasado, y puede ser cerrada desde dentro y desde fuera.

—Bueno, entonces ¿por qué demonios no nos lo dijo usted?

Golpeé con los dedos sobre el brazo de la butaca. —Por que, Jeff, yo no quiero que ellos vean lo que hay allí abajo. Cuando von Arnheim lanzó su solución a nuestro rostro, ellos dos sabían que estaba equivocada y que alguien iba a propalar esa solución. Dejemos que cada cual continúe creyendo en la solución de von Arnheim. Será mejor así.

—Yo no comprendo eso —observé decepcionado—. Quizá yo no sea demasiado inteligente, pero no lo comprendo.

—Ah, pero lo comprenderá. Ahora voy arriba a hacer un pequeño trabajo. No me pregunte lo que es. Necesitaré sólo una escoba y un par de zapatos fuertes.

Yo me recosté en mi butaca, mientras él se levantaba, hacía un guiño y se iba. Y la luz de la larga tarde crepitaba en un brillo plano sobre el Rhin. Débiles sombras azules se movían bajo los árboles, alzando lentamente velos sobre aquel brillo. Y yo

no comprendía por qué la brisa caliente parecía haberse transformado en fría, o por qué un inesperado impulso me invadió todo en mi letargo, cuando oí un suave y profundo gon, llamar para el té.

## EL TRENZADO DE LA RED

Volviendo a mirar a los acontecimientos de aquella noche, sólo hay una cosa que no puedo comprender. Y ésta es la loca alegría de que todos nosotros estábamos imbuidos. A través de la tarde —desde la hora en que el gran pastel del verdugo fué cocido, hasta la escena terrorífica y final, en el cuarto con el techo de vidrio— estuvimos poseídos de un atolondrado y bullicioso ánimo, que era mucho más apropiado para resultar grotesco. Nos invadió simultáneamente. Nuestros humores individuales eran tales, que podíamos sumergirnos en ellos con abandono, incluso cuando la Muerte se sentó en la butaca de alto respaldo, en la más extraordinaria cena a que jamás asistimos. Pero era una Muerte suave, más bien parecida a von Arnheim, me imaginé yo, con monóculo y traje de etiqueta, y aquél resultó ser excelente invitado.

También bebimos demasiado en medio de aquella fascinación de sentamos a una mesa con un asesino desconocido. Y cuanto nos rodeaba, ayudaba a ello en no poca medida. Desde luego, puede que hubiese razones individuales. Aquella era precisamente la clase de situación que hacía resaltar en su mejor forma a Bencolin. La Duquesa estaba siempre presta para toda forma de réplica. Von Arnheim, viendo el juego en sus manos, se expansionó hasta resultar genial como un gato al acecho: yo pude imaginar su boca contrayéndose en una mueca de brillante barba rubia, y la sonrisa redonda de sus ojos verde-dorados. La filosofía sobre la vida y la muerte, de Levasseur, hacía respirar a éste con rápida satisfacción en aquella atmósfera de duendes. D'Aunay, el frío razonador, el malicioso jugador, contemplaba todo fascinado. Dunstan estaba alarmado. Pero también intrigado y borracho; e igualmente exuberante, convencido de que su camino estaba ya abierto hasta Isobel D'Aunay. Y con la comprobación de que ya no tendría que ser por más tiempo el ama de casa de D'Aunay, Isobel se transformó y metamorfoseó sutilmente; esa noche entre todas las noches ella era una hermosa mujer. El amor de Gallivan por fantasmas y asesinos tenía su perfecta culminación en esta cena de la Muerte. Pero quien más enloquecido estaba, era Sally Reine... No podía reunirse un grupo mejor de personas para alzar sus copas en un brindis.

Toda la tarde había habido gran agitación. La lancha de motor y la de remo, fueron y vinieron entre las dos orillas llevando a Hoffman, Fritz. Frieda y a otros varios criados que yo no había visto previamente. Los camareros y carniceros vinieron de Coblenza; las mantelerías, la plata y loza, frutas, vinos y flores, fueron transportados allí; incluso hicieron una limpieza, aunque la energía del fallecido

guardián hizo innecesario un exceso de aquélla.

Iba a ser una noche perfecta. Una noche fresca, succulenta, con un pulso de canto de grillos. Cuando se alzó la luna, trozos de nubes plateadas, enlazadas con otras grises, se extendían más allá de las negras copas de los pinos. Mientras me vestía, pude percibir la actividad que imperaba por toda la casa. Me cepillé el cabello con más cuidado esa noche que lo usual; puse más atención también en las alas de mi corbata de lazo, y hasta me coloqué los resplandecientes diamantes de la pechera, que un impulso inconsciente me había hecho traer de París. De acuerdo con las instrucciones recibidas, preparé un maletín con prendas para pasar la noche, y lo dejé al pie de la cama de Hoffmann, para que lo recogiese con los de los demás. Íbamos a cenar tarde; eran ya bien pasadas las nueve cuando salí de mi cuarto. Pero algo que vi a través de las ventanas fronteras del vestíbulo, llamó mi atención. Miré afuera...

Era una impresionante vista del Castillo, iluminado como una calavera. Y no tengo duda de que los viajeros nocturnos por el Rhin, recibieron una fuerte impresión ante ello. La enorme cabeza de muerto se alzaba mirando con resplandores. Los ojos eran enormes ventanas ovales, de cristales color violeta; la nariz era triangular y amarilla, y los arcos de la galería formaban los dientes; y todo esto brillaba con un resplandor endemoniado y sardónico. Cada vez que las luces oscilaban o se movían lo más mínimo, todo el resto de la calavera adquiría expresiones diferentes. Unas veces, guiñaba un ojo malicioso; después, su guiño se expandía; luego, repentinamente, presentaba una expresión maliciosa y feroz que helaba a uno, dejando inmóvil su mirada muerta. Había antorchas que flameaban a lo largo de las murallas, y otros resplandores en las ventanas de las torres, y pude ver figuras moviéndose allí. No pude comprender el brillo de los sombreros de aquellas figuras, hasta que me di cuenta de que tales sombreros eran los cascos de metal de los policías. Y todo esto surgía teniendo como fondo el cielo y la enorme calavera de gris plateado, brillando bajo la luz de la luna que se alzaba. Estuve observando y esperando. Durante siglos, la calavera había estado mirando abajo, al Rhin, provista de un, salvaje sentido del humor. Ello hacía subir de valor en su ancianidad a las pequeñas gentes que ahora habrían de caminar en su interior, literalmente como criaturas de su cerebro, y que iban a bailar, como fantasmas en su mente poética, los pasos del rigodón rojo. ¡Ah, Barón von Arnheim! ¡Qué gran escenificador era usted! Su enemigo francés se sentiría humilde en medio de aquel escenario que él mismo aprobaría.

Fui abajo. Alguien estaba tecleando en el piano del salón de música, y en la biblioteca oí el ruido agradable de una coctelera agitándose.

Y más sorpresas aún en la biblioteca. Al entrar, capté el febril espíritu que iba a dominarnos a todos. Un repique de excitación extraña, igual que el ruido de aquella coctelera tipificando nuestro mundo moderno. Sentí la proximidad del compañerismo que repentinamente sentimos unos con otros. Todos éramos pasajeros en un navío fantástico, y el primer lugar que buscamos fué el bar. ¡Pero, con toda seguridad, no

sería Isobel D'Aunay quien estaba manipulando la coctelera! Exuberante, con los ojos negros danzarines, y la cabeza echada hacia atrás, estaba, en efecto, agitándola con rápidos golpes y movimientos de las muñecas.-

Iba vestida con un traje negro muy escotado que hacía resaltar la belleza de sus pulidos hombros. Un mechón de cabello pálido cavó sobre su mejilla. Aquel espectro había vuelto a la vida, Gritó:

—¡Venga usted, señor Marle! Venga y siéntese y tome uno de estos cocteles. Se llaman “Amaneceres Dorados”, y siempre tuve deseos de hacerlos. Usted pone dos partes de ginebra, una parte de jugo de naranja y una parte de *brandy* de albaricoque.

—Inmediatamente —dije yo. Y luego vi a los demás.

Sally Reine estaba engalanada con un vestido verde, y agitaba suavemente una mano hacia mí, desde una butaca. Tenía erguida una de las cejas y estaba balanceando en cierta forma una copa entre dos dedos.

—Mi adorado —me saludó—. Venga y siéntese a mi lado. Creo que como escritor es usted una perfecta calamidad. Pero me gusta su corte de pelo. Oh, y ya conoce usted al señor Gallivan, ¿verdad?

Gallivan también era una sorpresa. Sus ropas de noche eran demasiado ampulosas; pero le daban cierta gracia a su desgarbada figura; estaba recién afeitado y peinado, ostentando una soñolienta sonrisa en su cara de Polichinela. Vació un coctel en el interior de su boca, con un gesto de gran capacidad, igual que un tiburón traga una sardina; por un momento, me alarmó ante la idea de que se había tragado también la copa. Pero su extraña sonrisa volvió a resurgir.

—No se alarme, joven —me dijo advirtiéndome con un dedo—. Usted está preguntándose en dónde diablos conseguí este traje. Pues se lo diré a usted. En casa de un enterrador, en Coblenza. Los Gallivan siempre fueron gente poética. Yo...

—¡Oh, sí! —dijo Sally Reine—. Ya sé. Lo sobornó usted con la promesa de darle trabajo. Confieso que fué muy hábil. Deme usted una copa.

—De hecho —continuó Gallivan recogiendo la copa de ella— debo hacerlos saber a ustedes que poseo todas las virtudes sociales. Las conseguí estudiando esos cursos especiales que se anuncian en las revistas... Esos cursos que lo enseñan a usted, mientras usted duerme. “La semana pasada me asombraron. Yo era una flor en una pared y estaba a punto de perder mi mejor novia porque yo no era capaz de hablar una palabra en latín. Y cómo se rieron de mí cuando les ofrecí recitar... Pero sus muecas se transformaron en la mayor sorpresa cuando empecé a decir párrafos enteros de cuatro libros de la Eneida”. Brillantes recursos de magia, dejan atónitos a mis amigos y son causa de que ellos cierren con todas las llaves los servidos de plata cada vez que yo voy a sus casas. Lecciones fáciles de etiqueta, durante las horas perdidas, me han enseñado a no echar sopa en la cara de mis anfitriones, y a no presentarme en público sin pantalones. Puedo tocar el saxofón, sacar las huellas dactilares de las personas, o realizar todas esas cosas requeridas por la función social ordinaria. Yo...

—¡Oh! Sea usted sensible y tome un coctel —lo apremió Isobel D’Aunay—. Yo no creo que eso tenga gracia. Yo...

—Usted lee revistas —dije yo.

—Y yo también —me informó Sally Reine—. Mi viejo recibe montones de ellas de Norteamérica. A mí me gustan las que traen historias de detectives, donde a los personajes no les es permitido jurar y en las que los *gángsters* de Chicago gritan: “Perdóneme usted”. Es muy bonito ver a los maleantes más brutos, convertirse en un caso patológico, con una simple tachadura de lápiz azul del editor...

Se quedó titubeando. Jerome D’Aunay acababa de entrar en la estancia. Yo estaba recogiendo un coctel de la mano de su mujer en ese momento, y sentí temblar aquélla ligeramente. Sus ojos miraron por encima de su hombro y después se volvieron a mí, y había en ellos un algo tenso. Comprendí que muy repentinamente, ella había dejado de tenerle miedo, de una vez.

—Buenas noches, querida mía —le dijo D’Aunay en francés—. Estás encantadora esta noche.

Él estaba sonriendo. El peligro que momentáneamente nos había sacudido, desapareció. Ella replicó fríamente en inglés:

—Muchas gracias. ¿Quieres una copa?

El efecto de sus palabras pareció complacerla, pues un color más acentuado subió a su rostro, y miró en torno afectuosamente. Él se acercó para recoger el coctel que ella estaba sirviéndole: le otorgó una sonrisa con los labios tensos: tomó la copa inclinándose. Yo pensé en ese momento, que, nunca había visto una mujer más adorable. Me apresuré a presentar a Gallivan. Y vi que una expresión de admiración apareció en el rostro del *reporter*, cuando él y D’Aunay cambiaron saludos. D’Aunay parecía intrigado.

—¿No nos hemos encontrado antes? —preguntó D’Aunay pasándose la mano por su gran mentón.

—No me parece así, en absoluto, señor.

—Huum —murmuró el belga—. Probablemente, no; probablemente, no. Usted me recuerda a alguien, y eso es todo. Pero no puedo recordar a quién...

—¿Cocteles? ¿Cocteles? —gritó la voz de la Duquesa desde la puerta. Se adentró en la estancia con toda su gordura oprimida en un apretado vestido negro, que en algunos puntos extraordinarios producía grandes bultos. Podía ser estrangulada con sus propias perlas y llevaba el cabello apilado en la cabeza, igual que un pastel de boda. Su exuberante entrada lanzó a todo el mundo a hablar a la vez. El salón se convirtió en una babel.

Y sobre todas aquellas conversaciones, continuaba oyéndose el campaneó de la coctelera y resplandeciendo su brillo. Era una coctelera grande, pero a pesar de ello, se hacía preciso llenarla constantemente. Los retratos iluminados de Myron Alison miraban hacia abajo gravemente desde las paredes. Dunstan entró y me pareció un poco preocupado y sin saber a punto fijo qué hacer con sus manos. Su mirada se

dirigió a Sally Reine, a la cual yo descubrí ahora sentada sobre el brazo de mi butaca y tratando de darme una copa, aunque unos momentos antes la muchacha se encontraba en el diván. Luego, vi a D'Aunay. Este se acercó a Dunstan y lo saludó efusivamente sardónico, lo cual hizo que aquél se sintiese todavía más incómodo. Dunstan trataba de no mirar a Isobel D'Aunay, que estaba tomando una copa, pero no pudo evitarlo. Y recuerdo que en esos momentos pensé: “Esta concurrencia está decidida a emborracharse, y la mujer de D'Aunay haría mejor en controlarse un poco”. Nuevamente tuve la visión de que aquello era un navío fantástico internándose en unas aguas negras y envueltas en niebla...

Sally Reine me tiró del lóbulo de la oreja, e hizo esfuerzos decididos para sentarse más arrellanada en mi butaca y hacer así caer más fácilmente el contenido de mi copa.

Sally me dijo:

—Usted no me está escuchando, pero quiéralo o no, tendrá que hacerlo.

Bencolin y von Arnheim aparecieron en la puerta. Estaban resplandecientes. El alemán estaba brillante, salvajemente alegre, y a su bigote rubio, casi invisible. Je había puesto tanto cosmético, que las puntas estaban rígidas y elevadas como las barbas de un gato... De un gato acechante y merodeador. Bencolin era un mefistófeles con botones de perlas en la camisa, y con gran ceremonia le ofreció un cigarrillo al alemán. Este aceptó y dijo algo en voz baja, después de lo cual, Bencolin asintió con la cabeza. Se adelantaron para tomar cocteles. Aquello parecía un desafío de alguna especie. Por Dios que aquella tensión, aquel espíritu que giraba enloquecido, también los había capturado a ellos. Con toda solemnidad, Bencolin y von Arnheim chocaron sus copas.

—Escuche, querido —le oí decir a Sally Reine. En medio de la babel, su voz sonaba baja y más bien fiera—. Tiene que prestarme usted una cantidad grande, muy grande, de atención a mí esta noche. No quiero aparecer como un estúpido payaso...

La Duquesa pasó radiante, dejando un rastro fuerte de perfume. Gallivan le iba contando una historia sobre un escocés. Al fin, Dunstan se había aproximado junto a Isobel D'Aunay, y ambos estaban cambiando comentarios en el tono más rígido posible... Sobre el estado del tiempo, juraría yo.

Caramba, he aquí que Bencolin y von Arnheim habían llenado otra vez sus copas. Yo deseé sinceramente, por la gloria de la policía de Berlín, que el desafío entre ellos no fuese un desafío a quien bebiese más. Una noche en el bar “Payne”, de Londres, yo había visto a Bencolin, en una competencia titánica, beber hasta hacer caer debajo de la mesa, a un inglés de cara roja a quien llamaban Bloogey..., quien resultó ser, cuando nosotros lo llevamos a su casa. Lord No Sé Cuántos, o el Barón de No Sé Qué. Pero el cual, de todas formas, era conocido en París como el más sediento de los peces.

La lancha de motor, con su extraordinaria y multiforme carga, había arrojado el ancla. Oí su sirena contra la niebla. Pero con sorpresa mía, resultó que no era la

lancha: era solamente la voz de la Duquesa gritando:

—¡Escuche, llévelo con cuidado! Ya tendremos unos cuantos cocteles dentro, cuando vayamos a la otra orilla. ¿Por qué no partir ya ahora?

—Una excelente idea —dijo D'Aunay que había estado examinando un gramófono portable, al parecer para ver como funcionaba—. Yo estoy hambriento. ¡Pardiez! Estoy hambriento. ¿Estamos ya todos aquí?

Había algo en su tono que daba lugar a que todo el mundo mirase. Las palabras, “Estamos todos aquí”, fueron lo bastante inocentes; pero fué la repentina elevación de su voz, la ligera y fea inflexión significativa, lo que hizo aplacar el tumulto que allí imperaba. Sally Reine giró su cuerpo vestido de verde, en el brazo de mi butaca, colocándose en forma que yo ya no pude ver la cara de D'Aunay; pero me di cuenta, y su tono me hizo saltar ligeramente. Su mujer y Dunstan estaban sentados en uno de los amplios asientos junto a la ventana. A sus pies había una alfombra desarreglada de Ispahan. Bencolin se encontraba de pie con von Arnheim, cerca del taburete de los cocteles, y el alemán tenía medio alzada su copa. Gallivan estaba inclinado sobre el brazo de la butaca de la Duquesa, y en su mano tenía un ejemplar de su libro, “Leyendas del Rhin”. Silencio.

Alguien dijo:

—Estamos todos presentes, excepto el señor Levasseur.

Igual, que una delicada y graciosa, pero despreciativa réplica, una larga nota del violín penetró en nuestros oídos. En cierta forma, parecía haber en ella una diferencia, pero mientras nos hallábamos sentados allí en silencio, comenzó a tocar una movida melodía. Cada nota batía con la agudeza corta de un paso de danza resaltado por un rápido trabajo de dedos. Estaba tocando “Amaryllis”.

Sally Reine derribó su copa cuando la estaba colocando sobre la mesa. Por primera vez, nos dimos cuenta de que estábamos ingiriendo cocteles sólo con el objeto de evitar el pensar demasiado sobre cosas horribles. Luego, hubo un pequeño pero decisivo chasquido cristalino, cuando von Arnheim dejó su copa encima del taburete. Dunstan murmuró: “Caramba”, como una incoherente protesta. Pero nadie más dijo nada. Lo que aquel Levasseur estaba haciendo, qué loca intención lo llevó a tocar aquella canción, yo no podía concebirlo...

Las puertas de la biblioteca se abrieron. Levasseur entró en la estancia. Y el violín invisible todavía continuaba lanzando sus notas y sus ritmos.

Alguien gritó: “Oh, Dios mío”, y Jerome D'Aunay comenzó a reír horriblemente.

Pero yo estaba observando a Levasseur y pude comprobar que se hallaba frío y sereno. De hecho, estaba sonriendo. Y esta comprobación me sacudió dentro del caos mental engendrado por su aparición. La luz brilló en su pulido cabello negro, en las esmeraldas de su pechera y en sus sortijas, cuando extendió sus manos morenas, desaprobadoramente.

—Es un disco de Heifetz —dijo con claridad—, tocado en una victrola ortofónica, en el salón de música. Lo puse yo mismo con el objeto de demostrar que

yo no he tenido nada que ver con este crimen.

Se adelantó unos pasos. Su rostro moreno y afilado estaba vuelto hacia D'Aunay.

—Algunas gentes —prosiguió el artista—, sufren de un excesivo sentido del melodrama. Esta tarde, el señor D'Aunay tuvo la impudicia de sugerirme que yo estaba provisto de una coartada, porque detrás de las puertas cerradas yo tenía un gramófono tocando un disco, mientras yo realizaba... ciertas cosas. —Torció una muñeca deprecadoramente. Después, rió—. Ya tengo plenamente en cuenta que eso es un truco de melodrama tan familiar, que no me sorprendió. Paso por encima la obvia estupidez de esa idea, en todos los casos. También paso la insultante sugerencia de que si yo fuese a cometer un asesinato, acudiese a un truco tan vulgar. Y también pasó por alto el hecho de que la victrola no iba a estar tocando continuamente discos por sí misma, durante varias horas.

En medio de un profundo silencio, señaló hacia la puerta con un dedo, y dijo:

—Pero, quiero demostrarles a ustedes, que cualquiera que crea tales cosas, es que ignora como se hacen los discos. Sólo tiene que escuchar para comprobar la diferencia. Porque en estos discos se oye un acompañamiento musical de piano... Y ahora —concluyó, volviendo a sonreír—, ¿hay alguien tan amable que me ofrezca un coctel?

No era preciso aguzar demasiado el oído, para comprobar la diferencia, pero a pesar de ello, todos nosotros escuchamos. Creo que desde un principio hubo ciertas sospechas de esa especie en el fondo de varias mentes, y así Levasseur las eliminó con un simple gesto. Estábamos todavía silenciosos. D'Aunay permanecía inmóvil como una esfinge, pero sus puños estaban apretados. Isobel D'Aunay se puso en pie rápida y le sirvió un coctel a Levasseur. Este lo tomó, y sus sortijas brillaron mientras alzaba la copa. Y sus brillantes rojos negros resplandecieron burlones.

## LA MUERTE TOMA UN COCTEL

Ahora, todo lo horripilante de aquello, se había apoderado de mí.

Me encontraba de pie en las murallas del Castillo de la Calavera, sin sombrero y en medio de la fresca brisa. Directamente en el centro de la galería cuyos dientes formaban los arcos, habían abierto puertas que yo no había visto antes... Puertas que eran de hierro, pintadas de gris; e invisibles a la luz de nuestras linternas eléctricas la otra noche. Pero esas puertas abrían un mundo insospechable, cual yo pude ver cuando nuestro grupo había llegado aquí unos minutos antes.

Aquella rápida travesía del río, bajo el perfume de la noche... Yo recuerdo el cuello de piel blanca, de la capa de Sally Reine, apretado contra mi chaqueta en la lancha oscilante; recuerdo los zapatos dorados de Isobel D'Aunay, la alta luna pintando con manchas de luz el agua, y sobre todo y más que eso, la enorme calavera iluminada, mirando con ojos color púrpura desde su altura. Era un enloquecimiento. Por encima del ruido del motor, oí la voz quebrada de la Duquesa, cantando "... pues muchas tempestades soplarán aún...". Otra lancha había comenzado su misterioso viaje. En el desembarcadero de la otra orilla, había antorchas. Alguien había mencionado el Styx<sup>[5]</sup>, y las mujeres habían puesto galochas sobre sus ligeros zapatos para ascender la colina. En ese punto había habido ya gran cantidad de gritos y risas y sobresaltos y terror.

Había pequeñas hogueras encendidas sobre las murallas en torno a mí ahora. Abajo, al final, vi turbiamente el uniforme verde y el casco negro de un policía. Di vuelta y regresé al pasillo central que había quedado al descubierto cuando las puertas de hierro se abrieron. El mismo pasillo, con las ventanas de cristales de colores y la escalera curvada, que habíamos visto la otra noche, y ahora ya sabíamos que era sólo para producir un efecto exterior en el Castillo.

Este pasillo central era largo pero severo. Al fondo había una ancha escalera que se dividía en dos galerías en un rellano, muy arriba, contra la pared. El piso y la escalera tenían una gruesa alfombra negra. Había velas encendidas en candelabros adosados a la pared, todo a lo largo de las galerías, pero aquí abajo no había luz alguna. Al comienzo de la escalera, había una armadura milanese negra, del siglo xv, lustrosa y con incrustaciones. Los candelabros brillaban sobre su visor. Se inclinaba como mirándome, apoyada en un espadón.

No sé por qué, pero sentí un escalofrío al subir aquellas escaleras. Nuevamente advertí que, bajo la luz diurna, aquel lugar estaría iluminado sólo por la ventana de cristales amarillos que constituían la nariz de la calavera, detrás de la cual ahora, una

gigantesca araña con velas, colgaba con cadenas de hierro del techo. El lugar era demasiado grande y demasiado atemorizador, y sugería con exceso un fantasma con cabellos rojos. Arriba, en el rellano, algo crujió detrás de la armadura, y yo temblé.

—Lo he estado buscando —dijo la voz de Sally Reine—. ¿Por qué huye usted? La concurrencia está arriba... poniéndose a tono. Vamos.

Sally parecía muy pequeña a la sombra de aquella armadura negra. La luz amarilla resultaba misteriosa en su boca pintada; unos enormes ojos negros me miraron fijamente, y la muchacha tenía dos copas en sus manos. Me alargó una. Bebí su contenido, que era otro “coctel del amanecer”, y que vino a calentarme agradablemente.

—Se ha acabado —susurró ella desde la sombra de la armadura—. Él está borracho, y ya me lo dijo así. Yo..., yo no creo que me importe mucho, realmente.

Abandoné mi copa vacía sobre el pedestal de la armadura y tomé el rostro de la muchacha entre mis manos.

—Tenga cuidado —dijo ella sin rehuirme—. No quiero volver a quemarme.

Durante una pausa, sentí como una puñalada. No se podía jugar con esta muchacha; todo en ella resultaba mortalmente apremiador. Y ponerse a jugar ahora...

—Vayamos arriba —dije yo.

Ascendimos nuevos escalones, pasamos otro piso, donde estaba situado el comedor, y entramos en el cuarto que constituía enteramente la bóveda de la calavera. Había gran ruido. Un ruido ensordecedor que lo envolvía a uno en aquella tensión mareante de la espera. Vi que el techo era de cristal y tenía la forma de una cúpula. Había columnas de ébano, talladas, para sostenerlo. El piso parecía ser de un mosaico negro y dorado, en dibujos circulares con los símbolos del zodiaco, pero yo no pude ver qué símbolos eran, porque el piso estaba alfombrado con pieles de animales —extrañamente igual que el vestíbulo de la casa de Alison—, y las cabezas de animal de las pieles abrían grandes fauces blancas, como en una exhibición de un museo zoológico. La concurrencia iba y venía por encima de ellos en todas direcciones. Cuatro inmensas coronas de velas colgando del techo daban un resplandor fiero al piso de mosaico. Pero aun así, la estancia no estaba bien iluminada. Yo no podía ver los detalles; había sombras por doquier, fuera del radio de luz de las velas.

Isobel D’Aunay y Levasseur, estaban sentados en una otomana turca en medio del salón. Estaban vertiendo bebida en sus copas, de una gran botella de vino púrpura —igual al que se compra en las tabernas en Túnez— y Levasseur, que ya se mostraba más alegre, le estaba diciendo galanterías. Ella reía y le decía que se callase. Ella también estaba divirtiéndose. Dunstan, con una copa en la mano y una expresión decidida en el rostro, andaba errante por la estancia..., aparentemente buscando algo, pero no muy seguro de lo que buscaba. Alguien comenzó a golpear las teclas del piano en las sombras; estaba bastante desafinado. Y las voces comenzaron a cantar con entusiasmo. Eran las voces de Bencolin, Gallivan y la Duquesa las que cantaban, mitad en inglés, mitad en francés:

¡Oh, el general recibió la Cruz de Guerra!  
¡qué me dice usted!...  
El general recibió la Cruz de Guerra,  
¡qué le diré a usted!...

Yo jamás había visto a Bencolin entregarse con tanto entusiasmo, en una ocasión como ésta; era impropio de él y yo me pregunté qué esquema (siempre había algún esquema) tenía él en mente. Las voces explicaban con su sentimiento lo que ellos pensaban del general, y contaron cierta sorprendente aventura biológica de una versátil joven señora de Armentières. Yo me preguntaba adonde llegaría todo esto, más pronto o más tarde, y acabé resolviendo que debía tomarme otra copa. Allá en un rincón, junto a la vela solitaria que ardía en una cabina de laca, vi a von Arnheim, de pie, inmóvil y con los brazos cruzados.

Sally Reine lanzó un grito de delicia y corrió de mi lado hacia el grupo junto al piano. Yo me encaminé adonde estaba von Arnheim, bajo la luz de la vela. Luego, fui sacudido por un escalofrío producido por la expresión del rostro de aquel hombre..., helada, muerta y observadora. Sus ojos verdes y pequeños, se movían lentamente en torno a la estancia. Solo y de pie en aquel foco de luz amarilla, teniendo a sus espaldas las grandes estanterías de libros, él estaba a muchas millas de distancia de aquel estrépito; me sentí intranquilo ante el contraste que había entre las roncas voces junto al piano y este vigía de Darién. Su absurdo tupé en la cabeza afeitada se erguía como una sutil amenaza. Yo sentía cierto miedo de él. Una curiosa y terrible idea vino a mi mente cuando me acerqué a él...

—Su fiesta, Barón von Arnheim —dije yo—, parece ser un completo éxito.

Él volvió la cabeza lentamente y dijo:

—Ya ha sido un éxito, durante el breve tiempo que hemos estado aquí. Pero lo será todavía mucho más antes de que la noche termine.

Hubo un silencio. Dunstan pasó errante cerca de nosotros, sosteniendo su copa con el mayor cuidado. Tropezó con la cabeza de un tigre, se detuvo, la examinó pensativo y continuó su avance. El estrépito batía en mis oídos; estaban cantando otra vez, y Dunstan se acercó de nuevo a nosotros, como un planeta que girase en torno a su órbita. Se detuvo y dijo con mucha claridad: “El bello Danubio azul”. Y después se marchó. Entre toda aquella gente, era von Arnheim quien me estaba atacando los nervios de horrible manera. Alguien había dejado tina copa llena de líquido verdoso sobre una mesa de té. Probé el líquido y encontré que era *pernod*. Lo bebí. Von Arnheim continuaba observando el salón, con los brazos cruzados.

—Le diré a usted lo que es. —Era la voz de Gallivan remontándose sobre el tumulto—. Aquí tenemos representadas cinco nacionalidades: inglesa, alemana, belga, francesa y norteamericana. Vamos a cantar todos los himnos nacionales. Cantemos los himnos nacionales. Señor Bencolin, usted es el único que tiene una buena voz. Sea usted amable. Usted dirige, vamos.

Cantaron en alemán, “Die Wacht am Rhein”<sup>[6]</sup>. Alguien aplaudió. Se oyeron sonar las teclas del piano, y Levasseur gritando al oído de Isobel D’Aunay: “Absolutamente exquisito. Absolutamente adorable”. Y luego, un majestuoso trueno, comenzó a darle solemnidad extraña a aquel piano malamente afinado...

Contemplando aquello, dije yo:

—Bueno, si esto es así *antes* de la cena... ¿No será ya hora de cenar?

—Hoffmann llegará aquí, de un momento a otro, para anunciarla —contestó el alemán.

—Bueno, yo creo que todo el mundo está ya preparado. —Alguien faltaba y en ese momento descubrí quien era—. Y a propósito —pregunté—, ¿dónde está el señor D’Aunay?

Nuevamente los pequeños ojos verdes me miraron. Gravemente, von Arnheim me observó y dijo:

—El señor D’Aunay no asistirá a la cena.

—¿No asistirá a la cena?

Un frío horrible y de presentimiento, empezó a invadirme cuando el alemán asintió con la cabeza en una forma pensativa e impersonal.

—No —dijo von Arnheim—. El señor D’Aunay está muerto.

Hice una pausa aquí, porque en la realidad también hubo una pausa en mis pensamientos, incluso en mi vista y en mi oído; un corte repentino de todos los sentidos, como el que debe producirse cuando la hoja de la guillotina cae sobre un cuello. El estómago pareció subírseme a la boca, y por un momento las luces se nublaron para mí. Después, vi el tupé de cabello rubio de von Arnheim, y por una maldita coincidencia, oí tronar las cosas cantando, “La Brabançonne”<sup>[7]</sup>...

—Por favor, no diga usted nada de esto —dijo von Arnheim—. Es preciso que nadie lo sepa.

—¿Quiere usted decir —pregunté tratando de mantener mi voz serena— que ha ocurrido otro ase...?

—No. Fué su corazón, que según me han dicho, estaba en malas condiciones. Hice una pequeña prueba con él. Pero yo no esperaba que tuviese tales consecuencias.

—¿Pero, dónde?... ¿Cuándo?...

—Baje usted la voz. Es preciso que no se sepa. Vamos a continuar con este asunto: yo presentaré una excusa. Y vamos a presentarles a ustedes al asesino, antes de que ustedes tomen el café...

—Entonces, D’Aunay no era..., no es..., quiero decir, ¿no era culpable?

—No, de matar a Alison, no. No diga nada. ¿Me comprende? El cadáver está tapado en otro cuarto. Se lo comunicaremos a todos más tarde.

Echamos a andar. Pero, sin embargo, aquella idea impresionante no se posesionó

de mí: que nosotros íbamos a sentarnos a celebrar una alegre cena, mientras uno de nuestros comensales estaba tendido..., “tapado”..., en otro cuarto. “Tapado”. ¡Cuán meticuloso era von Arnheim! Por aquel techo de cristal, se había ido —podremos decir— un alma mortal, mientras el piano sonaba, se agitaba la coctelera y Levasseur gritaba, “Exquisito, adorable”, en el oído de Isobel D’Aunay. El gran financiero, el gran príncipe de la Bolsa, había quedado silencioso como un reloj parado. Estaba “tapado”; y esta maldita y expresiva palabra, me perseguía. En realidad, la Bolsa de Bruselas se volvería loca, y ojos inyectados en sangre iban a observar la cinta de las cotizaciones, y talegas de francos sonarían en aquella enloquecida hora del mercado de cambios; pero por el momento, el cadáver del gran señor de las finanzas no debía interrumpir nuestros manjares divinos. Debía de quedar allí descansando... “tapado”...

Sintiéndome más bien enfermo, fui vagando hasta la mesa donde se acumulaban innumerables botellas. Iba buscando más de esa espirituosa salsa de tabasco, llamada *pernod*, y encontré la botella, así como una copa, un sifón y pedazos de hielo. Las etiquetas de la botellería atraían la mirada: Amourette, Amer Picon, Dubonnet, Byrrh; éstos no habían dejado lugar a que nadie quedase sediento. Y entonces, vi un retrato, una fotografía con un marco, apoyada en una botella de ginebra...

¡Era Maleger! El rostro saltó hacia mí, aunque yo no había vuelto a verlo desde que yo era chico, en una función teatral. Maleger, el del cabello rojo; y con él, en esta fotografía antigua, estaba una mujer. Recordé lo que Gallivan había dicho sobre su amante en los viejos días, y también sobre el hijo que tenía de ésta. Aquella amante... tenía un bello rostro, un rostro sorprendente, con el cabello negro en alto peinado, conforme a la moda de aquella época. Estaba en lo mejor de la vida..., unos treinta y cinco años...

Pero, por Dios, había algo familiar en aquel rostro. Un hijo..., un hijo que se parecía a aquella madre; y aquel rostro me recordaba a alguien aquí. El hijo de Maleger habría crecido; y yo había visto aquel rostro durante unos minutos en alguna parte. ¿Sería hijo o hija? Mi mano temblaba cuando me tomé de un trago la copa. Y me quedé pensando sorprendido, cómo esa fotografía había llegado allí. Estaba muy polvorienta. Alguien la había resucitado del lugar donde se hallaba oculta...

Dunstan volvió a pasar errante. Me miró fijamente y me preguntó si yo estaba borracho. Él sí estaba borracho, según me afirmó. Traté de alejarlo, pero no quedé satisfecho hasta que me vió beber de un golpe una gran copa, y estuvo observándome con ojos críticos mientras la bebía. Después, hizo un gesto de aprobación y se marchó. Yo concentré mi mente en aquella fotografía; pero en esos momentos aquel terrorífico *pernod* había comenzado a producir sus efectos. Toda la concurrencia, inclusive Levasseur, estaba ahora reunida en torno al piano, y yo me encontraba solo con todo aquel revuelto de botellas. El rostro del rojizo Maleger bailaba ante mis ojos y me vinieron a la mente unas líneas del libro olvidado: “Pues yo soy Abaddon, el Señor del Pozo sin Fondo, y aunque he de ser destruido, sin embargo, mi imagen vive

en otro cuya mano será fulminante para golpear, y guiará la llama y el trueno de los seis horripilantes caminos de la muerte"... Las voces junto al piano comenzaron a cantar: "¡Estuve borracho anoche y borracho la noche anterior! ¡Y voy a emborracharme esta noche, aunque no vuelva a emborracharme más...!".

Pero no lo estaban, conforme yo descubrí cuando Hoffmann llegó para anunciar la cena. Con excepción de Dunstan y de Isobel D'Aunay, nadie estaba más que ligeramente embriagado; estaban inundados de excitación, sin embargo. Y la mujer de D'Aunay llevaba su embriaguez extraordinariamente bien. Estaba poniendo en evidencia esta noche, talentos de gracia y originalidad, y su belleza recién recuperada le prestaba a sus palabras más comunes un tono de agudeza. Cómo recibiría la muerte de su marido, eso...

—Lo lamento mucho —estaba diciendo von Arnheim—, pero al señor D'Aunay no le será posible empezar la cena con nosotros. Ha sido repentinamente llamado para una conferencia telefónica de larga distancia.

Lo cual a mí me pareció, en realidad, bastante cierto.

Miré al rostro de von Arnheim, cuando hizo esta advertencia suavemente; y ese rostro no era una vista muy agradable. Nadie comentó nada. Todos compartían mis ideas muy vagas sobre las costumbres de los reyes del dinero, y esa ausencia pareció razonable. Traté de recordar cuándo había visto a D'Aunay por última vez esa noche. Me pareció que fué cuando él iba caminando a lo largo del pasillo donde estaba la armadura, y que von Arnheim iba caminando a su lado, con un brazo sobre el hombro de D'Aunay.

Como ya he indicado, el comedor estaba en el piso de abajo, en la parte de enfrente. Se llegaba a él por pasillos de mármol y frescos de plástico azul, en los cuales observé con sorpresa que había colgados algunos notables cuadros, tan descuidadamente, como si estuviesen arrinconados en un cuarto de cosas viejas.

Vi allí una Venus Durmiente, de Correggio; la Safo, de Rubens, perdida; pero principalmente había desnudos de carne lánguida y sugestiva. Después, a través de unas puertas de hierro, entramos en el comedor.

Era una estancia negra. En las grandes ventanas ovales de cristal púrpura, colgaban grandes cortinones de terciopelo, alcanzando un arco de increíble altura. Más de un centenar de velas, en candelabros colgando del techo que tenían la forma de dragones en lucha, de porcelana azul, lanzaban un resplandor salvaje sobre la mantelería blanca, los cubiertos de plata, los servicios de loza de Sèvres y el jarrón de flores rojas que había en el centro de la mesa. Quemadores de incienso en las cuatro esquinas de la estancia, enviaban al espacio una fina mixtura de madera de sándalo...

La mesa era ovalada, con sitios para diez, y los lugares fueron distribuidos así:

von Arnheim

Yo	Bencolin
Sally Reine	Isobel D'Aunay
Gallivan	Dunstan
Levasseur	D'Aunay

La Duquesa

El murmullo que habitualmente surge en una cena, también apareció aquí cuando nos sentamos a la mesa. Observé aquel vaso de cerámica azul, en el medio de la mesa, conteniendo entre todas las flores exóticas, amapolas. Por el rabillo del ojo, pude ver allá en lo alto aquellas ventanas ovales púrpura, adquiriendo un fantasmal resplandor de los candelabros. Unas pocas velas, suavizan agradablemente la iluminación de una mesa. Pero un número excesivo de ellas, cual ocurría ahora, arden con un duro, nervioso y oscilante resplandor. Bencolin estaba examinando vagamente su caviar y el surtido de vasos de vino que había ante él. Isobel D'Aunay miraba a los lados en una forma que la traicionaba un tanto; sus ojos húmedos recorrieron la cara de Dunstan. Pero Dunstan —con un mechón de cabello caído, recuerdo yo— contemplaba con abstracción los vinos en perspectiva. Con un ademán de gladiador, la Duquesa echó mano a su servilleta y miró con ojos sospechosos la complacida y tostada expresión de Levasseur. Yo no podía ver desde mi sitio la cara de Gallivan, pero sí vi que sus manos llenas de pecas, estaban jugando nerviosamente con los cubiertos.

—Miren —gritó Sally Reine, tan repentinamente, que todos nos sobresaltamos—. Digo que miren..., eso es un poco fuerte...

Estaba indicando al centro de la mesa, junto al jarrón de amapolas. Y vi por primera vez un gran pastel, con helado blanco y una hilera de flores de no “me olvides”, azules, alrededor del borde. Y en la cima de ese pastel, algún artista de la repostería había hecho con helado blanco \_ la figura de una horca. Cual ella dijo, aquello era ya demasiado fuerte. Y entonces me di cuenta del ambiente de asfixia que había en el comedor; mi cuello parecía apretarme con exceso y el aroma de la madera de sándalo resultaba demasiado opresivo. Miré primero a la suave sonrisa de von Arnheim, y después, recorriendo la mesa, a la silla vacía de D'Aunay: una butaca de alto respaldo, con cuero español estampado, donde el banquero debiera haberse sentado.

Isobel D'Aunay rió. Apoyó sus blancos brazos sobre la mesa y miró a través de ella despaciosamente. Y dijo:

—¿Pero no lo sabías, querida? Yo soy la que ellos buscan. Yo soy la culpable. Sí, de verdad. Y también maté a Jerome; esa es la razón por la que él no está aquí...

Esto rompió la tensión; si fueron los cocteles los que hablaron por boca de ella, o si ella había deliberadamente decidido revitalizarnos, no lo sé. En cualquier caso,

todo el mundo rió y comenzó a hablar a la vez. Levasseur, descubriendo sus blancos y brillantes dientes, juró con la mano levantada que él era quien había cometido los asesinatos, y acababa hacía breves momentos de arrojar a Jerome D'Aunay por encima de las murallas..., porque, cual él señaló, tenía, las más poderosas razones para hacerlo así. La Duquesa dijo que, en efecto, ella siempre lo había creído así, y acudió a mí para que yo lo confirmase. La butaca de D'Aunay permanecía vacía y cubierta de sugerencias. Hasta tal punto juzgaron esta broma tan buena, dando a D'Aunay por muerto. Aunque los señores de la Bolsa no mueren, igual que no mueren los arcángeles.

La sopa llegó. *Bisque d'écrévisse*... muy deliciosa, si era posible que uno la comiese, lo cual, mirando a la butaca vacía, a mí me resultó difícil. Con la sopa fué servido un vino Montrachet, año 1915. La cena se convirtió en una visión de aduladores, curiosamente parecidos a gatos zalameros, vertiendo chispeantes botellas al otro lado de las espaldas de los comensales que uno tenía enfrente. El aroma de los platos se alzó sutilmente mezclándose con el olor de la madera de sándalo y de las amapolas. Con lenta voluptuosidad, como en un baño caliente, nuestros espíritus se hundieron en ese ambiente. Yo empecé a sentirme cada vez menos temeroso de que la butaca vacía viniese a ser ocupada por el espectro de Banquo<sup>[8]</sup>. En algún salón alto de esta enorme casa, D'Aunay permanecía “tapado”.

El tintineo de los platos se hizo mayor. Llegó el pescado, lenguado a la “dijonnaise”, rociado con un excelente vino Sauterne. Sally Reine me estaba entreteniéndome con un discurso sobre las singulares posibilidades de sentirse enamorada de un pulpo; estaba muy vivida con su vestido verde y los ojos demasiado brillantes. Trozos de conversación se elevaban al espacio entre los candelabros. “Es lo que yo digo, Levasseur, maldita sea; a mí me gustan las canciones que tengan melodía..., y por ejemplo usted, toma Mary de Argyle...”. “Y el hermoso Danubio Azul, Isobel; quiero navegar por el Danubio Azul...”. “¿No quiere usted callarse un poco, Marshall?”. “Ah, pero, señorita Alison, a usted no le gustará oír tocar una cosa una vez y otra; eso la volvería loca. ¿Por qué entonces, dos o tres notas tocadas insistentemente?”.

Bruscamente, con los entrantes llegó la ocasión. Alguien había golpeado con su vaso (creo que fue Gallivan) y en la inesperada pausa, Sally Reine habló.

—Ya lo tengo —gritó ella castañeando sus dedos—. Escuche todo el mundo... Ya se me ha ocurrido... la solución. Y un cinco es lo exacto.

La bien conocida intuición de la mujer, exclamó Levasseur, era...

—No, pero vamos... Nos hemos estado acusando unos a otros, y resulta que la persona que está más libre de sospechas es siempre el verdadero culpable. El asesino es el Barón von Arnheim. Él organizó esta fiesta sólo para que cuando llegásemos a los postres, él lo confesase todo.

Se formó un murmullo. Y detrás de todo aquello había un curioso sentido de asombro, igual que si se hubiese lanzado una blasfemia. Yo tenía una sensación de

mareo y eché una mirada desde la butaca vacía, hasta von Arnheim. Estaba sentado apoyando su barbilla en una mano; sus ojos estaban ligeramente entornados...

—Y además de todo eso —continuó Sally—, ¿en dónde está ese gracioso señor D'Aunay? La última vez que lo vi, se encontraba con el Barón von Arnheim. Sépanlo ustedes.

Indudablemente, ella decía eso en broma, pero sin embargo, las risas se apagaron. Todo el mundo tomó consciencia, a pesar de los cálidos vapores del vino, de que D'Aunay estaba tardando más de lo debido para cualquier llamada telefónica. La voz fuerte de Sally todavía perforaba nuestros oídos; la agarré de un brazo y le dije, “Estese callada”..., lo cual hizo que las cosas empeorasen todavía más. El asiento vacío creció a un tamaño deformado. En medio del silencio, mientras yo veía a Isobel D'Aunay mirando fijamente a Sally, la voz embriagada de Dunstan cayó igual que una piedra en un estanque. Se echó hacia adelante en la mesa, cómo si se cayese sobre ella, y después apuntó con un dedo a la cabeza afeitada de von Arnheim.

Dunstan preguntó crudamente:

—¿Cuándo fué la última vez que se cortó usted el pelo?

Alguien lanzó una risa histérica, seguida de un inmediato silencio. Isobel D'Aunay gritó, “Por favor”, pero Dunstan agitó fuertemente una mano.

—Yo quiero saber eso —añadió Dunstan firmemente—, porque la noche que fué cometido el asesinato, yo estaba aquí de este lado del río. Eso es verdad —se inclinó—. Y vi a alguien que salía de la tierra, ¿saben? Sí, exactamente salió de la tierra... e iba arrastrando algo... Era un cadáver, eso es lo que yo creo. Nunca pensé en ello antes. Pero recuerdo justamente.

Se golpeó con los puños la cabeza. Isobel D'Aunay respiraba anhelante.

—Y ahora —añadió Dunstan— recuerdo justamente algo más. Yo pude haberles dicho ya que el asesinato no fué cometido por ninguno de nosotros en casa de Alison. Aquel hombre que salía de la tierra... no podía ser de nuestro grupo.

En medio de un silencio impresionante Bencolin habló por vez primera. Y preguntó:

—¿Por qué?

Dunstan se incorporó ladeado sobre la mesa.

—Porque —dijo él triunfalmente— aquel hombre tenía el cabello rojo.

## VEREMOS AL ASESINO ANTES DEL CAFÉ

Von Arnheim se puso en pie de un salto. Ni siquiera el efecto de lo que acababa de oír oscureció el hecho de que él dominaba la situación... Era una pequeña figura con la cabeza inclinada hacia adelante y los ojos verdes recorriendo la mesa.

—Sí —dijo él en alta voz—. El asesinato fué cometido por un hombre con el cabello rojo. Fué cometido por el mago Maleger.

Algo extraño corrió por nuestro círculo. Algo horripilante que no era un gemido entrecortado ni un lamento, sino que fué como si media docena de miedos negros y secretos se hubiesen disipado con un suspiro estremecido. La mano de Sally Reine fué a chocar con su vaso de vino, el cual cayó sobre su plato con un golpe cristalino que vibró rígidamente. Hecho muy curioso, yo estaba observando en ese momento a Levasseur. Este aparecía pálido y tuve la sensación de que había estado tan temeroso de que lo acusasen, que el alivio que ahora experimentó lo dejó anonadado. Y de toda aquella sorpresa, emergió solamente el ojo de cristal observador de von Arnheim. Se mantenía rígido, con los dedos de sus manos extendidos sobre la mesa. Su voz hipnotizadora, hablando en inglés, no nos dejaba siquiera volver la cabeza.

—No quiero que nadie se mueva —dijo él—. No quiero que nadie diga ni una sola palabra hasta que yo haya terminado. Los traje a ustedes aquí para mostrarles una cosa que ahora va a aparecer. Un amigo mío francés, un caballero muy inteligente, que sin embargo algunas veces se permite a sí mismo equivocarse, es en el fondo la causa de esta cena.

»Yo respeto al señor Bencolin y sé que él me respeta a mí. Pero en una ocasión en que los dos estábamos entregados a vuelos de alcance mucho más importante que este asunto insignificante, él hizo una observación que yo he guardado siempre...».

El alemán miró a Bencolin. El rostro del francés estaba completamente impasible y sus ojos miraban fijamente a la sombra de detrás de mi espalda. Era una especie de Satán sometido a juicio.

—Él me dijo —continuó von Arnheim—: “Amigo mío, usted tiene talento. Pero al final, usted fracasará porque no tiene imaginación”. Nunca olvidé eso. Y lo menciono ahora porque la moral de ello es la solución de nuestro rompecabezas, puesta a nuestra puerta.

Von Arnheim golpeó la mesa con su puño.

—El curso de una vida, el curso del éxito o de la locura, están determinados por una observación descuidada dirigida a un débil; y esa observación sigue produciendo veneno mucho tiempo después que ya fué olvidada por quien la hizo. Los chicos en

una escuela militar se rieron ferozmente de un espantapájaros corso, y fué así que se forjaron los cañones de Bonaparte. Nos reímos de un tartamudo, y así nació Demóstenes. Los hombres hacen eso, porque en el fondo de ello está el horrible temor de que las burlas son verdad.

»Hace exactamente veinte años, un mago llamado Maleger entró en el camarín de un teatro, donde Myron Alison acababa de tener un triunfo. Y él le dijo a Alison que jamás en la vida éste sería actor. Era la eterna y terrible lucha que había entre ellos; y en cualquier rincón de su cerebro, Alison siempre se agitó con una pesadilla...».

Von Arnheim hizo un ligero gesto.

—No necesito darles detalles. Pero Alison tenía ya buenas razones para envidiar a Maleger. Maleger, siempre victorioso, lo había engañado con una fortuna en diamantes, igual que Maleger había engañado a Jerome D'Aunay. Esta tarde recibí la historia completa en un informe que me enviaron de Berlín; no necesito cansarlos con él ahora. Sin embargo, no fué la pérdida del dinero lo que le produjo a Alison su particular forma de locura. Fué simplemente aquella burla repetida.

»D'Aunay era práctico. Maleger lo había engañado; pero no había prueba; no obstante, ellos precisaban recobrar su dinero. D'Aunay era fríamente sano, y Alison salvajemente visionario, y entre ambos determinaron el asesinato. Y esto lo sé yo, porque... no tengo imaginación».

Yo no estaba observando a los otros porque me encontraba demasiado absorbido con el rostro blanco, contraído y poderoso, de von Arnheim. Las grandes ventanas púrpura se hallaban detrás de él; los cortinajes y los candelabros encima. Él se alzó.

—En la forma más astuta y endiablada, planearon el crimen que iban a realizar. Era verdaderamente genial. Satisfizo a ambos: al frío razonamiento de D'Aunay, y a la invencible pasión por el drama de Alison. Y porque yo no tengo imaginación, repentinamente surgió en mi cerebro lo que ese plan era. Ustedes saben las circunstancias. Maleger iba viajando solo en un tren. Había un guarda del tren que juraba no haber visto a nadie cerca de Maleger. Y éste desapareció, y después su cadáver fué encontrado en el río. Podía haber sido un accidente, podía tratarse de un suicidio; *pero en circunstancia alguna podía haber sido un asesinato.*

»Y sin embargo, lo fué. Varias noches antes de que Maleger fuese a morir, ellos lo apresaron en su propio Castillo de la Calavera. Vivía misteriosamente; viajaba misteriosamente; era tan extraño, que ninguno de sus movimientos, sus ausencias, sus andanzas, fueron nunca averiguados ni siquiera por sus propios criados.

»Lo apresaron y lo ataron en uno de los incontables lugares secretos que él mismo había construido en este Castillo. Le sacaron sus sortijas, su reloj, sus dijes; hasta la sortija fetiche de la que él nunca se separaba. La propia forma de vida de ese hombre y su propio genio, permitieron a ellos el tenerlo prisionero en el mismo lugar donde vivía.

»¿Y comprenden ustedes ahora quién fué realmente el hombre que subió al tren aquella tarde? Ustedes saben aquella diabólica y hábil personificación de Maleger

que una vez hizo...».

—¡Oh, Dios! —gritó Gallivan—. Fué Alison, lo veo. Lo veo...

—Sí, fué Alison —dijo von Arnheim— quien viajó solo y cuya personificación tenía que pasar desapercibida no solamente para los ojos de los que lo conocían —pues nadie lo conocía mejor que D'Aunay y Alison— sino también para un guarda del tren y media docena de personas que únicamente lo habían visto en el escenario, cubierto de pintura y maquillaje. Fué Alison el acróbata, quien fácilmente pudo saltar por la ventanilla del tren, caer sin sufrir daño y quitarse su disfraz. Después, un cadáver de una sala de disección, o robado en una tumba, y preparado con las sortijas, el reloj y los dijes, fué lanzado al Rhin aquella noche, por Alison y D'Aunay...

»Pudieron probar así que no había sido posible un crimen. Y el testamento de Maleger; ¿ustedes recuerdan que los dos testigos de ese testamento eran Myron Alison y Jerome D'Aunay? ¿Comprenden ustedes lo fácil que podía ser falsificado? Bueno. Si el plan original que se habían trazado lo hubieran llevado a cabo..., si hubieran matado entonces a Maleger y enterrado su cadáver muy hondo bajo piedras..., hubieran quedado seguros. Pero Alison no estaba satisfecho con esto. Precisaba hacer una cosa más loca, malvada y peligrosa, que satisficiera los rasgos de carácter que lo hacían aparecer en escena con capa y espada solamente porque había nacido unos siglos demasiado tarde para llevarlas en la realidad. Él precisaba actuar con el salvajismo infantil de su verdadera edad».

Nadie habló ni se movió. Hasta Dunstan se había quedado sobrio de un golpe, y miraba con asombrados ojos, inyectados de sangre, a su plato. A través de la mesa, miré a Bencolin y por la expresión del francés, comprendí que von Arnheim estaba en lo cierto.

—Mi imaginación —continuó el alemán— me lleva a extremos fantásticos, como habrán percibido ustedes. Y sin embargo, a mí me pareció ver una noche salvaje en el Rhin y sombras..., quizá en este mismo cuarto. Fué después del funeral del supuesto Maleger. El ataúd ha salido llevado por manos solemnes; las cabezas se han descubierto reverentemente de los sombreros de copa; el aroma de las coronas de flores satura aún el aire; y dos amigos dolientes le han pagado al sacerdote oficiante. Las cortinas se alzan en las ventanas del Castillo de la Calavera. Pero Maleger, mantenido prisionero, está todavía vivo.

»Arteramente, los amigos han esperado. No quieren correr el riesgo de cometer un error hasta que el último responso religioso ha sido cantado, y el último investigador quede satisfecho. Si fracasaran, Maleger está todavía vivo..., y una broma horrible —pero sólo una broma— ha sido jugada por ellos sobre uno de los más notables autores de bromas horribles sobre otras gentes. Estaban pagándole en la misma moneda, podían decirle ellos a la policía. Él no está herido ni dañado; únicamente le han dado una buena lección. ¡Ja, ja!

»Yo veo después esta estancia, con las ventanas color púrpura, los altos cortinajes negros y una sola vela ardiendo sobre la vasta extensión de la pulida mesa. Los

invitados y los criados se han ido; aquí quedan sólo los nítidamente guardados catres y un aroma de flores. Es de noche y las ventanas están bañadas por la lluvia. (¿Cómo, amigo Bencolin, está funcionando mi imaginación ahora?). D'Aunay se sienta solo junto a la vela, con una botella de *brandy* frente a él. Alison se ha prestado voluntario para ir abajo a los sótanos, meterse por el pasaje secreto bajo el Rhin y *poner fin al trabajo*.

»Así, D'Aunay se sienta aquí pero no bebe mucho. No necesita de valor; todo lo ha razonado lógicamente. Espera el regreso de Alison. Y en efecto, hay un ruido de pasos que vuelve. Alison aparece —a través de esa puerta— sonriendo. D'Aunay lo mira interrogante. Alison, siempre el actor, muestra su muñeca e inconscientemente cita: “Mi misión está cumplida”. El Castillo continúa silencioso, salvo el ruido de la lluvia en las ventanas».

Repentinamente, con un gran ruido, la Duquesa apartó de sí su plato; ella no dijo nada; pero después de todo, von Arnheim había estado hablando de su hermano. Vi los ojos de Levasseur brillantes y fascinados, y también vi el rostro pálido de Isobel D'Aunay.

Von Arnheim continuó:

—Alison sabía que tenía que decirle a D'Aunay que había matado a su víctima. Y sabía que D'Aunay, lógicamente, quería liquidar el asunto de una vez por todas. Pero la idea alocada de Alison, ahogaba toda lógica en él. Estaba obsesionado.

»Y ahora, ¿necesito decirles a ustedes cómo durante diecisiete años Maleger fué mantenido prisionero? ¿El Castillo cerrado y guardado? ¿Las visitas de Alison por la noche a través de un túnel bajo el Rhin? ¿El cuarto en la torre sin ventanas, con un panel corredizo en la maciza puerta, con esposas *frescamente engrasadas* colgando de cadenas sujetas a la pared? ¿Los viejos periódicos hablando cada uno de ellos de un triunfo para Alison, los cuales éste le leía a su cautivo, para acentuar la tortura? ¿El guardián y carcelero medio loco, que le traía a Maleger su comida y le limpiaba su celda?

»Mi imaginación vuelve a funcionar. Yo veo por qué Alison lo tuvo allí durante diecisiete años; por qué su locura aumentó en lugar de decrecer con el tiempo. Veo por qué —a pesar de cuantas veces lo hubiera deseado— no acabó con su enemigo mediante un compasivo tiro de revólver, y acabó también con el peligro que tenía su secreto. Y veo también por qué renunció a su ciudadanía inglesa, para venir aquí, hasta durante la guerra. Hizo todo eso, porque no pudo quebrar el espíritu de Maleger.

»Pudo mantener a Maleger encadenado como un perro a la pared. Pudo tenerlo encerrado en una celda sin ventanas, perdida y sin aire; darle pan seco y paja sucia; triturar su cuerpo y apagarle la vista. Pero no pudo desvanecer la risa, ni acallar el desafío, que eran como la risa y el desafío del Señor de la Luz caído. Ni por un breve momento pudo triunfar sobre aquel titánico mito.

»Es de noche. Las linternas se mueven en las escaleras de la torre y trazan jirones de luz con un resplandor azul demoníaco. El panel corredizo de la puerta se abre

parcialmente, pues no se oyen lamentos más allá de las espesas paredes. Bauer, el guardián, se arrima contra la pared y sonríe. Alison se acerca al panel corredizo. Cruje un periódico, y los blancos labios de Alison se mueven a la luz de la linterna. “... nos asombró con el poder y la pasión de su retrato..., estaba lanzado..., seguramente es uno de los más grandes actores de todos los tiempos...”. Luego, desde el interior, se oye ruido de paja, ruido de hierros y un fétido olor llega, Y ahora, desafiante, la intensidad de la risa. “¡Oh, vete al diablo!”, murmura Maleger. “Tú, salteador de establo barato”».

Von Arnheim hizo una pausa e inclinó su cabeza. Parecía estar sorprendido por su propio relato, y sus blancos puños sostenían su peso sobre la mesa. En mi mente se balanceó la alta figura de Maleger inconquistable...

—¡Kreuger! ¡Lieber! —llamó von Arnheim—. Traíganlo ustedes aquí.

El alemán había extendido su mano hacia otra puerta del comedor. Tres figuras estaban avanzando hacia nosotros; dos de ellas vestían uniformes verdes y cascos negros de la policía, y sostenían entre ambos a un tercero...

No sé lo que yo esperaba ver. Para mí, había solamente una imagen..., el hombre corpulento con los brazos de gorila, el revuelto cabello rojo, los poderosos ojos grises oscuros, metido en sus ropas antiguas. Y ahora los policías estaban aproximándose bajo las luces de los candelabros... Involuntariamente eché atrás mi silla y me levanté, y lo mismo hicieron Gallivan y Levasseur. En el fondo de mi estómago sentí una sensación de hundimiento.

Aquello que los dos policías sostenían entre ellos era, creo yo, un hombre. Habían tratado de limpiarlo algo y darle respetabilidad. Vestía un basto traje color pimienta, demasiado grande para él. Llevaba un cuello de celuloide, también demasiado grande y como retorcido, en torno a su pescuezo. Calzaba unos zapatos nuevos demasiado grandes y de un horrible color amarillo que sonaban pesadamente con sus pasos en el silencio reinante, en su avance hacia nosotros.

El rojo cabello, muy mezclado con otro gris, le había sido cortado un poco en torno al cuello. El rostro era pesado, lleno de grandes arrugas, caído en la parte de la barbilla y muy levantado en los pómulos. De él sólo sobresalía la nariz. Pero hasta ésta parecía caer sobre el labio inferior. Los ojos estaban tan hundidos en la cabeza, que parecían luchar por salir al exterior como unos repelentes gusanos brillantes..., pero podía advertirse que había poca vista en ellos. Parpadeaban constantemente. Los policías sostenían aquella carga andante que daba bandazos a derecha e izquierda y sus hombros estaban sacudidos como por una epilepsia...

Los zapatos amarillos avanzaron pesadamente sobre la lujosa alfombra. El hombre estaba moviendo su caída mandíbula y sus turbios ojos, alternativamente hacia cada uno de los policías. Era Maleger, el inconquistable. Maleger, el caído Señor de la Luz...

Dunstan se puso en pie con el rostro contorsionado y señaló a su silla. Isobel D'Aunay se apresuró a apartarse, atragantándose. Uno de los policías retiró a un lado

la silla de Dunstan, y el otro sentó suavemente a Maleger en ella. Maleger no protestó, pero su cabeza se movía y movía incontrolablemente. Lo sentaron ante la rica mesa, delante de la porcelana de Sèvres, las copas con dibujos de plata y el jarrón de flores rojas. Sus ojos turbios parecían tratar de comprender lo que veía. Lentamente su boca volvió a abrirse como una ventana que no puede permanecer cerrada en su parte superior. La pérdida de sus dientes le habían hundido las mejillas, de forma que cada vez que respiraba se oía un sonido silbante.

—Usted no tiene que tener miedo de hablar —le dijo von Arnheim suavemente—. Tiene la mente perdida. Y también casi por completo la vista. No sabe donde está. Aquel último y terrible esfuerzo cuando transportó a Alison a las murallas, quebró sus fuerzas. Es un milagro..., un milagro del odio..., que él hubiera sido capaz de hacerlo.

Una especie de aterradora amabilidad se expandió sobre el maltrecho rostro; el temblor constante de la cabeza de Maleger, pareció una manifestación de asentimiento hacia von Arnheim. Su mirada vacía se fijó en el gran pastel que tenía en la cima la figura de una horca. Y un pequeño relámpago de interés pareció surgir en su expresión. Avanzó su mano como una garra temblorosa, con las uñas retorcidas y las venas azules muy exteriorizadas, sobre el blanco del mantel.

—Lindo —gruñó—. Lindo.

—Maleger —le dijo muy alto von Arnheim—. ¿Puede usted oírme?

La cabeza del hombre se volvió ligeramente, pero sólo pareció sorprendido. “Lindo”, dijo él moviendo otra vez la cabeza y pareciendo complacido. Bajo la atmósfera ahogada del salón, yo noté otro olor, una cosa repulsiva e inolvidable que sólo había notado otra vez en cierto hospital de Nueva York. Encontré que el brazo de Sally Reine estaba en torno a mi cuello y su rostro hundido en mi hombro, y estaba llorando palabras casi inaudibles. “Llévenlo..., a él..., de aquí... ¡Oh!, llévenlo”.

—Von Arnheim —dije yo—, ¿él tiene...?

—Sí —contestó el alemán—. Sí, tiene cáncer. Nunca irá a la cárcel; ni siquiera irá a un asilo. Ya está muy avanzada la enfermedad.

El movimiento de cabeza de Maleger continuaba igual que su expresión complacida.

—Dios mío, ¿y usted lo deja sentarse a la mesa? —gritó Isobel D’Aunay. Esta se encontraba ahora detrás de la butaca de Bencolin. Dunstan se acercó a ella, y sin ceremonias puso su brazo en torno a la cintura de ella. Pero en los ojos de Dunstan había una compasión desafiante...

—Ustedes lo dejan donde está —gritó broncamente la Duquesa desde el fondo de la mesa. Su ancha boca estaba caída y sus ojos aparecían fieros detrás de los lentes—. Él se sentará a esta mesa, si yo lo digo así. Hoffmann, traiga vino. Traiga el mejor. Traiga.

—Es un cáncer al estómago, señorita Alison —dijo von Arnheim suavemente—. Y usted no tiene por qué tener miedo, señora D’Aunay, de que sea contagioso —

añadió el alemán sonriendo—. Lo llevaremos de aquí en seguida...

—Interesantísimo —comentó Levasseur.

—Ustedes ya lo ven ahora —continuó von Arnheim—. Su energía vivió hasta que logró dar cumplimiento a su propósito. Ustedes quizá no sepan sobre la obra que Alison deseaba producir actuando en ella como un jefe cristiano que fué quemado por el Emperador Nerón. Pero Maleger la conocía, y Maleger vivió para darle cumplimiento a su deseo.

Al oír la palabra Nerón, un resplandor de comprensión pareció surgir en los ojos de Maleger. Una especie de grito brotó entre sus encías sin dientes. Era como un hombre sorprendido en medio de un piso hundiéndose.

—Maleger —llamó von Arnheim, y lentamente los ojos apagados de aquél, miraron en torno al salón. En su cerebro parecía estar sucediéndose una conversación inaudible. Su pesada mano golpeó sobre su pecho y su cabeceo pareció adquirir una expresión comprensiva. Trató de echar hacia atrás sus hombros.

Antes de que nadie pudiera impedirlo, su garra se extendió y apresó el vaso de vino de Dunstan. Derramó el vino rojo sobre su boca y su cuello, pero bebió sólo un poco. Ahora se había incorporado sobre sus pies como tratando de recobrar algo de aquella gran estatura de su esqueleto.

Su mirada era terrible aun cuando su rostro parecía disolverse y hacerse grotesco. El cuello de celuloide danzaba en torno a su pescuezo. Parecía buscar espacios invisibles. Su mano se movió con un ademán retorcido.

Y entonces, él vió. La Duquesa había dejado su bolso de mano sobre la mesa junto a su plato. Estaba abierto y mostraba una baraja de naipes que ella llevaba siempre consigo con la esperanza de hacer un juego...

—¿Qué es lo que él está haciendo? —preguntó Sally Reine histéricamente—. Deténganlo.

Con grandes dificultades, Maleger avanzó bordeando la mesa. Sus ojos turbios estaban fijos, y su temblor sacudió las copas. Sacó las cartas...

—Maleger —le gritó von Arnheim.

Hubo un movimiento en las mandíbulas de Maleger. Se volvió haciendo un movimiento con una mano. Un abanico de cartas apareció entre sus dedos y su mirada brilló en triunfo. Pero fué sólo un instante. Sus hombros temblorosos, su cabeza oscilante y su cuerpo sacudido hicieron que las cartas cayesen desparramadas sobre la mesa.

Durante largo tiempo, Maleger las miró como si no comprendiese. Luego, lanzó una especie de gemido. Dos enormes lágrimas aparecieron en sus ojos, y la vida se desprendió de él. Por unos instantes su cuerpo se sacudió en temblores. Luego se desplomó lentamente sobre la silla de D'Aunay.

## LA RISA DE VON ARNHEIM

Tendré que reconocérselo a usted, ojo de cristal —dijo la Duquesa—. Usted acertó en todo. Y sin embargo, yo había apostado mi dinero al otro hombre... La Duquesa, von Arnheim y yo, estábamos sentados a solas en el cuarto del techo de cristal. Donde se encontraban los otros, yo no sabía; pero yo esperaba que Bencolin y Gallivan regresaran de un momento a otro. Había demasiados recuerdos excitantes de la escena ocurrida en el comedor después que Maleger se desplomó. Era muy tarde. Los relojes habían dado las dos. Algunas de las velas habían ardido hasta no quedar de ellas más que unas masas de cera derretida que nosotros apagamos; y ahora, sólo unas pocas velas quedaban ardiendo sobre nosotros, con su luz amarillenta. En medio de aquel mar de sombras, podíamos ver las estrellas a través del techo de cristal.

Von Arnheim se recostó en los mullidos cojines del diván, observando el firmamento que lanzaba resplandores azules sobre las columnas de ébano. Tenía al alcance de su mano una copa de *brandy*; se mostraba afable, casi humilde, y fumaba un cigarrillo con avidez. La Duquesa pasó sus dedos distraídamente por las cartas de la baraja.

—Yo no sé todavía —dijo von Arnheim— cuáles eran las ideas de mi amigo Bencolin. Pero me temo que no utilizó su imaginación. Desde un principio, despreció consistentemente la sugerencia de que Maleger estaba vivo. Tenazmente, me temo yo, trató de llevarme por un camino equivocado.

Enigmático, von Arnheim lanzó un anillo de humo. Después continuó:

—Pero sea lo que quiera, él es un “sports-man”. Él me felicitó cálidamente.

»Desdése luego las conclusiones no eran muy difíciles. El punto de partida era el hombre misterioso que había sido visto en las murallas con la antorcha. Claramente, no podía haber corrido por la colina abajo después del asesinato, sin haber sido visto y oído por los dos criados. No era ninguna cosa extraordinaria llegar a la conclusión de que no había salido del Castillo...».

El alemán se encogió de hombros.

—Felizmente, ni siquiera el haber descubierto el pasadizo secreto disminuyó esta probabilidad. ¿Y quién más apto para saber que existía aquel pasaje que Maleger, que conocía cada punto y señal de su Castillo? Por el contrario, esto era lo que proporcionaba el eslabón que precisaba yo. Proporcionaba los medios por los cuales la pistola había sido vuelta a colocar, sin ser vista, en la chaqueta que colgaba en el guardarropa de Alison. Y a propósito, ¿ustedes recordarán esta tarde cuando nosotros oímos a alguien que andaba en aquel cuarto pero no pudimos descubrir a nadie? Pues

era Maleger, desde luego, en una de sus excursiones. Inmediatamente después, yo crucé el río para buscar la otra entrada. Con la ayuda de varios policías, la encontré sin gran dificultad.

»Está debajo de una piedra tallada hábilmente, oculta en la colina. Hay unos peldaños que bajan a un pasadizo de arcos de piedra, enteramente bajo el río... y allí no está muy profundo, saben ustedes; pero ¡cómo deben haber trabajado aquellos albañiles del siglo xv! En aquellos tiempos construían éstas cosas para que perdurasen. Todo estaba lleno de limo y fango. Casi al pie de las escaleras, encontré tendido a Maleger desvanecido. Estaba agotado. Y liquidado. No ha hablado dos palabras consecutivas; el médico de la policía me asegura que no vivirá más de esta semana».

—Bueno —dijo la Duquesa seriamente— él tendrá los mejores cuidados mientras viva. Aquel hermano mío... —apretando sus manos, miró a las cartas. Su labio inferior estaba contraído. Se sacudió a sí misma como si quisiera apartar de sí todo sentimentalismo—. Espere un momento. ¿Llegó usted al otro extremo del pasadizo, de nuestro lado, y vió cómo diablos pasamos por alto aquello después de haberlo buscado tanto esta tarde?

—Desgraciadamente, yo no tuve tiempo. Estaba interesado en tratar de interrogar a Maleger. Pero fue inútil, claro es. Y sin embargo... —El alemán titubeó.

Yo dije:

—¿Y bien?

—Hay una cosa curiosa que yo observé a lo largo del trecho que recorrí del pasadizo. El piso, como habrán comprendido ustedes, está tan enfangado que los pies de uno se hunden en él hasta el tobillo. Yo observé las huellas de los pasos del Maleger; pero llegando más adelante hacia nuestro lado del río, observé también unas huellas de fango revuelto, como si Maleger hubiera estado barriéndolas con una escoba tratando de borrar sus pasos.

—¿Una escoba? —dije yo sorprendido.

El alemán volvió la cabeza lentamente.

—Pues claro, señor Marle. ¿Es que hay algo de extraño sobre una escoba?

—No. Oh no —me apresuré a decir yo—. Fué sólo una cosa que se me ocurrió. ¿Quiere usted continuar?

—También encontré tres cápsulas disparadas de una pistola Máuser. Los disparos, obviamente, tuvieron lugar en el pasadizo subterráneo. La secuencia de los acontecimientos es ampliamente clara. De alguna forma, se presentó para Maleger la oportunidad de escapar al fin. Como lo consiguió, nunca lo sabremos. Quizá el guardián descuidó por algún tiempo su vigilancia; lo más probable es que dejó sin cerrar con cuidado una puerta. El cráneo del guardián, recordarán ustedes, estaba magullado antes de recibir ya el tiro mortal. Cabe presumir que Maleger lo atacó por detrás, golpeándolo hasta dejarlo inconsciente...

»Maleger debe haber meditado largo tiempo su venganza; debió haber rezado

durante muchos años para pedir que le llegase su oportunidad. Así, una vez libre, él se encaminó al pasadizo secreto que llevaba a la casa de su enemigo...».

—Un momento, por favor —interpuse yo—. ¿Es que hay dos pasadizos secretos? ¿No es así? Uno que lleva desde el propio Castillo abajo de la colina, y luego otro desde el lado de la colina, por debajo del río.

Von Arnheim asintió paladeando su *brandy*.

—¿Usted recuerda —me dijo— ese pasaje entre los muros..., aquel que tiene la falsa ventana?... ¿Aquel que Ben..., aquel que descubrimos nosotros la noche que encontramos él cadáver del guardián? La entrada al pasadizo subterráneo que baja al fondo de la colina, está en el armario del cuarto del guardián. Maleger bajó entre las falsas paredes —y allí fué donde encontró la lata de petróleo— hasta el armario del guardián. Después, él bajó primero al fondo de la colina y luego al río. No necesitaba de una luz; había vivido tantos años en la semioscuridad, que la luz más bien lo hubiera cegado. Los años transcurridos habían dejado en él sólo una idea demoníaca. Si él había meditado el quemar a Alison hasta la muerte, una vez que se viese libre, o si el concepto poético había venido a él cuando tropezó con la lata de petróleo..., eso, desde luego, no podemos determinarlo. En todo caso, él entró en el pasadizo más bajo.

Otra vela ardió hasta el extremo, chisporroteó y se apagó. Se creó una mayor sombra en torno a nosotros, mientras las estrellas brillaban más en las alturas misteriosas azules, sobre el techo de cristal. Yo estaba entonces imaginándome a aquel espectro de cabellos rojos, caminando con su último desesperado esfuerzo. Los fríos ojos de von Arnheim se pusieron nuevamente soñadores.

—Nosotros vemos el horrible pasadizo bajo el río. Vemos sus paredes con gruesas capas de limo verde, y los arcos que durante cuatrocientos años han sostenido el peso del Rhin. Vemos esto, porque la luz de la linterna de Alison se está acercando. Un impulso lo ha dominado esta noche precisamente para ir a ver a su cautivo. Maleger oye los pasos chapoteantes en el fango. Se echa hacia atrás tratando de ocultarse, pero repentinamente la luz de la lámpara de la linterna lo descubre.

»¿Cómo sería el grito salvaje lanzado por la voz de Maleger entonces? ¿Qué agonía de enfermedad, de años negros y sudores de sangre, de tortura y miseria lo invadió, hirviendo en un terrible rayo de locura y de triunfo? Y Alison... Yo pienso que su corazón se paralizó y sus piernas flaquearon como si fueran líquidas, cuando su luz repentinamente descubrió aquel horror con cabellos rojos alzando al techo sus brazos de gorila. Alison vió la muerte en aquel túnel de lodo bajo el Rhin. Siempre llevaba una pistola en esas visitas, pero apenas tuvo, tiempo de sacarla antes de que Maleger cayese sobre él. Yo no creo que los disparos fueron hechos deliberadamente; lo que creo es que fueron hechos en medio de la lucha...».

—Escuche. Haga el favor de no ser crudo en su relato —interpuso la Duquesa—. Lo que quiero decir, Ojo de Cristal, es que él no era un favorito especial mío. Myron no lo era, pero... —y se removió incómoda en su asiento.

Von Arnheim se incorporó. Incluyó su cabeza, nuevamente frío y con una corrección desaprobadora.

—Lo siento —dijo él.

—Lo que quiero decir yo —gruñó la Duquesa— es que usted habla con emocionante convicción, Ojo de Cristal. Pero lo que usted dice, ya no resulta tan sugestivo cuando lo afecta a uno personalmente. Bueno, ya sabemos que él fué llevado de regreso. Me supongo que Maleger mató al guardián para estar más seguro. —La Duquesa tomó un cigarrillo de su bolso, encendió una cerilla con desparpajo en el tacón de un zapato, y dijo agresiva—: Pero hay un punto muy extraño: ¿por qué, *por qué* Maleger volvió a traer la pistola a la casa y la metió en el bolsillo de la chaqueta de Myron?

—Señorita Alison: lo que se produjo en el cerebro de ese hombre, jamás lo sabremos...

—Y yo me he preguntado —interpuse—, ¿por qué, si D'Aunay estaba complicado en esta cuestión, Maleger no fué a buscarlo también?

Von Arnheim se volvió hacia mí con una suave expresión reprobatoria.

—Mi querido señor Marle: ¿cómo iba a saber él en absoluto que D'Aunay estaba aquí? Él no anduvo merodeando por toda la casa y viendo a los invitados. Él no era omnipotente. Después del crimen, él solamente pensó en ocultarse en el Castillo de la Calavera. Y ya sólo pudo también colgar el cadáver del guardián allí mismo donde él había estado prisionero.

El alemán hizo una pausa. La puerta que daba al pasillo —una puerta alta y puntiaguda— se abrió lentamente. Sobre el fondo de luz amarillenta, surgió la figura de Bencolin; y su sombra se precipitó en nuestro cuarto en penumbras, trazando un diseño portentoso. Bencolin hizo una seña a von Arnheim, y el alemán acabó su *brandy* y se levantó...

—Ustedes querían saber —nos dijo a nosotros— lo que realmente le ocurrió a D'Aunay. Pues vengan conmigo.

Salimos al estrecho vestíbulo que había a un lado, donde una escalera de caracol descendía bajo la cúpula; bajamos aún otras escaleras a la galería que se asomaba sobre el vestíbulo principal. Hasta la Duquesa caminaba con ligereza. Y al llegar al lado de la galería, nos detuvimos. Todas las velas habían ardido hasta el fondo, aunque ninguna se había acabado; grandes masas de cera derretida levantaban llamas temblorosas en los candelabros de hierro, detrás de la ventana de cristal amarillo que constituía la nariz de la calavera... La galería formaba tres lados de un cuadrado, con la ancha escalera alfombrada de negro en el centro. Una corriente de aire pasó por encima de las velas en los brazos incrustados a los muros en la parte de atrás de la escalera. La armadura milanese negra, parecía apretar con sus guanteletes, más firmemente aún la empuñadura de su ancha espada. Sus dorados metálicos brillaban, pero permanecían impasibles. Abajo, en el amplio vestíbulo, vimos una procesión bajando las escaleras.

Dos policías llevaban un biombo de laca que había sido plegado completamente para formar una especie de camilla. Y sobre el biombo, iba tendido un cuerpo, pues pudimos ver sus zapatos de charol, aunque un amplio chal plateado había sido tendido sobre el cuerpo de aquel hombre, para cubrirlo. La alegría de aquel cuerpo estaba en contraste con el sombrío vestíbulo. A su lado, iba caminando Isobel D'Aunay; su lindo rostro mostraba todavía desconcierto e incomprensión; con una mano, Isobel apretaba un pañuelo fútil contra sus labios, contemplando con mirada vacía el biombo. En lo alto de las escaleras, Dunstan parecía titubear; después, bajó corriendo detrás de Isobel. Observé que Gallivan se había unido a nuestro grupo inmóvil.

Von Arnheim habló suavemente.

—Traté un experimento, para verificar mi teoría. Como de manera casual, llevé a Jerome D'Aunay para dar una vuelta de inspección por la casa. Con la mayor afectuosidad posible, lo conduje a uno de los cuartos donde no había luces. Recuerdo que él estaba encendiendo un cigarrillo. Llamé pidiendo luces y dos de los policías entraron en el cuarto llevando velas. Y entonces, D'Aunay vió a Maleger, sentado en una silla, mirándolo fijamente... Su corazón, me temo, no era tan fuerte como su voluntad.

Yo estaba todavía apoyándome en la baranda de la escalera, mirando fijamente, y la Duquesa había puesto una pesada mano sobre mi hombro. Von Arnheim nos saludó con la cabeza despidiéndose, y se apresuró a ir abajo para supervisar el traslado del cadáver a la otra orilla del río.

—¿Les parece que vayamos arriba? —sugirió Bencolin a nuestras espaldas—. Señor Gallivan, ¿podría verlo a usted allí pronto? Hay ciertos detalles que no deberían ser revelados en su información a la prensa.

¡Cómo brillaban aquellos zapatos de charol, cuando sacaron a Jerome D'Aunay al viento que soplaba en el exterior y a través de la puerta principal!

Yo pensé que iba a ser un trabajo muy difícil el poder bajar aquel cadáver de la colina. La última visión que yo tenía, era la de Dunstan tomando la mano de Isobel D'Aunay cuando ambos iban saliendo.

Una de las velas —una pequeña— chisporroteó y se apagó. Pero la armadura no se impresionó lo más mínimo.

Volvimos a emprender el regreso, bajo la luz de los candelabros, subiendo al cuarto con techo de cristal.

—Nunca me gustó ese hombre —dijo la Duquesa pensativamente—. Pero, qué demonios..., él ya está muerto. Y yo tengo mucho sueño. Y a mí me parece que aquí no ha habido otra cosa, sino una doble dosis de horrores, desde... Pues, desde hace siglos. ¿Gustaría..., gustaría alguien de jugar un poco al póker?

Ella, Bencolin y yo, entramos en el salón con el techo de cristal, donde ahora sólo permanecían encendidas dos o tres velas. La luna emergió de detrás de una nube y lanzó su luz blanca sobre las alfombras de pieles de animales; pero yo tuve la

impresión de que las columnas de ébano estaban moviéndose en una lenta procesión.

Con una expresión cansada, la Duquesa sacó las cartas y las miró, y yo también me sentí cansado.

Después de cerrar la puerta, se produjo un largo silencio.

Nosotros parecíamos estar flotando en el espacio, bajo aquel techo de cristal abierto a la noche azul, en la que un navío fantástico había completado su viaje.

Bencolin estaba mirando a lo alto, a la pálida luz de la luna, con sus ojos extrañamente entornados.

Después, el detective francés bajó la vista y la dirigió con gentileza a la figura sin líneas de la Duquesa que estaba barajando las cartas con sus gruesas manos.

Y repentinamente, Bencolin le dijo con suavidad:

—Dígame usted, señorita Alison, ¿por qué mató usted a su hermano?

## LA RISA DE BENCOLIN

El cielo limpio y azul, las torturadas velas, las manos flácidas que manipulaban los naipes... Pero en realidad, ya no manipulaban naipes. Estaban caídas. Los dedos quedaron sin nervios y temblorosos, y en una lenta cascada, los naipes cayeron sobre los pies de la Duquesa. Un solitario ocho de diamantes, quedaba en el regazo de ella.

Silencio. Después, ella alzó la mirada. Estaba envejecida, con la luna bañando su cabello gris. Ella miró a través de sus lentes con curiosidad.

—Sabe usted, Cara de Diablo —dijo con una especie de desinterés especulativo—. Yo me esperaba eso, en cierta forma. Yo lo conocía a usted... Bueno, yo sabía que usted era demasiado inteligente para no lograrlo. Yo no podía menos de compadecer al viejo Ojo de Cristal. Era tan vanidoso... Y estaba tan seguro de saberlo todo... Y una buena parte de ello era acertado...

—Sí —dijo Bencolin quedamente—. Una buena parte de ello era acertado.

—Yo estuve esperando que eso ocurriese, toda la tarde —añadió ella con el mismo tono de desinterés—. Y no me importa, Diablos. Estoy vieja. Ya no estoy bien. He tenido etapas de divertirme mucho. —Eché una ojeada a la luna—. Y ya no me importa nada en absoluto sobre Maleger... Pero yo estaba segura de que cuando Ojo de Cristal fué abajo al pasadizo secreto, iba a encontrar allí las huellas de mis pisadas. Le pregunté si las había buscado, y me contestó que sólo había avanzado un pequeño trecho...

Bencolin sacudió la cabeza. En ese instante, yo supe que él había concebido una especie de pequeño afecto por esta mujer, que se aproximaba tanto al afecto real, como su propia naturaleza era capaz de permitirle. Era Satán al claro de luna.

—No las hubiera encontrado de todas formas, señorita Alison —dijo el detective—. Yo llevé una escoba y un par de grandes zapatos, y mezclé las huellas en forma que fuese imposible reconocerlas.

—¡Cómo! —dijo ella. No era en verdad una exclamación. Era más bien cual una pérdida de la respiración, y después parpadeó hacia él con ojos de miope.

Bencolin sonrió entre dientes.

—Vamos. La cosa no es muy seria, ¿sabe usted? Yo puedo guardar el secreto de usted, y estoy seguro que Jeff también lo hará. Después de todo, ¿por qué no? Fué Maleger quien llevó el cadáver arriba hasta lo alto de las murallas, y le pegó fuego. Pero ya nunca podrá sufrir por lo que hizo; y lo hizo así, sólo para que nadie lo culpase a él de ello. ¿Hay, pues, alguna razón para que sufra usted?

Su frente se arrugó con esta interrogación, al propio tiempo que Bencolin se

sentaba. Bruscamente, descubrí que yo ya estaba sentado; y que el impacto de esta sorpresa final, había operado en mí, casi como la sorpresa inesperada había operado en Jerome D'Aunay. Agatha Alison se había echado hacia adelante a ciegas y había comenzado a reunir los naipes esparcidos; durante un rato, su asmática respiración era el único ruido que se oía. Por último, ella se sentó otra vez incorporada, colocando la mano sobre sus ojos en forma de pantalla.

Silencio. El navío fantástico navegaba allá lejos entre las estrellas.

—Cara de Diablo —dijo ella al fin—. Dios sabe que yo no quiero... que me condenen por... haberle metido aquellas balas. De verdad que no quiero. Si yo hubiese sido sensible, como yo siempre le he dicho a todo el mundo que era, yo nunca hubiera dejado que las cosas llegasen a arrastrarme adonde me arrastraron...

»Es una cosa graciosa, señor, ¿no es verdad? —me preguntó ella repentinamente—. Ayer yo estaba sentada en mi cuarto y diciéndole a usted la forma de envejecer bellamente y con gracia. Y yo era la que no podía olvidar... No, no era eso exactamente; yo *había* olvidado, ¿sabe usted? Fué exactamente cuando esa cosa me golpeó en pleno rostro..., y descubrí que Myron lo había tenido a él aquí. Sabe usted, yo estaba...».

—¿Usted es la mujer de Maleger, o no lo es? —preguntó Bencolin suavemente.

—No tiene objeto ocultarle nada a usted, ¿o sí, Cara de Diablo? —preguntó ella removiéndose en su asiento casi con alegría—. Así, pues, ¿cómo lo averiguó usted?

—Descubrí una fotografía —replicó Bencolin— cuando yo estaba registrando sus habitaciones. Le pido perdón por ello. Yo estaba buscando otra cosa, pero cuando encontré la fotografía, ésta casi decidió las cosas. Gallivan, sabe usted, nos había dicho que Maleger se había casado secretamente con alguien y que esto se guardaba oculto porque las amistades de ella se oponían a tal matrimonio. ¿Su hermano de usted, se habría opuesto? Bueno, traje el retrato aquí porque creí que estaría más seguro fuera de sus habitaciones... Jeff, yo creo, fue quien lo recogió...

Ahora, de esa forma ingrata, yo supe por qué el rostro de aquella mujer de la foto me era tan familiar: era el rostro de Agatha Alison, en los días de su hermosura. Pero yo había caído en una confusión al pensar respecto a un hijo que se pareciese a su madre. Así, pues, salté:

—¡Entonces, ese retrato no era el de la amante de...!

—¡Maldición, Jeff! —exclamó Bencolin—. ¿No recuerda usted a Gallivan diciendo con toda claridad que aquella amante era una rubia? Y el cabello de esa mujer de la fotografía es sin duda muy negro, como habrá usted observado. ¡Oh, sí, Gallivan habló del matrimonio secreto!...

La Duquesa se sonó con violencia la nariz en un pañuelo, y dijo:

—Ya se lo dije a usted. Yo era muy bella en aquella época. Después que Maleger murió —o que yo creí que había muerto— ya no me importa nada. Yo... Oh, maldita sea... Cara de Diablo, usted, viejo pícaro, deme un cigarro puro. —Ella le echó una ojeada y dijo—: ¿Cómo logró usted llegar hasta mí?

—Eso ya me parece mejor —dijo Bencolin tendiéndole su cigarrera—. Mis sospechas al principio eran las mismas que tenía von Arnheim. Yo mismo tuve sus resplandores imaginativos también. —Sonrió vagamente—. Particularmente, en el caso de la supuesta muerte de Maleger. Aquel viaje en tren, tan claramente dotado de algún propósito, y el hacer ese viaje sin ayudante ni criado alguno, lo cual era algo inusitado en Maleger...

—Pero usted dijo —interrumpí yo— que la teoría de una muerte falseada, era insostenible y que...

—Oh, por el contrario, Jeff, yo no dije nada de esa especie. Todo lo que dije, como usted recordará, fue que Maleger *jamás había planeado su falsa propia muerte*, lo cual es perfectamente verdad. Yo dije, que esa cuestión no era tan simple como se suponía. Dije que era mucho más endiablada. Y entonces, von Arnheim, con su indudable gran imaginación, se dejó llevar por ésta para creer que Maleger era culpable. Indudablemente, Maleger estaba vivo. Maleger llevó el cuerpo de Alison desde el túnel subterráneo, en lo alto del Castillo, abajo, y después lo lanzó en llamas sobre las murallas. Pero el dedo de Maleger jamás tiró del gatillo del Máuser.

La Duquesa mordió la punta del cigarro.

—Excelente dentadura —dijo—. No tengo ni uno postizo en mi boca. Continúe usted su relato, Cara de Diablo. Yo..., yo quiero saberlo todo.

Bencolin le alargó un fósforo encendido, y la llama de éste iluminó la expresión divertida que había en sus grandes e inescrutables ojos.

—Yo estoy sorprendido —continuó el detective— de que al Barón se le pasase por alto un punto que él mismo nos había señalado a nosotros desde un principio: que la persona que disparó la pistola Máuser, llevaba guantes. Maleger jamás se hubiera dado esa molestia. Y en la época en que él estuvo preso, las huellas dactilares era un sistema que todavía no había empezado a usarse. Lo que es más, ¿no recuerdan ustedes sobre el dedo tan corto que no podía alcanzar a todo el gatillo? No hubo hombre tan gigantesco como Maleger...

Bencolin se encogió de hombros.

Después añadió:

—Cuando vimos en este Castillo las manchas de sangre en la pared blanqueada, yo ya estaba convencido de que habían sido dos personas las que habían intervenido: una, la que disparó contra Alison, y la otra, la que se encargó de rematarlo después. Yo ya había dirigido mis sospechas también hacia el pasadizo secreto. La altura a que se encontraban las huellas de sangre que tan meticulosamente le señalé a usted, Jeff, demostraba que un hombre muy alto había llevado el cuerpo de Alison abajo. Alison era alto, pero llevado a hombros de su captor, los brazos de Alison podían alcanzar no más de tres pies de altura del suelo. Y esto no encajaba en lo de la corta huella de guante en el armar así, pues, se confirmaba mi sospecha de que habían sido dos personas...

La Duquesa se observó las puntas de sus propios dedos, volviéndolos con

curiosidad, mientras sostenía el puro en un ángulo de la boca. Después, chupó el puro ruidosamente.

—Alguien en esa casa era evidentemente culpable. Yo lo supe desde el momento en que al principio encontré el arma. No hay razonamiento humano, ni siquiera la imaginación poética de von Arnheim, que pueda explicar en forma alguna por qué Maleger había de poner la pistola Máuser en el bolsillo de la chaqueta de Alison.

Yo dije sonriendo:

—Yo mismo le pregunté a él eso. Y no pudo responderme.

—Y —continuó Bencolin— sólo había una pequeña huella de fango en el piso cerca del pasadizo secreto, a la entrada de las habitaciones de Alison. Maleger no llevaba dos pares de zapatos, para cambiárselos después de haber recorrido el trecho de aquel angosto pasadizo. Si él hubiera venido a los cuartos y puesto la pistola en el bolsillo de la chaqueta, el lugar hubiera parecido después como una pocilga de cerdos. Hasta el propio Magistrado Konrad se hubiera fijado en eso.

»Pero, reflexionemos de nuevo. Si el asesino fuese alguien de la propia casa, él — o ella— era dudosamente un *huésped*. Incluso podemos conceder la rara posibilidad de que un invitado pudiese conocer la existencia de ese pasadizo secreto y su entrada; podemos también conceder la no menos rara posibilidad de que un invitado supiese que Alison tenía una pistola convenientemente guardada en su armario; pero todo ello no parece factible, puesto que con excepción de D'Aunay, todos eran invitados ¡que ni siquiera habían estado antes en la casa! Recuerden ustedes que los invitados hacía sólo un día que estaban en la casa, cuando la tragedia tuvo lugar. Pero recuerden también que cuando Alison iba al pasadizo secreto, la puerta exterior de su cuarto quedaba siempre asegurada con una llave fuerte y especial. El asesino tenía, pues, que conseguir entrar en las habitaciones de Alison, antes de poder penetrar en el pasadizo secreto. Podía hacerse un duplicado de la llave, claro es, tomando con cera blanda el molde de la cerradura; pero no es concebible que así lo lograra alguien que llevaba ¡sólo un día en la casa! Y recuerden también que Alison sólo tenía una llave...

»Y ahí, un hecho obvio y significativo parece escaparles no sólo a ustedes sino incluso al buen Barón von Arnheim. Cuando Alison se dirigió al pasadizo secreto, él naturalmente cerró la puerta exterior de sus habitaciones. Y cuando su cadáver fué traído aquí, la referida puerta *estaba abierta*. De otra manera, ¿cómo hubiera podido Hoffmann llevar allí los zapatos quemados de Alison y echarlos en el armario? Por consiguiente, ¿quién, entonces, abrió la puerta en el intervalo? La respuesta es claramente que alguien en esta casa fué el que abrió la puerta, con una llave duplicada y siguió a Alison al pasadizo secreto. De ahí se infiere; primero, que el asesino estaba en esta casa; segundo, que el asesino no era un invitado, aunque vivía aquí».

Se apagó otra vela. Ya sólo quedaban cuatro o cinco encendidas en la vasta estancia. La Duquesa permanecía sentada mirando fijamente a Bencolin con una

especie de fascinación.

—Sin embargo —dije yo— esas mismas condiciones se aplican a todos, excepto a D'Aunay. D'Aunay era un viejo amigo que bien pudiera saber todas esas cosas. D'Aunay podía, quizá, tener un duplicado de la llave. D'Aunay tenía los dedos cortos. La mujer de D'Aunay estaba fuera del cuarto y no puede ofrecer ninguna coartada. D'Aunay trató de despeñar su coche y matarlo a usted cuando venían para aquí.

Bencolin asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, ya he pensado sobre eso, Jeff. Mi primer impulso, recordará usted, fué sospechar de él. Pero después lo medité. Conociendo la historia, que me pareció ser la verdadera, no me pude imaginar —¿podría usted?— nada más descabelladamente imposible, que D'Aunay trabajando en colaboración con Maleger. ¿No comprende usted que si ellos se hubieran visto el uno al otro en ese pasadizo secreto, o bien D'Aunay hubiera matado a Maleger, o éste hubiera matado a D'Aunay, o uno de ellos habría muerto de la impresión? En todo caso, puedo con toda seguridad decir que su encuentro no habría tenido nada de amistoso. No, Jeff. D'Aunay creía que Maleger estaba muerto. Trató de despeñar el auto porque, como ya le dije a usted, él comprobó repentinamente que yo sabía la verdad sobre la muerte de Maleger. Alguna cuerda sensible sonó en su cerebro..., aunque fuese sólo por un instante. Perdió el control de sí mismo y...

El detective hizo un gesto de impaciencia. Después prosiguió:

—¡Pero, qué diablos! Nosotros estamos sentados aquí argumentando sobre ese asunto como si fuese un problema de ajedrez. Si yo ya había sospechado de usted, señorita Alison, cuando fui abajo al pasadizo secreto, entonces ya tenía una prueba. Los zapatos de usted son bastante característicos, sabe usted; y además, las huellas de su bastón en el barro estaban también allí. Encontré los zapatos enlodados en el armario del dormitorio de usted —pues usted se los había cambiado por unas zapatillas de casa, ¿no es así?— y me tomé la libertad de arrojarlos al Rhin. Y allí fué donde encontré la fotografía, también, y comprendí el motivo del crimen, el cual, como le informé a Jeff, yo ignoraba aún...

La Duquesa se sacó el puro de la boca.

—¡Tiene gracia —dijo gravemente la Duquesa— esto de estar sentada aquí escuchando todo eso! Yo tenía la mejor de las coartadas también; yo estaba sentada jugando póker con Frieda, cuando fué visto el cuerpo en llamas. Sabe usted, sólo estuve ausente unos quince minutos: *no* estuve jugando al póker *todo* el tiempo... Gracioso... Honradamente, es gracioso... Esta noche, cuando Ojo de Cristal se puso poético y empezó a describir como Maleger había matado a Myron, en el pasadizo secreto..., a usted, Cara de Diablo, le juro que casi me volví loca. Eso a mi edad... — Lo miró de lado y añadió—: ¡Le apuesto a usted, viejo zorro, que yo soy el más agudo de los asesinos con quien haya tenido usted que luchar en toda su vida! ¡Demonios! No me siento nada diferente...

Se arrellanó como un Buda, respirando asmáticamente. La punta roja del puro parpadeó y el humo ascendió a lo alto, a las brillantes estrellas. Pude ver que su fláccida cara estaba un poco contorsionada, pero era con una especie de intenso esfuerzo en busca de algún hecho que se le había escapado. Extendió una mano, encogió los dedos y la apretó.

—Mire —dijo ella—. Esta mano tomó un arma y mató a un hermano mío, Debiera ponerme como loca o algo por el estilo. Y sin embargo, juraría que fué igual que dispararle a un espantapájaros que estuviese colgado de unos alambres. Sabe usted..., no había vida alguna en ello... Y para mí eso es lo que Myron era. Ahora sé que era humano..., ¡oh!..., un humano completo... Pero yo simplemente pensaba en él como una especie de fonógrafo andante. Se le daba cuerda y él recitaba y se detenía cuando aquélla se acababa. ¿O acaso cree usted que yo estoy loca? —preguntó la Duquesa—. Cuando él apareció en el pasadizo y nos enfrentamos el uno al otro con nuestras linternas, y él vió el arma en mi mano, se desintegró igual que un espantapájaros. No..., yo no me siento culpable. Apenas si me siento... cansada.

Su cabeza, con su complicado peinado de ondas grises, cayó un poco a un lado.

—No —añadió con un murmullo—. Mejor será que se lo diga a usted todo...

»En un tiempo, sabe usted, yo estuve enamorada de Maleger. Creo que yo era la única persona que lo conocía o lo conoció, jamás. Parece gracioso, ¿eh?, que yo diga esto. —Se frotó el rostro con una mano—. El quizá era malo. No me importa eso. Tenía dentro de sí el fuego del infierno. Hubiera sido grande en todo cuanto intentase. Entonces yo tenía treinta y cinco años, comprende usted, y todo en mi interior parecía derretirse. Parece raro, ahora. Ya no siento aquello más. No he vuelto a sentirlo, en estos últimos veinte años. Ni tampoco lo sentí cuando disparé contra Myron; sabe usted, Cara de Diablo —ella titubeó, con el rostro desfigurado—, eso era algo que yo tenía que hacer.

»Descubrí el pasadizo secreto por casualidad, hace menos de dos semanas. Myron se hallaba ausente y no vendría a dormir esa noche, y al día siguiente debían llegar invitados. Yo quería sacar un collar que Myron guardaba en una caja de seguridad en su cuarto, pues yo deseaba arreglarlo. Recordé que esa caja estaba en su cuarto, detrás de un panel, pero lo que no recordaba era como se abría ese panel. Empecé a sacar cosas y oí un ruido, y allí en la alcoba se abrió una puerta...

»Claro es, al principio no sospeché nada. Pero después, repentinamente, recordé todas las cosas extrañas ocurridas: las visitas de Myron, los zapatos raros y todo lo demás que yo sabía que no era ordinario ni normal. Todos los incidentes peculiares...

»Entonces, Cara de Diablo —continuó la Duquesa golpeando una mano decididamente sobre sus rodillas—, regresé de nuevo a mi cuarto. Tomé un par de zapatos gruesos y a la entrada del pasadizo me los puse. Yo sabía que Myron guardaba una pistola en el cajón de su escritorio y la tomé, así como también una linterna. Todavía no sabía lo que iba a ocurrir. Créame, bajé enteramente bajo el río y subí las escaleras en el otro lado. Puede ser que yo sea psíquica, pero de todas

formas..., no fué ninguna dificultad el encontrar la entrada al otro pasadizo secreto bajo la colina. Lo que sí era difícil era ascender todas aquellas escaleras; sólo Dios sabe cómo lo hice. No volvería a hacerlo por ningún dinero. Me llamé a mí misma tonta, y sentía frío en todo el cuerpo, a la vez que había algo que me impulsaba.

»Bueno, señor, llegué hasta el cuarto del guardián tan falta de alientos, que tuve que apoyarme contra la pared. Iba llena de fango y me dolía un costado. Pero entonces me di cuenta en donde me encontraba. Repentinamente, oí que alguien hablaba..., como un murmullo. ¿Recuerda usted sobre la pared falsa, donde está la ventana con los cristales de colores en el ala?

»Pues yo pude ver aquellas escaleras desde donde yo estaba, en la esquina del armario, y vi a Bauer subiéndolas, con una linterna. Era casi sordo e iba cantando para sí mismo. Por las palabras que oí yo...».

La Duquesa se pasó las manos por la cabeza arreglándose el cabello.

—Cara de Diablo —dijo con la respiración entrecortada—, el guardián iba diciendo, “Comida para Maleger, comida para el perro”. Y llevaba una bandeja de metal y una taza. Iba cantando esas palabras, sabe usted, y su voz era terrible. Seguí la luz de la linterna. Yo sabía que el guardián no podía oírme.

»Subimos y subimos. Mi costado me dolía endiabladamente, pero continué. Cuando llegamos a lo alto de la torre, puso la linterna en el suelo enfrente de una gran puerta con un panel en ella casi cerrado. Bauer lo abrió del todo y empezó a reírse y a silbarle a alguien que estaba dentro, como si fuera a un perro. Habló e hizo ruido con el plato. Después, sacó su manojito de llaves y abrió la puerta. Fué adentro. Oí ruido de cadenas. Y entonces, Cara de Diablo, *yo supe*. Todo me vino a la mente de un golpe. No necesité mirar adentro cuando el guardián puso la linterna en el suelo, tomó un palo largo y comenzó a golpear...».

(Oh, qué diferente, Agatha Alison, es este relato de los cuadros conjurados por von Arnheim. Ella apenas alzaba su voz, y su puro se había casi apagado. Pero ella le hablaba ahora a Bencolin como si todo en el mundo dependiese de que la comprendiera).

—Creí que iba a marearme. ¿Sabe usted, como uno experimenta cual si el estómago se enfriase y se siente lleno de sudor? Pero en el mismo instante recuperé la calma y me sentí firme como si hubiera decidido en la forma en que iba a jugar una partida de póker. ¿Sabe usted? Y lo más extraño de todo..., ¿sabe usted en lo que estaba yo pensando en ese instante? Yo estaba pensando sobre una noche..., ¡oh!, hace veinte años..., cuando fui a un baile en Londres con Maleger. Él nunca bailaba, claro es; sólo observaba. Pero de todas formas, recuerdo que yo me encontraba en el vestidor de señoras mirándome en un espejo, y todas las mujeres estaban conversando, y afuera la orquesta tocaba un vals. Y yo llevaba puesto un vestido amarillo con rosas rojas en la cintura, y me sentía exuberante, y sabía que estaba bella...

»Mientras pensaba así, debí de hacer algún ruido, pues Bauer levantó la mirada.

Por encima de la linterna pude ver su rostro. Y mi mano estaba absolutamente serena. Le disparé dos tiros entre los ojos.

»«Cara de Diablo, honradamente, debí haber perdido el sentido o algo así, porque no recuerdo nada más hasta que me encontré de rodillas junto a Maleger y me puse a curarle la cabeza. Se encontraba en un estado de inconsciencia y respiraba difícilmente. Al principio pensé que debía sacarlo de allí y llevarlo a la casa. Después, comprendí que Myron era el responsable de esto, y también comprendí que... yo tenía que matar a Myron. ¿Comprende usted?» —preguntó ella».

El silbido de su respiración era pesado en aquel cuarto en penumbras.

—Y cosa graciosa, lo primero que se me ocurrió fué pensar que Maleger no debía verme en el estado en que estoy ahora. Una vieja. Eso es lo que yo parezco. ¡Oh, diablos! ¿Para qué tratar de explicarlo? Recuerdo que le quité los grilletes, rodé el cadáver de Bauer a una esquina y dejé todas las llaves junto a él. Después bajé las escaleras y conseguí una cantidad respetable de comida buena y la almacené al lado de Maleger. ¿Sabe usted? Yo no pensé realmente que estaba enfermo. Uno no podía imaginárselo enfermo. Y yo resolví... tranquilamente, Cara de Diablo..., que Myron iba a morir.

»Así, volví de regreso. Apenas pude subir los últimos peldaños de las escaleras. Tienen siglos, sabe usted; van directas desde nuestra casa hasta debajo del Rhin. Regresé aquí, cambié otra vez de zapatos y volví a poner la pistola en el cajón. Tuve cuidado de limpiarla otra vez. Y permanecí despierta toda la noche.

»Me pregunto lo que Maleger pensaría cuando se despertó al día siguiente... De todas formas, con jabón saqué el molde de la cerradura de la puerta de Myron porque yo sabía que la tenía cerrada siempre que estaba “trabajando”. Y yo iba a esperarlo a él cuando volviese allí, en forma que pudiese sorprenderlo en el pasaje secreto, y demostrarle que yo lo sabía todo. Yo no podía volver a recorrer toda aquella distancia otra vez.

»Usted sabe como tuve mi oportunidad, Cara de Diablo. Pronto, después que él se había ido a su cuarto, sobre las nueve de la noche, subí las escaleras con D’Aunay y me fui a mi cuarto. Le dije a Frieda que no viniese durante un rato. Todo lo que yo temía era que Myron hubiese recogido la pistola y viese que le faltaban algunas balas. Pero..., ahí fué donde Ojo de Cristal se equivocó... Él nunca llevaba aquella pistola Máuser. Tomé otros zapatos, un abrigo largo y una linterna. No había nadie en el vestíbulo. Abrí su puerta, tomé la pistola y esperé hasta que él estuviese bastante abajo, antes de seguirlo yo.

»Fué más rápido de lo que yo había pensado. Ya estaba a bastante distancia cuando yo..., yo me eché a correr otra vez dando tropezones; muy bonito, ¿eh?... y me puse en un lugar donde él pudiese ver mi luz. Entonces él se volvió. Llevaba traje de noche y unos grandes zapatos, y sus pantalones estaban recogidos. Él gritó, “Agatha”, y yo sentí frío, Cara de Diablo. Su voz sonó como un cañonazo allí. Yo dije... —y Agatha sonrió repentinamente—, yo dije, “Tú, bastardo, esto es por

Maleger”, y empecé a dispararle. El ruido de los tiros me asustó por ser tan fuerte, y se produjo tanto humo, que me cegaba; pero pude ver como él comenzaba a arrojar sangre y a gritar. ¡Dios mío, Cara de Diablo, cómo gritaba! Se dobló como la hoja de un cuchillo y cayó contra la pared. En ese momento oí fuertes pasos y vi a Maleger con una linterna viniendo hacia él».

Agatha se echó a temblar.

—Ojo de Cristal —continuó ella— no estaba muy equivocado en esto. En la forma que Maleger miraba. Este comprendió que al fin iba a conseguir su venganza. Lanzó también un grito y estaba lleno de carroña de arriba abajo... Es maravilloso como Ojo de Cristal adivinó esto. Apagué mi propia linterna y dando trompicones eché a correr de regreso. Yo no sabía lo que iba a ocurrir. Oí voces allá atrás. Maleger continuaba gritando, “Nerón, ¿eh? ¿Nerón, eh?”, y hubo un ruido como de alguien que chapotease.

La voz de la Duquesa se convirtió en un susurro.

—Bueno..., regresé sin novedad. Apenas eran las nueve y media cuando ya estuve de regreso. Tuve serenidad bastante para cambiarme de zapatos. Puse la pistola en un bolsillo de su chaqueta en el armario; pensé que podía pasar desapercibida allí. Era una idea descabellada; pero yo misma estaba bastante descabellada; fue por eso que no pensé. Nadie me vió volver a mi cuarto. Me cambié mi falda manchada de lodo y arrojé los zapatos al fondo del armario. Cuando Frieda entró, yo estaba jugando un solitario al pie de la ventana. Había bebido seis copas en el medio tiempo y mis manos estaban serenas otra vez. Al pasar diez minutos de las diez, surgió aquello en la otra orilla del río...

»Cara de Diablo —dijo ella suavemente—, nunca sabremos lo que Maleger le dijo a él, ni lo que Maleger hizo con él entre las nueve y media y las diez. Y yo creo que es una suerte que nunca lo sepamos».

La llama de una vela se alzó hacia el techo y se extinguió. El olor de la cera quemada se expandió sobre nosotros. La Duquesa, con su flácida barbilla apoyada en la mano, continuaba todavía con su puro entre los dedos. Me sentí sumergirme en un mundo de fantasmas entre las sombras, bajo las parpadeantes estrellas; estaba viendo a Maleger merodeando por el Castillo, llevando auestas el cadáver del guardián. La respiración anhelante de la Duquesa se hizo más lenta. La paz invadió el cuarto sutilmente, igual que cuando se agotan las lágrimas. Se oyó el ruido de un ancla al caer al agua con un misterioso burbujeo, y los pilares de ébano eran como los palos de un barco navegando en calma, al fin. Ahora, no pude ver el rostro de la Duquesa, y sí solamente el cabello de su cabeza inclinada.

—Ya está usted segura —dijo Bencolin. Y repentinamente, la voz de éste se hizo aguda—. Pronto, cálese usted, señorita Alison, alguien viene.

El agua misteriosa fué agitada como por el golpe de una piedra. Bencolin se puso en pie de un salto; lo oí removiendo algo. Rápidamente, encendió fósforos, y ya había encontrado un paquete de velas frescas sobre una mesa. Cuando la puerta se abrió, ya

las había colocado en un candelabro de siete brazos y estaba encendiéndolas sobre una mesa al lado de la otomana donde la Duquesa estaba sentada. Le dirigí a ésta una rápida mirada. Y ella lanzó un profundo suspiro; con el labio inferior apretado, ella dirigió los ojos hacia mí.

—Bueno —lanzó ella—. Dios mío, ¿es que no puedo conseguir alguien que se interese por un juego de póker?... Hola, Sally, ven. ¿Quieres jugar al póker?

Sally Reine se acercó lentamente al candelabro. Parecía cansada; su vestido verde estaba arrugado, y ella parecía incapaz de oír.

—Creo que podré jugar —dijo al fin, sin interés.

—¡Oh! —exclamó Agatha Alison. E incorporándose, alzó aquella maternal mirada y expandió los labios—. ¿Hay algo que va mal, querida? ¿Quizá tu novio? ¿Quieres contármelo a mí? Una pequeña partida de póker te hará bien.

—Usted no lo comprendería —contestó Sally sombríamente—. No tiene importancia.

—Dele a esta niña una copa —pidió la Duquesa—. Caramba, no tienes más que beberte cuatro buenos tragos de *pernod* con un poco de seltz y limón. Y ahora escucha. Libremos la mesa. Quiero vengarme de Cara de Diablo. ¿Dónde están todos los demás?

—El Barón von Arnheim —dijo la muchacha— le está contando todo a los periodistas. Creo que nuestro amigo Levasseur ha encontrado un violín antiguo en un cuarto, de antigüedades y está contemplándolo en éxtasis. Isobel y Duns... Bueno, todo el mundo está ocupado en algo. Por el amor de Dios —gritó ella y su voz se alzó chillona—, denme las cartas..., denme una copa..., cualquier cosa, quiero reanimarme. ¡Oh! Maldita sea. Otra vez Levasseur tocando ese violín...

Eché a correr y cerró la puerta de un portazo, pero todavía se oían tonadas viniendo desde alguna parte abajo. La Duquesa había extendido su cuerpo a lo largo de una silla frente a la mesa de las velas; estaba soltando en catarata las cartas, sin que se le cayese una sola.

—Tengo aquí fichas —nos informó—. Las llevo siempre conmigo, igual que las cartas y los puros. Uno nunca puede decir cuando va a necesitarlas. Querida, querida, cálmate.

Nuevamente se inclinó maternal cuando yo coloqué cuatro copas llenas de licor, que había estado mezclando sobre la mesa. Con rencor, Sally Reine echó atrás su silla. Una melodía vagabunda había empezado a flotar en el ambiente viniendo de abajo; una maravillosa, perdida y triste canción, que repentinamente trajo una visión a mis ojos. ¡Qué fuerzas tan fieramente reprimidas estaban ardiendo en este cuarto! Aquella melodía las rozó ligeramente con una fría y fantasmal insistencia. Bencolin arrastró su silla cuando la Duquesa arregló las fichas ante nosotros. Con un curioso vacío en mi pecho, me senté.

—Yo daré primero —dijo la Duquesa—. El qué da, es mano en el juego. Las sotas o puntos más altos, abren...

—¿Qué es esa melodía? —preguntó Sally haciendo una pausa con su copa en alto—. Yo la he oído antes...

—No lo sé, querida —dijo la Duquesa sonriendo un poco placentera, a tiempo que daba cartas—. Vamos, despierta, ¿me oyes?... Sotas o puntos más altos, abren el juego.

—Está muy bien el que usted hable —replicó la muchacha—. Pero usted no sabe. Yo hubiera querido vivir en la generación de usted. Aquella época hermosa, medio victoriana, con sus emociones y sus pequeñas y bellas vidas ordenadas. ¡Oh, deme un cigarrillo! Yo.

—Yo abro el juego —dijo Bencolin empujando al centro de la mesa una ficha blanca. Sus párpados estaban caídos; la luz de las velas, iluminó sus sienes grises y un gesto de su boca entre el pequeño bigote y la barba puntiaguda. La canción del violín ascendía suavemente...

—Esa melodía —dije yo examinando las dos reinas en mi mano— se llama “Humoresque”. Yo hago juego, también.

—Y yo juego también —dijo Sally, y avanzó una ficha blanca sobre la mesa—. Nunca nada la altera a usted, Duquesa; pero piense usted en la posición en que yo me encuentro... Eso es diferente. Esta es una nueva era; los jóvenes caballeros, pueden tratar las cosas con más naturalidad que lo hacían bajo la vieja y buena Victoria. ¡Bah! ¿Quién juega?

—Así es —dijo la Duquesa bebiendo un largo trago de *pernod*. Bueno, yo juego. ¿Cartas, señoras y caballeros?

**FIN**

ESTA OBRA SE TERMINO DE  
IMPRIMIR EN LOS TALLERES  
GRÁFICOS DE LA IMPRENTA  
I M M E X, ADOLFO PRIETO  
132, MEXICO, D. F., EN EL  
MES DE OCTUBRE DE 1953



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaston Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] Expresión muy popular en Francia durante y después de la primera Guerra Mundial que significa: “¡Viva Francia! ¡Mueran los alemanes!”. <<

[2] “Speakeasy”: Tabernas clandestinas de los tiempos de la Ley Seca. <<

[3] “La Canción del Navío de Skye”. La historia y esa canción se refieren a la Isla de Skye, la mayor de las Hébridas, adonde llegó el Príncipe Charles Edward, llamado el Joven Pretendiente, y que fué el primer Príncipe de Gales, después de una derrota naval en Agosto de 1745. <<

[4] “Cocu”, engaño. Argot francés. <<

[5] Styx. Estigia, río infernal de la mitología. <<

[6] “La Guardia sobre el Rhin”. Himno patriótico alemán. <<

[7] “La Brabanzona”, himno nacional belga. <<

[8] Banquo. Personaje del “Macbeth”, de Shakespeare, que muere asesinado, y cuyo espectro asiste al banquete del rey. <<